



**MIGRACION, ETNICISMO
Y CAMBIO ECONOMICO**
(un estudio sobre migrantes campesinos a la
ciudad de México)

LOURDES ARIZPE

EL COLEGIO DE MEXICO

**Lourdes
Arizpe**

Migración, etnicismo y cambio económico

**(un estudio sobre migrantes campesinos
a la ciudad de México)**



El Colegio de México

Primera edición (3 000 ejemplares) 1978
Derechos reservados conforme a la ley
© 1978, EL COLEGIO DE MEXICO
Camino al Ajusco 20, México 20, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

INDICE

<i>Introducción</i>	9
I. <i>La migración rural-urbana en Inglaterra, América Latina y África</i>	15
A. La migración interna en Inglaterra en el siglo XIX	15
B. La migración en África	20
C. La migración en América Latina	25
II. <i>Teorías sobre la migración</i>	30
A. Teorías generales sobre la migración	31
B. Migración y procesos estructurales	33
C. Las causas de la migración y la selectividad de migrantes	38
D. El estudio antropológico de la migración	42
III. <i>La región mazahua y la ciudad de México</i>	51
A. La región mazahua	51
B. La ciudad de México	63
IV. <i>Historia de la migración local</i>	68
A. 1900-1930	68
B. 1930-1950	72
C. 1950-1970	79
D. Encuesta sobre migración en las comunidades	86
E. Discusión	89
V. <i>Economía y migración</i>	91
A. Estructura económica de la región	92
B. La economía de las comunidades	96
C. Conclusiones	131

VI. <i>Estructura de poder y migración</i>	133
A. Dotejiare	134
B. San Felipe del Progreso	138
C. Santiago Toxi	139
D. Ixtlahuaca	142
E. Conclusiones	144
VII. <i>Migración, familia y parentesco</i>	150
A. Composición de los grupos domésticos	150
B. División de labores en el grupo doméstico	153
C. Matrimonio	156
D. Herencia	159
E. Parentesco	160
F. Conclusiones	164
VIII. <i>La visión de los migrantes</i>	166
IX. <i>Los migrantes en la ciudad</i>	172
X. <i>Teorías sobre las poblaciones nativas de América Latina</i>	188
XI. <i>Grupos étnicos en la región mazahua</i>	199
XII. <i>Relaciones entre mazahuas y mestizos</i>	214
XIII. <i>Conclusiones</i>	225
A. La migración en la región mazahua	225
B. La frontera étnica en la región mazahua y su relación con la migración	235
C. El estilo de la migración rural-urbana	239
<i>Bibliografía</i>	257

INTRODUCCION

Las grandes migraciones, flujos continuos de dirección variable, son uno de los fenómenos más notorios de la época moderna. La historia reciente ha presenciado el traslado esperanzado de migrantes europeos en busca de fortuna a territorios de ultramar, y la brutal migración forzada de esclavos africanos; y, hoy en día, el traslado masivo de mano de obra del sur al norte de Europa y la migración campo-ciudad en países en desarrollo. Esta última ocurre como un fenómeno distintivo de los países de regiones de capitalismo periférico en la segunda mitad del siglo XX. En cierta manera, la migración campo-ciudad en estos países cristaliza, al darles formas tangibles, los cambios económicos, sociales y culturales —tales como la expansión del sistema capitalista, la industrialización, la urbanización, la transculturación—, característicos de nuestro tiempo. De ahí la fascinación que ejerce sobre el científico social, y de ahí, asimismo, la urgencia de analizarla, a fin de comprender su trasfondo político y económico y actuar sobre él.

En un principio, el estudio de la migración, justamente por ser un fenómeno claramente observable, auguraba rápidos resultados consistentes en confirmar una serie de generalizaciones que aún circulan corrientemente como explicaciones de su origen. Se dice, por ejemplo, que los campesinos se desplazan a las ciudades por una situación insostenible de miseria en el campo. Pero lo cierto es que la gente que más tiende a migrar es aquella que no sufre condiciones ínfimas de miseria. También se dice que la migración se debe al encandilamiento que sufren los campesinos con las luces de la ciudad. Pero hay países en donde migran aun antes de que las ciudades desarrollen atractivos urbanos. La razón que más comúnmente se da para explicar este fenómeno es que la gente migra en busca de empleo. Pero hay ciudades, sobre todo en países del Tercer Mundo, que no ofrecen posibilidad alguna de empleo y, sin em-

bargo, los migrantes siguen llegando a sumarse a favelas y a ciudades perdidas. También se opina que los migrantes van a las ciudades impulsados por la expectativa de elevar sus niveles de vida. Sin embargo, arriban también migrantes desfallecidos que no buscan progresar sino, sencillamente, sobrevivir. Perseguidos, desposeídos, ilusionados, románticos, campesinos sin tierras, agricultores adinerados, todos se desplazan en este migrar de pueblos enteros.

Hay algo de verdad en cada una de estas generalizaciones; pero la explicación conjunta se nos escapa todavía. Típicamente, el fenómeno que parecía más sencillo de analizar ha venido a ser el más difícil de explicar. En efecto, las primeras aproximaciones a él han servido para demostrar la ineficacia de tratar de generalizar, dentro de un vacío teórico, acerca de la naturaleza de los fenómenos sociales.

El vacío teórico ha consistido en que, hasta hace poco, la migración se estudiaba como fenómeno aislado, autocontenido, cuya razón de ser se entendería por el juego mecánico entre factores que tendían a empujar al migrante a salir de su comunidad y factores que lo atraían hacia la ciudad. En la actualidad, a partir de los trabajos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales sobre migraciones internas (1972, 1973, 1974) se abre una perspectiva que analiza la migración en el contexto de procesos mayores de industrialización y urbanización. Pero este nuevo enfoque, macroestructural e histórico, no ha sido aplicado todavía a nivel de la comunidad o de pequeños grupos de migrantes. ¿Puede hacerse este tipo de estudios utilizando los métodos tradicionales de la antropología?

En este momento, en que se cuestiona la validez de separar el examen de la realidad social en dos disciplinas, la sociología y la antropología, es pertinente intentar una colaboración de ambas en cuanto a enfoque teórico e interpretación. La investigación sociológica de la migración rural-urbana en América Latina se halla mucho más avanzada que la antropológica, o quizá sería más adecuado decir que ha habido avances en estudios macrosociológicos que no han sido continuados a niveles micro-sociales. Un estudio a pequeña escala, como el que se lleva a cabo en este trabajo, permite explorar las posibilidades de integrar los resultados del análisis local y grupal, con los que han sido obtenidos a nivel nacional o de grandes unidades de población. La investigación antropológica puede así confirmar o complementar lo propuesto por sociólogos, economistas y demógrafos, en cuanto al fenómeno migratorio. Partiendo de las consideraciones anteriores, el presente trabajo tiene por objeto: primero, describir y explicar la migración de campesinos indígenas a la ciu-

dad de México, a través de un estudio de un caso representativo de las zonas agrícolas minifundistas de población indígena del centro del país; segundo, intentar operacionalizar una perspectiva histórica y estructural a niveles de comunidad y de grupos, y, tercero, investigar nuevas formas de conceptualizar la migración a nivel local, así como nuevas posibilidades de utilización del método antropológico.

La investigación que se analiza en este trabajo fue iniciada en 1972. Se trataba de abordar la problemática en torno de la aparición, en la ciudad de México, de grupos numerosos de migrantes indígenas de áreas que circundan la zona metropolitana: campesinos y campesinas de habla mazahua, otomí y nahua, los cuales se dedican, en su mayoría, a ocupaciones marginales y a actividades informales en la ciudad. A fin de recabar un mínimo de información sobre estos migrantes se realizó una investigación preliminar, durante ocho meses, en el año de 1972. Esta incluyó trabajo de campo intensivo en tres comunidades de la región mazahua y una otomí, con atención especial a la migración de un grupo mayoritario de mujeres, llamadas popularmente "Marías", que se dedican a la venta ambulante de fruta en las calles de la ciudad de México. Los resultados de esta primera fase del estudio fueron publicados oportunamente (Arizpe, 1975). En esa primera aproximación al fenómeno se captaron en la región una serie de problemas que se discuten en forma reiterada en la literatura antropológica y sociológica actual sobre este tema; a saber, su carácter masivo; sus vínculos causales con el minifundismo, deterioro que contrasta notablemente con la concentración de recursos económicos en manos de un grupo poco numeroso de agricultores y comerciantes; la correlación de esta polarización económica con la concentración del poder político en cacicazgos, los cuales, a su vez, están sufriendo fuertes presiones políticas para su desaparición, en parte como resultado de la migración. Así, podría conocerse el efecto de retroalimentación de la migración en las comunidades. Por otra parte, en la región se viene observando una pérdida de la cultura indígena, en este caso mazahua, de manera marcadamente diferencial entre las comunidades, cambio que se relaciona con distintos patrones migratorios. Otro problema presente en la región es un intento por incorporar a los campesinos mazahuas como obreros industriales en una planta fabril. El cambio cultural y social en las comunidades circundantes ha sido notable. Finalmente, en la forma de migrar se encontraron dos patrones de migración que corresponden en general a los dos grupos étnicos regionales: mestizos y mazahuas; situación que invita a preguntar cómo influye el factor étnico en la migración.

El haber extendido el trabajo de campo en el estudio preliminar para abarcar tanto a las comunidades rurales como a los grupos de migrantes en la ciudad permitió entender la posición de los migrantes en la ciudad no solamente en función de las aristas del sistema social urbano, sino también respecto de la posición económica y política que ocupaban en el pueblo y de las actitudes y comportamiento que mostraban en él.

La forma de incorporación de estos migrantes a la vida de la ciudad, fuera de algunos casos excepcionales, muestra regularidades y pautas que hacen posible generalizar acerca de su inserción en la estructura ocupacional y social urbana. Como ya dijimos, una mayoría de los migrantes de las comunidades estudiadas se encuentran en ese sector de la población urbana denominada "marginal", es decir, de bajos ingresos e ínfimas condiciones de vida. El estudio de este grupo permitiría describir y comprender las etapas residenciales y ocupacionales por las que han pasado desde su arribo a la ciudad.

En resumen, este grupo particular de campesinos migrantes, por sus propias características, permitía ahondar en problemas importantes. En la segunda etapa del estudio, cuyos resultados se exponen en este trabajo, se profundizó en el análisis de dos comunidades que muestran un contraste en cuanto a: 1) patrón de migración; 2) forma de incorporación ocupacional y social de sus migrantes en la ciudad; 3) estructura económica y política, y 4) vigencia de la cultura tradicional. Varios recorridos por comunidades de la región indicaron ciertos procesos comunes en todas ellas. Tales datos, y la investigación preliminar, indicaban que todos estos cambios se entretajan constituyendo un solo proceso fundamental, proceso dentro del cual pueden identificarse varios componentes y etapas. El contraste entre las dos comunidades estudiadas trataría de aclarar la naturaleza de este proceso a nivel regional. Por ello, más que estudiar las características de dos pueblos, como ofrecería el enfoque etnográfico tradicional, se proponía estudiar las manifestaciones de un solo proceso en dos instancias. Instancias cuyo contraste ayudan a analizar los factores que tienen un peso decisivo en el volumen y modalidades de la migración y en los cambios de identidad étnica y de transculturación. Con base en lo expuesto antes se seleccionaron dos comunidades de la región, San Francisco Dotejiare y Santiago Toxi,¹ para realizar el trabajo de campo intensivo.

Siendo los dos temas de mayor importancia alrededor de los cuales se teje el análisis la migración y la identidad étnica, la presentación de los

resultados se divide en dos secciones correspondientes. La primera describe y analiza todos aquellos aspectos de la realidad social en la región mazahua y en la ciudad de México que se relacionan con la migración del grupo estudiado.

En el primer capítulo se revisan las modalidades históricas de la migración interna en Inglaterra en el siglo XIX, y en Africa y América Latina en la actualidad. Con base en estos materiales se discuten en el siguiente capítulo las principales teorías y esquemas explicativos que se han aplicado al estudio de la migración rural-urbana. En el capítulo tres se definen las características geográficas, de transporte y de asentamiento, de la región bajo estudio y de la ciudad de México. El hecho de que se describan ambos es importante, ya que corresponde a la perspectiva teórica tomada en este trabajo, que exige considerar como un solo campo de análisis la unidad que engloba a la comunidad rural y a la ciudad.

El cuarto capítulo presenta lo que normalmente constituye el último capítulo de un estudio descriptivo, la reconstrucción de las modalidades históricas por las que ha pasado la migración en la región en el presente siglo. Se parte de esta reconstrucción histórica para pasar a analizar en los capítulos siguientes los factores fundamentales que puedan explicar por qué se dieron tales modalidades: la estructura económica, la organización política, el parentesco en la región y la integración ocupacional y social de los migrantes a la sociedad urbana de la ciudad de México. En el capítulo VII se intenta algo nuevo. En los primeros estudios sobre migración, hubo tendencia a asignarle a las motivaciones de los migrantes un peso causal determinante. En la actualidad, se tiene cuidado de distinguir entre las condiciones objetivas que impelen al individuo a migrar y su apreciación subjetiva de las mismas. En este capítulo se intenta dar un paso adelante, buscando una relación entre la motivación y las opiniones expresadas sobre la migración y la posición socioeconómica que ocupa el informante.

En la segunda sección, se analiza la influencia del factor étnico, respecto de la migración en particular, y, en general, en relación con los desniveles económicos entre campesinos indígenas y campesinos mestizos. Consta la sección de tres capítulos. Las teorías que se han formulado acerca de las poblaciones indígenas de América Latina se discuten en el capítulo inicial. El siguiente cuenta la historia de los mazahuas como grupo étnico. Y posteriormente se propone una explicación de la naturaleza de las relaciones que han sostenido mestizos y mazahuas en la región en la época actual.

Finalmente, desearía que este libro ayudara un poco a lograr que la

historia fuera cada vez más humana y menos divina. Aunque es parte de una reflexión intelectual sobre un fenómeno social, en realidad sólo habla de un grupo de gente. Gente cuyo destino importa. No sólo porque en el destino humano nos reflejamos todos, sino, en particular, porque hacer ciencia social en el país propio anula la posibilidad de indiferencia hacia aquello que se observa. A veces, en el afán intelectual por explorar, se pierde de vista que las ideas sociales, de hecho, tienen valor únicamente con referencia a vidas humanas.

Quiero expresar mi agradecimiento a todas aquellas personas que hicieron posible la elaboración de este trabajo. La hospitalidad y las palabras de Anacleto Salinas, Pascual de la Luz y familia, Don Luis Cruz y su esposa Lucía Lino, Eusebio de Jesús, Cesáreo Martínez, Julia Hernández, Antonio Sánchez, Ema Garduño, Margarita Medina, José Sánchez. En particular, agradezco la cooperación de los señores Adalberto Saldaña e Ignacio Pichardo, ya que fue decisiva en facilitar las labores de investigación la colaboración abierta del gobierno del estado de México.

Hicieron de la investigación de campo una experiencia vital y colectiva Héctor Díaz Polanco, Rubelia Alzate, Blanca Irma Alonso y Carola Ruzo. Y el trabajo final se enriqueció con las discusiones y comentarios de Orlandina de Oliveira, Vania Almeida Salles, Crescencio Ruiz Chiapetto, Kate Young, Viviane Márquez, Jorge Bustamante, Brígida García, Agustín Porras.

Fue importante la supervisión de este trabajo, como tesis de doctorado para la London School of Economics and Political Science, del profesor Julian Pitt-Rivers. Asimismo, doy mi sincero agradecimiento a *El Colegio de México*, y especialmente al Dr. Rodolfo Stavenhagen, por el financiamiento y decidido apoyo que hicieron posible la realización de este trabajo.

México, mayo de 1976

CAPITULO I

LA MIGRACION RURAL-URBANA EN INGLATERRA, AMERICA LATINA Y AFRICA

Lo típico de la migración rural-urbana en la época moderna es su estrecha vinculación con procesos de industrialización y con los cambios económicos en las zonas rurales. Sin embargo, las condiciones particulares de estas últimas, en diversas partes del mundo, le imprimen matices especiales a los movimientos migratorios actuales. Para comprender, a grandes rasgos, la mecánica de la migración interna en México, es de gran interés conocer cómo se dio ésta en el caso clásico de industrialización en Inglaterra, así como en la actualidad, en Africa y en América Latina. La revisión muy somera de sus características específicas proporciona las bases para la discusión posterior de los enfoques teóricos que se han empleado para analizarla.

A. La migración interna en Inglaterra en el siglo XIX

A fines del siglo XVIII ocurrían cambios definitivos en la economía agrícola en Inglaterra, transformándose ésta, de un sistema de producción medieval, en una economía capitalista. Las leyes de cercamiento de las tierras comunales alteraron el régimen de propiedad y de utilización de las tierras, que se dedicaron, en forma creciente, al pastoreo de ovejas y provocaron una recesión en la agricultura en el período de 1815 a 1850.

Al mismo tiempo, Inglaterra registraba un índice de crecimiento de la población, "sin precedentes", según Saville (1957: 2), equivalente al

10%, a causa de un descenso de las tasas de mortalidad, sin que hubiera habido una reducción concomitante del número de nacimientos.

Como consecuencia de todo ello, la agricultura no pudo absorber este aumento de población, y empezó a darse un éxodo rural considerable. A partir de 1830 se registra un descenso absoluto en la población rural (Saville, *op. cit.*: 9). En la segunda mitad del siglo XIX bajó notablemente el número de trabajadores empleados en la agricultura, de 25% en 1851, mayores de 20 años, a 10%, mayores de 14 años, para fines de siglo. Un factor adicional que influyó en el éxodo fue la mecanización de la producción agrícola, que aumentó paulatinamente a partir de mediados de siglo (Saville, *op. cit.*: 10).

¿Cómo se percibían estos cambios en la vida diaria de las aldeas rurales? George Bourne (1966) narra, uno a uno, los cambios que ocurrían en su aldea. Al vedarse la utilización de los terrenos comunales, los agricultores tuvieron que depender únicamente del usufructo de sus parcelas propias para mantener a sus familias, y éste resulta insuficiente. Todos los miembros de la familia tuvieron que contribuir al presupuesto doméstico.

El salario semanal del jefe de ella tenía que "...complementarse con pequeñas e inciertas cantidades derivadas de las labores de mujeres y de niños y de trabajos eventuales realizados por las noches o en ciertas épocas del año" (Bourne, *op. cit.*: 54). El ingreso de las mujeres era decisivo: lo obtenían mediante trabajo asalariado en el campo, o con la venta de bordados y confecciones, o a través del servicio doméstico asalariado. Pero aunados al proceso general de cambio económico, desaparecieron también las artesanías y labores que realizaban las mujeres, tales como la confección de encajes y de guantes y el tejido de palma (Saville, *op. cit.*: 31). Los niños trabajaban como mozos desde una edad temprana, lo mismo que las niñas que ingresaban como sirvientas en las casas de familias con posibilidades económicas.

El agricultor, explica Bourne, adelantándose a los estudios modernos, al pasar de una economía "doméstica" a una "comercial", ya no podía obtener sus bienes de consumo con su propio trabajo, y tenía que comprarlos en las tiendas. Se hizo así consumidor, llegando a depender de la tienda de abarrotes, el surtidor de carbón y el panadero.

El trabajo asalariado existía desde hacía tiempo en la aldea; pero ahora la necesidad de obtener ingresos monetarios se hizo más apremiante, ya que había necesidad de comprar más cosas. Y, en el caso de los agricultores "...debido al bajo nivel de los salarios, sus ingresos nun-

ca sobrepasan sus gastos, por lo que les resulta imposible ahorrar" (Bourne, *op. cit.*, 91).

La decadencia de las artesanías e industrias tradicionales la explica Saville en los siguientes términos. Desaparecieron los artesanos: el carpintero, el sastre, el zapatero, el botero y el techador de casas, en parte debido a la competencia de las industrias manufactureras, ya para esa época en plena expansión, pero en parte también debido a su ineficiencia económica. "Antes de que la aldea saliera de su aislamiento, al artesano local no le afectaba económicamente el tener un instinto de adquisición relativamente débil, e incluso quizá lo favorecía. Pero con la competencia cada vez mayor de empresas capaces de aprovecharse de las economías de escala, no han sido ventajosos los métodos intuitivos y la carencia de un olfato para el dinero, para preservar la salud económica y la autogestión" (Saville, *op. cit.*, 152). Las industrias aldeanas, como el tallado de madera, el trabajo de piedra, la fabricación de ladrillos, la talarbartería, los textiles y la fabricación de sidra, también desaparecieron. "Sus mercados eran locales y el desarrollo de un mercado nacional las destruyó o las redujo a proporciones insignificantes" (*op. cit.*, 25).

Así, el trabajo asalariado adquirió una importancia de primer orden, y los campesinos empezaron a sopesar sus actividades en términos de la oferta y demanda de mano de obra. Anteriormente, "...en la medida en que su fuerza de trabajo se aplicaba directamente en trabajo productivo para su propio consumo, no surgía la pregunta de si existía demanda de mano de obra en alguna otra parte" (Bourne, *op. cit.*, 95). Es decir, los agricultores empezaron a pensar en la posibilidad de emigrar a regiones donde se diera una demanda de mano de obra.

Como apreciación final de los cambios que veía ocurrir frente a sus ojos, Bourne advierte con gran lucidez: "Vistos en detalle, los cambios parecían tan mínimos y, en su mayoría, tan benéficos. A nadie se le ocurrió que estaban alterando viejas formas de trabajo, y forjando una población de esclavos asalariados en vez de una nación de trabajadores independientes" (*op. cit.*, 25).

Las principales actividades económicas pasaron a las ciudades, y las relaciones que se establecieron entre éstas y el campo se hicieron muy desiguales. El jornal de campo equivalía al 50% del salario urbano. Saville hace notar que el jornalero agrícola era el único que todavía en 1970 no había recibido ninguno de los beneficios de la mejoría general en condiciones de vida. (*op. cit.*, 12). Además, Bourne señala la baja valoración que la "nueva civilización, un tanto bárbara", acordaba a los campesinos: "...la afrenta más cruel es que, a pesar de que los consideramos co-

mo inferiores, todavía esperamos que admiren e imiten nuestras normas de vida; y han de ajustarse a nuestra civilización, aun cuando carezcan del ingreso necesario o del prestigio social que debe asegurárseles" (*op. cit.*, 111).

Los migrantes rurales se dirigieron masivamente hacia las ciudades. Para 1850, más del 50% de la población de Inglaterra y Gales vivía en zonas urbanas. La proporción correspondiente para 1930 fue de 80%. Un mayor número de mujeres, en comparación con hombres, se trasladaban a las ciudades, donde se empleaban como sirvientas en las residencias. Las mujeres migraban sobre todo entre los 15 y los 19 años; los hombres, entre los 20 y los 29 años. La migración diferencial por sexo produjo desequilibrios en la estructura de la población urbana. Londres, por ejemplo, tenía una estructura poblacional opuesta a la rural: un gran número de mujeres, entre los 20 y los 30 años de edad, y muy pocos menores de edad (Saville, *op. cit.*, 115).

Ya desde esta época surgieron las dos explicaciones más comunes sobre la migración. Una es la que sugiere el profesor E. G. Ravenstein, el primer investigador que acometió la tarea de descubrir "las leyes de la migración". Su obra data de 1885, y no hay equívoco en su opinión sobre las causas de la migración. "Queda fuera de toda duda el hecho de que la demanda de fuerza de trabajo en nuestros centros de industria y comercio es la causa primordial de estas corrientes de migración... Por ende, si hablamos de modo un tanto presuntuoso de 'leyes de migración', nos estamos refiriendo, obviamente, a la manera en que la carencia de manos trabajadoras en un sector del país, se satisface con las de otros sectores en los que hay sobrepoblación" (1885: 198).

El segundo tipo de explicación, precursor de las teorías actuales sobre la atracción de las luces de la ciudad, fue la observación hecha en 1894, atribuida a un Comisionado Adjunto del Trabajo, en el sentido de que los trabajadores agrícolas migran "...de hecho, no por los mejores salarios que se ofrecen, sino por el menor número de horas de trabajo que se exigen y, sobre todo, por sentirse integrados al flujo central de la vida social" (citado en Saville, *op. cit.*, 20). Respecto a esto, se cita la expansión de actividades de recreación en las ciudades inglesas de la época: salones de baile, eventos deportivos, oportunidades educativas y espectáculos culturales. Puede fecharse, desde ese momento, la acentuación de los juicios que declaran superior al estilo de vida de las ciudades.

Sin embargo, sobrepasando lo que concluía el profesor Ravenstein, llegó un momento en que la sobrepoblación afectó también a los centros

de industria y comercio. En la década 1841-1851 fueron absorbidos 750 000 trabajadores al sector manufacturero (Brinley, 1954: 124). Pero el volumen de migrantes rurales siguió creciendo hasta que "...ni siquiera la industria nacional pudo contenerlo, y un tercio de millón de gentes buscaron trasladarse a ultramar" (*op. cit.*: 125).

A pesar de que no existían obstáculos al movimiento de población entre Inglaterra y sus colonias de ultramar, Brinley demuestra que los índices de emigración exterior siguieron patrones muy definidos. La emigración masiva de Inglaterra a los Estados Unidos, en la década de los cuarentas y cincuentas del siglo pasado, estuvo relacionada con factores de rechazo en la primera. Este autor encuentra una correlación inversa entre fluctuaciones de la migración interna e inversiones en Inglaterra, por una parte, y las variaciones en migración externa y exportación de capitales, por la otra (Brinley, *op. cit.*, 125). Cuando se aceleraba el crecimiento del ingreso real en los Estados Unidos y decaía dicho crecimiento en Inglaterra, se daba mayor migración al primer país. (*op. cit.*, 123).

En un estudio posterior, Brinley concluye que la migración internacional en "la comunidad atlántica de naciones —que él considera una sola economía con regiones interdependientes— fue básicamente una vasta y centenaria transferencia de la agricultura a la industria" (1961: 9). Las inversiones en ultramar se hacían posibles gracias a que Inglaterra mantenía sus capitales constantemente en el mercado internacional. Entre más créditos otorgaba aquélla a los Estados Unidos, Canadá y Australia, más se desplazaban migrantes ingleses a estos países ya que la inversión de dichos capitales creaba demanda de mano de obra. Entre menos exportaba capitales, más se retenía la población migrante en Inglaterra. Añade el autor citado: "...los movimientos internacionales de mano de obra funcionaron, por tanto, como factor central en determinar el índice de crecimiento económico, tanto de los países que enviaban migrantes como de los que los recibían" (*ibíd.*).

De lo que acabamos de exponer se desprenden dos consideraciones importantes para el estudio de la migración. Primero, que las fluctuaciones de grandes volúmenes de migrantes están asociadas a la circulación de capitales que provocan variaciones en la demanda de mano de obra. Y segundo que las dos comunidades, la expulsora y la receptora de migrantes, en virtud de la correlación anterior, deben considerarse dentro de una misma unidad de análisis, puesto que sus economías son interdependientes.

Para resumir, la migración interna en Inglaterra, durante su época de

despegue industrial, ocurrió como resultado de un excedente de mano de obra en zonas rurales. Se alimentó este excedente de la reducción en extensión de tierras agrícolas y del cambio de una economía campesina a una capitalista comercial, cambio en el que el agricultor perdió actividades económicas y empezó a depender de manera creciente del trabajo asalariado. Acentuó esta dependencia la declinación de las artesanías e industrias locales tradicionales. La creciente mecanización de la agricultura liberó también mano de obra rural. Este excedente se dirigió hacia las ciudades en las que se empezaba a dar una rápida expansión del empleo industrial. Los beneficios y atractivos de las ciudades también contribuyeron a atraer migrantes, en especial a los jóvenes. Cuando se daba escasez de empleo en las ciudades los migrantes se dirigían a las colonias inglesas de ultramar.

B. *La migración en África*

Es sumamente difícil generalizar sobre este aspecto en África: éste no es, sin embargo, el objetivo de esta revisión. Para los propósitos del presente trabajo, basta con destacar las principales tendencias de la migración en África al sur del Sahara, y las dificultades a las que se han enfrentado los antropólogos en su estudio.

La migración en África se inició durante el periodo colonial, al desplazarse trabajadores en ciertas épocas del año de sus áreas tribales a las minas y a los centros industriales urbanos. En épocas anteriores, sólo se desplazaban geográficamente pequeños grupos tribales en busca de tierras fértiles, los pastoralistas en su ciclo transhumante y los mercaderes y comerciantes (Skinner, 1965: 60). Los grupos tribales de mayor magnitud se desplazaban solamente por motivos políticos y de guerra. Dichos desplazamientos no tenían las características de las migraciones actuales. "Estas últimas, engranadas a un sistema industrial extranjero altamente desarrollado, fueron fomentadas por los europeos a fin de conseguir mano de obra africana para sus minas y plantaciones y, más tarde, para sus complejos industriales, de transportes y urbanos" (Skinner, *op. cit.*: 60). Se crearon presiones que inducían a los africanos a migrar: una de ellas lo fue el deseo de adquirir una educación europea. Pero fueron los impuestos que fijaron a las aldeas tribales los que preponderantemente empujaban a los campesinos a migrar. Asimismo, la migración se incrementó a largo plazo porque las economías rurales "se hicieron dependientes de la economía nacional, en el sentido de que el

dinero enviado o llevado a las áreas rurales por los migrantes afectó el nivel de subsistencia" (Wallerstein, *op. cit.*, 154).

Resaltan dos rasgos distintivos en la migración en Africa. En primer lugar, constituye no sólo un cambio de ubicación geográfica y de ocupación, sino que también significa un cambio muy complejo de identidad cultural. El tribalismo o etnicismo, como se designa ahora este fenómeno, juega un papel importante en el estilo de migrar y, particularmente, en el éxito de la incorporación del migrante al contexto urbano.

El segundo rasgo distintivo de la migración africana es su carácter recurrente. Los campesinos dejan su aldea tribal y residen en los centros urbanos y mineros durante largos periodos, pero regresan a sus aldeas con regularidad. Sus esposas e hijos permanecen en la aldea, y ellos no pierden su papel dentro de la unidad doméstica y de parentesco. ¿A qué se debe este comportamiento migratorio especial en Africa?

En su excelente artículo sobre las causas de la migración laboral africana, J. Clyde Mitchell (1959) revisa los resultados de estudios antropológicos sobre este tema. La Comisión de Nyasaland de 1935, y Audrey Richards, en su estudio en Buganda en 1954, encontraron que las motivaciones de los migrantes eran, en su gran mayoría, económicas. En Alurland, Southall afirma que "los volúmenes de migración de esta población están directamente relacionados con el desarrollo económico. Pero no se necesita dinero en efectivo todo el tiempo: sólo de vez en cuando para pagar matrimonios, impuestos y ropa" (citado en Mitchell, *op. cit.*: 22). Además, la migración entre los alur se ha convertido en un hábito y ha adquirido prestigio, cuando menos entre los muy jóvenes. Houghton y Watson reportan lo mismo en un estudio en Africa del Sur (*ibíd.*).

Entre los Ngoni, el noventa por ciento de los migrantes sale con el fin de ganar dinero. Sin embargo, Gulliver advierte que, además de esta presión general, se presentan causas "de última instancia" a manera de empujón final que hace desplazarse a los migrantes.

En el norte de Nigeria, Prothero reportó que el 92% de los migrantes entrevistados salieron de su aldea por razones económicas: 52% para obtener dinero en efectivo, 16% para obtener alimentos y 24% para hacer comercio.

Shapera (1947), en su estudio pionero *La migración laboral y la vida tribal*, se adentró en toda la serie de factores que afectan la decisión de migrar. Además de factores económicos, considera como tales el deseo de correr aventuras, o de escaparse de la vida tediosa y aislada del pastoreo, y el hecho de que la migración ya se ha convertido en un rito de iniciación a la edad adulta.

En general, en aquellas regiones en las que existen fuentes de ingreso alternativas, la incidencia de la migración es menor que en otras que no las tienen. Mitchell apoya esta hipótesis citando datos de los estudios a que nos referimos en párrafos anteriores. Menciona como ejemplo concreto la observación hecha por Southall en Alurland. Allí, el 15% de la población se encontraba ausente en el distrito de Okoro, donde no se cultiva el algodón; el 6%, en el distrito de Jonam, donde no se ha desarrollado mucho este cultivo; y solamente 2% de la zona de Padyere, donde hay una alta producción de algodón (*op. cit.*, 36).

Una vez descritas las causas generales de la migración, Mitchell trata de explicar el hecho de que éstas sean recurrentes, refiriéndose a la atracción centrípeta que sobre el migrante ejerce el conjunto de relaciones sociales que ha creado en su aldea. Esta red de relaciones, afirma, le da una sensación de seguridad y confianza. "No cambia esta seguridad con facilidad por la incertidumbre y las fluctuaciones caprichosas de los asentamientos políglotas de los centros laborales" (*op. cit.*, 39).

En un artículo posterior, Mitchell añade una interpretación suplementaria, dándole mayor peso a las políticas de los gobiernos como causantes de este patrón de migración. "Una legislación que desalentara el deseo de los africanos de establecerse permanentemente en las ciudades, dice, le convenía al gobierno, ya que el costo de mantenerlos en caso de vejez, invalidez o incapacidad, recaía sobre los parientes en la tribu y porque las áreas tribales servían así como reservas convenientes a las que podía regresarse la mano de obra desempleada en caso de que la economía industrial llegara en algún momento a retraerse. Esto, en particular, puede ocurrir si está atada al mercado internacional." (1961, 84.)

Los aspectos sociales de la migración han recibido atención especial en estudios antropológicos sobre este tema en África. Se mencionan a continuación algunos de sus aspectos más relevantes.

Los migrantes llegan normalmente a las ciudades africanas a establecerse con parientes o paisanos, de quienes reciben apoyo social y psicológico y ayuda directa en encontrar trabajo y vivienda (Mitchell, 1959, Gutkind, 1964, Scuthall, 1960). Las más de las veces, el nivel de vida es muy bajo, y el trabajo difícilmente se encuentra. Esto lo describe de manera punzante el artículo "*La energía de la desesperación*" (*The Energy of Despair*, 1964) de Peter Gutkind, y también lo recrea de manera elocuente y poética el escritor sudafricano Alan Paton, en "*Llora, país querido*" (*Cry, the Beloved Country*), al narrar la historia de un anciano campesino que va a la gran ciudad en busca del hijo que emigró.

En contraste con lo que ocurrió en Inglaterra, en Africa al sur del Sahara migran mayor número de hombres que de mujeres. Esto se ha debido a la falta de oportunidades de empleo para las mujeres en las ciudades. En consecuencia se produjo un marcado desequilibrio por sexos en las poblaciones urbanas.

Pero a pesar del énfasis dado a aspectos sociales de la migración en Africa, todavía en los sesentas Southall advertía que "...fuera de generalizaciones en cuanto a secularización, proletarianización y comercialización, no ha brotado una visión clara de las tendencias estructurales de cambio a nivel de la familia, el barrio o los pequeños grupos" (1960, 88). Este llamado señaló el rumbo de los estudios antropológicos sobre la migración que en años posteriores atendió a situaciones concretas de interacción directa entre individuos y pequeños grupos. Una derivación fue el desarrollo de la técnica de redes sociales —*social networks*— que surgió precisamente del análisis de la adaptación de migrantes africanos a las ciudades.

El cambio de identidad étnica de los migrantes, que se da de manera muy ostensible y compleja en el caso africano, también ha sido analizado. Se han reportado dos tipos de migrantes en las ciudades africanas: aquellos que retienen los rasgos más visibles de su identidad étnica y sus vínculos con la aldea rural, y los que, por lo contrario, tienden a perder ambos. Mayer (1961), en su estudio de *East London*, llamó a los primeros los migrantes "rojos", y a los segundos, "escolares" —por ser éstos los que se afanan por obtener una educación primaria de tipo europeo. En su estudio en El Cairo, Janet Abu-Lughod también señala lo mismo: los migrantes se dividen entre jóvenes que buscan asimilarse y progresar con entusiasmo y vitalidad y los que pasivamente se acomodan a una situación de escasa supervivencia. "Estos últimos, por ser más numerosos y por tener una menor capacidad de asimilación, tienden a construir a su alrededor una copia fiel de la cultura que dejaron en la aldea..." (1967, 368). Es importante que no reporta una línea divisoria étnica entre los dos grupos.

¿Cómo explicaron los investigadores por qué algunos cambian su identidad étnica, y otros, por lo contrario, la conservan? Schwab (1961) encontró que en la ciudad funcionan simultáneamente el sistema de estratificación social creado por el crecimiento industrial y el sistema tradicional de la aldea tribal. El migrante que sigue perteneciendo a un grupo cercano de paisanos y parientes, conserva de este modo su *status* social rural. Mientras no encuentre un sustituto al apoyo y seguridad que le confiere dicho *status*, Schwab arguye que no desechará su identi-

dad étnica, es decir, la pertenencia a su grupo étnico. Esta idea se une a la expresada por Mitchell, en el sentido de que las relaciones sociales y culturales del migrante en la aldea rural actúan como una fuerza que lo hace regresar periódicamente, o, cuando menos, seguir sosteniendo vínculos con ella.

Sin embargo, este enfoque centrado primordialmente sobre los cambios de actitudes y de relaciones sociales de los migrantes ha dado una visión muy parcial de la realidad africana, porque deja a un lado el contexto económico y político en que se da la integración de los migrantes. Magubane (1973) critica el que Mayer, al fijar su atención sobre el conflicto cultural de los migrantes, creando una designación heurística de dos grupos antagónicos como son los Xhosa "rojos" y los "escolares", lo que hace es desviar la atención del conflicto principal: el que existe entre la mayoría nativa negra y la minoría blanca dominante. Afirma Magubane que realizar un análisis minucioso de las actitudes de migrantes africanos es "...convidarnos a las trivialidades del contacto cultural" (1973: 1712), cuando lo que está en juego es una lucha política de mucho mayor envergadura. No deja de ser muy interesante su examen del prejuicio conceptual con que se describen estos fenómenos. Dice, por ejemplo, que Mayer considera a *East London* una "ciudad de blancos", cuando de hecho está enclavada en suelo nativo usurpado, y hace notar que los europeos blancos pertenecen también a distintas *tribus*: la holandesa, la belga, la inglesa, etc. Sugiere proseguir los estudios de la "des-tribalización" examinando las dificultades a que se enfrentan los holandeses en librarse de sus nexos tribales, y el choque cultural que sufren al migrar a ciudades sudafricanas.

Resumiendo lo expuesto hasta aquí sobre la migración laboral en África, vemos que se ha dado a partir de la época colonial fundamentalmente por razones económicas a las que se añaden otras de tipo cultural, psicológico y ritual. Participan en ella casi únicamente los hombres adultos, dado que las condiciones precarias en las ciudades obstaculizan el que se establezcan en ellas acompañados de sus familias. Por ello las familias permanecen en la zona tribal, dándose así un patrón especial de migración en el que los migrantes regresan periódicamente a su pueblo rural. Este patrón de migración recurrente fue refrendado por las políticas de los gobiernos coloniales en cuanto a desarrollo agrario, expansión industrial y urbanización.

C. *La migración en América Latina*

Los estudios de migración interna han sido realizados predominantemente por sociólogos y demógrafos en América Latina, a niveles muy agregados de datos. Son muy pocos los llevados a cabo por antropólogos, a nivel local o grupal. Además, las investigaciones han cubierto una amplia variedad de enfoques teóricos y niveles de análisis, por lo que es difícil generalizar sobre los resultados e interpretaciones de los mismos.

Poca atención se ha dado a la investigación de la migración rural, y sólo en la actualidad empiezan a hacerse estudios de la migración internacional, analizando el arribo de migrantes europeos y asiáticos a diversos países del continente; pero, por sus dimensiones y su gran visibilidad, ha sido la migración del campo a las ciudades, cristalizada en las infames y famosas barriadas pobres alrededor de las ciudades latinoamericanas, la que ha recibido mayor atención. Se estima que el 50% del crecimiento urbano de la región se ha debido a la migración. El índice de crecimiento de las ciudades ha sido aproximadamente el doble del crecimiento vegetativo de la población en la mayoría de estos países.

Muñoz y Oliveira (1972a) hacen una revisión de los estudios sociológicos de migración interna en América Latina, mostrando el peso decisivo de los cambios económicos tanto en el campo como en la ciudad en diversas modalidades de migración. También recoge los resultados de una serie de estudios Hauser (1961: 42), señalando que la falta de empleo y la pobreza en las regiones agrícolas son factores que determinan la expulsión de migrantes.

Matos Mar (1967: 205), en su valioso estudio, reporta que 61% de una muestra de 17 000 familias migrantes de Lima, Perú, se trasladaron a la ciudad por consideraciones económicas. Obtuvieron resultados similares Germani (1969) y Margulis (1968) para el caso de Argentina; Butterworth (1970) y Suárez Contreras (1972) para México, y Argüello (1972) para Chile.

Sin embargo, ninguno de estos autores se refiere exclusivamente a factores económicos como causantes de la migración. La mayoría de las encuestas reportan porcentajes de motivación de migrar similares a los siguientes: en la ciudad de Lima, el 61% de migrantes tuvieron motivos económicos para desplazarse; 22.8% dieron motivos "sociales", tales como el deseo de escapar de las restricciones de la vida de familia y de comunidad; 8.6% buscaban mejores oportunidades de adquirir una educación formal; 3.4% dejaron el pueblo a causa del servicio militar; y, finalmente, 0.8% querían una mejor vivienda (Matos Mar, *op. cit.*: 205).

Las condiciones que provocan la expulsión de migrantes en las áreas rurales de América Latina son: la concentración de la propiedad de la tierra en grandes latifundios en aquellos países que no han tenido una reforma agraria (Häuser, 1967: 42); la mecanización y comercialización de la agricultura, o su estancamiento económico (Singer, 1972: 50), y el hecho de que no están creando ocupaciones alternativas en esas zonas (Muñoz y Oliveira, 1972a: 8).

Influye en todo ello, en forma decisiva, el crecimiento acelerado de la población, que agrava las tendencias ya mencionadas. Ni la agricultura ni la industria han podido absorber este aumento poblacional, aunque las tasas de absorción de mano de obra varían marcadamente en distintos países.

La migración a las ciudades latinoamericanas sigue normalmente un patrón de escalas geográficas. El padre migra de la comunidad rural a la ciudad regional, y su hijo pasa de allí a la gran ciudad. O el migrante mismo, después de vivir varios años en la ciudad regional, se traslada a la gran urbe (Oliveira y Stern, 1972, Balán *et al.*, 1973; Mangin, 1970; Butterworth, 1970; Hauser, 1967). Una alta proporción de migrantes van primero de visita a la ciudad, hospedándose con parientes (Mangin, 1970; Herrick, 1965). Browning y Feindt (1967: 25) reportan que 66% de los migrantes entrevistados habían visitado la ciudad antes de migrar a ella. Los migrantes tienden a vivir con sus parientes y paisanos del pueblo, o cerca de ellos (Cardoso de Oliveira, 1972; Herrick, 1965; Butterworth, 1970, entre otros).

El parentesco ritual, en forma de compadrazgo, se expande como cadena infinita de abrazos de bienvenida al migrante (Lewis, 1957; Butterworth, 1970; Kemper, 1973). Browning y Feindt (*op. cit.*, 120) nos informan que cuatro de cada cinco migrantes ya tienen parientes residentes en la ciudad antes de migrar. La proporción que reporta Herrick en Santiago de Chile es similar: 84% tenían amigos o parientes en la urbe (*op. cit.*, 91). McDonald incluso llega a firmar que el hecho de que la gente tenga parientes en la ciudad es el motivo por el que migran (1968, 434).

En un estudio de una barriada de "marginados" en la ciudad de México, Larissa Lomnitz (1976) concluye que el parentesco, el compadrazgo y las relaciones entre vecinos constituyen una red de intercambio vital para la supervivencia de sus moradores, ya que la mayoría no tienen un ingreso permanente.

Otros tipos de relaciones sociales que se dan entre los migrantes en las ciudades son las asociaciones formales y las sectas religiosas. Las prime-

ras pueden ser simplemente de membrete, como las mencionadas por Lewis de tepoztecos o por Young (1976) de zapotecos, en la ciudad de México, o activas y realizar funciones específicas, como la que describe Doughty en Lima (1970). Es interesante que estas asociaciones limeñas están jerarquizadas de acuerdo con el carácter sociopolítico del lugar de origen. Por ejemplo, una asociación de migrantes de una comunidad tiene menos prestigio y poder de negociación política que la de los migrantes de la capital del Departamento. Asimismo, están jerarquizadas por consideraciones culturales: si sus miembros son blancos, mestizos, cholos o quechuas. "Los clubes, dice Doughty, son utilizados para mantener el prestigio de que se gozaba en la provincia, prestigio que no se reconoce fuera del círculo del club" (*op. cit.*, 35). Es significativo el paralelo con lo mencionado para ciudades africanas.

El origen de clase de los migrantes rurales ha variado en épocas recientes. En el caso de México, por ejemplo, en décadas anteriores tendían a migrar individuos de familias de estratos medios de las ciudades regionales y de los pueblos. Ahora, se han incorporado al flujo migratorio también los campesinos de menores recursos que el grupo anterior (Browning y Feindt, 1967; Balán, *et al.*, 1973; Muñoz y Oliveira, 1972a). Todavía no se ha podido confirmar si el estrato más bajo de campesinos, en especial los jornaleros sin tierras, migran en mayor proporción que los de los niveles inmediatamente superiores.

Al igual que en otras regiones, la migración en América Latina involucra a los grupos de edad de manera diferencial. Datos citados para Brasil, Colombia y Venezuela señalan que los hombres migran predominantemente entre los 15 y los 24 años; las mujeres, después de los 30 años (Elizaga, 1963, citado en Muñoz y Oliveira, 1972a: 19). Los migrantes a la ciudad de México se concentran en las edades de 14 a 24 años (CEED, 1970, 89).

Confirmando la novena ley del profesor Ravenstein, las estadísticas muestran que en América Latina, al contrario de lo que ocurre en África, "las mujeres migran más que los hombres". Se reportan sólo dos excepciones en estudios llevados a cabo en Guatemala y en Perú (Muñoz y Oliveira, 1972a: 19).

Participan en la migración, en proporciones semejantes, individuos y familias. En Santiago, 50% de los migrantes son mujeres y hombres solos (Elizaga, *ibíd.*). En la ciudad de Monterrey, México, 47% de los encuestados habían migrado con sus familias, y 20% eran hombres solos (Browning y Feindt, 1967).

El rasgo distintivo de la migración en América Latina es la concentra-

ción de los migrantes en zonas residenciales paupérrimas: *barriadas*, en Perú; *favelas*, en Brasil; *callampas*, en Chile; *ciudades perdidas*, en México. Su estilo de vida en ellas ha sido objeto de numerosos estudios (Lomnitz, 1976; Peattie, 1968; Mangin, 1967, 1970) y también de novelas y filmes cinematográficos. Lo narran de manera elocuente sus habitantes en *Los hijos de Sánchez* y *La vida*, de Oscar Lewis.

Una variante residencial es que los migrantes habiten viejas casonas a punto de derrumbarse en los centros de las ciudades. Ha descrito estas *vecindades*, en México, Oscar Lewis (1957). Elzaga y Mercado han hecho su descripción en Santiago, donde se les llama *conventillos*.

En general, parece ser que los migrantes tienen una movilidad social económica igual a la de los nativos de la ciudad. Esto contrasta con la propuesta de Lipset y Bendix, en el sentido de que en países en desarrollo los migrantes tienden a detenerse en los niveles de ocupación más bajos. Una encuesta llevada a cabo en Argentina, Chile y Brasil, aclaró que no hay diferencias en la movilidad ocupacional de migrantes rurales y habitantes de la ciudad. Sus autores sugieren que esto se debe a que en condiciones de desarrollo "...los migrantes no entran a una estructura ocupacional, sino que ayudan a formarla" (Bock y Iutaka, 1968, 353).

Datos de una encuesta extensa realizada por Muñoz, Oliveira y Stern, en la ciudad de México, mostró que, en un principio, los migrantes rurales tienen tendencia a ocupar los empleos de remuneración más baja, debido a su carencia de capacitación y experiencia, pero que esta tendencia disminuye conforme aumenta el tiempo de residencia del migrante en la ciudad.

Lo anterior tiene singular importancia respecto a la "marginalidad" de los migrantes, concepto teórico que se discute en el capítulo siguiente. Como tendencia general, sin embargo, parece ser que en casi todas las ciudades latinoamericanas los migrantes rurales se dedican a ocupaciones "marginales", como son la venta ambulante, el trabajo no calificado en el sector de servicios y de industria (Cf. Faría, 1974; Mangin, 1970). En muchos casos en su mayoría son mujeres que no pueden encontrar otro tipo de empleo.

Para el caso de México, Muñoz, Oliveira y Stern indican que un 36.6% de las mujeres de su muestra se hallan en estas ocupaciones marginales en contraste con 18.2% correspondiente a hombres (Muñoz *et al.*, 1972b: 342).

Es importante la influencia del factor étnico en la integración del migrante a la sociedad urbana. Se piensa con frecuencia que los migrantes indígenas tienden a incorporarse a ocupaciones de bajos ingresos y baja

productividad. Pero los resultados de diversos estudios son contrastantes. Cardoso de Oliveira, para el caso de los indios têrena, en Brasil, confirma que sí se dedican a este tipo de empleo (*op. cit.*: 183). La investigación sobre los mazahuas y otomíes también apoya esa hipótesis (Arizpe, 1975). Sin embargo, no sucede lo mismo con los zapotecos (Young, 1976; Butterworth, 1970) ni con los migrantes de Tzintzuntzan (Kemper, 1973) en México. Se requiere un mayor número de estudios sobre este aspecto y una formulación teórica que permita vincularlo a los fenómenos de la migración y movilidad social.

En resumen, la migración rural-urbana en América Latina se ha dado como resultado del deterioro de condiciones económicas en el campo derivadas de sus estructuras productivas. No hay disponibilidad de tierras, ya sea por presión demográfica o por latifundismo y la mecanización de la agricultura ha desplazado también mano de obra. Acentúa estas tendencias el alto crecimiento de la población que aumenta el número de trabajadores que tiene que encontrar acomodo ocupacional. La única esperanza de supervivencia o de acomodo económico la ofrecen las ciudades.

En su periodo inicial —y en muchos casos, de manera permanente— de residencia en la ciudad el migrante se dedica a ocupaciones de bajos ingresos y productividad, tales como la venta ambulante y el trabajo no calificado en los servicios y en la producción. Sólo en algunas ciudades de América Latina logran posteriormente incorporarse a la estructura formal de empleo. Llegan a vivir generalmente con parientes y paisanos y a veces forman agrupaciones que les permiten conservar sus relaciones sociales rurales. Habitan por lo general en barriadas construidas *ad hoc* o en los barrios antiguos del centro de la ciudad. Migran más mujeres que hombres a la ciudades y ambos se desplazan predominantemente entre los 15 y los 25 años de edad. En el caso de campesinos indígenas se da una situación de cambio étnico y cultural pero es poca la información con la que se cuenta sobre este aspecto.

CAPITULO II

TEORIAS SOBRE LA MIGRACION

Los datos expuestos en el capítulo anterior proporcionan elementos para partir de una premisa teórica fundamental; a saber, que la migración rural-urbana de gran magnitud se ha dado en la época moderna en relación con procesos de industrialización y cambios en las formas de producción agrícola. A nivel muy general, los tres casos descritos muestran un hecho indudable; en realidad, puede decirse que sólo confirman el fallo convencional de los economistas en el sentido de que la migración constituye una reasignación de factores de la producción, de acuerdo con las fluctuaciones de oferta y demanda de mano de obra en distintas regiones. Se hace necesario, no obstante, *demostrar* la relación de la migración rural-urbana con procesos macroeconómicos dada la tendencia ya mencionada en estudios antropológicos y algunos sociológicos a considerar cada instancia de migración de grupo como un fenómeno único a explicarse en función de su contexto social inmediato y de sus componentes psicológicos y culturales.

Si bien la correlación de flujos migratorios masivos campo-ciudad con el desarrollo económico de tipo capitalista es ya una verdad de Perogrullo, sus modalidades culturales, familiares, ideológicas y políticas las dan las condiciones históricas particulares de cada país. La forma en que ocurren estas modalidades sólo puede comprenderse mediante la investigación y análisis directos de grupo de migrantes. En el estudio de la migración a pequeña escala intervienen varios niveles explicativos que hacen indispensable establecer desde el inicio una perspectiva teórica que evite confundirlos, como ha sucedido con frecuencia en investigaciones de este tipo. A continuación se recogen las interrogantes plantea-

das en el capítulo anterior, explorándolas en relación con las teorías que se han desarrollado hasta la fecha sobre la migración.

A. *Teorías generales sobre la migración*

A un alto nivel de abstracción, existen dos teorías que proponen una explicación de la relación entre población y recursos. Para los propósitos de este trabajo bastará referirnos a ellas someramente.

La teoría malthusiana postula un crecimiento autónomo geométrico, en el caso de la población y aritmético, en el caso de recursos, que paulatinamente acrecienta un desequilibrio entre ambos. En la actualidad, el neomalthusianismo considera que se ha confirmado la tesis anterior, puesto que la población aumenta a un ritmo mucho mayor que los alimentos, de lo cual resulta un *excedente* de población que no llega a cubrir adecuadamente sus necesidades de alimentos y bienes de consumo. Este excedente se ha convertido en una oleada humana que oscila entre el campo y la ciudad, sin posibilidades de encontrar acomodo satisfactorio en ninguno de los dos lugares. Así, las grandes corrientes de migración son consideradas como consecuencia del crecimiento natural de la población, lo que hace que, desde este punto de vista, la migración constituya básicamente un fenómeno demográfico.

Se oponen a esta teoría las tesis del marxismo, el cual argumenta que este excedente se define no por las tasas de crecimiento vegetativo de la población sino por la capacidad de un sistema económico dado para absorber ese incremento demográfico. En particular en el caso del sistema capitalista, de acuerdo con Marx, la naturaleza de las relaciones de producción entre capital y trabajo crea un sector poblacional desempleado, el ejército industrial de reserva. Al mismo tiempo, la penetración del modo de producción capitalista en la agricultura destruye las bases tradicionales económicas de los campesinos, obligándolos a trasladarse como mano de obra barata, a las ciudades. Lenin documenta este proceso de "descampesinización" y "proletarización" del campesino muy claramente en el caso del desarrollo del capitalismo en Rusia (Lenin, 1971). La migración, vista desde esta perspectiva, es resultado de la forma política de organización de la producción en el sistema económico que abarca tanto a la ciudad como al campo.

El siguiente paso teórico es preguntar si existe o debe buscarse una teoría de las migraciones. Algunos autores, como Schwarzweiler y Mangalam (1973) consideran que éste sería el camino para analizarlas con arreglo a una teoría que englobe sus componentes económicos, demo-

gráficos, sociológicos y culturales. Otros, como Argüello (1973:60), se declaran contrarios a la formulación de una teoría particular para este fenómeno. Básicamente, la cuestión que se presenta es la naturaleza de la relación de la migración con los procesos sociales que la acompañan.

Si partiéramos del supuesto de que la migración tiene causas particulares o ahistóricas en cada instancia el método por seguir sería la recolección de materiales comparativos con los cuales llegar a establecer una serie de principios o "leyes" de la migración. Este fue el método seguido por el primer estudioso de la migración, el profesor inglés E. G. Ravenstein, quien publicó precisamente sus "Leyes de la Migración" en 1885.

El mismo método fue aplicado posteriormente por antropólogos en el estudio de sociedades tradicionales a través del método comparativo, procedimiento que constituye la piedra de toque del enfoque funcional-estructuralista de Radcliffe-Brown de los años treinta. En los primeros estudios antropológicos de la migración que se hicieron en África y en América Latina en los años cincuenta y sesenta también se puso en práctica este método. Todavía en 1971, por ejemplo, Butterworth, el antropólogo que realizó uno de los estudios iniciales de migración rural-urbana en México, reunió todos los datos antropológicos conocidos hasta la fecha sobre este tema en América Latina, para establecer generalizaciones comparativas que orientan a estudios posteriores (Butterworth, 1971). Es decir, se partía del supuesto empiricista de que la acumulación de estudios de caso llevaría al establecimiento de las "leyes" del fenómeno.

Si, por el contrario, partimos del supuesto de que la migración *no es* un fenómeno ahistórico, azaroso e individualista, tal y como lo expresan Schwarzweller y Mangalam, *ipso facto* la teoría que se le aplique debe abarcar asimismo los fenómenos que la acompañan. La oposición de Argüello a una teoría específica para la migración se debe a que parte de este supuesto. Concuerdan con ello, igualmente, los sociólogos Muñoz, Oliveira y Stern (Oliveira y Stern, 1972; Muñoz y Oliveira, 1972a), en el sentido de que la explicación de los flujos migratorios quedaría comprendida en la teoría que explique el desarrollo de la industrialización y urbanización y los cambios en la agricultura. Aceptan ya este punto de vista algunos estudios antropológicos recientes (cf. Safa y Du Toit, 1976). Dentro de esta misma corriente, Singer (1972:45) formula como hipótesis que, en efecto, distintos tipos de industrialización condicionan distintas modalidades históricas de migración.

En el presente trabajo partimos de la perspectiva teórica anterior, al considerar que la migración rural-urbana constituye un fenómeno *es-*

structural, en tanto que forma parte de procesos mayores de industrialización, urbanización y producción en el campo e *histórico*, puesto que las circunstancias históricas en que se produce le imprimen modalidades particulares. El tomar dicha perspectiva por punto de partida presenta dificultades especiales en el estudio antropológico de pequeños grupos de migrantes. Hace necesario establecer con prioridad a la investigación un marco de generalizaciones que esclarezca a nivel macroestructural el tipo de industrialización, urbanización y desarrollo agrario que ocurre en el país o en la región bajo estudio. También, como veremos más adelante, presenta problemas de operacionalización e interpretación.

B. *Migración y procesos estructurales*

Considerada la migración como fenómeno histórico, interesa entender cómo han ocurrido en América Latina los procesos mencionados arriba.

La descripción de los flujos migratorios en estos países hecha en el capítulo I nos indica que se trata de movimientos con origen y formas básicamente similares. En general, se trata de campesinos empobrecidos, así como de jóvenes en busca de empleo o de movilidad social, que se trasladan a las ciudades donde encuentran acomodo, a lo menos, en el sector industrial, y, los más, en los servicios y en ocupaciones marginales. Son típicos de estos movimientos en América Latina su concentración en las grandes capitales; la aglomeración de migrantes en favelas, conventillos y ciudades perdidas; el desempleo y subempleo entre ellos; la migración de mujeres del campo que se dedican al servicio doméstico en la ciudad, y un acelerado aumento de población que da un carácter masivo a tales movimientos.

Singer (1972, 1975) intentó dar una base explicativa de las características anteriores, enfocando los cambios económicos mayores habidos en los países de América Latina, en relación con los movimientos internos de población.

En el tipo de industrialización capitalista y periférica ocurrida en estos países, según explica Singer, el crecimiento industrial ha girado alrededor de la sustitución de importaciones que hace muy conveniente la instalación de fábricas en los centros urbanos, los cuales ofrecen mercados inmediatos para sus productos. Los servicios proporcionados por el Estado para alentar la industrialización, tales como infraestructura, servicios de transporte, servicios médicos, etc., se han concentrado en las

grandes urbes, dando lugar para que las economías externas complementarias de los establecimientos industriales también se instalen cerca de dichas urbes. El resultado es una notable concentración espacial de la actividad industrial. De haber crecido las industrias a partir del procesamiento de productos locales o de materias primas de importación, tal y como sucedió en Europa, se habría dado un patrón de urbanización más uniforme en cuanto a la distribución de actividades industriales y financieras, con el crecimiento de una red de ciudades especializadas. Acentuó esta concentración el hecho de que las industrias de los países latinoamericanos han crecido durante la etapa del capitalismo monopolístico internacional, lo que ha provocado todavía más la concentración de capitales y tecnología en las ciudades industriales.

Consecuentemente, ha habido un desarrollo del sector moderno industrial sólo en contadas ciudades, mientras que el resto de las áreas rurales han quedado alejadas del dinamismo que produce este desarrollo.

El proceso anterior, que ha aumentado los desequilibrios regionales entre ciudad y campo y que, dicho sea de paso, también ocurre en países industrializados, se ha interpretado como un sistema dual, dando por sentado que los sectores moderno y tradicional son unidades autónomas con una dinámica propia. El atraso del sector tradicional se atribuye a su resistencia al cambio y al desarrollo. Esta dicotomización, aplicada al ámbito cultural, ha dado lugar para la teoría de la modernización, en la que se considera la migración como la contraparte geográfica del cambio cultural. Este enfoque se discute en páginas posteriores.

(Otros autores (Cf. Singer, 1975; Stavenhagen, 1972; Cardoso y Faletto, 1972, entre otros) afirman, al contrario, que ha sido la excesiva concentración de actividades y capitales industriales en ciertas ciudades la que ha acrecentado la distancia entre el sector moderno y el tradicional, impidiendo la extensión de dichas actividades a las zonas y ciudades del interior. Hacen notar con énfasis que la concentración urbana mencionada y la depresión económica de las zonas agrícolas están estrechamente ligadas con el papel que juegan los países latinoamericanos en el mercado internacional (cf. Cardoso y Faletto, 1972; Quijano, 1970).

Sin embargo, se ha criticado el hecho de asignarle un peso determinante único a tales relaciones; "...es claro que siempre es posible hallar alguna relación entre la dependencia y cualquier acontecimiento histórico ocurrido en un país dependiente; basta con operar a un nivel de abstracción suficientemente elevado" (Singer, 1975; 74). Se insiste actualmente en la necesidad de dar una importancia paritaria a los facto-

res internos de estructura política y social que también determinan estos procesos.

Al interior de las fronteras nacionales, afectan de manera decisiva en la estructura productiva las políticas económicas de los gobiernos, principalmente en relación con inversiones del gasto público, incentivos para la expansión industrial a través de exenciones de impuesto, construcción de infraestructura urbana y ampliación de servicios sociales y de vivienda para la clase obrera. Si dichas políticas concentran las inversiones públicas en las ciudades son causa de un desarrollo desequilibrado de las mismas en relación con las áreas rurales. Por lo que toca a éstas, son decisivas las estructuras productivas agrarias en cuanto tienden a expulsar mano de obra de la agricultura. De acuerdo con Singer (1972; 50) se dan, por una parte, *factores de cambio* por la introducción de relaciones de producción capitalista en la agricultura —expropiación de campesinos, expulsión de aparceros, comercialización y mecanización— y, por otra, *factores de estancamiento*, como pueden ser: “una creciente presión demográfica sobre una disponibilidad de áreas cultivables que puede ser limitada, tanto por la insuficiencia física de la tierra aprovechable como por la monopolización de los grandes propietarios” (*ibíd.*). Esto permitiría explicar por qué ocurre la expulsión de migrantes tanto en áreas agrícolas de subsistencia como en las que sufren un desarrollo comercial acelerado.

Sigue explicando este mismo autor que de hecho existe un nexo causal entre el desempleo tecnológico generado en el campo y la creación de empleos industriales en la ciudad, el cual crea las condiciones para que ocurra una compensación entre ambos. El punto clave, afirma, que hace que se lleve a efecto dicha compensación, es el destino que dan los beneficiarios a las ganancias que genera la industrialización; *i.e.*, las burguesías nacionales. Podemos pensar que en las épocas de industrialización en Inglaterra y Francia, en que predominaba una ética protestante de austeridad y trabajo, dichas ganancias eran normalmente reinvertidas en establecer nuevas empresas. En el caso de la burguesía latinoamericana las ganancias se dirigen preponderantemente hacia el gasto suntuario, muchas veces de artículos producidos fuera del país. A esto también se añaden los dispendios y depósitos en el extranjero de funcionarios públicos. Estos capitales, no sólo no son reinvertidos en actividades productivas, sino que constituyen fugas de capitales nacionales.

El crecimiento industrial de los países latinoamericanos no ha logrado absorber mano de obra al ritmo que se requeriría para evitar el subempleo masivo. Las causas de esta incapacidad de creación de empleos

en la industria son múltiples. Por una parte, se cita el elevado crecimiento demográfico que, al ser el más alto de la historia, significa que la creación de empleos tendría que ser mucho mayor que la ocurrida en los casos clásicos de países industrializados. Esto, si se tiene por verosímil la posibilidad de repetir la experiencia de éstos, posibilidad que la historia parece ya haber cancelado.

Básicamente, las bajas tasas de creación de empleos están relacionadas con reducidos niveles de inversión, con reinversión insuficiente y, de manera importante, con la introducción de formas de producción intensivas de capital.

Puede generalizarse afirmando que, con algunas excepciones como ciertos periodos en México y en Argentina (cf. Muñoz y Oliveira, 1975; Balán *et al.*, 1973; Bock y Iutaka, 1971), los migrantes rural-urbanos en América Latina no encuentran acomodo en la estructura ocupacional industrial y por ello tienden a dedicarse a trabajos de baja productividad y bajos ingresos, generalmente en los servicios, la producción casi artesanal y el pequeño comercio ambulante.

Se discute actualmente el origen y la naturaleza de este amplio sector "marginal" o "subempleado" en las economías de países latinoamericanos y de otras regiones del Tercer Mundo.

En la formulación original del concepto de "marginalidad" (Nun, 1970; Quijano, 1970) se postulaba que el excedente de población desplazado de la agricultura era mucho mayor de lo que podría considerarse, de acuerdo con un análisis marxista de la economía, como "ejército industrial de reserva"

Mientras que éste se encontraba en posición de obtener eventualmente empleos industriales, la "masa marginal" está totalmente alejada de tal posibilidad. Por ello, manifiesta propensión a ingresar a ocupaciones eventuales de baja productividad e ingresos mínimos.

Como término heurístico, el concepto de marginalidad es útil para identificar a un sector poblacional muy definido; sin embargo, ha sido objeto de críticas por lo que atañe a su definición y a su precisión teórica. Por una parte, estudios sobre fuerza de trabajo en la ciudad de México y Monterrey (Muñoz y Oliviera, 1975; Balán *et al.*, 1973) y en Argentina, muestran que en el sector manufacturero se da una absorción decreciente de mano de obra pero, en términos relativos, mayor que en algunas ramas de los servicios, como los personales y el comercio. Por otra parte, se ha argumentado que la marginalidad no es privativa de las economías capitalistas periféricas de América Latina, sino que ha estado presente también en los casos de países industrializados (Hobsbawn,

1969). En particular, respecto de la migración, interesa saber si este tipo de empleos son el resultado únicamente del desempleo en los sectores productivos o si el sistema mismo encuentra en ellos cierta funcionalidad. Por ejemplo, en la ciudad de México, algunas empresas que no logran colocar sus productos en los canales usuales de distribución, como supermercados por prácticas monopólicas de empresas competidoras han encontrado muy conveniente el entregar sus productos a vendedores ambulantes; sin embargo, éstos ya vendían frutas y dulces con anterioridad, de manera que puede decirse que las industrias le dan funcionalidad a una actividad ya existente. En el caso de Brasil, para dar otro ejemplo, aun en épocas de pleno empleo se observó que los vendedores ambulantes de flores y similares continuaban con su actividad (Faria, 1976). Se requieren todavía investigaciones específicas que hagan precisiones sobre este punto.

El mismo tipo de discusión existe en torno del concepto de "subempleo". Se aplica este término en economía para medir la utilización real que un sistema económico determinado hace de su potencial de fuerza de trabajo (Jusidman, 1971; 275). El subempleo se mide en relación con productividad, tiempo de trabajo, ingreso y utilización de las habilidades de los trabajadores.

Sin embargo, Myrdal critica la teoría del subempleo, argumentando que toma las condiciones de insumos de capital y de tecnología y el marco institucional como dados y analiza la utilización de la fuerza de trabajo sólo en términos cuantitativos. Expresa su punto de vista afirmando que "no existe y no puede existir una reserva de fuerza de trabajo *en abstracto*, independientemente del lapso observado, de los cambios que se prevén y, en especial, de las políticas de los gobiernos" (Myrdal, 1968; 2059). Más aún, considera inadecuado este término —acuñado por Joan Robnson para referirse a los trabajadores desempleados que se dedican temporalmente a ocupaciones informales en economías de países industrializados— para ser aplicado a países subdesarrollados, en donde se refiere a "...la subutilización extensiva y a largo plazo de recursos humanos en la cual se hallan vinculados de manera permanente y estructural a varias líneas de producción mayor número de trabajadores de los que son necesarios para fabricar el producto" (*op. cit.*; 2044).

A pesar de las dificultades de teorización con respecto al origen y naturaleza de la falta de integración de gran parte de la población en actividades productivas en estas economías, es claro que la migración hace tangible esta marginalidad, desplazando geográficamente a la masa de población "marginal", y concentrándola en las ciudades. Sin embargo,

es un error confundir la "marginalidad" con la migración. Muchas veces se piensa que los "marginales" urbanos son migrantes rurales.

En este sentido, la migración se concibe como un estado de anomia, como una disfuncionalidad del sistema. Los datos expuestos en el primer capítulo contradicen esta interpretación, ya que muestran que la migración rural-urbana es condición necesaria para la formación del proletariado industrial. Aquellos autores que consideran sólo sus efectos de "desorganización" y "desequilibrio" parten de una visión sicologista y culturalista que pierde de vista la dinámica económica capitalista, tanto en sus ejemplos clásicos como en sus manifestaciones actuales.

Las consideraciones expuestas en páginas anteriores permiten entender el papel estructural que juegan los flujos masivos de migrantes hacia las ciudades en las economías latinoamericanas, y su forma especial de asentarse en dichas ciudades. Pero si las condiciones estructurales favorecen la migración del campo a la ciudad, cabe preguntarse: *¿por qué no migran todos?* Esta es la pregunta que hace Argüello (1973; 4) después de comprobar que las formas de producción en el agro chileno, en su mayoría, tienden a provocar la migración.

Esta interrogante, que se orienta a precisar la *selectividad* de los migrantes, obliga a desechar un determinismo económico como explicación única, o cualquier tipo de explicaciones unifactoriales de la migración.

Los estudios multivariados y multifactoriales relativos a la migración, i.e. Ruiz Chiapetto y Unikel (1973; 1976), Stoltzman y Ball (1971), han llegado a la misma conclusión. Son diversos factores los que causan la migración e influyen en la selectividad de los migrantes. Es vital, en el estudio de pequeños grupos de migrantes, el lograr una comprensión teórica de cómo se combinan dichos factores.

C. Las causas de la migración y la selectividad de migrantes

La relación entre factores causales generales del fenómeno y el hecho de que migran sólo algunos individuos, es el que mayores dificultades de teorización ha presentado en el estudio de la migración. No se ha logrado en el enfoque que parte de una perspectiva histórica y estructural, al que corresponden las consideraciones en páginas anteriores, operacionalizar conceptos analíticos que aclaren la relación entre el fenómeno agregado y el fenómeno individual.

Explicar los grandes cambios económicos, como lo hemos hecho en

páginas anteriores, no aclara por qué algunos individuos permanecen en sus comunidades rurales y otros migran. Resulta inadecuada pues una explicación mecanicista que quiera negar que los factores estructurales afectan diferencialmente a distintos grupos sociales, y a los individuos dentro de éstos. ¿A qué se debe, por tanto, la decisión de migrar?

La única corriente que ha estudiado el papel de las decisiones individuales, en la migración, es la teoría de la modernización. Según esta teoría los países en vías de desarrollo están adquiriendo un estilo de vida moderno, como resultado de procesos de cambio cultural y social, como son la expansión del alfabetismo, la propagación de medios masivos de comunicación, el alza de niveles de vida, la extensión de servicios de bienestar social, etc. Estos procesos de cambio, que teóricamente llegarán a influir en todos los sectores de los países, transforman las culturas tradicionales en culturas modernas de tipo urbano.

El antecedente de esta teoría es el esquema del *continuum* folk-urbano postulado por Robert Redfield, en los años cuarentas, para explicar el cambio social en México. A partir del polo *folk*, una sociedad en evolución (nótese que esta tesis tiene sus raíces teóricas en el evolucionismo clásico revivificado por la rama neoevolucionista de la antropología norteamericana en los años sesentas) atraviesa por un proceso de secularización y heterogeneización que la lleva a convertirse en una sociedad urbana moderna. Este movimiento se concibe como una progresión lineal en un único sentido.

En la actualidad, la dicotomía folk/urbana ha sido sustituida por los términos tradicional/moderno en las teorías dualistas aplicadas a América Latina. A pesar de una mayor sofisticación en los conceptos, se basa en la misma conceptualización del cambio social en el sentido de una evolución cultural unilineal.

De acuerdo con esta teoría la migración campo-ciudad es el movimiento geográfico que corresponde al cambio cultural; transforma a los campesinos o indígenas en seres modernos. Por ello, el aspecto central en el estudio de la migración dentro de este marco es el *cambio cultural* en los migrantes.

Los factores de mayor interés para el investigador son los cambios en actitudes y en estilo de vida que ocurren con el desplazamiento migratorio. De esta manera se estudiaron casi todos los grupos de migrantes en las primeras investigaciones de antropólogos en América Latina. Iwanska (1972), por ejemplo, estudia la misma región que se analiza en este trabajo, y concluye que la migración a la ciudad de México les ofrece a

los jóvenes migrantes la posibilidad de realizar las altas aspiraciones de vida que adquirieron al irse modernizando la comunidad.

Según la teoría de la modernización, en condiciones uniformes sólo migran ciertos individuos, debido a que su percepción subjetiva de las mismas varía según el individuo (Germani, 1975). Por lo tanto, dichas condiciones vienen a ser *causas* de migración solamente en virtud de la actitud que el individuo asuma frente a ellas. Dicho de otra forma, la migración está mediada por la percepción y las actitudes de los individuos, perspectiva que obliga al investigador a fijar su atención en factores psicológicos para explicar la migración.

Por lo que a esto se refiere, podemos llamar la atención hacia dos puntos debatibles: en primer lugar, que la teoría de la modernización parte del supuesto de que las condiciones generales presionan de manera homogénea a toda una población, sin tener en cuenta que existen diversos estratos económicos y sociales en su interior; en segundo lugar, también supone una capacidad de decisión individual correspondiente al tipo de sociedad occidental al que pertenecen los investigadores. Si este tipo de análisis puede ser útil para proporcionar pistas sobre la forma en que perciben los migrantes sus opciones de acción, su error consiste en asignarle el peso *causal* principal a las decisiones individuales. Puede explicarse el que un individuo migre y otro no lo haga por la elección consciente que hace cada uno de una opción; pero ello no nos explica por qué se enfrenta cada uno de ellos únicamente a ciertas alternativas.

Dicho de otra forma, este enfoque explica por qué se dan ciertas regularidades en cuanto al *tipo* de individuos que componen la migración, nos habla del *contenido* de la migración, pero no puede explicar por qué la migración ocurre como fenómeno masivo, en etapas históricas particulares en ciertos países.

Podría argumentarse que la parte más general de la teoría de la modernización, que se refiere a la difusión de valores y actitudes modernos a través de nuevos medios educativos y de comunicación, ayudaría a aclarar el carácter masivo de la migración. Sin embargo, no logra explicar entonces por qué sólo ciertas comunidades y ciertos grupos sociales son más propensos que otros a estos cambios que a otros. Por su alto nivel de abstracción, tampoco permite entender por qué hay migración tanto en regiones atrasadas como en regiones modernas; por qué existen distintos *tipos* de migración, como, por ejemplo, la temporal y la estacional, ni por qué se registra un alto índice de subempleo entre los migrantes en América Latina.

Sigue sin resolverse, desde un punto de vista teórico, la relación entre

causas de la migración y motivaciones individuales. Este problema sólo podrá dilucidarse en investigaciones directas a nivel de comunidades y de grupos. Interesa, por tanto, establecer una formulación teórica que permita comprender cómo se presentan a este nivel. En este sentido, han logrado los mayores avances los antropólogos que estudiaron este fenómeno en África.

Mitchell, en su artículo clásico (1959) sobre las causas de la migración laboral, después de citar datos que muestran que una mayoría de los migrantes africanos mencionados salieron de sus comunidades tribales por motivos económicos, se pregunta cuál es la relación de éstos con otros motivos de índole familiar o personal también mencionados. Incluye en su artículo dos citas que se señalan a continuación, que muestran cómo aparecen las motivaciones para migrar, a ojos del investigador que realiza trabajo de campo en una comunidad. Con claridad sorprendente, Audrey Richards, la antropóloga inglesa, nos dice: "...es probable que destaque en el relato que hace un migrante de sus motivaciones, un objetivo específico o un evento muy dramático, más que el efecto acumulado de esperanzas y temores que muy posiblemente sean la causa verdadera que lo ha llevado a abandonar su hogar. Quizá no pueda llegar a describir el lento proceso a través del cual se fueron deteriorando las condiciones locales, y que finalmente crearon una situación ya insostenible para él. De la misma manera, puede llegar a adquirir gran dramatismo en su mente algún altercado con su jefe local, al grado de que así borre de su conciencia la larga serie de frustraciones y penalidades económicas que también constituyeron "razones para irse" (citada en Mitchell, 1959: 22).

- En otra investigación, entre los Nyakyusa, Gulliver informa que el motivo que dan los migrantes para haber salido de su comunidad en un momento dado "...puede referirse a una crisis específica en sus asuntos financieros; a una presión por parte del suegro para que le entregue lo restante del ganado pagado como precio de novia; a una disputa con su hermano o con su vecino; a un resentimiento momentáneo contra su jefe; a un amorfo desventurado, o incluso al efecto de demostración de algún conocido que regresa al pueblo luciendo ropa a la moda o una bicicleta. Todas ellas son, ciertamente, causas reales de la migración laboral en un momento dado para ciertos individuos; pero no son las causas fundamentales para todos los migrantes ni siquiera lo son para esos individuos. Son únicamente los factores que vienen a derramar el vaso de agua y que determinan el momento específico de partida" (citado en Mitchell, *ibid.*). Nos muestran estas dos exposiciones, de manera muy incisi-

va, la relación entre las percepciones del migrante y el proceso social más amplio en el que está inmerso.

Lo anterior permite hacer una distinción crucial entre dos órdenes de causas: las inmediatas, las "gotas que derraman el vaso" que he llamado anteriormente causas precipitantes (Arizpe, 1975: 19), relacionadas con acontecimientos de las vidas personales de los migrantes, y las condiciones generales de la estructura social y económica en la que viven. Esta distinción analítica permite establecer parámetros heurísticos que ordenan el peso causal de los diversos factores que influyen en la migración. La dificultad en el manejo de datos de diversas magnitudes en las comunidades hace conveniente el establecer una distinción adicional en cuanto a condiciones generales. Las condiciones que afectan a los distintos grupos sociales en una comunidad rural están determinadas directamente por la estructura política y económica de la región circundante. Por ello sugiero que se analice este nivel regional como un parámetro de causas *mediatas* de la migración. A un nivel de mayor magnitud, propongo otro parámetro, de las condiciones generales emanadas de los procesos políticos y económicos nacionales que afectan a la región que se estudia. Así, tendremos un esquema con tres niveles paramétricos: causas precipitantes, mediatas y generales de la migración.

Resta aclarar finalmente cómo se engranan las causas personales y las causas que se refieren al conjunto de factores sociales, políticos y económicos que tienen injerencia en la migración. Mitchell sugiere una distinción lógica entre ellas. Los factores económicos, dice, constituyen las condiciones *necesarias* para la migración; sin embargo, "...pueden no ser, en sí mismas, condiciones *suficientes*. En otras palabras, de no darse las presiones económicas que inducen a la migración laboral, es probable que ésta no ocurra. Pero aun si se dan las condiciones económicas, la migración, de hecho, puede no ocurrir hasta que algún acontecimiento en la vida personal del individuo no precipite las cosas y lo lleve a tomar la decisión de partir" (Mitchell, 1959: 33). Partiendo de este supuesto, en el presente trabajo, al hablar de factores estructurales que provocan la migración estaremos hablando de sus causas necesarias. La forma subjetiva en que el individuo percibe estos factores y las decisiones que toma en base a ello constituyen las causas suficientes de la misma.

D. *El estudio antropológico de la migración*

Lo expuesto hasta aquí deja entrever las dificultades particulares de

conceptualización que enfrenta un microestudio de la migración del tipo que llevan a cabo los antropólogos. Porque indica que, a partir del estudio de un pequeño grupo de migrantes, como podrían ser los migrantes xhosa en Sudáfrica, o los tèrena en Brasil o los mazahuas en México, *no puede inferirse ese proceso estructural del que forman parte*. Se hace indispensable, por tanto, un marco teórico previo que especifique los parámetros en que se dará la investigación, y que logre integrar el fenómeno micro-social a un contexto macrosocial.

Para explorar esta dificultad metodológica y teórica de estudios antropológicos, nos basaremos en las experiencias obtenidas por antropólogos en estudios en Africa. Los que se han realizado sobre la migración en América Latina no presentan una labor de conjunto, con vistas a ir afinando métodos de interpretación, sino que son más bien intentos dispersos que utilizan marcos teóricos diversos, las más de las veces ceñidos a una visión etnográfica tradicional.

Como ya se mencionó, el principal problema que enfrenta el antropólogo consiste en la dificultad de incorporar los cambios sociales observados a nivel de comunidad dentro de un esquema más amplio. No facilita esta tarea el hecho de que las investigaciones clásicas en antropología se enfocaban al estudio de una comunidad como totalidad, metodología que se fundamenta en la teoría estructural-funcionalista, que concibe al objeto de estudio como un sistema equilibrado, funcional y autónomo. Partiendo de esta perspectiva los primeros estudios de la migración se concibieron como una simple prolongación de la investigación etnográfica a la ciudad. Pero el modelo teórico estructural-funcionalista se encamina a explicar la estática social, no el cambio. En consecuencia, ante la falta de modelos procesales, en el estudio de la migración se establecían dos unidades sociales autónomas, entre las cuales ocurría el intercambio de migrantes. Es decir, el estudio de la migración equivalía a dos estudios etnográficos, uno de la comunidad y otro de la ciudad. Esta práctica metodológica es la que da origen a los modelos dualistas del cambio social ya mencionados: el folk urbano y el tradicional/moderno. Incluso está presente en el esquema de factores de expulsión/factores de atracción que se ha aplicado al análisis de la migración.

En todos ellos la migración equivale al intercambio mecánico de elementos de un polo a otro: muestra cómo se da el juego interno entre ellos, de la misma manera como se podría mostrar el mecanismo interior de un juguete. Sin embargo, no puede explicar cómo se engrana ese mecanismo con los procesos sociales más amplios que acompañan a este fenómeno.

Trasladada al campo de la cultura, esta formulación dicotómica dio pie a la conceptualización ya criticada, de que la migración a las ciudades produce una "desorganización" o una "descomposición" (como se le ha designado en América Latina), "destribalización" (designación que durante muchos años se le aplicó en África).

El modelo de la "destribalización" en África ha sido muy criticado por Gluckman, Mitchell (1959) y Epstein (1958), entre otros. Según este modelo, los migrantes pierden sus formas de organización social tribal al tener que ajustarse a los patrones sociales urbanos.

En contra de este modelo se argumenta que, sencillamente por su importancia numérica, los migrantes crean una cultura urbana en la misma medida en que se tienen que adaptar a ella (Abu-Lughod, 1967: 386). Apoya su argumento esta autora en el hecho de que un tercio de la población de El Cairo, la ciudad que estudió, son migrantes.

Lo mismo se aplica a la mayoría de las ciudades latinoamericanas en las que, en ciertos casos, hasta el 50% de sus habitantes son de origen rural.

Otra objeción, en el mismo sentido, es que no existe un solo sistema social y cultural en la ciudad, sino que coexisten varios, que corresponden a distintas clases sociales y grupos étnicos. También se señala que aquellos rasgos que se citan como evidencia de descomposición social, tales como el alcoholismo, la delincuencia y el divorcio, existen también entre los habitantes urbanos. Con frecuencia estas características se observan en situaciones de cambio social acelerado, sin que intervenga en ellas el factor migración.

Epstein atribuye la impresión que se tiene de que los migrantes sufren una dislocación psicológica y un desajuste social, al "caos y la confusión que acompañan a la consolidación de un nuevo sistema de relaciones sociales en la ciudad" (1958: 226). Sin embargo, ello no implica que esté ocurriendo un proceso de descomposición social. Más bien, Epstein lo considera un proceso de reestructuración de relaciones y de comportamiento social, y no una pérdida. En América Latina, Singer expresa la misma posición. Critica la idea de que la "marginalidad" se da como efecto de la descomposición de la sociedad nacional, y propone, a su vez, que se designe este proceso como "cambios en relaciones de producción" (1975: 107).

Mitchell atribuye este problema de interpretación directamente al tipo de modelos con los que han trabajado los antropólogos, ya que no proporcionan una perspectiva adecuada para observar y enfocar estos fenómenos. Se refiere a lo que mencionamos antes, al modelo

estructural-funcionalista que no logra conceptualizar la disonancia y el conflicto como partes integrales de la realidad social. En efecto, es evidente que si se habla de una "descomposición" se está partiendo del supuesto de que el estado previo era uno de "composición".

En este sentido, si se concibe la "marginalidad" como una "descomposición" se está suponiendo una etapa anterior de equilibrio e integración. La única manera de escaparse de este tipo de modelo es concebir el cambio social como una secuencia de "descomposiciones", es decir, como una dinámica basada en contradicciones sociales constantes que generan conflicto, y que, al resolverse éste, se crea instantáneamente una nueva contradicción, y así sucesivamente.

La migración de grupos, vista desde esta perspectiva, responde entonces a una dinámica que abarca no sólo la migración en el momento del estudio, sino la de etapas históricas anteriores. Esta premisa teórica hace necesaria la profundidad temporal en el análisis de la migración.

Se han sugerido dos tipos de enfoques "alternacionales", a nivel micro, para estudiar grupos de migrantes. En el primero, Gluckman postula analizar la forma en que alterna el migrante entre dos campos sociales: el rural y el urbano; campos que pueden estudiarse separadamente, siempre y cuando, advierte, se conserve la visión conjunta de ellos como marco de referencia. En realidad, lo que hace es aplicar su método de "sistemas cerrados, mentes abiertas" al estudio de la migración. Otro modelo, sugerido por Mitchell y Epstein, considera que el individuo se involucra en distintas áreas de relaciones sociales que exigen distintas formas de comportamiento. Así, un individuo puede hacer variar su conducta, actuando de acuerdo con pautas rurales si está en su medio familiar, y pasar a un comportamiento urbano cuando está en su lugar de trabajo urbano (citado en Mayer, 1962: 579).

En realidad, estos dos enfoques no hacen más que ordenar una serie de observaciones de sentido común. El problema importante que tocan es el que expone Gutkind, al hacer notar que no se ha logrado establecer un marco teórico en el cual colocar observaciones hechas por los antropólogos sobre migración y fenómenos urbanos en África. "La urbanización en África, como fenómeno, no se ha explicado todavía: el intentar explicar las relaciones sociales dentro de este fenómeno no explicado resulta aún más vago y desajustado" (1966: 40).

A pesar de que sabían cuál era la principal dificultad en comprender teóricamente la migración a nivel micro, los antropólogos que abordaron este tema en África no lograron formular un enfoque que englobara al campo y la ciudad en una sola unidad analítica. Mitchell termina su

trabajo con una nota muy lúcida. Advierte que "sólo podremos identificar el factor causal en la migración laboral si tratamos de concebir la ciudad y el campo, o la reserva (nativa) y los centros de trabajo, como un solo campo social, y analizar las fuerzas que operan en su interior. Dudo mucho de que la ciencia social se encuentre todavía en posición de lograrlo" (1959: 44).

El error en los primeros estudios antropológicos de la migración ha consistido, a mi juicio, en concebirla como un fenómeno cultural. Las culturas tienden a clasificarse de acuerdo con fronteras lingüísticas; pero un somero examen teórico de la migración muestra que las categorías lingüísticas no tienen por qué ser *a priori* significativas en un proceso migratorio. Este error teórico hizo que el antropólogo prestara una atención especial al cambio cultural en la migración. De manera teleológica, llegaba a erigir en conclusión sus propias premisas teóricas, a saber, que la migración corresponde a un cambio de orden cultural. De ahí que se identificara como un proceso de "destrribalización" en África y como el paso de la cultura folk-tradicional a la urbana-moderna en América Latina.

Empezó a afrontar serias dificultades esta perspectiva teórica al investigarse la migración de grupos rurales que comparten una misma cultura con los habitantes de la ciudad de destino. Ello hizo inadecuado el método culturalista; ya no existía un contraste cultural muy claro entre los dos lugares. Empero, en lugar de cuestionar la teoría se sustituyó un concepto por otro: en lugar de hablar de culturas, se habló de factores psicosociales y de "modernización". De esta manera, los cambios de valores y actitudes una vez más constituyeron la materia de la que estaba hecha la migración. Y el método utilizado siguió intacto. Consiste todavía en describir los cambios más importantes en actitudes y estilo de vida que experimentan los migrantes en su paso de la comunidad a la ciudad.

De ahí que en América Latina la tarea del antropólogo que estudiaba este fenómeno girara en torno de los conceptos de "integración", "asimilación", "aculturación" y "descomposición".

Muchas veces, al hacer esta crítica, se piensa que por ello se desecha por completo la importancia de los factores culturales y psicosociales en la migración. No hay tal. Gran parte de los equívocos en discusiones sobre este tema provienen de creer que lo que se discute es el peso relativo de los distintos factores en causar la migración. Pero a un nivel más riguroso, lo que se cuestiona es el punto de partida teórico, es decir, la forma de concebir el fenómeno teóricamente.

En los primeros estudios antropológicos, se le concibió como una corriente undireccional entre dos polos autocontenidos, autónomos y en equilibrio interno. Ahora resulta claro que, concebidos de esta manera, es imposible explicar por qué se da una transferencia de población de uno a otro, y por qué ocurre esto en ciertas etapas históricas.

La teoría de la modernización, frente a este problema teórico, propone a su vez que está ocurriendo un cambio social general, el cual abarca lo mismo la zona rural que la zona urbana. Pero tal cambio parte de las ciudades, y sólo por un proceso de difusión, se expande, a las áreas más alejadas. No integra en su análisis el tipo de relación que han sostenido con la primera. Su análisis vuelve a ser unidireccional.

Recientemente, se han efectuado análisis teóricos tendientes a aclarar la naturaleza de las relaciones entre campo y ciudad en países de América Latina. El concepto de colonialismo interno (Stavenhagen, 1967; González Casanova, 1965) dio una primera formulación del problema. Postula que las regiones más atrasadas han constituido colonias con las cuales el sector nacional moderno ha sostenido relaciones de extracción de capitales, así como mano de obra, en su propio beneficio, por lo que ha podido "desarrollarse", pero ahondando sus diferencias económicas y sociales con las primeras. El desarrollo desigual de ambos polos, por tanto, tiene su origen en un mismo proceso mayor. En estudios más recientes se considera este fenómeno como una relación centro periferia, dentro de un solo sistema enfocado a nivel regional, nacional o internacional.

Los procesos fundamentales en regiones rurales se analizan, por tanto, en relación directa con lo que ocurre en la sede central, política y económica, del sistema.

Sin embargo, se empieza a cuestionar cierto mecanicismo que puede acompañar a este enfoque. Consiste en un "determinismo de centro", es decir, que todo lo que ocurre en regiones periféricas no es más que el resultado mecánico de las decisiones y procesos que ocurren en el centro, ya sea éste una metrópoli internacional, una capital nacional o un centro rector regional. *Se acaba por negar, de hecho, toda posibilidad de iniciativa y de gestión propia a la periferia.* En este sentido, la migración queda reducida a una mera respuesta a los efectos de centralización de capitales e industrias en las ciudades importantes. Este determinismo ha sido impugnado por críticos que han hecho estudios a nivel local. Roberts (1975) muestra cómo las decisiones tomadas localmente en comunidades andinas alteran las iniciativas enviadas por el gobierno federal peruano. En México, Kemper y Foster (1975) señalan que los habitantes de Tzint-

zuntzan han tenido cierto margen de decisión para convertir en ventajas y desventajas los influjos que les llegan del exterior.

En el punto en que se halla nuestro conocimiento de estos fenómenos, a mi juicio, no es posible todavía establecer, a nivel de teoría, una clara formulación del peso que tienen las decisiones centrales o periféricas en dirigir el curso de los procesos sociales a nivel comunitario. Por el momento no queda más que dejar formulado teóricamente el problema, e investigar en la realidad.

Para ilustrar lo que acabamos de discutir, creemos interesante conocer los cambios de perspectiva que se han dado en estudios de la migración rural-urbana en Sudáfrica. A fines de la década de los cincuentas, Clyde Mitchell (1959) intentó explicar el hecho de que la migración laboral fuera oscilatoria, es decir, el que los migrantes viajaran constantemente entre la zona tribal y el centro de trabajo urbano o minero, haciendo una analogía con fuerzas centrípetas y centrífugas. Argumentaba que los migrantes regresaban a sus lugares de origen por la atracción que ejercía sobre ellos la seguridad psicológica y afectiva que derivan de sus relaciones de parentesco y relaciones sociales en el pueblo. Al mismo tiempo, las presiones económicas los hacían partir nuevamente hacia las ciudades. Algunos años más tarde el mismo autor (Mitchell, 1961) introduce un nuevo aspecto que no había tenido en cuenta en su estudio anterior: las medidas políticas aplicadas por los gobiernos, en relación con la migración de africanos a las ciudades.

Dice: "una legislación diseñada para desalentar el que los africanos se establecieran permanentemente en las ciudades le convenía al gobierno, ya que los costos de dependencia debidos a vejez, invalidez o incapacidad los sobrellevan los parientes tribales, y porque las áreas tribales constituían depósitos muy convenientes a los que podría enviarse la mano de obra desempleada, en caso de que la economía industrial tuviera que contraerse en un momento dado. Esto puede suceder, en especial si está vinculada al mercado internacional" (*ibid.*: 84).

En ese mismo año, Philip Mayer (1961) publicaba su estudio de migrantes añosos en *East London*, Sudáfrica, en el que centra su análisis en las dificultades culturales a las que se enfrentaban éstos en su adaptación al sistema urbano. Describe como conflicto principal la oposición entre dos grupos de migrantes: los "Reds", aquellos que continuaban su estilo de vida rural en la ciudad, y los "School", aquellos que habían asistido a la escuela y habían asimilado por completo la forma de vida urbana.

Magubane (1973, 1975) critica severamente este enfoque, porque, di-

ce, nos ofrece solamente las "trivialidades del contacto cultural", soslayando el conflicto fundamental entre colonos europeos y nativos africanos, así como los procesos políticos y económicos que fueron la causa de migración.

En su propio análisis, empieza por investigar el origen de las "áreas tribales", es decir, de las reservaciones nativas en Sudáfrica. Las industrias coloniales en crecimiento y las minas necesitaban, desde fines del siglo XIX, una oferta abundante de mano de obra. Para lograr que los africanos se incorporaran al trabajo asalariado, el gobierno dictó medidas para evitar que pudieran mantenerse a través de una agricultura de autosubsistencia. Se les empujó a áreas muy reducidas de tierra: las reservaciones nativas cubren sólo el 7.3% del territorio de ese país, con otro 5.7% para expansión. En el *Land Act*, de 1913, se prohibió el sistema de cultivo-a-medias, por el cual los africanos podían asociarse con los terratenientes europeos para cultivar a medias sus tierras. Se establecieron, además, altos impuestos que debían de pagarse en dinero. Todo ello contribuyó a forzarlos a migrar hacia las ciudades. Pero, al mismo tiempo, el gobierno, por las razones anotadas por Mitchell, y también para evitar el peligro político de grandes concentraciones de africanos en las ciudades, se oponía a que los migrantes se establecieran en forma permanente en las ciudades. Tan es así que, en 1968, en el *Urban Areas Act* se reconoció la migración recurrente como la única forma de empleo de los africanos en la ciudad, y se limitó la extensión de los contratos de trabajo a un año solamente.

La migración rural-urbana, como puede verse en el ejemplo anterior, es un hilo conductor que toca los procesos políticos y económicos claves de los países. Pero ¿cuál es, entonces, el papel del abandono o adopción de la lengua, la indumentaria y las pautas de conducta étnicas, por parte de los migrantes en las ciudades?

Interesa comprobar que, en casi todos los estudios a pequeña escala de grupos de migrantes, se han encontrado dos tipos distintos de migrantes: los que siguen viviendo en la ciudad según su estilo de vida rural, y que generalmente continúan en la pobreza; y los que se adaptan de lleno a la ciudad y, comúnmente, tienen una movilidad ocupacional y social mayor.

Estos dos tipos se reportan constantemente: "Reds" y "School", según Mayer (1961); "haves" y "havenots", según Agu-Lughod (1967); "pasivos" y "activos", según Fromm y Maccoby (1970); "indígenas" y "mestizos", según Arizpe (1975). En un principio, esta diferencia se había interpretado como una cuestión de cambio cultural, del abando-

no de una cultura nativa o indígena, y la adopción de una nueva, moderna y urbana.

Pero la actitud que describen Fromm y Maccoby, por ejemplo, no se refiere a la pérdida o retención de particularidades culturales, sino a rasgos de carácter, es decir, a actitudes psicológicas. ¿Cómo explicar la aparición de estos dos tipos de migrantes? Por lo que hemos dicho, se deduce que no es explicación suficiente la que sólo lo atribuye a sustituciones de rasgos culturales, puesto que esto describe el contenido de los cambios, pero no las causas de que ocurran. Pero una explicación psicologista tampoco es satisfactoria: si la acción de migrar y la forma de integración a la ciudad dependen de los rasgos de carácter, resulta imprescindible explicar éstos en función de regularidades sociales. A menos que se piense que la psicología de las personas es individual y única. Si se parte de esta premisa el estudio sociológico de la migración no tiene sentido, puesto que sería un fenómeno azaroso e individualista. Pero, a la vez, el punto de vista contrario, que asigna un peso causal único a los grandes procesos sociales, tampoco logra aclarar por qué ciertos individuos aceptan las presiones generales y otros se oponen a ellas, creando variaciones en los patrones estadísticos.

Lo expuesto antes sólo reitera lo que hemos dicho en las primeras páginas de este capítulo: la dificultad de comprender teóricamente la relación entre acción individual y patrones sociales de comportamiento.

La revisión hecha hasta aquí ofrece una perspectiva teórica *histórica y estructural* general; pero no nos proporciona un marco teórico a nivel micro, para entender la migración y los cambios culturales de pequeños grupos. En la presente investigación, por tanto, no se puede buscar la confirmación de una teoría de nivel medio sobre la migración, puesto que no existe. Se explora, en cambio, la posibilidad de crearla.

En cuanto a los cambios culturales y de identidad étnica que acompañan a la migración, se amplía la discusión y el análisis de este punto en la segunda sección del libro.

CAPITULO III

LA REGION MAZAHUA Y LA CIUDAD DE MEXICO

El campo analítico al que se refiere este trabajo se manifiesta en dos referentes geográficos: la región mazahua en el Estado de México y la ciudad de México. En seguida describiremos sus características principales y los lazos más importantes que los ligan.

A. *La región mazahua*

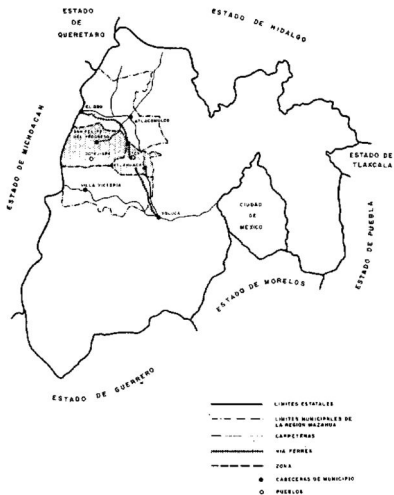
Se ubica esta región a 250 km. al noroeste de la ciudad de México, en los límites del Estado de México con los estados de Querétaro y Michoacán. La región se halla en un triángulo formado por esos límites estatales al oeste; por la carretera Toluca-Morelia al sur, y por la carretera Toluca-San Juan del Río al noroeste. Dichos límites coinciden con la frontera lingüística entre los mazahuas y los otomíes, hacia el norte y hacia el este, y los grupos nahuas y matlatzincas hacia el sur.

Utilizaremos esta frontera lingüística únicamente por conveniencia heurística, para delimitar la región geográfica a la que haremos referencia. Pero, además de este criterio de tipo cultural, existe en la región una uniformidad de condiciones ecológicas, sociales, económicas y políticas que nos permiten considerarla una unidad y que describimos a continuación.

La región abarca once municipios —las entidades políticas de menor tamaño de México—, que son: San Felipe del Progreso, Temascalcingo, El Oro, Jocotitlán, Atlacomulco, Ixtlahuaca, Villa Victoria, Villa de Allende, Almoloya de Juárez, Amanalco de Becerra y Donato Guerra.

En total, ocupan una área de 3 725 km², con una población total de 374 594 habitantes (en 1970). De éstos, se calcula que 92 555 pertenecen al grupo étnico mazahuas (Fernández, 1973: 1184). En realidad, es muy probable que este número sea mucho mayor; en el municipio de San Felipe del Progreso, por ejemplo, el recorrido de campo mostró que alrededor de un 80% de la población participa de la cultura mazahua. En el censo, sin embargo, se indica que sólo el 42% habla la lengua mazahua. Con base en estas observaciones, calculamos que hay cuando menos 150 000 mazahuas entre monolingües y bilingües en la región.

La zona central de la región la constituye una meseta de 2 600 m de altura sobre el nivel del mar, que se extiende desde Toluca, la capital del estado, hasta Atlacomulco, uno de los poblados de mayor importancia de la región mazahua. Se yergue solitario, en medio de la meseta, el cerro de Jocotitlán, que llega a los 3 900 m, y en cuyas pendientes se cultivaba extensivamente el maguey, del que extraen el pulque, la principal bebida alcohólica regional en otros tiempos. Serpenteando desde el noroeste, el río Lerma se desliza por la meseta, pasando cerca de Atlacomulco y de Ixtlahuaca, otro poblado importante, hasta desviarse hacia el este y arremolinarse en la serranía del valle de México. El río ha sido el nervio vital de la meseta, dada la aridez que caracteriza sus tierras. Hasta hace quince años, en el pueblo de Santiago Toxi, el río permitía dos cosechas al año, al igual que en las demás comunidades de sus riberas; pero las necesidades de la megalópolis del valle de México hicieron que se captaran sus aguas para proveerla de agua potable. Los pozos artesianos de los campesinos de Toxi, una de las comunidades estudiadas, se secaron, y se les prohibió, además, sacar agua del río para regar sus tierras. Como medida de compensación, la Secretaría de Recursos Hidráulicos les construyó una escuela nueva e instaló tres pozos para proporcionarles agua potable. En 1973, en vista de que el retraso de las lluvias amenazaba con secar las siembras, la gente de Toxi empezó a regar sus tierras con agua del río. Bajó la dotación de agua para la ciudad de México, e inmediatamente los ingenieros del gobierno de ésta se trasladaron a la región a impedir el uso de esas aguas. A cambio de ello se les dio a los campesinos el monto de maíz que habrían sacado en su cosecha, y algo de frijol. El comentario de uno de ellos, al recibir estas prebendas, fue: —“¿Y el rastrojo? ¿Y la calabaza? Y, además, ¿ahora qué hacemos?”—. Lo que merece destacarse es, pues, que las aguas del río, indispensables para la agricultura local, se han supeditado a las necesidades de la gran urbe próxima, situación que de hecho simboliza las re-



laciones que se han venido sosteniendo entre ambas regiones a lo largo de los años.

Cruza la meseta central una carretera principal, construida en 1945, que une a la ciudad de México con la rica zona agrícola y minera del Bajío. Históricamente, la meseta de Ixtlahuaca constituyó el camino real entre estos dos puntos. Así, a lo largo de la meseta se establecieron haciendas en las que los viajeros pasaban la noche o descansaban. El siglo pasado, una viajera muy especial, la marquesa Calderón de la Barca, menciona en una de sus travesías: "Pasábamos de vez en cuando una pobre choza; a veces un indio se nos adelantaba, mostraba sus blancos dientes, y a pesar de la carga que llevaba en la espalda, se las arreglaba para quitarse el sombrero de encima de su espeso cabello ensortijado, y darnos los buenos días". (Calderón de la Barca, 1970: 553).

Siguiendo la pauta del resto del país, la carretera pavimentada se construyó sobre las huellas de este camino real. El tránsito sobre ella, según se cuenta, fue muy intenso, lo que permitió el desarrollo de Atlacomulco y de Ixtlahuaca como centros comerciales. Pero a fines de los años sesentas se abrió una supercarretera que une a la ciudad de México directamente con San Juan del Río y con Querétaro, por lo que deca-
yó notablemente el comercio en los dos poblados mencionados.

Sobre la meseta central también corre la línea de ferrocarril, que en la actualidad se utiliza principalmente para el transporte de fertilizante y productos agrícolas. Es de llamar la atención que esta línea, construida a finales del siglo pasado, no pasa por ningún poblado de importancia: parecería como si los ingenieros que la instalaron hubiesen tenido urgencia por llegar lo más pronto posible al único punto que les interesaba tocar: las minas de El Oro. Se encuentra este poblado en el extremo noroeste de la región mazahua. Su era de prosperidad llegó a su punto culminante a fines del siglo XIX y principios de éste, cuando funcionaban a toda marcha tres compañías mineras: El Oro Mining Company, compañía inglesa; la Mina Tres Estrellas, compañía española, y La Fundación, compañía francesa. Fueron cerrando las minas, una por una, hasta que la última dejó de funcionar en 1954, y El Oro quedó en el silencio. Desde entonces, la vía del ferrocarril, como ya dijimos, cayó en desuso como símbolo de un gasto que se hizo en nombre del progreso y que benefició a unos cuantos que ya se fueron.

En el extremo norte de la meseta, el poblado de Atlacomulco ejerce el control político y económico de la zona circundante. Esta población es cabecera del municipio del mismo nombre y adquirió su importancia a raíz del ascenso político de dos miembros de sus familias prominentes,

los Fabila y los Del Mazo, quienes llegaron a ocupar puestos de importancia, a nivel estatal e incluso nacional. Se dotó al poblado de obras de infraestructura: electricidad, pavimentación, etc., y se centralizaron en él las principales operaciones comerciales y bancarias de aquella porción de territorio. Actualmente cuenta con el mayor número de escuelas y de establecimientos comerciales, así como bancos y oficinas de agencias gubernamentales. Casi toda su población es mestiza y con un nivel de escolaridad mayor que el usual en la región. De este poblado parten carreteras hacia San Felipe del Progreso, al oeste —la zona donde se concentra la población de habla mazahua—, hacia el noroeste a Temascalcingo y a El Oro, todavía en la región mazahua, y hacia el norte a los municipios de Acambay y San Juan del río, lugares en que predomina la población de habla otomí.

El otro poblado de importancia en la meseta, Ixtlahuaca, fungió como centro político hasta 1930. Hasta esa fecha, toda la región mazahua se hallaba agrupada en un solo distrito político, cuya capital era Ixtlahuaca. Atestiguan este fulgor pasado las casas señoriales que se abren frente al zócalo del poblado. Pero pasados aquellos tiempos, decayó el pueblo y se volvió un laberinto de casas desencajadas y de calles empedradas que se enredan sobre sí mismas. Soustelle, que lo visitó en los años treinta, no tuvo mejor impresión: "Es una aldea triste, Ixtlahuaca, triste como toda esta tierra alta. No hay movimiento en la calle..." (Soustelle, 1971: 39). Pero hace mención de un hecho importante, ostensible ya desde ese entonces incluso para el visitante ocasional: "Los jóvenes mestizos se mueren de tedio en Ixtlahuaca. Desnutridos, congelados, se les ve discutir en el umbral del tenducho del peluquero, con las manos en las bolsas... hasta el momento en que emigran, y se van a Toluca o a la ciudad de México, o a Texcoco, en busca de un trabajo permanente. La aldea se vacía de su juventud" (*ibid.*: 38-9). La emigración, ya desde esos años, constituía un elemento presente en la vida de la población.

En la actualidad, treinta años después de la visita de Soustelle, el ritmo de vida de Ixtlahuaca se muestra diferente. Se ha desarrollado como centro que proporciona servicios y comercio a los municipios aledaños. Allí se encuentran tiendas de abarrotes, carnicerías, peluquerías, farmacias, zapaterías, talabarterías y pulquerías. Allí se puede consultar al médico, al veterinario, al cura o al abogado. En ningún momento es más patente el ritmo de estas actividades que los lunes, día de mercado en Ixtlahuaca. Ya Soustelle nos proporciona una descripción del mercado en aquella época. Dice: "Desde las seis de la mañana llegan los indios que vienen de Jocotitlán y Atlacomulco para vender y comprar. Los merca-

deres ambulantes vienen de Toluca o de otros lugares, y toda la gran calle se tapiza de innumerables pantalones azules de mecánico y de telas extendidas; sobre tablas, los vendedores exponen zapatos, botones, cintas, collares de abalorios. Tal es la gran calle, es la parte "chic" del mercado. Al desembocar en la gran plaza, encuentra uno a dos o tres vendedores de sombreros, luego a los carniceros que venden el carnero cocido o acecinado, la barbacoa. En torno al quiosco de música, un centenar de indios sentados en el suelo venden chiles, legumbres, animalillos parecidos a los camarones, los *cociles* (sic) que pescan en las lagunas de la planicie. Se acurrucan ahí, indiferentes y tranquilos. No hay el menor destello mercantil en sus ojos sombríos..." (Soustelle, 1971:40). Esta imagen que nos da Soustelle permite comparar con lo que sucede hoy en día. Siguen exponiéndose las mismas mercancías que él menciona, pero ahora, además, se despliegan mayor número de productos manufacturados: ropa comercial, zapatos de plástico, telas fabricadas, utensilios de cocina y de casa, también de plástico, herramientas agrícolas, artículos de utilería, como linternas, relojes, radios, tocadiscos, discos, artículos escolares y objetos decorativos. Este es el *sector moderno* del mercado, y se extiende, precisamente, a lo largo de la calle principal. En una calle paralela, y que también desemboca en el zócalo, se halla lo que puede considerarse el *sector tradicional*: los mercaderes venden pieles, guajes, arados de madera, utensilios tradicionales para la siembra, costales, morrales, petates y, en general, todos los artículos artesanales que se fabrican en la región. En otra bocacalle se ve todo el día un tumulto de gente sosteniendo gallos y gallinas por las patas, o jalando de un cordel a un marrano atado por el cuello. En una calle aledaña, un poco al margen del bullicioso mercado, un centenar de mujeres y hombres mazahuas, sentados en el suelo, venden chiles, quelites, legumbres y acociles. Se acurrucan allí, aparentemente impasibles, pero en el fondo resentidos, ocultando en lo sombrío de sus ojos el menor destello que atestigüe que desean lo que es inaccesible para ellos...

Estos dos sectores, el tradicional y el moderno, ya existían en tiempos de Soustelle, habiéndose ampliado más el segundo. Pero existe un sector nuevo. En una de las bocacalles, se colocan grandes camiones de carga, los más procedentes del mercado de la Merced de la ciudad de México. Traen, por toneladas, frutas y legumbres. En la noche se les puede ver, regresando por la carretera hacia la ciudad, vacíos de carga y llenos de dinero. Este podría llamarse el nuevo *sector monopolista* del mercado.

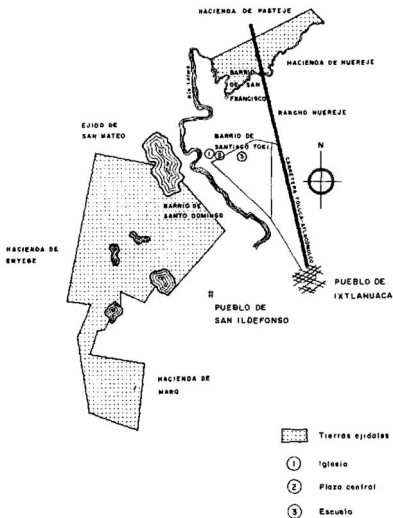
A escasos cinco kilómetros de Ixtlahuaca, en dirección al norte, por un camino de terracería, se llega a una pequeña rotonda. A un lado se

elevan las torres de una iglesia; al otro lado, una escuela abandonada. Junto a ella, una casa. Es todo, pero es el centro del pueblo de Santiago Toxi. Siguiendo el patrón de asentamiento indígena de Mesoamérica, cada familia mazahua vive sobre su pedazo de tierra, como si al hincar los pilotes de la casa quisieran asegurar que la tierra no se les va a ir. El centro del pueblo se halla en la esquina noroeste del territorio triangular de un área de 810 hectáreas, en que están asentadas las casas de la comunidad. Dividida esta área entre sus 3 818 habitantes en 1970, da una densidad de población de 22 personas por hectárea, densidad superior a la del municipio, que es de 15.6 habitantes por hectárea. Esto se ve reflejado en la contigüidad de las casas que están casi pegadas una con otra; entre ellas, median terrenos de una hectárea, o menos, de manera que, visto el pueblo de lejos, da la impresión de que se trata de un asentamiento compacto.

Los dos costados del triángulo lo forman, por el este, la carretera Ixtlahuaca-Atlacomulco, y por el oeste, el río Lerma. En la zona central del pueblo, los terrenos son todos de propiedad privada. Las tierras ejidales concedidas a sus habitantes se encuentran al oeste, del otro lado del río Lerma, y hacia el norte, cruzando el río Sila. Más al norte, bordeando las tierras ejidales, se topan los límites de éstas con las cercas de la Hacienda de Pastejé.

La importancia que ha tenido esta hacienda en los antecedentes del pueblo se verá en el capítulo referente a la historia local. Por ahora, baste decir que en los terrenos de la hacienda fue establecido en 1964 un complejo industrial que emplea actualmente 2 100 obreros y obreras de las zonas aledañas. A la fábrica, donde laboran unos cincuenta habitantes de Santiago Toxi, se trasladan éstos en camión de pasajeros, trayecto que dura quince minutos, o en bicicleta. Hacia las seis de la tarde, a la entrada del pueblo, donde hacen parada los camiones de línea, puede verse a los trabajadores jóvenes, que se han adelantado, esperando recargados contra sus bicicletas a que lleguen las chicas de la fábrica, para acompañarlas por las veredas entre los campos, hasta sus casas.

El nivel de vida de los pobladores de Santiago Toxi se puede apreciar en el cuadro III-A. Las casas, fuera de cinco o seis excepciones, están hechas de adobe: su costo, incluidos el adobe, las vigas de madera y las tejas para el techo, calculamos que llegaba a \$ 5 000.00 en 1972. Esto sin contar los gastos especializados de mano de obra, que generalmente su-ple algún compadre o pariente y que añadiría otros \$ 2 500.00 al costo. Comentaremos las diferencias entre Santiago y los otros poblados que figuran en el cuadro más adelante.



Desde Santiago Toxi es fácil el transporte, tanto a Toluca como a la ciudad de México. La carretera principal, por donde transitan cada 15 minutos camiones de pasajeros que van a esas ciudades, no queda a más de media hora a pie de cualquier casa del pueblo. También pueden ir a la estación de camiones de Ixtlahuaca, o tomar de allí un coche de alquiler. La frecuencia de estos viajes es tal que mucha gente de Santiago va a hacer sus compras de alimentos, medicinas y otros artículos de consumo directamente a la ciudad de México. En sólo tres horas están de regreso en el pueblo.

Cuadro III-A
NIVELES DE VIDA

	Número de casas	Porcentajes			
		Con piso de cemento	Con electricidad	Con radios	Con televisión
Municipio de Ixtlahuaca	8.586	24.3	28.4	59.5	9.5
Municipio de San Felipe del Progreso	14.178	35.4	10.2	52.8	6.8
Ixtlahuaca	382	95.8	93.7	93.5	59.4
San Felipe del Progreso	177	94.4	88.7	89.8	43.5
Santiago Toxi	657	5.3	55.9	37.7	4.4
San Francisco Dotejiare	634	10.4	5.4	77.1	1.6

Fuente: Dirección General de Estadística, 1973.

Santiago Toxi cuenta con una nueva escuela, construida recientemente por la Secretaría de Recursos Hidráulicos. Es notable el interés de los padres de familia en darles educación escolar a sus hijos. Incluso muchos los envían a la escuela en Ixtlahuaca, pues se dice que los profesores ahí son más preparados. A pesar de ello, el cuadro III-B muestra un porcentaje de alfabetismo todavía muy bajo en el pueblo. Según nuestras observaciones, esto se debe a que el afán por adquirir escolaridad se acrecentó apenas en los últimos diez años, por lo que no se alterarán las cifras de alfabetismo sino hasta el censo de 1980.

En contraste con la meseta central de la región mazahua, la parte occidental es cerril, con zonas boscosas. A ella se llega, ya sea por el sur, entrando por el entronque de la carretera Toluca-Morelia con la carre-

tera que va de Villa Victoria a El Oro, o por el norte: pasando por Atlacomulco y San Felipe del Progreso. Aquí termina la carretera pavimentada y se abren numerosas brechas de terracería que se adentran en los montes hacia los pueblos de tradición mazahua más arraigada.

En toda esta zona, los bosques están sufriendo una explotación excesiva: muchos terrenos entregados como tierras ejidales fueron desmontados para las siembras. Además, casi todos los pueblos siguen utilizando la madera como material de construcción de las casas y como combustible para los hogares.

Cuadro III-B
ALFABETISMO

	Porcentaje de alfabetismo	Porcentaje de la población entre 6 y 14 años que asiste a la escuela	Porcentaje de la población que terminó la escuela primaria
Municipio de Ixtlahuaca	52.9	44.6	7.8
Municipio de San Felipe del Progreso	43.4	34.2	3.1
Ixtlahuaca	84.2	58.8	46.0
San Felipe del Progreso	82.3	69.7	44.8
Santiago Toxi	41.3	54.0	2.9
San Francisco Dotejiare	38.6	44.1	5.7

Fuente: Dirección General de Estadística, 1973: 387.

De gran importancia económica en esta zona es la planta del zacatón, un tipo de pasto cuya raíz se extrae y se utiliza industrialmente. Se le explota sobre todo en el municipio de San Felipe del Progreso, en terrenos privados y ejidales.

En este municipio, que concentra el mayor número de hablantes de mazahua, se localiza el pueblo de San Francisco Dotejiare. Su centro está sobre la pendiente de un cerro, destacando la pequeña iglesia, dos edificios públicos —la delegación municipal y un centro de reuniones—, la escuela y una veintena de casas. En los alrededores, escondidas entre cerros, entre trechos de bosque y entre plantaciones de zacatón, se en-

cuentran las casas del resto de su población. Si visita uno solamente el centro, no creería que el pueblo tiene una población de 3 701 habitantes.

Para reconocer los distintos parajes donde habita su población, se les ha dividido en barrios, o "cuadrillas", como se les llama localmente. El más lejano, el de Santa Rita, queda a tres horas a pie del centro del pueblo. Y sólo una de las cuadrillas, El Pintado, tiene una pequeña parroquia. Todas las demás actividades se desarrollan en el centro.

Los terrenos están repartidos entre monte comunal, tierras comunales, pequeñas propiedades y tierras ejidales. Solamente los del barrio de San Diego han construido sus casas sobre estas últimas. Los demás viven en predios de propiedad privada y se trasladan todos los días a sus parcelas ejidales y a las plantaciones de zacatón del ejido. La mayor parte de las tierras comunales se utilizan como sitio para llevar a pastar a los animales.

En cuanto al nivel de vida, las cifras indican que es el mismo que en Santiago Toxi, o si acaso, ligeramente superior. Pero es más heterogéneo en Dotejiare, donde las familias que viven en el centro, o en los barrios cercanos disfrutan de electricidad y tienen mayor acceso a servicios. El nivel de vida ahí es más alto que en los barrios más alejados, como el de Santa Rosa, por ejemplo, donde la mayor parte de los habitantes son jornaleros que viven en miserables casuchas.

Su escuela fue fundada en 1945 y, gracias al esfuerzo de su directora, que llegó al pueblo desde 1940, se ha ampliado y sostenido, teniendo actualmente el mayor número de alumnos de los pueblos mazahuas cercanos. Pero no existe gran interés por parte de los padres en enviar a sus hijos a la escuela. Muchos todavía los ocupan como pastores para cuidar de los rebaños en los cerros. El alto porcentaje de niños que asisten a la escuela, y que terminaron el ciclo de primaria (ver cuadro III-B), en comparación con las cifras correspondientes de Toxi, es resultado de la labor personal de la directora.

En Dotejiare se conservan todavía muchos elementos de la identidad étnica mazahua. Las mujeres son, en su mayoría, monolingües, y se les ve caminar por las veredas llevando puestos sus vistosos trajes tradicionales. Los hombres ya usan pantalón y camisa de mezclilla. Se conserva todavía el idioma mazahua, que es el que predomina en el hogar y en los tratos comerciales en el centro del pueblo. También conservan la costumbre de construir oratorios, una pequeña construcción que asemeja una casa, donde se guarda el altar familiar y se lleva a cabo toda una serie de ritos propiciatorios. Estos oratorios, aunque todavía se les ve en



Tierras ejidales y comunales



Tierras de pequeña propiedad

Santiago Toxi, no son ya centros de ritual familiar y social, como lo constituyen todavía en Dotejiare.

Otro aspecto de la cultura mazahua que se conserva en este último pueblo es el sistema de cargos: la serie de puestos religiosos que van ocupando los hombres adultos más importantes de la comunidad. Las "mayordomías", como se les llama, se reemplazan generalmente cada año; pero existen tres que se conservan dentro de ciertas familias que las deben seguir cumpliendo. Aun cuando los miembros de estas familias han emigrado a la ciudad de México, regresan todavía en los días prescritos a cumplir con la mayordomía.

Dotejiare está conectada, hacia el norte, con San Felipe del Progreso, y por el sur, con Villa Victoria, por medio de brechas de terracería. También existe un camino, transitable sólo para camiones, que la une con Ixtlahuaca. Dos veces al día parten camiones de pasajeros del centro con rumbo a Toluca y a la ciudad de México, trayecto que dura dos horas y media. Es muy notoria, los días domingo, la gran cantidad de hombres y mujeres jóvenes que van bajando de los barrios a tomar el camión para regresar a sus empleos en la ciudad de México. Ese día, los autobuses de toda la zona van abarrotados de gente, y los muchachos viajan hasta colgados de la puerta.

Con los datos muy escuetos presentados aquí, hemos querido dar el marco geográfico y ecológico de los dos pueblos. Y, para nuestro tema, es pertinente hacer lo mismo con relación a la ciudad de México.

B. *La ciudad de México*

Por lo general, en los estudios sobre migración a la ciudad de México realizados por antropólogos (*v. gr.*, Butterworth, 1970; Kemper, 1973; Iwanska, 1974) se describe el modo de vida y la adaptación de los migrantes; pero no se establecen las condiciones del contexto urbano a las que se tuvieron que enfrentar. Es de gran importancia describir éstas, pues de otra manera la forma en que se han incorporado a la sociedad urbana parece ser el resultado exclusivo de sus decisiones personales. Es decir —siguiendo la línea teórica que nos trazamos en capítulos anteriores—, nos interesa descubrir hasta donde sea posible la amplitud de alternativas en cuanto a oportunidades de empleo, de vivienda, de acceso a servicios públicos, etc., que han encontrado los mazahuas en los distintos

periodos en que migraron. Una vez establecidas las opciones que tuvieron, podremos evaluar en qué sentido sus propias decisiones individuales y de grupo han pesado en la conformación de su modo de vida en la ciudad.

La ciudad de México, megalópolis de 11 millones de habitantes, ha tenido un crecimiento espectacular en los últimos treinta años. El cuadro III-C muestra la contribución que ha hecho la migración a este crecimiento:

Cuadro III-C
TENDENCIAS A LA INMIGRACION A LA CIUDAD DE MEXICO
1930-1970

	Crecimiento medio anual de la población total	Porcentaje del crecimiento debi- do a la inmigración
1930-40	3.7%	73.5%
1940-50	6.0%	64.5%
1950-60	5.7%	36.0%
1960-70	5.0%	39.2%

Fuente: Suárez Contreras, 1972: 378.

En los cuarentas se crearon en la ciudad de México 503 mil nuevas ocupaciones, siendo las cifras correspondientes a los cincuentas y a los sesentas, 686 mil y 679 mil, respectivamente. La tasa de creación de empleos para la década 1940-50 fue de 7% para los hombres y 7.6% para las mujeres. De 1950 a 1960 descendió relativamente a 4.9% y 5.0%, y en la década siguiente bajó aún más, a 3.2% y 3.3%, respectivamente (Suárez Contreras, 1972: 393).

En las últimas décadas ha crecido la proporción de empleos en el sector de servicios. En esta ciudad en 1940, representó el 30.1% del incremento ocupacional; en 1950, el 33.2%, y en la década de los sesentas, mostró un aumento notable: constituyó el 55.5% del incremento de la ocupación total (Suárez Contreras, 1972: 408). Dentro de este sector, en el que se encuentra en la actualidad la mayoría de los migrantes mazaahuas de los dos pueblos estudiados, el empleo que ocupa mayor número de personas es el servicio doméstico. En este tipo de empleos se localizaba en los cuarentas el 49% de la población femenina económicamente activa de

la ciudad. Esta proporción ha bajado en las últimas décadas, cambio que interpreta Suárez Contreras como indicador de que las mujeres han pasado por este empleo como "puente" para incorporarse al trabajo fabril.

Este mismo autor indica, también, que concomitantemente con el descenso relativo del empleo industrial se ha dado un aumento en las formas artesanales de ocupación, es decir, individuos que fabrican pequeños artículos de uso, que venden por su cuenta (Suárez Contreras, *op. cit.*: 398).

Lo que interesa para nuestros propósitos es que si mantenemos constantes otras variables como escolaridad y cultura indígena, podemos concluir que para los mazahuas que migraron en la década de los cuarentas y los cincuentas hubo buenas oportunidades de encontrar empleos, tanto en las fábricas como en los servicios. En cambio en los sesentas, al aumentar el desempleo y subempleo en la ciudad, se habrán encontrado con un contexto más difícil en el cual sobrevivir económicamente.

La reducción en el número de empleos creados ha afectado en forma directa a los migrantes rurales a la ciudad de México —entre los que se cuentan los mazahuas—, como lo señala una encuesta realizada en 1970 por los sociólogos Muñoz, Oliveira y Stern. Se cercioraron de que una mayor proporción de individuos migrantes, de origen campesino y baja escolaridad, tiende a encontrarse en las ocupaciones marginales. Definen éstas por un bajo nivel de productividad y de ingresos, por no estar regidas por un contrato de trabajo y por no requerir de capacitación técnica (Muñoz *et al.*, 1972 b: 328-337). Entre estas ocupaciones se encuentran las de obrero no calificado de la producción y de la construcción, *i. e.* albañiles, vendedor ambulante y trabajador no calificado de los servicios, *i. e.* mozos, macheteros, cargadores de mercados, etc., ocupaciones todas en las que hay gran número de mazahuas.

Como dato importante, encontraron en su encuesta que esta propensión de los migrantes a entregarse a ocupaciones marginales disminuye a medida que aumenta su tiempo de residencia en la ciudad. En décadas anteriores a los sesentas, explican estos autores, los migrantes lograron acomodo ocupacional más rápidamente y, además, provenían más de localidades urbanas y tenían experiencias de trabajo no agrícola. En cambio, los migrantes más recientes a la ciudad son en su mayoría rurales y provienen directamente de actividades agropecuarias (*ibíd.*: 344).

Un dato adicional que interesa es que las mujeres, *en todos los casos*, se hallan en peores condiciones de empleo que los hombres. El 92.3% de ellas reciben un salario menor al mínimo legal, y sus ocupaciones marginales al-

canzan cantidades dos veces superiores a las correspondientes de los hombres (*ibíd.*: 345). En 1970, por primera vez desde 1940, la proporción de mujeres desocupadas, respecto a la población económicamente activa, fue superior a la masculina: 6.5% y 4.3%, respectivamente (Suárez Contreras, 1972: 396). Es éste el contexto de empleo que han encontrado la gran cantidad de mujeres mazahuas que han migrado a la ciudad de México.

A pesar de lo anterior, en términos generales el ingreso promedio en la ciudad de México se ha mantenido superior al promedio nacional durante todo este tiempo. Y, en especial, respecto al ingreso de la zona del centro del país, que incluye a la región mazahua. De las seis zonas mayores del país, sólo una aventaja a la zona del centro en el bajo nivel de ingreso. A continuación, en el cuadro III-D se muestra con cifras esta discrepancia del ingreso entre las dos regiones a que nos referimos y su distribución entre la población:

Cuadro III-D
DISTRIBUCION REGIONAL DEL INGRESO

	Ingreso promedio (Prom. nal. = 100)	Porcentaje del ingreso unitario	20% inferior	30% bajo la media	30% sobre la media	15% abajo del 5% superior	5% superior
Distrito Federal	185	13.5	1.3	7.5	17.8	24.5	38.0
Zona Centro	67	35.0	51.5	40.3	30.2	20.2	11.5

Fuente: Saldaña, 1974: 47.

El ingreso promedio de los habitantes de la zona central, en la que está incluida la región mazahua, es dos veces inferior al de los habitantes de la ciudad de México. Pero, además, la mitad de la población de la zona rural recibe el nivel más bajo de ingresos y el 91.8% recibe ingresos por debajo de la media. En contraste, el 80.3% de la población de la ciudad recibe un ingreso superior a la media.

Por otra parte, en cuanto a servicios y subsidios, las condiciones que han encontrado los migrantes mazahuas en la ciudad son mucho mejores que las existentes en Toxi y en Dotejiare. El gasto social del gobierno federal en la ciudad de México ha sido mayor que en cualquier otro lu-

gar, lo que ha proporcionado a sus habitantes mayor número de servicios de salud —hospitales, clínicas, medicinas subsidiadas—; de educación —escuelas y centros de capacitación—; de seguridad social —pensiones de vejez y de enfermedad, guarderías—; de vivienda y de transportación. Los alimentos básicos, pan, tortillas, azúcar, frijol, etc., han estado subsidiados por el gobierno. Los gastos en ropa y en productos alimenticios han sido más baratos en la ciudad que en la zona rural, debido a las economías de escala (Saldaña, 1974). La ciudad, además, provee oportunidades de diversión y espectáculos —como cine, teatro y salones de baile— que no existen en otras zonas.

Este panorama de las condiciones y oportunidades que ofrece la ciudad de México, por sumario que sea, es de vital importancia para nuestro análisis, porque marca los límites y pone de relieve los factores canalizantes que influyen en la adaptación de los mazahuas a la ciudad.

En el capítulo sobre migrantes en la ciudad, describiremos cómo actúan los mazahuas dentro de este marco estructural limitante.

CAPITULO IV

HISTORIA DE LA MIGRACION LOCAL

En este capítulo haremos la descripción de las distintas formas de migración que se han dado históricamente en los dos pueblos y en la región, haciendo resaltar las posibles relaciones entre la migración y los eventos y condiciones específicas de cada periodo histórico. Para ello nos basaremos en datos históricos recogidos de libros, en relatos de informantes en los pueblos y en datos estadísticos relativos a población.

A. 1900-1930

A principios de este siglo, la vida en la región mazahua, al igual que en la mayor parte del país, giraba en torno de la existencia de grandes haciendas. Eran éstas extensos latifundios, en manos privadas, que controlaban la producción y la comercialización agrícola. En ellas, se cultivaba predominantemente el maíz, el frijol, la cebada, la avena, el haba y la alfalfa, productos que la hacienda vendía a los pueblos libres de los alrededores, todos de población mazahua, o enviaba por carreta a otras zonas. Dos tipos de haciendas especializadas existieron en la región mazahua: en la meseta de Ixtlahuaca, varias haciendas y ranchos se dedicaban a la cría de ganado: la hacienda de Boximó, por ejemplo, vendía ganado corriente a los carniceros de Ixtlahuaca, en la imposibilidad de llevarlos a otros mercados, como el de Toluca, por la falta de transporte. El rancho de El Rocío y la hacienda de Pastejé criaban toros de lidia; y otro rancho cercano, caballos pura sangre para el hipódromo. Estos sí eran llevados en carretas o a pie hasta la capital.

En el perímetro de San Felipe del Progreso algunas haciendas se caracterizaban por una organización tipo plantación, debida a las necesidades del cultivo del *zacatón*. La hacienda de la Providencia, la mayor productora de raíz de zacatón en aquella época, es el ejemplo típico de este tipo de producción. Trabajaban en ella los peones acasillados, quienes vivían en la hacienda, dedicados, de sol a sol, al pesado trabajo de extracción de la raíz. Se les pagaba \$ 1.00 al día, y se les entregaban 12 cuartillos de maíz a la semana, ya que ellos no cultivaban maíz. Los peones del día recibían algo más de salario, pero no se les daba maíz, puesto que ellos vivían en sus propias parcelas —ya fuera que la hacienda se les rentara, o bien que fueran de propiedad privada— y cultivaban su milpa. Estos peones trabajaban acarreado la raíz a los talleres y haciendo en ellos labores de limpieza. Les seguían en jerarquía los *talladores*, encargados de lavar la raíz, actividad que realizaban todo el día, y de atarla en manojos, lo que hacía desde el anochecer hasta las tres de la mañana. Según un informante, a éstos se les pagaban \$ 3.50 diarios. Los que tenían a su cargo el funcionamiento de los talleres eran los *capitanes*, entre los que se contaba el *rayador*. En una semana, dice nuestro informante, se llegaban a rayar \$ 150 000.00, lo que señala que, para esa época, la hacienda era una empresa próspera.

La raíz de zacatón se transportaba entonces por tren, o por carreta, a varias ciudades, de donde se exportaba directamente a Europa y a los Estados Unidos. Las fluctuaciones de esta exportación se analizan en el capítulo sobre la vida económica de la región.

Los supervisores en las haciendas eran en general los *capataces*. En todos los relatos de informantes se cuentan anécdotas del despotismo y violencia de los capataces. Por arriba de éstos quedaban los administradores, y, finalmente, el “patrón” o hacendado. Don Ramón de la Fuente y Parres, de nacionalidad española, quien vivía en su hacienda sólo por temporadas, dejaba todo el manejo de ella en manos de sus administradores.

Los recuerdos de los ancianos coinciden en que las condiciones de trabajo y de vida en las haciendas eran muy duras. Se les pagaba poco, se les maltrataba, se les enganchaba con las deudas de la temible tienda de raya y no se les permitía irse a trabajar a otra parte. Esto es importante; cuando un peón se hallaba en la “lista” de una hacienda, no podía irse a trabajar a otra si no se le extendía un documento, haciendo constar que se le permitía ausentarse; sin tal documento, no le darían trabajo en ninguna hacienda. La movilidad geográfica, entonces, sólo era libre para los peones no acasillados.

Estos, como Eusebio Hernández de Santiago Toxi, la iban pasando con el cultivo de su parcela y alguna actividad adicional. Cuenta cómo, al no tener arado y verse obligado a cultivar con azadón, el rendimiento de su pequeña parcela era mínimo y no le alcanzaba para producir suficiente maíz para comer todo el año. Lo compraba entonces en Ixtlahuaca, a donde lo traían de haciendas de Atlacomulco y Acambay al norte. *Para poderlo comprar, se dedicaba a otras actividades estacionalmente. Las principales, en ambos pueblos, eran el peonaje, el comercio a pequeña escala y el trabajo en las minas de El Oro.*

Eusebio trabajaba dos o tres días en las siembras del rancho de Sila o de la hacienda de Pastejé, ambos cercanos al pueblo. Se levantaba a las cinco de la mañana y se iba andando hasta las siembras, sin huaraches, con los pies sangrando. Allí trabajaba todo el día y agrega que, si al barbechar una parcela quedaban terrones grandes, el capataz le daba sus terronazos y lo obligaba a volverla a barbechar.

El comercio en pequeño, mencionado con frecuencia en los relatos, era una actividad continua en las vidas de casi todos los campesinos mazahuas. Una imagen muy evocadora de esta actividad es la que nos da un viajero, Rivera Cambas, al atravesar la región mazahua en 1883. Dice: "...en estas soledades, reina el silencio más grande, y nadie creerla que por aquí vive gente si no fuera por el encuentro ocasional con indios acarreado semillas y bastimento al mercado de Toluca y hasta el de México. Así, siempre llevan fruta, pájaros silvestres, tejamanil y, a veces, carbón; los acompañan sus esposas e hijos, todos cargando pesados bultos y arriando burros pacientes" (Rivera Cambas, 1883: 56).

Este comercio ambulante era de varios tipos: el padre de Anacleto Solís traía a vender aguardiente de caña, en burro, desde Cuernavaca hasta Santiago Toxi; otras veces, caminaba hasta Quiroga, Michoacán, compraba loza y la llevaba a vender a los ranchos de la sierra. Otro informante llevaba carbón a vender a El Oro y trigo a San Juan del Río. En el camino, cuenta que solía encontrarse hasta con 20 arrieros, todos con sus hurros y mulas, llevando mercancías. Estos arrieros pasaban periódicamente por Toxi y Dotejiare llegando hasta las chozas más apartadas de los mazahuas, a vender recaudo. Don Anastasio, el hombre más prominente de Dotejiare, recuerda que a eso se dedicó de joven, yendo a "ranchar" fruta de Zitácuaro hasta San Felipe.

Un grupo regular que participaba en este comercio era el de "polle-ros" y "huacaleros" que llevaban mercancías a la ciudad de México. Compraban pollos y guajolotes en el mercado de Ixtlahuaca los lunes. Descansaban martes y miércoles. El jueves, tempranito, salían a pie pa-

ra la ciudad, a donde llegaban el viernes por la noche, después de pernoctar en los fríos bosques de la sierra de Lerma. El sábado se presentaban en la gran plaza de la Merced a vender sus aves y regresaban a Ixtlahuaca el domingo. En cuanto al trabajo en las minas, las de El Oro producían a principios de siglo grandes cantidades de ese mineral y absorbían mano de obra de toda la zona circunvecina. Los mazahuas de Dotejiare, así como los de Santiago Toxi, iban a trabajar allá.

Hernán González, de Toxi, empezó a trabajar en las minas desde los 12 años: ganaba \$ 1.50 al día, parte de lo cual enviaba a su familia en el pueblo. Pero lo consideraban un trabajo ingrato, porque "luego luego se enfermaba uno de los pulmones. No duraba uno ni tres años. Por eso prefería ir a trabajar al campo". Sin embargo, el ingreso que se obtenía trabajando en las minas era importante para el presupuesto familiar ya que al cerrarse las minas principales, en 1910 y 1927, dicen los informantes que muchos empezaron a irse a la ciudad de México —y otros a Acámbaro, aunque no pude descubrir qué es lo que hacían allá.

Por aquel tiempo, los pueblos de "indios" —mazahuas— claramente se identificaban como tales: por ejemplo, en el valle de Ixtlahuaca, se sabía bien que Santiago Toxi, Santa María del Llano y San Bartolo del Llano eran pueblos de "indios"; y San Felipe del Progreso era conocido como una comarca de "indios". Los mazahuas y los mestizos no se casaban entre sí y se identificaban, además, con niveles ocupacionales: en las haciendas, los mazahuas eran los peones; los capataces y administradores, eran los mestizos. Durante la Revolución, los principales jefes revolucionarios fueron mestizos y se comenta como hecho curioso el que ya uno de ellos haya sido "un indio de Ixtlahuaca".

Por haber sido la región mazahua y en especial la meseta de Atlacomulco y de Ixtlahuaca, el camino real hacia el norte fue atravesado con frecuencia por las huestes revolucionarias. En la zona de San Felipe los recuerdos de quienes vivieron la Revolución se limitan a decir que llegaban los ejércitos de quién sabe qué general, acampaban en las haciendas y se llevaban a mujeres y cosechas. Los mazahuas se retiraron a sus soledades.

En Ixtlahuaca algunos de los pueblos mestizos se afiliaron al grupo zapatista, y otros al gobierno, por lo que hubo con frecuencia encuentros armados. Gran parte de la población mestiza emigró a Toluca y a México. Los mazahuas, a los montes.

Entre 1915 y 1920, el terremoto de la Revolución y otro terrestre, además de una epidemia de gripe que diezmó a la población, parecen haber soltado las amarras de aquellos pueblos y cuentan que gran cantidad de

familias vagaban por la región en busca de qué comer. Algunas, como la de José Antonino de Toxi, se fueron a la ciudad de México con otras cinco familias mazahuas; allí, él trabajó descargando granos de los vagones del tren y llevándolos a las bodegas en la Merced. Duró en ese trabajo varios años, hasta que supieron que la situación se había calmado en sus pueblos, y entonces regresaron.

Después de la Revolución, a pesar de que las haciendas siguieron funcionando normalmente, las condiciones económicas en la región mazahua habían cambiado. Disminuyó el pequeño comercio y ya no hubo trabajo en las minas. Aunque para trasladarse a la ciudad de México todavía había que tomar el tren o irse a pie, algunos hombres jóvenes de los dos pueblos empezaron a migrar hacia la ciudad, en donde permanecían por varios años. Esto lo muestran claramente las pirámides de edad de la población para los años veinte.

La situación la resume este comentario de un anciano de Dotejiare: "*Antes, en tiempos de los abuelos, no saltan. ¿A qué, si no había trabajo en la ciudad de México? Se tenían que ir a pie tres días y la mayoría no iba. Entonces no se necesitaba tanto (migrar) porque todo era barato, de a centavo el kilo. Daban las cosas por montones, no por báscula como ahora*".

B. 1930-1950

Dos hechos derivados de iniciativas del gobierno federal provocaron cambios radicales en los dos pueblos; por una parte, se alteró la organización política de la región y por otra, se empezó a poner en práctica la Reforma Agraria.

Hasta entonces, la región mazahua había estado englobada políticamente dentro del Distrito de Ixtlahuaca, con sede del gobierno distrital en ese poblado. Este se dividía a su vez en municipalidades, una de las cuales era San Felipe del Progreso. En 1930 se subdividió el distrito en municipios libres, cada uno con una cabecera donde se asienta el gobierno municipal. Santiago Toxi quedó incluido en el municipio de Ixtlahuaca y Dotejiare en el de San Felipe del Progreso. Esto permitió el desarrollo de las cabeceras, que se constituyeron en centros de comercio y servicios para los pequeños pueblos de su municipio. En un principio, Ixtlahuaca creció enormemente como lo muestra el índice de crecimiento de su población —ver apéndice A—. Después de haber sufrido saqueos y éxodo de población durante los años de la Revolución, ya en la década de los treinta Ixtlahuaca recibió gran cantidad de migrantes de

retorno, aquellos a quienes la Revolución había desprendido de sus pueblos. En cambio, Dotejiare, Santiago Toxi y San Felipe perdieron población en los veinte y treinta; sólo Dotejiare la recuperó en 1940.

Los índices de masculinidad indican un número mucho mayor de mujeres en las cabeceras que en los pueblos, tendencia que se acentúa en el año de 1940. Sin embargo, a nivel municipal la relación aparece normal y las pirámides de edades también lo muestran así. Una interpretación, tentativa, es que probablemente las viudas de la época de la Revolución abandonaron sus pueblos yéndose a vivir preferentemente en las cabeceras donde podrían trabajar de sirvientas en casas o de dependientas en las tiendas o de vendedoras en los mercados. Al contrario, habría una corriente inversa de hombres, quienes al encontrarse con la posibilidad de recibir tierras en los ejidos, se habrían mudado a los pueblos.

Cifras obtenidas a partir de estadísticas vitales, confirman que sí hubo mayor migración femenina que masculina: *de 1940 a 1950 migraron de Dotejiare 279 mujeres —un 10% de la población femenina— y 208 hombres —un 16%—; de Santiago Toxi salieron 414 mujeres —el 25% de población femenina— y 351 hombres —un 21%—.*

Por otra parte, todo indica que los movimientos de población ocurrieron dentro del municipio ya que no hay indicaciones de migración extramunicipal. Las pirámides de edades también los muestran: se nota una mayor esperanza de vida, con mayor concentración en las edades adultas que en la pirámide de 1910; un crecimiento más acelerado de la población, con gran número de niños y una menor mortalidad infantil; la disminución de población, idéntica casi para hombres y mujeres alrededor de los 20 años indica que sí había migración. Esto puede significar el comienzo de la migración de jóvenes, *migración temporal, no definitiva*, puesto que las pirámides son normales para las edades adultas. Los relatos de informantes confirman que sí existía esta migración de los jóvenes *pero que sólo era temporal*.

El segundo acontecimiento que influyó en la vida de los pueblos fue el reparto de la tierra debido a la Reforma Agraria. En el Valle de Ixtlahuaca se dismantelaron casi todas las haciendas y en su lugar se fundaron pueblos. Por ejemplo, los peones que habían trabajado en la hacienda de Enyeje formaron los pueblos de Dolores Enyeje, San Lorenzo Enyeje y el Barrio de Santo Domingo. Las demás haciendas, de Mostejé, Sila, Nijimi, Boximó y Huerejé fueron repartidas y, según informantes mestizos, se las entregaron especialmente a los más pobres, entre ellos a los campesinos mazahuas.

En 1928 se concedió al pueblo de Santiago Toxi un ejido de 1 413 ha. de tierras de las haciendas de Patejé, Enyeje, Ticaque y Huerejé el Grande. Los 718 ejidatarios recibieron un promedio de 2.5 ha., quedando 158 individuos con derechos a salvo (Fabila, 1958: 287). Los que tramitaron la dotación por parte del pueblo fueron todos campesinos mazahuas.

En Dotejiare el ejido se dotó en 1937, fecha en que se inició una lucha sangrienta por el control de las tierras ejidales que terminó en 1952 al consolidarse como líder político único Don Anastasio Pineda. En la dotación, 451 ejidatarios recibieron un promedio de 3.0 ha. cada uno. (Fabila, 1958: 437).

En ambos casos se trató de ejidos no parcelados, lo que tuvo importantes consecuencias. Significó que los ejidatarios podían ocupar tanto terreno como pudieran cultivar. En aquel tiempo, los instrumentos de producción con que contaban los ejidatarios estaban distribuidos en forma más o menos equivalente entre ellos. Así, los ejidatarios, tanto mestizos como mazahuas, en ambos pueblos cultivaban parcelas del mismo tamaño. Pero, posteriormente, por no estar establecidos legalmente los límites de las parcelas, se crearon desigualdades en las extensiones cultivadas por razones que veremos más adelante.

El hecho es que la situación económica de los campesinos mejoró repentinamente y en los años posteriores al reparto de las tierras, en la década 1930 y 1940, el usufructo de ellas era suficiente para la manutención de las unidades domésticas campesinas.

La migración se limitaba entonces, como ya dijimos, al trabajo temporal por parte de mujeres y hombres jóvenes y a la salida de algunos individuos con características personales especiales.

El comercio ambulante a pequeña escala se siguió practicando siguiendo las mismas rutas y características que en décadas anteriores. Con la desaparición del trabajo asalariado en las minas de El Oro y en las haciendas, sin embargo, los campesinos buscaron otras fuentes de trabajo temporal. Una que se abrió a partir de la década de los cuarenta fue la construcción de caminos. La primera en que participaron los campesinos de Dotejiare y de Toxi fue la construcción de la carretera de Toluca a Villa Victoria. Cuenta Marcelino Hernández que, al enterarse de que ofrecían trabajo, él y varios compañeros de Santiago Toxi se trasladaron allá. Durante toda la temporada en que duró la construcción, excepto en los meses en que regresaban al pueblo a realizar alguna labor en las milpas, permanecían durmiendo en una zanja por no haber casas donde hospedarse. Desde entonces se empezó a definir el carácter colec-

tivo que ha tomado la migración laboral en el pueblo: de entre ellos se escogió a un "huacalero" que salía de Toxi todos los días a las 4 de la mañana con los alimentos que le entregaban las esposas de los trabajadores para llevarles a éstos su desayuno, que recibían oportunamente a las ocho de la mañana. Entre todos le pagaban y le daban también encargos —ropa o dinero— que traer o llevar a sus familias.

El trabajo en la construcción de carreteras fue incrementándose en la década de los cuarentas y los cincuentas. La carretera principal de Toluca a Ixtlahuaca, Atlacomulco y San Felipe, se abrió en 1945. Brechas de Villa Victoria a San Felipe y a El Oro se abrieron a principios de los cincuentas. En todas estas obras trabajaron los campesinos de ambos pueblos.

Pero fue precisamente en esta época cuando la ciudad de México empezó a fungir como la principal fuente de ocupación temporal para los campesinos mazahuas. Tuvo que ver, en parte, con el hecho de que se hubieran agotado otras fuentes de empleo ya mencionadas y con el hecho de que algunos individuos excepcionales migraron a la ciudad y fueron las que proporcionaban información, hospedaje y colocación a sus paisanos.

Dos ejemplos servirán para ilustrar el asunto: José Matos, del pueblo de Providencia cerca de Dotejiare, se fue a vivir a Xochimilco, donde compró tierras en las chinampas. Periódicamente regresaba al pueblo a reclutar hombres jóvenes que le ayudaran en la siembra y cosecha de verduras. Les pagaba \$ 50.00 cada dos semanas, de los cuales, según un informante, gastaban \$ 20.00 para comida y enviaban \$ 30.00 a sus familias. Pronto se estableció un tráfico laboral constante entre Xochimilco y el pueblo de Dotejiare. Algunos hombres también empezaron a trabajar la raíz de zacatón en los alrededores de Xochimilco y poco después se fueron a Tlalnepantla, también a trabajar la raíz. Otros grupos de jóvenes salieron con igual propósito a los estados de Puebla, Jalisco y Michoacán.

Lo importante es que José Matos, a quien llamaban "tío", según la costumbre de designar con ese término a cualquier hombre de edad del mismo pueblo, les dio trabajo no sólo a los jóvenes mazahuas de la Providencia sino que se corrió la voz y empezaron a ir de todos los pueblos cercanos, entre ellos, Dotejiare.

Otro caso parecido pero con diferencias importantes es el de los hermanos Viera, de Santiago Toxi. Emigraron a la ciudad de México en los años cuarentas y lograron establecer un próspero negocio de librerías e imprentas. Posteriormente, han venido a trabajar para ellos, en calidad

de empleados, los hombres jóvenes y de sirvientas, mujeres jóvenes de Toxi. Su relación ha sido de clientelismo, ya que los Vieira son mestizos y se han incorporado de lleno al estilo de vida urbana.

Otro tipo de migrante individual excepcional es el que representa Lorenzo Miranda, también de Toxi. A los diez años, por iniciativa propia, salió a la ciudad a trabajar de mozo en una casa. Ahorró hasta que pudo comprar una pollería. La vendió luego, y pasó por una serie de aventuras, por demás simpáticas, que sería demasiado largo relatar. Terminó siendo un hombre muy rico, dueño de una cadena de pollerías y puestos de jugos en la ciudad y en 1970 regresó a vivir a Toxi. Su casa estilo urbano, de dos pisos, con puertas y balcones de hierro, sus tres automóviles y una camioneta, representan a ojos de los habitantes del pueblo, el éxito que puede obtenerse con sólo irse a la ciudad. Así, Don Lorenzo, aunque no actuó como benefactor que diese empleos a migrantes del pueblo, ha jugado un papel importante en reforzar la idea de que a través de la migración se puede lograr tanto el ascenso económico como el social.

Otros tres migrantes de Toxi que salieron a la ciudad en los cuarentas, ahora poseen bodegas de chiles y de legumbres en el mercado de la Merced en las que han trabajado gran número de hombres del pueblo.

En cambio, el resto de las historias personales de los migrantes repiten un mismo patrón de migración estacional; se trasladaban a la ciudad de México, en tren o a pie; trabajaban de cargadores o macheteros en la Merced; ahorraban algún dinero y regresaban a Toxi.

En Dotejiare, según cuentan sus habitantes, en ese tiempo había muy poca migración, probablemente debido a que el trabajo en la extracción del zacatón ocupaba el tiempo en que no había labores en las milpas. Además, el pueblo se encontraba más alejado y aislado geográficamente y en esos años se hallaba sumido en matanzas intestinas que hacía arriesgado el desplazarse. Hasta 1930 Dotejiare había sido un importante centro comercial. Su mercado reunía a los mazahuas de pueblos cercanos, como la Providencia, Suchitepec, Santa Ana Nichi, Dios Padre y otros. Don Crescenciano cuenta que "...lo que más se vendía eran frutas, maíz, frijol, chiles de todas clases, labores artesanales y bordados que eran parte del traje mazahua y pollos, guajolotes y borregos. Se vendía, además, mucho pulque, que bajaban de Ramejé hasta en 50 burros...". Pero en la década de los treinta llegaron dos grupos de mestizos al pueblo. Los ancianos indígenas aseguran que eran prófugos de la justicia que se habían fugado de la cárcel de Villa Victoria, pero no pudimos confirmar este dato.

Se asentaron en el centro de Dotejiare y abrieron comercios. Uno de ellos afirma: "En el centro habíamos pura gente de razón, teníamos nuestros comercios y no dejábamos vivir a los naturalitos en el centro. Esas gentes son salvajes, pero vivíamos de ellos, son buenos para tomar. En mi negocio, lo que más me dejaba era la venta del alcohol. Iba a Toluca por dos latas de seis pesos cada una, las dos me rendían bastante bien, pues con lo que les revolvía sacaba otras 40 latas. Les echaba lazo de jarcia y alumbre. Con eso les ardía el gañote y me decían: —Este sí es del bueno, raspa bien".

Se inició entonces una lucha intensa entre distintas facciones, que la gente del pueblo tiende a interpretar como conflicto étnico entre maza-huas y mestizos. El mismo informante mestizo cuenta: "Únicamente en el centro había comercios. Los naturalitos de las cuadrillas iban a trabajar de mozos; pero, como le digo, nosotros no dejábamos que vivieran entre la gente de razón. Todos los del centro nos juntábamos para no dejarlos entrar. A eso de las seis de la tarde, ya nadie salía. Sólo se quedaba el 'rondín' de turno para tocar las campanas y ponernos alertas si es que veía algo raro y si esto sucedía, nos cargábamos a los balazos. Siempre traíamos nuestras carrilleras llenas de parque que comprábamos en Toluca"

Recuerda José Salgado, otro mestizo, que "...se ponía bonito aquello. En las noches se oían silbar las balas. Los caballos nada más paraban las orejas. Al otro día, por lo menos, había sus tres o cuatro muertitos; pero ¡ay de aquel que fuera a dar parte a San Felipe, porque en seguida se lo echaban!"

La violencia manifestada en este conflicto de hecho se había iniciado con el reparto de las tierras a los agraristas. Refiere Asunción Camacho, cuyo padre ayudó a gestionar el ejido, que "cuando se inició lo de las tierras, los hacendados mandaron a buscar a mi papá para matarlo. Estábamos en la casa y llegaron a caballo los empleados de la hacienda. Todos venían armados con parque. Preguntaron por mi papá. Uno de ellos, hermano del vendedor de la hacienda, trafa una carabina y apuntándome me dijo: —Quítese el sombrero—. Y yo le contesté: —No estoy frente a los santos, sino al patrón—. Me amenazó con darme 50 fajazos. Para esto, ya había mandado cuadrar a cinco soldados en el paredón, esperando que mi papá se presentara pero la gente del pueblo se juntó allá por el zacatonal, se reunieron como 800 y le dijeron a mi papá: 'a usted no se lo llevan; ¡o nos dan a todos, o nos vamos con usted!' Y todos se fueron a pie a Ixtlahuaca a ver a las autoridades y a presentar la queja contra los empleados..."

Estos comentarios muestran el clima de desconfianza y violencia que imperaba en la zona. Una vez repartidas las tierras, no desapareció la violencia sino que se canalizó en una lucha por el control del ejido, el motivo real que subyacía al conflicto aparentemente étnico. Uno a uno, todos los comisariados ejidales de Dotejiare fueron asesinados por razones que los mismos informantes no logran aclarar. Después de creado el ejido, el pueblo se dividió en dos facciones: una supuestamente apoyada por los mestizos, y otra, por los indígenas, ambas intentando mantener un comisariado ejidal aliado suyo. La relación y análisis de esta lucha se verá con más detalle en el capítulo sobre estructura de poder.

Finalmente, después de sucederse varios asesinatos y cambios de comisariado ejidal, logró mantenerse en ese puesto y consolidar su posición política en el pueblo Don Anastasio Pineda. Tuvo que huir la facción opositora, compuesta de unas 25 familias que se fueron a establecer a la ciudad de México.

Salieron casi todas las viudas, cuyos esposos habían sido asesinados durante las luchas faccionales ya que perdieron inmediatamente sus derechos a las tierras ejidales de sus esposos. Al no poder sostenerse ellas y sus hijos en el pueblo, emigraron a la ciudad de México. Favoreció su salida el hecho de que el grupo político exiliado fundó una colonia en aquella ciudad que acogió a las viudas con sus hijos.

Otro factor, también introducido del exterior, empezó a producir cambios importantes dentro de las comunidades. En 1945 se fundaron, en ambas, escuelas primarias. En ese tiempo, habiendo tierras comunales disponibles para el pastoreo y teniendo la mayoría de las familias un pequeño rebaño de ovejas, se encargaba de su cuidado a los niños y se les enviaba de pastores al monte. Así, no asistían a la escuela más que los hijos de mestizos, quienes eran los únicos interesados en que sus hijos aprendieran a leer y a escribir.

En la época que nos ocupa, ambos pueblos conservaban todavía muy arraigada la cultura mazahua. Se hablaba ese idioma en familia y en todos los trámites de la vida pública en el pueblo. Las familias mazahuas vivían aisladas en sus parcelas y se atemorizaban cuando veían llegar algún *fuereño*: "llegaban a vacunar, y nosotros nos subíamos al tepanco y desde allí mirábamos..." Se daba preferencia a la indumentaria indígena que confeccionaban casi en su totalidad las mujeres mazahuas. El gobierno tradicional de cargos regía la vida social y religiosa en ambos pueblos. Las fiestas eran en grande: se gastaba mucho dinero en flores, ceras, comida y bebida y había varias danzas tradicionales. Las creencias mágicas regulaban el comportamiento hacia la naturaleza y las re-

laciones interpersonales. Como ejemplo, en la década de los cuarentas en Dotejiare, cuentan que muchas viejitas de 60 o 70 años amanecían muertas. "Ya no salían de noche, porque ya no llegaban." Al parecer, se les acusaba de ser brujas y de haber provocado la muerte de niños; las mataban los dolientes, que así creían vengar la muerte de sus hijos. Según dicen, esto ya no sucedía después de 1950, porque la gente que las mataba había emigrado a la ciudad de México.

Aunque no afectó directamente a ninguno de los dos pueblos, es importante mencionar otro tipo de migración que se daba en la región. En la década de los cuarentas y también en la siguiente, el *bracerismo* era un medio para conseguir ingresos monetarios importantes. Participaron en este movimiento casi exclusivamente los mestizos. Al revocarse el acuerdo México-E.U., a fines de los cincuentas, se cerró el canal legal para migrar como bracero; como resultado, dijo un mestizo del pueblo de Palizada: "ahora no queda más que irse a México o matarse trabajando". Por lo que pude informarme, el *bracerismo* se practicaba en forma colectiva: salían juntos grupos de jóvenes a pedir sus papeles a la ciudad de México y a trabajar a los estados sureños de Estados Unidos. Ningún habitante de Dotejiare ni de Santiago Toxi participó en esta corriente, probablemente porque ya habían encontrado la alternativa de migrar a Xochimilco y a la ciudad de México.

C. 1950-1970

En la década de los cincuentas, resaltan con claridad los factores que convirtieron lo que en los años cuarentas fue un movimiento estacional, individual y costumbrista, en una migración masiva que ha modificado por completo la conformación social y económica de la región.

Por una parte, se hicieron sentir los efectos de la explosión demográfica: los índices de crecimiento de ambos municipios fueron más altos que el nacional para la década de los cincuentas. Ixtlahuaca incrementó su población a una tasa de 4.5 y San Felipe del Progreso de 4.0. Como puede apreciarse en el cuadro correspondiente —Apéndice A— el aumento poblacional medio anual fue mayor que para las décadas anteriores, a pesar de que la emigración ya era considerable. Sin embargo, la presión demográfica los afectó en forma diferencial.

En Dotejiare, debido a la salida precipitada de una parte de su población por razones políticas, no se ha hecho sentir tan agudamente la presión sobre la tierra. Una encuesta de 1956 hizo saber que cada ejidatario

tenía todavía 2.5 ha. de tierras, como promedio. En cambio, la misma encuesta en Toxi reveló que las parcelas ya se habían reducido a un promedio de media a dos hectáreas (Fabila, s. f.: 427.)

Las razones de una mayor presión demográfica en Toxi son claras: los índices de mortalidad bajaron al hacerse disponibles servicios médicos en Ixtlahuaca y en Toluca. Esto se nota en la pirámide de edades de 1950 del municipio de Ixtlahuaca. Un cálculo sencillo confirma la reducción de las parcelas: las mujeres que entraron a la edad reproductiva en los treintas, tuvieron un promedio de 7 hijos según el censo de 1970. Aun teniendo en cuenta la mortalidad, puede suponerse que tuvieron de 2 a 3 hijos varones a quienes repartir tierras. Si éstas tuvieron originalmente un promedio de 2.5 ha., significa que la segunda generación de ejidatarios, los que tomaron posesión de ellas a principios de los cincuentas, recibieron una hectárea o menos, para el cultivo.

Para principios de los cincuentas, pues, la migración era muy intensa en Santiago Toxi y en el resto del municipio, a juzgar por las cifras de población y los datos de las entrevistas.

El destino de casi todos los migrantes de Toxi era la ciudad de México. Los hombres adultos seguían yendo a ella por temporadas, a trabajar como cargadores y macheteros en la Merced. Pero ya había un número considerable de niños y adolescentes que permanecían en la ciudad hasta pasados los veinte años. Ha sido esta generación de hombres jóvenes que son ahora los jefes de familia, quienes han ejercido una influencia decisiva en promover cambios políticos y educativos en el pueblo.

José Maldonado, por ejemplo, trabajó desde los trece años descargando los camiones de verduras en la Merced por las noches. Ganaba de \$ 30.00 a \$ 40.00 dedicado a esa faena todas las noches. Dormía en las mañanas y en las tardes iba a la escuela para aprender a escribir y a hacer cuentas.

Sobresale en las historias personales de estos migrantes, su afán por aprender a leer y escribir, adiestramiento que no pudieron recibir en el pueblo por la falta de interés de sus padres y los pocos maestros que tenía la escuela. Pero una vez en la ciudad adoptaron los valores urbanos que enfatizan la necesidad de "tener escuela", como medio para "progresar". Así, estos migrantes hacen mención frecuente de todo lo que pudieron aprender, leyendo y escribiendo, o capacitándose para hacer cuentas, conocimientos antes reservados sólo para las familias de los mestizos en el pueblo.

Otro migrante, Juan Maldonado, de cargador pasó a ser machetero:

salía con los camiones del mercado de la Merced, a regiones agrícolas de toda la República; Tampico, Monterrey, San Luis Potosí, en donde se ocupaba en cargar los productos agrícolas a los camiones; el trabajo era arduo. A veces salía de la ciudad de México a las tres de la tarde rumbo a Cuautla a recoger jitomate. Allí llegaba a las 5 de la tarde y terminaba de poner la carga en el camión a las 11 de la noche. Salía a esa hora de regreso a la ciudad arribando a las tres o cuatro de la mañana y a esas horas tenía que descargar el jitomate en las bodegas.

Para esta época, se había ya formado una red de trabajo y de intercambio de información entre el mercado de la Merced y Santiago Toxi. Los tres migrantes dueños de bodegas, empleaban a gran número de hombres del pueblo y eran el centro de una red social dentro de la Merced que los mantenía informados sobre empleos y actividades de venta a las que podían dedicarse sus paisanos. El constante ir y venir de migrantes estableció una cadena permanente de información: en todo momento, se mantienen informados los migrantes y los del pueblo sobre sus actividades mutuas. Es típico un comentario como el siguiente, de una señora cuyo esposo estaba trabajando en la ciudad: "no, si ya me dijeron que esta semana no me va a traer centavos porque los perdió anteanoche a las cartas...". Para consolidar este vínculo pueblo-ciudad, existe desde los años cincuentas el "correo": un hombre que se lleva y trae encargos entre Toxi y la ciudad de México. Actualmente, desempeña este papel José Vidal. Sale del pueblo todos los domingos a las 6 am. Se pasea por la ciudad hasta las 12, y de las 12 a la una de la tarde se sienta en la estación de los autobuses de la Herradura a recibir los encargos de migrantes de Toxi en la ciudad: algunos recogen la ropa limpia que les manda su familia y mandan con el portador algún dinero y su ropa sucia; alguna chica que trabaja de sirvienta le manda decir a su padre que la venga a recoger porque no está a gusto en donde trabaja; y otra pide que le manden decir si ya se alivió su mamá; otros jóvenes les mandan recados a sus novias allá en el pueblo. Para las seis de la tarde, José ya está de regreso en Toxi, repartiendo encargos. Además de este "correo" cada fin de semana hay quien viaje al pueblo y si se quiere enviar algún recado o bulto, no hay más que preguntar quién está por irse. Generalmente, será un pariente propio o de alguien conocido y se realiza el encargo con facilidad.

La red de información y de trabajo se extiende aún más allá del pueblo y de la ciudad de México. Por ejemplo, Domingo Eusebio, el dueño de una bodega de cebollas en la Merced originario de Santiago Toxi, compró un rancho en Guanajuato donde cosecha esa legumbre. Varios

muchachos de Toxi trabajan allá. Recientemente, Felipe de la Luz, padre de uno de ellos, le mandó decir a uno de éstos que se regresara al pueblo, puesto que es el hijo menor y a él le toca quedarse con la casa y la parcela. Para mandarle el recado, le dio una carta a un sobrino que se iba a la ciudad; el sobrino le pasó la carta a Domingo Eusebio en su bodega de la Merced; Domingo Eusebio le pasó la carta a otro muchacho de Guanajuato; y éste se la entregó al hijo de Felipe. La respuesta verbal llegó a su destino por la misma vía.

Además de estos trabajos asociados a los mercados, en los cincuentas se expandió uno que ha cobrado suma importancia para los migrantes mazahuas en las dos últimas décadas: la albañilería. Muchos cuentan sus experiencias en obras de construcción de residencias, de hospitales, de escuelas, trabajando en todos los rumbos de la ciudad. El trabajo lo encuentran de dos maneras: algunos "maestros" de obra de la región, en su propio pueblo reclutan a jóvenes que los ayuden, e incluso llegan a reclutarlos en los autobuses camino a la ciudad; otros migrantes vienen a la ciudad y van recorriendo las "obras", calle por calle, hasta que encuentran ocupación.

El oficio de albañil, sin embargo, lo desempeñan sólo aquellos que no piensan establecerse en la ciudad. Los que aspiran a permanecer en ella prefieren intentar conseguir un puesto de ventas en la Merced, o entrar de dependientes en comercios establecidos.

Hasta ahora, nos hemos referido sobre todo a las formas de migrar de los mazahuas. Los mestizos han migrado en forma distinta. Su migración casi siempre es permanente: se nota mucho mayor desplazamiento geográfico y variedad de empleos entre ellos que en el caso de los mazahuas. Esto lo ilustra el caso de las siguientes familias: Hermenegildo López tuvo 14 hijos: cinco con su primera esposa, de los cuales un hijo casado y una hija casada —que tiene 11 hijos— radican en Toluca; los otros tres hijos están en la ciudad de México, trabajando de choferes de autobús. De los nueve hijos que ha tenido con su segunda esposa, sobreviven cinco: una hija casada reside en Toxi; un hijo, que es ayudante de contador, y del que están muy orgullosos, tiene residencia en la ciudad de México; el hijo siguiente trabaja en la fábrica de Pastejé y los dos hijos menores viven con ellos y estudian secundaria en Ixtlahuaca.

De los hijos de Petra González un hijo trabaja para el gobierno: pasó mucho tiempo en Tampico; ahora es ayudante de arquitecto en la ICA, una compañía de construcción de la ciudad de México, que lo envió a Veracruz. Otro hijo mora en Santiago Toxi, vendiendo bloques prefa-

bricados para construcción. Dos hijas casadas son vecinas de la ciudad de México, y una hija casada está en el pueblo.

Un hecho tangencial pero importante en Toxi merece mencionarse: en 1951, Simón González fundó un templo protestante. El se había convertido al protestantismo en la ciudad de México, y se dedicó a hacer labor de proselitismo en Toxi. Pronto estalló la violencia entre los católicos del pueblo y el nuevo grupo de protestantes, al grado de que en 1955 quemaron vivo a un protestante en una pira en la plaza del pueblo. Los culpables fueron encarcelados y, poco a poco, se permitió a los protestantes practicar su religión. Actualmente, la mayoría de los habitantes del barrio de Santo Domingo, y alrededor de unos 100 de Toxi, son protestantes. Se les acepta incluso para ejercer puestos políticos. Lo importante para el tema de este trabajo es que el grupo a que nos referimos surgió y se reforzó a través de la migración, y ha introducido valores alternativos en la comunidad, abriéndola a una mayor tolerancia hacia el cambio social.

En Dotejiare, en cambio, la situación general en la década de los cincuenta difería mucho de la de Toxi. No existía en ese entonces la necesidad imperiosa de migrar estacionalmente para sobrevivir. Las tierras eran todavía abundantes, y la extracción de la raíz de zacatón proporcionaba el dinero que se requería para otros gastos. Al contrario de otros pueblos circundantes, en los que pronto se acabó el zacatón por haber sido explotado sin previsión, en Dotejiare Don Anastasio logró convencer a los ejidatarios de que se plantara nuevamente zacatón y se regulara estrictamente su explotación. Esto fue en 1952, y en la actualidad el pueblo cuenta con la reserva más alta de zacatón de la zona.

Pero el hecho de que todo un grupo de gente del pueblo estuviera instalado en la ciudad de México se convirtió en un estímulo a la migración. Lo interesante en este caso es que casi todos los migrantes estacionales se dedicaron a vender fruta en las calles de la ciudad. A fines de los cincuenta, al intensificarse la represión de la venta ambulante por parte de las autoridades urbanas, los hombres de Dotejiare comentan abiertamente que empezaron a llevar a sus esposas para que ellas vendieran la fruta.

Las esposas de los migrantes que vivían permanentemente en la ciudad, también se dedicaban a la venta de fruta, por razones que se explican en el capítulo que analiza su situación en la ciudad. Así, lo que había sido una actividad tradicional del pueblo, la venta ambulante de frutas, se continuó en la ciudad. Por algunos aspectos de esta actividad en la ciudad, se le puede calificar de corporativa.

Al igual que los de Toxi, pero en otras áreas de trabajo y de residencia en la ciudad, los migrantes de Dotejiare establecieron una red de relaciones entre el pueblo y la ciudad. Las noticias circulan de la misma forma que en Toxi, aunque no hay "correo". Los matrimonios, en su mayoría, son endogámicos: generalmente los hombres jóvenes regresan a casarse al pueblo o se casan en la ciudad con una chica del pueblo. Cuando hay una celebración, los jóvenes de México regresan al pueblo y los de éste van a la ciudad. Asimismo, los migrantes residentes en México siguen cumpliendo con sus cargos de mayordomía en la iglesia del pueblo.

Ya para 1960, la migración constituía una parte integrante de la vida de Santiago de Toxi y a fines de esta década, también en Dotejiare.

Las pirámides de edades para los dos municipios muestran una tendencia interesante: en el caso de Ixtlahuaca se nota claramente que emigraron hombres jóvenes, pero en mayor proporción migraron mujeres de todas las edades. La relación de masculinidad muestra que el pueblo de Ixtlahuaca perdió población femenina. Siempre se ha tratado, sobre todo, de migración permanente de jóvenes sin sus familias.

La pirámide de edad de San Felipe, en cambio, no indica una migración diferencial ni por edad ni por sexo. Significa que allí la migración ha sido en su mayor parte estacional y temporal, no permanente, y que, en todo caso, han migrado *familias enteras*, por lo que no se notan irregularidades en la forma de la pirámide.

Confirman lo que acabamos de decir las historias de vida de los informantes: en Santiago Toxi, casi la totalidad de hombres y mujeres jóvenes han estado alguna vez en la ciudad de México. Algunos, casados con gente de la ciudad, se han establecido definitivamente en ella. Otros, los que se casan con gente del pueblo, se establecen en el mismo pueblo. Los hombres dejan a la esposa en casa del padre y siguen saliendo a trabajar en la ciudad de México. En Dotejiare, en cambio, las familias generalmente viajan juntas.

Es importante mencionar el caso de las viudas, puesto que participan de manera notable en la migración. Las más, como ya hemos dicho originarias de Dotejiare, migraron a la ciudad. En otros casos, por ejemplo el de Antonia Martínez, ella ha seguido viviendo en casa de su suegro, quien le cultiva el cuarto de hectárea de la parcela de su difunto esposo y ella va tres o cuatro meses al año a la ciudad, a trabajar de sirvienta para conseguir dinero con que alimentar a sus hijos. Otro caso, de Amalia Hernández: ella prefiere permanecer en el pueblo, pero en él sólo ha podido trabajar de sirvienta en casa de un maestro con sueldo de \$ 150.00 al

mes o vendiendo fruta en la escuela, con lo que gana \$ 5.00 al día. Por ello, se va con frecuencia a la ciudad, dejando a sus dos hijos con su madre en la misma ciudad y trabaja de sirvienta varios meses, con un sueldo de \$ 400.00 mensuales.

Cabe decir que han surgido nuevas modalidades en el trabajo que desempeñan los migrantes en la ciudad: incluyen empleos de velador, dependiente en tiendas, peluquero ambulante, mesero, chofer, bolero de zapatos, y otros. Pero siguen predominando las ocupaciones de cargadores y macheteros en la Merced, y la de albañil.

En la década de los sesentas han ocurrido cambios sociales importantes en Toxi. La tradición mazahua casi ha desaparecido: se habla ya el castellano en las tiendas y en las fiestas. Solamente en el seno de algunas familias se conserva la lengua mazahua, y la mayoría de los niños pequeños no la hablan ya. Las fiestas se han secularizado; en vez de rito religioso, se han vuelto de jolgorio y amenidad. El gobierno civil y religioso tradicional se ha perdido: sólo quedan algunos ancianos que hacen "promesa" de pagar una danza. Los cargos políticos ligados al gobierno nacional son ahora los puestos de poder en el pueblo. El poder político se ejerce a través de facciones y de relaciones con el partido político dominante, el PRI.

El cambio más notable ha ocurrido en el sistema de valores de la población. Ya mencionamos el énfasis que se da a adquirir educación. Se busca también el adiestramiento técnico como medio para escalar a empleos de mayor prestigio y remuneración. La comunidad se halla completamente abierta a la cultura nacional: se leen algunos periódicos y revistas de la ciudad de México, se escuchan las noticias en los radios. Ya hay siete televisiones en el pueblo. Se hace un esfuerzo especial por construir casas de ladrillos, de estilo urbano, y por adquirir bienes de consumo suntuario.

Tuvo una influencia decisiva y deliberada en promover este cambio la fábrica de Pastejé. A través de un programa diseñado para lograr que abandonaran sus costumbres mazahuas y adoptaran las nacionales, se ha efectuado un rápido cambio en el estilo de vida y en los valores, sobre todo en la generación joven.

Pero es un hecho que la fábrica y los efectos que ha traído consigo el derrame de cerca de 20 millones de pesos anuales en salarios en la zona, ha retenido población migrante. Las cifras de incremento de población, tanto de Ixtlahuaca como de Santiago Toxi, así lo indican (ver apéndice A).

Un factor de atracción poderoso en la migración en la década de los

sesentas, fue el alza de salarios y de ganancias que podían obtenerse en la ciudad de México. El salario para albañil, que era de \$ 90.00 semanales en 1955, se duplicó para 1965, y para 1971 había llegado a \$ 224.00. En ese mismo lapso, el jornal agrícola subió de \$ 42.00 semanales en 1955, a \$ 60.00 en 1965 y a \$ 90.00 en 1971. Pero los incrementos en las ganancias en la venta ambulante, y en otros tipos de trabajo migratorio en la ciudad, son aún más altos. Este diferencial en un principio aceleró la salida masiva, especialmente de gente de Dotejiare, hacia la ciudad. Sin embargo, ya para 1975 empezaba a hacerse evidente, entre los migrantes, la desilusión de que a altas ganancias corresponden altos gastos de vida en la ciudad y que, como tales, no aseguran un nivel de vida mucho más alto que el de los pueblos. Unas cuantas familias han comenzado a regresar a Dotejiare. Petra Albino y su esposo habían vendido sus tierras, y se habían ido a vivir a la ciudad de México. Pero allí, él no pudo encontrar un trabajo permanente, y subsistía de la venta de frutas que ella llevaba a cabo, aunque la policía la arrestó varias veces. Una vez permaneció 15 días encerrada en la cárcel por no poder pagar la multa. Y al ver que nada mejor podían esperar para los futuros tiempos, regresaron al pueblo. Habían pasado 10 años en la ciudad, cuando "las cosas eran baratas". Ahora, su esposo trabaja la raíz de zacatón, y con eso lograron mantenerse. Esperan poder comprar otro pedazo de tierra, y mientras, él trabaja una parcela "a medias", pagando su alquiler con parte de la cosecha. Comenta que "...se pueden sacar \$ 82.50, a la semana en el negocio de la raíz de zacatón, o \$ 70.00 como peón. Pero las cosas están muy caras: un pantalón cuesta \$ 35.00; una camisa, \$ 30.00".

En Dotejiare, los datos muestran que sí es posible la supervivencia de grupos domésticos pequeños, cuando tienen 2 ha. de terreno y un ingreso en efectivo que puede provenir del zacatón, o de raspar magueyes, o de vender el aguamiel o el pulque, o de una pequeña tienda, o de la venta de algunos animales, o de la contribución de dinero de un hijo o hija. Es decir, la migración, en esta comunidad, no es imperativa para la supervivencia. En Toxi, sí lo es.

D. Encuesta sobre migración en las comunidades

Se hizo una encuesta en las dos comunidades, a fin de determinar el grado de participación de su población en la migración.

La encuesta cubrió una muestra del 11.3% de las unidades residencia-

les en Toxi y del 10.8% en Dotejiare. Se encuestaron las unidades residenciales al azar, pero dentro de distintos barrios en los que la migración se presenta diferencialmente. Se cubrieron 5 de los 7 y 8 barrios correspondientes a Toxi y Dotejiare. Se seleccionaron dos barrios con mayor migración, dos con mayor migración y uno intermedio.

Significativamente, no se encontró ninguna casa abandonada en la muestra en Toxi, mientras que en Dotejiare el 11% de las casas encuestadas se encontraron vacías, y los vecinos indicaron que sus residentes habían salido a la ciudad de México.

Se encontró que se hallaban ausentes de la unidad residencial el 13.5% de individuos en Toxi, y el 16.4% en Dotejiare, porcentaje que consideramos bajo, y que, en parte, se debe al hecho de que la encuesta se llevó a cabo en el mes de marzo, cuando las familias llevan a cabo la siembra de sus parcelas, por lo que algunos miembros migrantes están todavía en sus casas.

Aún así, proporciona un contraste sumamente significativo el hecho de que, si bien el número de individuos involucrados en la migración es bajo, el número de unidades con miembros ausentes es sumamente alto: 53.3% en Toxi y 55.7% en Dotejiare.

Este diferencial fortalece la proposición hecha en este trabajo, de que la migración en estas comunidades campesinas no es una estrategia individual, sino una estrategia de división de labores dentro de la unidad familiar.

Las cifras sobre frecuencia de visitas de los migrantes a sus casas, también confirma lo anterior.

Cuadro IV-1
FRECUENCIA DE VISITAS DE MIGRANTES
A SUS COMUNIDADES

	Toxi	Dotejiare
Una o varias veces por mes	52.5%	21.9%
Una o varias veces por año	26.2%	50.0%
Nunca	6.6%	15.6%
Insuficientemente especificada	13.1%	12.5%
	100.0	100.0

El hecho de que en Toxi más de la mitad de los migrantes regrese a su unidad familiar una o varias veces al mes, indica que siguen siendo

miembros efectivos de la misma y que su forma de migración es *estacional*. En cambio, en Dotejiare la mayoría migra por temporadas más largas, lo que indica que no están involucrados en el cultivo agrícola, o sea en la unidad de producción familiar. Sin embargo, no pierden totalmente su vínculo con la comunidad, pues sólo un 15.6% no regresan nunca a visitar a sus familiares.

La intensificación de la migración en las últimas décadas que señalan los testimonios de informantes y de documentación descritos en este capítulo la confirman los datos de la encuesta. A continuación se indican las fechas de partida de los migrantes en las dos comunidades.

Cuadro IV-II
FECHAS DE PARTIDA DE LOS MIGRANTES

Decenios	Toxi	Dotejiare
1940-1950	4.9%	—
1950-1960	8.2%	1.6%
1960-1970	18.0%	23.4%
1970	57.4%	56.8%
No especificada	11.5%	18.8%
	100.0	100.0

Tal y como se mostró en la reconstrucción histórica de la migración en este capítulo, ésta se inició en un periodo más temprano en Toxi, y creció sensiblemente en ambas comunidades hacia fines de la década de los sesentas y principios de los setentas.

El lugar de destino de todos los migrantes —con dos excepciones, una en cada comunidad, casos en los que el migrante vive en la ciudad de Toluca— es exclusivamente la ciudad de México. En ella, los migrantes de la muestra encuestada se emplean en las ocupaciones que muestra el cuadro de la página siguiente.

Se nota una mayor concentración de los migrantes de Dotejiare en ocupaciones “marginales” eventuales. Únicamente el 34.5% de migrantes de Toxi y el 13.1% de los de Dotejiare han ingresado como asalariados al sector manufacturero o de servicios.

Es interesante la composición de las ocupaciones de migrantes por sexo. En el caso de Toxi, la totalidad de mujeres migrantes de la muestra trabaja de sirvienta; en cambio, poco más de la mitad de las de Dotejiare trabajan en la venta ambulante de fruta, y sólo una minoría se emplean de sirvientas.

Ocupación	Toxi %	Dotejiare %
-empleado, obrero	23.0	6.3
-estimador, machetero, albañil	11.5	31.3
-comercio establecido	11.5	—
-comercio ambulante	9.8	32.8
-sirvienta	21.3	7.8
-oficios: hojalatero, plomero, etc.	6.6	7.8
-estudiante	1.6	—
-no especificada	14.8	14.1
	100.0	100.0

E. *Discusión*

Teniendo en mente que uno de los objetivos de este trabajo es evaluar la validez del método antropológico para estudiar la migración, la descripción anterior del proceso de migración y las correlaciones que brotan con base en los datos nos proporciona una excelente oportunidad de medir las posibilidades inductivas del mismo. Si nos olvidamos un momento de la teoría, los datos en sí sugieren cuatro posibles interpretaciones:

1. La estrecha relación del crecimiento demográfico con la migración en los dos pueblos hace pensar que quizá se encuentre aquí la explicación del fenómeno. Es decir, que los migrantes serían simplemente aquel exceso de población producto de su crecimiento vegetativo. Pero considerarlos así significa convertir la migración en un fenómeno puramente demográfico, no sociológico.

2. En vista de que, para los mazahuas, es una costumbre el que los hombres jóvenes salgan a trabajar fuera del pueblo antes de casarse, como una especie de rito de pasaje, la migración podría considerarse como una pauta cultural. Su ampliación reciente sería entonces debida al volumen extra de jóvenes que ha provocado el crecimiento de población. Aunque es ésta una interpretación muy reduccionista, estaríamos tratando entonces con un fenómeno cultural, cuya incidencia podría modificarse con sólo alterar la pauta cultural.

3. Dada la correlación que aparece entre migración y el cambio de valores en la sociedad mazahua de "tradicionales" a "modernos", podría pensarse que la migración ha sido provocada preeminentemente por la atracción que la urbe, fuente de esos nuevos valores, ejerce en sus

nuevos adeptos. Así, la migración correspondería a un fenómeno cultural que dependería de esa "aculturación" o "modernización" que están sufriendo los campesinos mazahuas.

4. Pero los datos hacen resaltar también una estrecha relación entre condiciones económicas y migración, puesto que la supervivencia económica es difícil en las comunidades. ¿Se trata entonces de un simple traslado de mano de obra de un lugar en donde no hay empleo a otro donde sí lo hay?

Todas estas conexiones, ya sea que las consideremos causales o no, aparecen en la descripción histórica que hicimos de la migración mazahua. En los capítulos siguientes, analizando cada uno de los aspectos que se relacionan con ella, esperamos poder demostrar cuáles factores ejercen mayor peso en su determinación y al final evaluar si, de haber utilizado solamente alguno de estos enfoques inducidos de los datos, podríamos haber explicado la migración.

CAPITULO V

ECONOMIA Y MIGRACION

Más del ochenta por ciento de los migrantes entrevistados, al ser interrogados sobre los motivos por los cuales habían emigrado, dieron como tales, motivos de índole económica. Para muchos, no había posibilidad de mantenerse en el pueblo: "si no tenía yo tierras, ¿usted cree que me iba a alcanzar el jornal para darle de comer a mis chamacos?" Para la mayoría, la migración es una oportunidad de "irle a hacer la luchita", lo que significa, para algunos, el poder ganar algún dinero extra para la familia; así, por ejemplo, dijo una jovencita: "...al ver yo que mi padre no tenía para darme para ropa, ni para mis hermanitos, salí a trabajar", y, para otros, la posibilidad de "progresar": "allá (en la ciudad) trabajando se aprende mucho y se hace buen dinero. Ya luego volvemos acá, y estamos más civilizados, ya tenemos nuestro capitalito, ya ponemos una tienda".

El tenor común de todas estas respuestas señala que han ocurrido cambios económicos que repercuten directamente en la economía de las familias campesinas y que han provocado el incremento en la migración. Estos cambios pueden resumirse en términos de la transformación de una economía campesina en una plenamente capitalista. Sin embargo, en este capítulo no se pretende hacer un análisis de la economía de las comunidades y de la región *en sí misma*, ni se busca caracterizarla desde un punto de vista teórico. En el presente análisis se centra la atención en aquellos cambios que han sido decisivos para el proceso de migración.

Ahora bien, el economista analiza los flujos migratorios recurriendo a modelos que muestran la relación existente entre población y recursos,

entre insumos y productividad; pero se enfrenta a la dificultad de no poder incluir en sus modelos, variables sociales y culturales, o sea, las *causas suficientes* de la migración. Así, el estudio de las *causas necesarias*, o condiciones económicas que dan pie a la migración, a pesar de su posibilidad de rigor con respecto a la cuantificación, no permite predecir el comportamiento de los migrantes puesto que en su decisión de migrar inciden de manera importante otro tipo de factores como relaciones de parentesco, presiones sociales originadas en valores grupales y en consideraciones étnicas, y la interpretación subjetiva de las condiciones concretas. El aporte más valioso que puede hacer un estudio antropológico es la descripción y análisis de *cómo se vinculan estas variables con el cambio económico*.

Dicho de otra manera, en este capítulo se describirá lo que expresa tan inmejorablemente Audrey Richards: "Todo el proceso gradual de deterioro de condiciones locales que finalmente provocaron una situación que se volvió insoportable para (el migrante)" (citada en Mitchell, *op. cit.*,: 66). Desde este punto de vista, analizaremos los principales cambios que han afectado económicamente a las familias campesinas de la región mazahua.

A. Estructura económica de la región

La región mazahua comparte las características comunes de las zonas agrícolas deprimidas del centro de México: agricultura minifundista, sobrepoblación, subempleo rural y baja productividad marginal. Las cifras del cuadro V-1 muestran las actividades económicas principales a las que se dedica la población de los municipios de Ixtlahuaca y de San Felipe del Progreso.

En general, como puede verse en el cuadro, la población económicamente activa no llega ni siquiera a una tercera parte de la población. Sin embargo, las cifras no representan acertadamente la realidad, ya que no registran el trabajo agrícola ni de transformación de productos naturales que realizan las mujeres. La cifra de porcentaje de p.e.a. es, por lo tanto, engañosa. Pero sí muestra la tendencia hacia un alto índice de subempleo, según la definición de Gunnar Myrdal, pues se hallan integrados a una línea de producción un mayor número de trabajadores de los que se requieren para la elaboración del producto (Myrdal, 1968: 2044). Esto puede interpretarse como un hecho resultante de la absorción de mano de obra redundante en las unidades económicas, y también por otro me-

Quadro V-1
POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA Y RAMAS DE ACTIVIDAD

	Población total	Porcentaje de la población económicamente activa	Ramas de actividad		
			Agricultura	Industria	Comercio y servicios
Municipio de Ixtlahuaca	51 053	27.0	66.0	10.9	17.3
Municipio de San Felipe del Progreso	87 173	25.7	78.3	8.2	8.2
Cabecera San Felipe	991	24.5	17.3	15.2	57.2
Santiago Toxi	3 818	24.4	69.4	9.4	19.2
San Francisco Dotejiare	3 701	24.6	88.4	1.6	5.7

Fuente: D.G.E.: Censo de Población, 1970.

canismo: el requerimiento de que los niños y jóvenes asistan a la escuela retrasa su tiempo de entrada a la p.e.a Sin embargo, las observaciones directas indican que esto sucede sólo en casos en los que no se requiere el trabajo de los escolares en la empresa familiar.

La agricultura constituye la principal actividad económica de la región, pero salta a la vista la división de labores existente entre distintas localidades. Las cabeceras de los municipios son centros eminentemente comerciales y de servicios: más de la mitad de su población se dedica a estas actividades. También concentran la mayor parte de las industrias en los municipios, con un 30% y un 15.2% de la población respectiva de Ixtlahuaca y de San Felipe, empleada en este sector. Las dos comunidades se dedican en forma preponderante a la agricultura aunque en Toxi se nota un mayor número de empleados en la industria y los servicios. Según este criterio, Toxi es una comunidad más "moderna" que Dotejiare.

Ya que la agricultura constituye la principal actividad económica, nos interesa ver cómo está estructurada socialmente. Para ello contamos con los datos estadísticos, a nivel municipal, que se presentan a continuación.

Coexisten en la región tres regímenes de tenencia de la tierra: la propiedad privada, que cubre el 17.6% y el 28.0% de las tierras cultivadas en Ixtlahuaca y en San Felipe del Progreso, respectivamente; la propie-

Cuadro V-2
TENENCIA DE LA TIERRA EN MUNICIPIO
1960*

	Ixtlahuaca		San Felipe del Progreso	
	Ha.	%	Ha.	%
Predios de más de 5 ha.	3 558	13.3	18 791	25.2
Predios menores de 5 ha.	2 153	4.3	2 065	2.8
Ejidos	22 052	82.4	53 763	72.1
Total	26 763	100.0	74 619	100.0

Fuente: Censo Agrícola y Ganadero, 1970.

* Los datos de 1970 todavía no estaban disponibles en 1975.

dad comunal, que se encuentra sobre todo en los pueblos mazahuas más tradicionales, y que se incluyen, por lo general, en el recuento de las tierras ejidales; y la propiedad ejidal, instaurada a partir del reparto de tierras de la reforma agraria en los años veinte y treinta. Bajo este tipo de tenencia se hallan el 82.4% de las tierras de Ixtlahuaca y el 72.1% de las de San Felipe de Progreso (Estado de México, *op. cit.*: 174). Es de notar-se el alto porcentaje de tierras concentradas en predios mayores en San Felipe del Progreso.

Sirven de índice del desarrollo de estos dos tipos de predios, los privados y los ejidales, los incrementos que han tenido en cuanto a adquisición de maquinaria, implementos y vehículos. Sobre todo, nos indica el ritmo de capitalización que han llevado ambos. Las cifras del cuadro V-3 no pueden tomarse como indicadores exactos, pero sí dan una idea general de cómo se han ido mecanizando los predios.

La mecanización antes de 1950 era mínima, y estaba casi totalmente concentrada en los predios mayores de 5 hectáreas. Esta concentración se continuó en la década siguiente, en la que las unidades de propiedad privada incrementaron el número de maquinaria y vehículos en su posesión a un ritmo mayor que los ejidos. Apenas en la década de los setenta se nota un mayor equilibrio entre las posesiones de los dos grupos.

Además de esta disparidad en cuanto a mecanización entre los predios, la participación de los campesinos en la producción ha mostrado una creciente proletarianización de éstos. Infortunadamente, las cifras correspondientes a las décadas anteriores no son comparables, puesto que se usaron categorías distintas para agrupar a los productores; pero la di-

visión del trabajo por grupos, en 1970, nos da una idea de cómo han evolucionado las relaciones de producción en la región.

Cuadro V-3
MAQUINARIA Y VEHICULOS EN LOS MUNICIPIOS

	Maquinaria agrícola*			Tractores			Carros, camiones y carr.		
	1950	1960	1970	1950	1960	1970	1950	1960	1970
Ixtlahuaca	10	167	534	1	24	93	32	45	68
Pedios mayo- res de 5 ha.	8	81	250	1	23	59	27	38	49
Pedios meno- res de 5 ha.	—	71	—	—	1	34	—	—	—
Ejidos	2	35	284	—	1	34	5	7	8
San Felipe del Progreso	23	210	613	—	14	77	5	175	204
Pedios mayo- res de 5 ha.	20	104	257	—	7	36	1	91	87
Pedios meno- res de 5 ha.	—	7	—	—	—	—	—	—	—
Ejidos	3	99	356	—	7	41	4	104	117

Fuente: Censos D.G.E. de 1950, 1960 y 1970.

* Sembradoras, rastras, trilladoras, segadoras, desgranadoras, picadoras y empacadoras de forrajes.

Cuadro V-4
DIVISION DEL TRABAJO EN EL SECTOR
AGRICOLA POR MUNICIPIO
1970

Ocupación	Ixtlahuaca	S. Felipe Progreso
1) Patrón o empresario	5.0	2.1
2) Obrero o empleado	21.4	14.5
3) Jornalero o peón	32.0	30.0
4) Trabaja por su cuenta	16.0	21.3
5) Ayudan a su familia sin retribución	6.2	6.5
6) Ejidatarios	22.4	25.5

Fuente: Censo de Población 1970.

La composición de la fuerza de trabajo de los municipios muestra que una tercera parte de ésta la componen campesinos sin tierras que dependen sólo del jornal de campo para sobrevivir. Si a este grupo añadimos los porcentajes respectivos de trabajadores que ayudan a su familia sin retribución, resulta aún más dramática la situación: un 38.2% y un 36.5% de la población de Ixtlahuaca y de San Felipe del Progreso participan sólo de manera ínfima en el proceso productivo. Es este contingente el más expuesto a la migración, tanto temporal como permanente.

Visto desde otro ángulo, el mismo cuadro V-4 indica que más de la mitad de la población se halla en posición de asalariado: el 44.5% en San Felipe del Progreso y el 53.4% en Ixtlahuaca. *Lo importante aquí es hacer notar el peso que tienen el salario y el jornal en la manutención de más de la mitad de la población de estos municipios.*

Los salarios en industrias y en comercios varían grandemente entre las ciudades y pueblos de la región; pero el jornal de campo, en 1970, se fijó oficialmente en \$ 18 y \$ 21. El jornal real, sin embargo, era de \$ 10 a \$ 15 para hombres, y de \$ 8 a \$ 10 para mujeres. En ese mismo año se calculó el costo de la vida rural en \$ 36.50 diarios en San Felipe del Progreso, y en \$ 40.40 diarios en Ixtlahuaca (Estado de México, *op. cit.*: 134 y 292). *Así, el jornal de campo llegaba a cubrir apenas una tercera parte del costo de vida en esos municipios, y esta disparidad afectaba directamente a una tercera parte de la p.e.a.*

Estos datos indican que existe un gran desempleo y miseria en los dos municipios —y la observación indica que esto es extensivo a toda la región—; pero la manera en que éstos se relacionan con la migración sólo se hace clara en las experiencias de los campesinos en las comunidades. Los datos estadísticos recubren diferencias importantes entre clases sociales y grupos étnicos que solamente pueden comprenderse a nivel de la comunidad, en donde se capta cómo reaccionan los individuos y las familias a este tipo de presiones económicas.

B. La economía de las comunidades

Las unidades de producción en ambos pueblos coinciden con los grupos domésticos. La conformación de éstos y la división de labores que ejecutan en su seno se describen en el capítulo referente a familia. A continuación se mencionan solamente sus niveles de ingreso.

En San Francisco Dotejiare, el 51.3% de las unidades recibía un ingreso menor de \$ 99 semanales en 1970; 30.3% percibía entre \$ 100 y

\$ 199 y un 18.2%, un ingreso mayor de \$ 200 semanales. En el mismo orden, los porcentajes respectivos fueron de 64.0%, 25.8% y 10.0% en Toxi. Se explica que los ingresos sean ligeramente superiores en Dotejiare por el hecho de que cuentan con las ganancias de la extracción de la raíz de zacatón. Pero, de cualquier forma, sólo el grupo que recibe ingresos superiores a \$ 200 a la semana queda por encima del costo de vida rural calculado para ese año.

Ahora bien, los altos ingresos de este último grupo se deben, en Toxi, en 76.8% de los casos, a que dos o más miembros del grupo doméstico aportan ingresos al presupuesto. En cambio, en Dotejiare, únicamente el 25.4% de los casos se debe a que haya más de un ingreso en el grupo doméstico. *Esto indica que hay una mayor concentración económica en Dotejiare, hecho cuyo origen se analiza más adelante.*

El 71.3% de los jefes de familia en Dotejiare y el 70.6% en Toxi subsisten primordialmente de la producción agrícola. Los principales productos que cultivan son maíz acompañado de frijol, y calabaza, trigo, haba, arvejon y alfalfa.

a) La siembra de maíz

El cultivo del maíz es el que proporciona el alimento básico, y, supuestamente, el excedente con cuya venta los grupos domésticos podrían comprar alimentos complementarios, ropa, insumos agrícolas y bienes de consumo, y a la vez cumplir con los gastos rituales y de diversión. Este es el significado que tiene para los propios campesinos la siembra de maíz. De hecho, en ningún periodo de lo que va de este siglo han subsistido los campesinos de Toxi y de Dotejiare exclusivamente de este cultivo. Tal y como lo describimos en el capítulo sobre historia, siempre ha habido actividades económicas complementarias del cultivo del maíz. Sin embargo, por el papel fundamental que desempeña en la economía de las familias campesinas, los cambios que ha sufrido este cultivo han afectado directamente su nivel de vida. Analizamos en seguida sus aspectos más importantes.

1. Tenencia de la tierra y extensión de los predios

Como puede apreciarse en el cuadro V-5, la extensión de parcelas dotadas a los ejidatarios originales fue muy satisfactoria en Dotejiare, que-

dando por encima de lo que por ley se consideró, en aquel tiempo, la extensión mínima requerida para una parcela ejidal: cuatro hectáreas. En cambio, en Toxi, la dotación tuvo que hacerse con extensiones inferiores a este promedio.

La escasez de tierras en Toxi se agudizó en las siguientes generaciones. La primera subdivisión de las parcelas se llevó a cabo en la década de los cuarentas. La segunda, en los años cincuentas. Un investigador calculó que, para 1956, el tamaño promedio de las parcelas ejidales se había encogido a 1 hectárea en Santiago Toxi y a 2.5 ha. en Dotejiare (Fabila, 1958: 287 y 478).

Cuadro V-5
DOTACIONES EJIDALES

Concepto	Santiago Toxi 1928	San Fco. Dotejiare 1929
<i>Tierras concedidas</i>		
—de labor	553	2 860
—agostadero	805	1 500
—monte	124	2 000
<i>Posesiones anteriores</i>		
—individuales	382	1 262
—comunales	—	924
Ejidatarios	718	451
Individuos con derechos a salvo	158	
Promedio de unidad de dotación	2.5	6.2

Fuente: Fabila, op. cit., 287 y 478.

Para tener una idea de lo que significan estas cifras, basta recordar que en la actualidad una posesión menor de 6.5 ha. es considerada un minifundio; es decir, que de ella no puede derivar una familia su sustento.

Los promedios anteriores, sin embargo, encubren importantes diferencias dentro de las comunidades. En ambas existen además parcelas de propiedad privada. En Dotejiare, estas tierras generalmente están

sembradas de zacatón, lo que les permite a los ejidatarios cultivar el maíz en sus parcelas ejidales y explotar el zacatón en las de propiedad privada. Sin embargo, poseen estos predios privados sólo alrededor de un tercio de los ejidatarios. En Santiago Toxi, estos predios se encuentran en el centro del pueblo, cubriendo una superficie de 810 hectáreas. Estas tierras, que constituyeron el lugar original de asentamiento, han sufrido una subdivisión mucho mayor que las parcelas ejidales y las más de ellas son menores de una hectárea. Con frecuencia llegan apenas a un cuarto de hectárea. De estos propietarios, calculamos que solamente cerca de la mitad tienen tierras ejidales, generalmente de las que están hacia el norte en el barrio de San Francisco. Estas comprenden 140 hectáreas. El resto del ejido al otro lado del río Lerma, en el Barrio de Santo Domingo, lo cultivan celosamente las familias allí asentadas. Sus parcelas, en este caso, son algo mayores, con promedios de 2.5 a 3 hectáreas.

Es indudable, pues, que hay una grave escasez de tierras, sobre todo en Santiago Toxi; pero la situación se empeora por las irregularidades que existen en cuanto a su tenencia y a su distribución, irregularidades imposibles de investigar con precisión por el clima de desconfianza y violencia que existe en torno de este tema. En Dotejiare, ya señalamos la larga historia de luchas intestinas por controlar el ejido; en Santiago Toxi, sólo dos meses antes de iniciar el trabajo de campo, una asamblea para elegir comisariado ejidal había terminado a tiros. Además, por la ilegalidad de gran parte de las transacciones que se realizan con las tierras ejidales, aquéllas no se registran sino que son verbales y, en la mayoría de los casos, secretas. A pesar de todo esto, los materiales recogidos permiten trazar los lineamientos generales de desenvolvimiento de la tenencia de parcelas ejidales en los últimos treinta años.

Una característica importante de los ejidos de ambos pueblos es que se dotaron sin una parcelación formal; es decir, el Departamento Agrario otorgó las extensiones ejidales en forma colectiva, dejando que cada ejidatario entrara a cultivar tanta tierra como pudiera y que las cuestiones de límites entre parcelas se decidieran localmente. En Toxi, dada la demanda inmediata que tuvieron las parcelas, se establecieron los límites entre éstas desde un principio y a ello se debe que no ha habido conflictos de tal índole. En Dotejiare, por el contrario, la abundancia de tierras permitió que los ejidatarios empezaran a cultivar las extensiones que quisieran. Permitted, además —aunque Don Anastasio tuviera que hacerlo por la fuerza— que se conservaran grandes extensiones para plantar zacatón. Sin embargo, a medida que algunos ejidatarios dentro de la comunidad lograban acumular capital, pudieron extender sus cul-

tivos sin que hubiera limitaciones. Esto lo lograron manteniendo buenas relaciones con el comisariado ejidal de turno. Esta posibilidad de cultivar extensiones mayores explica en parte que haya mucho más diferencias de riqueza que en Toxi.

En términos generales, la no parcelación de los ejidos ha tenido dos consecuencias de importancia: por una parte, creó una contradicción en el proceso productivo. La *dotación formal colectiva* respondía a la visión entonces preconizada de lograr una *producción colectiva* en los ejidos. No tardó mucho esta medida en contraponerse con la expansión del sistema de producción capitalista individualista en la región. Tanto las concesiones de comercialización como los créditos a la agricultura, hasta 1970, se habían otorgado individualmente: una parcelación informal individual se hizo entonces necesaria, puesto que se pedían los títulos de las tierras como garantía crediticia. Esto ha actuado en detrimento de quienes no conocen los mecanismos para conseguir esos títulos u otros documentos legales que los amparen, sobre todo campesinos indígenas. En este sentido, han quedado en desventaja con respecto a los campesinos mestizos.

En ambos ejidos se ha dado progresivamente una agregación de tierras a costa de las parcelas pequeñas; esto se debe a que, como veremos en las páginas siguientes, el cultivo de una hectárea, o menos, no es rentable. Muchos campesinos prefieren entonces empeñar o alquilar su parcela, e irse a trabajar a la ciudad de México. Esto lo describe un campesino de un pueblo aledaño, como sigue: "Aunque es ilegal porque las tierras son de ejido, en la Purísima muchos empeñan sus tierras. Por apuraciones familiares, van con un señor y le ofrecen su tierra, o deciden empeñarla por un año; por entonces el señor les dice que no se las acepta por un año, sino por cuatro o cinco. Algunas están empeñadas hasta por 10 años o 20 años. Los que las empeñan se van entonces a México. Pero los que las empeñan por 20 años, ya ¿a qué vienen? Mejor se quedan por allá"

Es importante mencionar también que la erosión de las tierras contribuye a agravar la situación. El avance de la erosión en Santiago Toxi es dramático. De 1920 a 1950 se perdieron 21 hectáreas del ejido por esta causa; de esa fecha a 1960 se perdieron 72 hectáreas más (Fabila, *op. cit.*: 187 y Estado de México, 1963: 191). El viento levanta tormentas de polvo que se llevan la delgada capa fértil de la tierra. Esta acción eólica se hace más grave por la velocidad a la que avanza la deforestación. Lo mismo ocurre en Dotejiare, en donde la madera de los bosques se utiliza como material de construcción de casas y como combustible en las cocinas. Allí ocurre la erosión por la acción del agua que cava rápidamente

en la tierra —que es de tipo “polvillo”— y que es arrastrada fácilmente por la lluvia y por los ríos.

2. Ciclo anual

El ciclo calendárico del cultivo del maíz marca los meses en que salen a la ciudad los migrantes estacionales. Este ciclo de cultivo es más o menos el mismo en los dos pueblos.

El barbecho o preparación del terreno para la siembra se lleva a cabo en enero o febrero. Consiste en “romper la tierra” utilizando un arado o un tractor y tiene que hacerse antes de que se endurezca ésta después de la cosecha, pues de otra manera es necesario esperar a que llueva para poderla trabajar. Para emparejar la tierra y pulverizar los terrones se pasa una rastra, que consiste en una viga de madera sobre la que van sentados, muy divertidos, varios niños o la esposa y que es jalada por la yunta de bueyes o de caballos. Se efectúa después la siembra —la “raya” en Toxi—, abriendo surcos en los que se deposita la semilla, a principios de marzo y puede aplazarse la operación hasta fines del mismo mes, según la humedad del terreno. Por ejemplo, en el barrio de San Diego, en Dotejiare, se puede sembrar todavía el 10. de mayo. Un mes más tarde se lleva a cabo la “resiembra”, en la que introducen otras semillas junto a las ya sembradas, o remueven la tierra alrededor de éstas con una pala. La “escarda” es la primera limpia que se hace en el mes de junio, cuando las matitas de maíz han empezado a salir. La segunda escarda, que se hace en julio o agosto —llamada “corriente” en Toxi—, consiste en ir surcando el terreno con arado o tractor en varias direcciones. A partir de fines del mes de agosto y en septiembre y octubre, no hay labores en las milpas. Ya en noviembre y en diciembre se hace la pizca o cosecha del maíz: las mazorcas se recogen y se almacenan en sacos en los tapancos de las casas, o en trojes verticales hechos con varas. Normalmente se dejan almacenadas las mazorcas; pero, a veces, también se desgrana el maíz y se guarda en sacos, sobre todo si se tiene la intención de venderlo. Después de la cosecha, las plantas de maíz se dejan secar. Se recogen un mes más tarde y se amontonan a un costado de la casa, para utilizarse como forraje para los animales y como combustible para las cocinas —esto último en Toxi.

Así, los meses en que los campesinos van a la ciudad son: diciembre, enero, abril, mayo, agosto, septiembre y octubre.

3. Arados, maquinaria y vehículos

La mayoría de los campesinos en ambos pueblos cultivan con arado: es común el arado "criollo" de madera fabricado localmente y usado para la primera escarda. Pero para la segunda escarda hay que utilizar el arado metálico o "cultivadora" ya que a los veinte centímetros de la superficie el suelo de la región posee una capa impermeable que sólo puede romper la cuchilla de metal del arado; de no romperse, los nutrientes no son absorbidos por las plantas y el agua no penetra hasta las capas inferiores.

Es común que cada unidad de producción tenga uno o ambos tipos de arado. Pero solamente alrededor de una tercera parte de ellas en Dotejiare y un 40% en Toxi poseen animales de tiro. Estos pueden ser caballos, mulas o bueyes, prefiriéndose los primeros porque pueden ser utilizados para otros trabajos. Una yunta de bueyes, por ejemplo, cuesta \$ 4 000.00, todo un capital para los campesinos. Es raro que la compren de una sola vez. Generalmente, empiezan pidiendo una vaca "a medias" —a cambio de cuidar la vaca, el campesino tiene derecho a quedarse con una de cada dos crías que tenga—, y con las crías forma su yunta. Otra manera de lograrlo es lo que hizo Valentín Salinas: "...vendo que en eso se gastaba y se gastaba" empeñó un pedazo de tierra con un tal Margarito Martínez. Con el dinero que recibió compró un par de toros, "y luego nos pusimos a trabajar para sacar el pedazo y sí lo sacamos". Ahora, "presta" la yunta —la alquila— a \$ 10 el cuartillo, o por \$ 40 y \$ 50 todo el día. Con este dinero paga el gasto y la pastura de los animales, y le sobra algo. Como pastura, le compra zacate a un señor del barrio de San Mateo, pero él mismo tiene que encargarse de cortarlo y acarrearlo. Una media hectárea de zacate le cuesta \$ 120, más \$ 50 por cinco peones que se lo corten, más \$ 110 del flete de camión para traerlo. Esta pastura le dura varios meses.

El costo aproximado de alquiler de yunta por hectárea es, pues, de alrededor de \$ 100 a \$ 120, gasto forzoso para una mayoría de las familias campesinas en ambos pueblos.

En cuanto a tractores, hay dos en Dotejiare: uno propiedad de Don Anastasio Pineda, y otro perteneciente a Don Aurelio Méndez, el dueño de la tienda más grande, y uno de los principales compradores de raíz de zacatón. Don Anastasio no presta ni alquila su tractor; Don Aurelio sí. Hay, además, tres camiones en el pueblo, que pertenecen a Don Anastasio, a Don Aurelio y a Antonio Valdés. A veces alquilan estos camiones, pero en general los utilizan ellos mismos para transportar granos, raíz

de zacatón y fertilizante. Huelga decir que ellos son los principales comerciantes del pueblo.

En Santiago Toxi hay un solo tractor propiedad de Don Huistano, quien cultiva una franja de más de 15 hectáreas de propiedad privada, a lo largo del río Lerma. Alquila su tractor únicamente a sus allegados. Nadie tiene camión en el pueblo, pero tres personas poseen automóviles. Uno de ellos, Lorenzo Miranda, hizo su fortuna en la ciudad de México, y ahora se retiró a Toxi; tiene tres automóviles que funcionan como coches de alquiler en Ixtlahuaca. Algunos hombres del pueblo son choferes de camiones del mercado de la Merced de la ciudad de México, y van a Ixtlahuaca a comprar productos agrícolas. A Toxi llegan camiones de las bodegas de Jesús Garrido, Hermenegildo Mondragón, Cándido Reyes, Daniel Sánchez y Jesús Arias, a comprar la cosecha de maíz, que después llevan a vender a la CONASUPO.

La maquinaria agrícola ha venido tomando cada vez mayor importancia, sobre todo para los propietarios de más de 5 hectáreas, por la creciente escasez de mano de obra provocada por la migración. Muchos agricultores de los alrededores de Toxi y Dotejiare se quejan de que ya no se encuentran peones y de que ahora tienen que emplear a mujeres y niños para ayudar en las labores de campo. Expresiones como ésta son muy frecuentes: "Como todos los chamacos de 18 y 20 años se van a México, ahora ya no hay quien trabaje en el campo, y hace falta maquinaria para cultivar. Pero no hay créditos para comprar maquinaria. Fui la otra vez a Toluca a ver si podía conseguir un tractor, pero piden el título de ejidatario, y eso no lo tenemos nosotros. Porque se repartieron los títulos en 1938, y ahora sólo los viejos ejidatarios los tienen."

Es claro que la mecanización de la agricultura y la migración se influyen recíprocamente en un movimiento de espiral: a mayor emigración, mayor el estímulo para mecanizar la producción; a mayor mecanización, mayor el estímulo para emigrar.

En la actualidad, los campesinos de ambos pueblos, y en especial los que han adoptado una actitud empresarial, piensan que la mecanización constituye el ideal en la agricultura, puesto que ello elevará la productividad y, por lo tanto, los ingresos que ellos en particular recibirán. Esta idea significa, de hecho, un estímulo a la concentración de tierras puesto que sólo una unidad mayor de tierra puede costear la inversión de capital y hacer rentable el poseer maquinaria. En efecto, los grandes agricultores de la región justifican esa medida precisamente en aras de este incremento de la producción. Lo que en la mayoría de los casos no se hace consciente, es que esto a su vez agudiza el desempleo en las co-

munidades. Cuando se menciona este tema, los agricultores afirman que el problema es que no existen industrias que absorban la mano de obra sobrante. Pero rara vez relacionan conscientemente la mecanización como vía de desarrollo de la agricultura y la creciente desocupación: la primera se considera el ideal, y la segunda se atribuye, independientemente, a la falta de industrias que provean empleos.

La política actual de los bancos oficiales y de las agencias gubernamentales, consiguientemente, intenta incrementar la mecanización sin marginar ni desemplear a los pequeños productores minifundistas otorgando créditos colectivos para la compra de maquinaria a unidades mayores de tierras. Por ejemplo, se otorga para una unidad de 100 hectáreas, lo que obliga a los ejidatarios a asociarse con una sociedad de crédito. Esto se analiza más adelante.

4. Fertilizantes

En ninguno de los dos pueblos se da el maíz si no se le aplican fertilizantes. La esterilidad de la tierra es resultado del cultivo intensivo, año tras año, y de los cambios ecológicos de la región que han producido una erosión grave. El mejor fertilizante es el orgánico, proveniente de los desechos de animales. Los campesinos lo saben, y procuran utilizar este abono. Es muy común, en Toxi sobre todo, que en la franja alrededor de la casa sobre la que se esparce el abono animal, el maíz crezca más alto que en el resto de la parcela, en donde se aplicó el fertilizante químico. Este fertilizante, inorgánico, no conserva la tierra: "con él, de todos modos, la tierra se va agotando. Siguiendo este proceso, la convertirán en arenales, como ocurrió en Tlaxcala", advirtió el médico veterinario de Ixtlahuaca.

Además, es una ventaja para los campesinos cultivar, junto con el maíz, el frijol, ya que éste fija el nitrógeno. Esta combinación de cultivos, maíz-frijol y maíz-haba es tradicional en los dos pueblos.

Según cuentan los ejidatarios ancianos, el fertilizante no se necesitó en los primeros años en que se repartieron las tierras del ejido, ya que muchas de ellas nunca habían sido cultivadas. En cambio, en las últimas décadas, la necesidad de utilizar fertilizante se ha hecho cada vez más imperiosa. Esta necesidad tiene una relación directa con la migración ya que, *en gran número de casos, el dinero para comprar el fertilizante lo consiguen los campesinos mediante el trabajo migratorio estacional en la ciudad de México.*

Idealmente, se supone que tanto en Toxi como en Dotejiare este dinero lo pueden conseguir los campesinos mediante créditos de los bancos oficiales y privados, pero en la práctica en estos trámites se entretienen malentendidos, falta de información, actos deshonestos y una gran desorganización. Muchas veces escuchamos esta opinión: "No conviene hacer trato con el Banco Ejidal. Cuando viene el ajustador de maíz, tasa la cosecha por igual y ésta no se da pareja y nos sale la cuenta muy dura. Anteriormente, mucha gente trabajaba con el banco, se endeudaron y se echaron para atrás. Me refiero al Banco Ejidal pues el Banco Agropecuario sólo entró este año. Quién sabe por qué sube; pero, en el momento de pagar la cuenta, nos sale muy grande. Los particulares, en cambio, lo dan más barato y operan de la manera siguiente: usted compra su abono en el tiempo de siembra y paga a \$ 650 la tonelada. En cambio, con el banco sale a \$ 700 y \$ 800 la tonelada. El particular, como Don Aurelio, cuando uno no tiene dinero, da un placito de 2 a 3 meses para pagar y ya te da tu abono. En cambio, el banco da un año pero sale muy caro y es ahí donde la gente se echa para atrás. Se le paga al banco en maíz, o en dinero; ellos ponen precio al maíz de \$ 940 la tonelada (precio de 1972). Don Aurelio paga a \$ 800 la tonelada. El banco no cobra flete, sino que deja el abono en San Felipe. Uno tiene que pagar el traslado. Para esto, hay que alquilar un camión. Cobran \$ 30 la tonelada, y, si lleva uno cinco, sale en \$ 150. El flete corre por cuenta del que va a comprar el abono. En cambio, Don Aurelio nos alquila su camión para traerlo hasta acá, cobre entre \$ 20 y \$ 25 la tonelada; es decir, sale más barato. Un particular de San Felipe cobra entre \$ 35 y \$ 40 por alquilar su camión". Las quejas contra el Banco Ejidal llueven: "A mí me ocurre que la gente del banco hace que salga más caro el abono; ellos hacen sus movidas", dijo un campesino de Toxi. Mencionan, sobre todo, los viajes y el papeleo inútil que tienen que hacer en los bancos, y la mala administración de éstos que hace que a veces el crédito se les otorgue pasada la época de siembra. A lo que contestan los empleados del banco que es culpa de los campesinos que llegan a pedir su crédito un día antes de la siembra.

Pero además de las dificultades para obtener un crédito bancario, existe un control monopólico en la distribución del fertilizante. Se estructura de la manera siguiente: GUANOMEX, la compañía nacional que lo produce, lo distribuye a las zonas rurales a través de concesionarios. Por ejemplo, el comisariado ejidal de un pueblo cercano a Dotejiare fue a la planta de la compañía en Cuautitlán, Estado de México, a tratar de comprar el fertilizante a un precio más bajo y se lo negaron,

porque solamente lo venden a través de los concesionarios de su región. Hasta 1971, en que el gobierno del Estado de México se interesó en regular la venta del fertilizante, manejaban ésta en la región mazahua tres individuos: Don Francisco Carreras de una de las familias más prominentes social y económicamente de San Felipe; Don Isidro Mazza de una de las familias más poderosas políticamente en Atlacomulco, y Don Justiniano Rocas, uno de los ranchos más ricos de San Felipe. En Atlacomulco, la distribución se maneja a través de la bodega de IMPA-SA, compañía que también vende tractores y maquinaria agrícola, y de Equipos Superiores, también en Atlacomulco. Estos grandes distribuidores reciben las regalías por concepto de envasado, maniobras, almacenamiento y mermas, que llegan a unos \$ 120 por tonelada. Sus ganancias son, pues, muy sustanciales puesto que manejan miles de toneladas. Los distribuidores locales, aliados políticos de los primeros, también reciben buenas ganancias. En Dotejiare, Don Aurelio Méndez es el principal distribuidor. En Toxi, significativamente, manejan la distribución las bodegas de Ixtlahuaca.

Pero además de las ganancias que proporciona el ser concesionario de fertilizantes, este control constituye una arma política y económica sumamente poderosa. A nivel regional puede utilizarse para derrotar oponentes o para realizar alianzas políticas importantes. Lo mismo a nivel de las comunidades. En éstas, a mayor abundamiento, se puede utilizar para controlar las cosechas de los ejidatarios. Por ejemplo, si el campesino no le vende la cosecha al distribuidor de fertilizantes, éste puede decidir no darle fertilizante al año siguiente. *Esto muestra claramente por qué los mismos individuos tienden a desempeñar simultáneamente el rol de acaparadores de maíz, prestamistas, distribuidores de fertilizante y políticos.*

Para tener una idea del dinero que necesita un grupo doméstico para solventar la compra del fertilizante, se calcula que para cada hectárea se requieren alrededor de 35 bultos de fertilizantes, más o menos una tonelada, cuyo precio en 1972 era de unos \$ 700. Si el dinero no les alcanza, pueden aplicar media tonelada para evitar que la planta no se amarille, o sea que se requiere un mínimo de \$ 350 para pagarlo. En Toxi, las distintas posibilidades de conseguir este dinero son: 1) mediante el salario de un hijo o una hija que trabaje en la fábrica de Pastejé; 2) mediante un crédito bancario o el préstamo de un acaparador con todas las consecuencias que esto acarrea; 3) reuniendo el ingreso de la venta de parte de la cosecha anterior, del jornal ganado trabajando otras tierras y de la venta de petates, de aves o de puercos, y 4) mediante el trabajo migratorio de varios meses en la ciudad de México. Por las razones que expon-

dremos en este capítulo, esta última opción es la más generalizada en Toxi, ya que las otras tres son muy restringidas.

Esta relación causal la apoyan los datos de Dotejiare. Allí, las diferentes maneras de conseguir ese dinero son: 1) mediante la venta de raíz de zacatón; 2) mediante un crédito o un préstamo en las condiciones descritas; 3) mediante el ingreso conjunto de la venta de una parte de la cosecha anterior, del jornal ganado trabajando como peón, de la venta de fajas y bordados que hacen las mujeres, y de la venta de aves, borregos o puercos, y 4) a través del trabajo migratorio estacional en la ciudad de México. Esta cuarta opción se toma con menos frecuencia que en Toxi, porque la primera posibilidad, la venta de la raíz de zacatón, permite conseguir un ingreso monetario casi en cualquier momento.

Así, podemos concluir que en una situación en la que el fertilizante se ha hecho indispensable para la siembra, el volumen de migración estacional a la ciudad de México variará en proporción directa con las posibilidades que tenga el campesino de conseguir el ingreso monetario para comprarlo en su propia comunidad de origen.

5. Créditos

En momentos cruciales el no poder contar oportunamente con un crédito significa para los campesinos de Toxi y de Dotejiare la posibilidad de perder sus parcelas. Cuando se poseen una o dos hectáreas de tierra, un accidente o una urgencia familiar llevan con frecuencia al empeño o venta de la parcela, lo que por consecuencia lleva a la familia a emigrar. Por ello, nos interesa describir con más detalle la manera en que se les otorgan los créditos.

Los bancos privados de la región no otorgan créditos a los pequeños productores que tengan menos de cinco hectáreas de propiedad ejidal, por el riesgo que corren de no recuperar el crédito. Los campesinos no tienen garantía física que ofrecer ya que, o no poseen título agrario o los títulos de sus tierras están generalmente a nombre del abuelo o del padre ejidatarios. Los bancos prefieren, además, hacer préstamos a los que tienen ingresos adicionales fuera de la agricultura. De ello resulta que el banco presta normalmente dinero a los grandes agricultores y comerciantes, quienes a su vez lo prestan a los pequeños productores, siendo su garantía el hecho de que los conocen personalmente y de que, en un momento dado, aun mediante la coerción, pueden obligar al productor a entregar su tierra o su cosecha para pagar la deuda.

Los bancos oficiales, como ya hemos dicho, si otorgan créditos a los pequeños productores pero con las dificultades que ya se mencionaron: atrasos en los pagos, burocratismo excesivo, etc.

El problema estriba, según un funcionario de uno de los bancos, en que éstos, tanto privados como oficiales, han preferido las garantías físicas. Por ley, deben ser sustituidas únicamente por las de productividad. A partir de 1972, se está tratando de lograr que los bancos presten sólo con la garantía de productividad. "Porque lo que está sucediendo ahora, afirma, es que evidentemente los que tienen garantías físicas que proveer son los que ya tienen algo, y, por tano, no se está ayudando precisamente a los que no tienen nada. Ahora la garantía de crédito la de el gobierno (estatal) porque la firma el gobernador. Pero la banca privada no la acepta, y da la justificación simple de que el gobierno nada más dura seis años, y, después del sexenio, ¿quién lo paga?"

Por estas mismas razones, los más de los créditos son de avío, es decir, por un solo ciclo agrícola y el banco recupera el crédito en un año. En cambio, otorgan muy pocos préstamos refaccionarios —que se utilizan para la compra de bienes de capital— al 15%. Son de recuperación a largo plazo a 10 o 15 años. *Esto permite explicar por qué las inversiones de capital en la agricultura, en los municipios y en los pueblos ha sido lenta y por qué se ha ido concentrando en el estrato superior de grandes agricultores. Explica también por qué los campesinos mazahuas tienen tantas dificultades para conseguir créditos y capitalizar su producción. Esto hace que su nivel de ingresos siga siendo muy bajo, y eso predispone a los campesinos a la emigración.*

6. Riego

El riego tiene importancia sólo en Toxi, ya que en la otra comunidad todas las tierras son de temporal. En aquél existe un servicio de agua de riego que se utiliza sobre todo a partir de marzo antes de las lluvias para iniciar los cultivos. Hay tres pozos de riego en Toxi, construidos por la Secretaría de Recursos Hidráulicos como compensación porque se secaron los pozos artesianos que tenía antes cada casa al captarse las aguas del río Lerma para llevarlas a la ciudad de México. De los tres pozos, uno proporciona agua potable para las casas, servicio que cuesta \$ 120 anuales; otro está descompuesto desde hace tiempo y el tercero provee agua de riego para las parcelas. Una hectárea de terreno se riega con un costo de \$ 70 a \$ 120, según la porosidad del suelo.

Lo que interesa desde el punto de vista de la migración, es que estos dos gastos adicionales, el pago del agua potable y el agua de riego, tam-

bién requieren de ingresos líquidos que van gravando el presupuesto de las familias, y que aparecieron apenas en las dos últimas décadas.

7. Precios y comercialización del maíz

El maíz excedente lo venden los campesinos de Toxi y de Dotejiare a los comerciantes locales, quienes a su vez lo venden a la agencia oficial de compra de maíz, la CONASUPO. Las ventas se llevan a cabo de la manera en que lo describe un informante: "El señor Aurelio Méndez va a las cuadrillas (barrios) con su desgranadera a comprar maíz en los meses de enero, febrero y marzo. Paga el cuartillo a \$ 130 (equivale a \$ 0.88 el kilo). Las personas que venden su maíz lo hacen para comprar el abono que necesitan para sus siembras. También algunas lo hacen vendiendo uno, dos o tres cuartillos, según necesiten dinero para comprar chilitos, sal y otras cosas para comer. Estas gentes que venden de a poquito, lo llevan a las tiendas de los ricos del barrio". Recuérdese que en el periodo de enero a mayo, después de la cosecha, abunda el maíz; ya en el mes de agosto, cuando las familias han agotado sus reservas, el maíz empieza a escasear y se eleva su precio. A partir de agosto compran a \$ 170 el cuartillo (\$ 1.15 kilo). Es claro que el pequeño productor pierde por esta fluctuación del precio. El dinero al contado que necesita para la compra de maíz, entre agosto y noviembre, lo consigue principalmente trabajando la raíz de zacatón en Dotejiare, y mediante el peonaje y el trabajo migratorio en Toxi.

La CONASUPO es la agencia gubernamental creada para evitar la especulación con el maíz y estabilizar su precio, mediante el establecimiento de un precio de garantía para su compra. Pero si bien funciona regulando el mercado al mayoreo del grano, no ha beneficiado directamente a los pequeños productores de los pueblos. Porfirio Martínez, un campesino de Toxi, describe a continuación los problemas que tienen con la CONASUPO. "El precio oficial fijado para el maíz es de \$ 940 tonelada. Pero aun el maíz que reúne todas las condiciones fijadas es pagado frecuentemente a menor precio. Además, hacen maniobras para que los campesinos tengan que vender el maíz a los revendedores o intermediarios, a menor precio por debajo del precio oficial. Cuando el campesino lleva el maíz al lugar oficial de compra (la CONASUPO) le retardan la compra, le hacen esperar incluso varios días. Tiene que volver con el maíz varias veces, desde su comunidad, para que se lo pesen y le paguen. En ocasiones, le hacen efectuar varios viajes para cobrar su

dinero o lo mandan a cobrar a otro pueblo. Por ejemplo, lo mandan de Ixtlahuaca a cobrar a Atlacomulco. Todas estas maniobras, sigue diciendo, significan para el campesino pobre molestias y gastos. Por eso prefiere vender su producción al intermediario, que paga inmediatamente en efectivo, y sin dilaciones, aunque le pague a un precio más bajo. Pero es que así el campesino se ahorra los gastos de transporte, de comida y el tiempo que pierde desatendiendo su trabajo. Yo creo que están de acuerdo los encargados de la compra oficial del maíz y los intermediarios. Los primeros hacen todas esas maniobras para obligar a los campesinos a vender rápido a los intermediarios. Ellos pagan el maíz a \$ 850 (tonelada) regularmente. Ganan mucho dinero, y esto a costa de los campesinos, que no tienen protección." Esta opinión es común a los campesinos, sobre todo los mestizos que se dan cuenta de lo que sucede. Entre los campesinos mazahuas más tradicionales hay menos conocimiento de cómo se maneja el comercio y los precios.

El principal problema para los campesinos con la CONASUPO es que compra casi exclusivamente por tonelada y muy rara vez venden estos volúmenes los pequeños productores. En los dos pueblos, por lo general, venden el maíz poco a poco de acuerdo con las necesidades domésticas. Así, sólo pueden venderlo a los intermediarios. Además, son éstos los únicos que poseen camiones con que transportar el grano en grandes volúmenes.

Un dato importante es que el precio de garantía del maíz se mantuvo al mismo nivel durante casi quince años. Apenas en 1973 se permitió su ascenso. Esto hizo que, al paso de los años, los campesinos perdieran paulatinamente en el intercambio de sus productos. Como dijo un campesino de Mezquititlán, un pueblo otomí: "¿Cómo quieren que vivamos, si todo sube y el maíz no?". La gente misma establece una relación entre este hecho y el aumento de la migración. Puede apreciarse, por ejemplo, en estas palabras de un agricultor del pueblo de Providencia: "Sembrar maíz no es costeable, porque han subido los precios de todo; por ejemplo el fertilizante, un año cuesta \$ 600 y al año siguiente, \$ 700. En cambio, desde hace 15 o 20 años no sube el precio del maíz. Por eso la gente ya no lo quiere sembrar, y prefiere irse a trabajar a México". Vale la pena hacer hincapié en que el precio del maíz es un índice muy concreto del que pueden asirse los campesinos para explicar el deterioro de sus condiciones de vida, ya que el resto de los factores que influyen en ello están enwueitos en un sistema de relaciones difusas y complejas.

8. Costos, rendimientos y utilidades

Calcular el ingreso que reciben los campesinos del cultivo del maíz resulta indispensable para nuestro propósito, pero implica grandes problemas prácticos. Los rendimientos de maíz varían de año en año y las familias no llevan una cuenta precisa de sus ingresos y egresos. Las cifras que utilizaremos, por tanto, son cálculos aproximados.

Cuadro V-6
CULTIVO DEL MAIZ
1956

	Santiago Toxi	San Fco. Dotejiare
Rendimiento maíz de temporal por ha.	650	600
Utilidad aparente por ha.	\$ 402.00	\$ 443.00
Ingreso por ventas agrícolas por ejidatario	\$ 2 300.00	\$ 3 650.00
Ingreso extra-ejido por familia	\$ 2 980.00	\$ 600.00
Costo nominal de vida por familia	\$ 4 151.00	\$ 3 855.00
Familias que cubren más del 50% gastos con producción ejido en relación con el costo de vida	55%	95%

Fuente: Fabila, *op. cit.*, 287 y 478.

El cuadro V-6 resume los resultados de una investigación llevada a cabo en 1956. Muestra un rendimiento sumamente bajo en la siembra de maíz, cuyas utilidades cubrían apenas una décima parte del costo de vida de las familias. Esto confirma la enorme importancia de los ingresos complementarios que provienen principalmente, en Toxi, de los ingresos extraejido, es decir, del trabajo migratorio, tanto de peonaje en las cercanías como de empleo en la ciudad, y en Dotejiare, de las ventas agrícolas que, como ya hemos dicho anteriormente, se refiere sobre todo a la venta de la raíz de zacatón.

Las cifras del mismo cuadro muestran, además, la diferencia de nivel económico de los dos pueblos: en Toxi, apenas el 55% de las familias

cubrían la mitad de sus gastos con la producción de la tierra, mientras que en Dotejiare este porcentaje llegaba al 95%. *Esto confirma que la necesidad de migrar para conseguir ingresos adicionales ha sido mayor en Taxi que en Dotejiare.*

Esta necesidad se ha visto determinada, en gran parte, por el porcentaje de los costos de la siembra del maíz que tiene que pagarse en efectivo, porcentaje que ha aumentado en las últimas décadas. Una investigación minuciosa llevada a cabo por Héctor Díaz Polanco, en Santiago Toxi, arrojó los resultados que se exponen en el cuadro V-7.

Cuadro V-7
DISTRIBUCION PORCENTUAL DE LOS COSTOS DE PRODUCCION
EN EL CULTIVO DEL MAIZ 1972

Insumos	Extensión de superficie cultivada					
	1/4 ha.	1 ha.	2.5 ha.	3 ha.	5 ha.	Total
Semilla	20.13	7.77	6.08	8.60	8.36	8.76
Trabajo familiar	11.92	50.27	21.60	22.95	10.81	19.09
Peones	45.30	4.66	32.80	23.56	41.81	32.49
Fertilizante	22.65	37.30	39.50	44.88	39.02	39.66
Yunta y riego						
Total	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00

Díaz Polanco, 1974: 10.

Díaz Polanco analiza cinco unidades de producción que siembra respectivamente un cuarto de hectárea, una hectárea, 2.5, 3 y 5 ha. Si generalizamos, llegamos a la conclusión de que más de una tercera parte del costo de producción en todos los casos corresponde al pago de peones y otra tercera parte al pago de la compra del fertilizante. Lo gravoso del costo de empleo de peones que trabajen la parcela nos ayuda a explicar por qué la migración en las familias campesinas tiende a ser estacional o temporal: *debido al alto costo de pagar peones, se prefiere insistir en que el miembro del grupo que está ausente regrese a la comunidad a ayudar en las épocas de las limpias y de la cosecha.*

Los datos permiten concluir, como lo hace Díaz Polanco (1974: 11), que *alrededor de un 80% de los costos de la producción del maíz debe pagarse con dinero en efectivo.* Todo indica que este porcentaje era mucho menor en épocas anteriores: primero, porque podía prescindirse del fertilizante; se-

gundo, porque ya que no había una migración intensa, el grupo doméstico podía contar con la mano de obra de todos sus miembros para trabajar la tierra y no le era necesario pagar peones. Si calculamos conservadoramente que estos dos gastos abarcan cerca del 60% de los costos actuales de producción, podemos concluir que, en periodos anteriores, sólo alrededor de un 30% de los costos requerían gastos de dinero en efectivo. Es indudable que este cambio ha afectado, de manera directa, el volumen de la migración temporal y estacional.

Cuadro V-8
RENDIMIENTOS, COSTOS Y GANANCIAS EN EL
CULTIVO DEL MAIZ-1972

	1/4 ha.	1 ha.	2.5 ha.	3 ha.	5 ha.
Rendimiento total	.7	2 tons	7.5 tons	9 tons	13 tons
Costo por toneladas de maíz	\$ 1,703	\$ 644	\$ 439	\$	\$ 552
Costo total de producción	\$ 1 703	\$ 1 288	\$ 3 692	\$ 5 346	\$ 7 176
Valor nominal de la producción	\$ 658	\$ 1 800	\$ 6 950	\$ 8 460	\$ 12 220
Ganancia*	\$ 45	\$ 592	\$ 3 268	\$ 3 114	\$ 5 044

Díaz Polanco, *op. cit.*, 15.

* Calculado al precio de garantía del maíz en 1972: \$ 940.00 por tonelada.

Por otra parte, la encuesta de Díaz Polanco mostró que el costo por tonelada de maíz producida es mucho menor entre mayor sea la unidad de producción, y que únicamente recibe una ganancia la unidad de cinco hectáreas. En los otros cuatro casos, la ganancia es menor de lo que equivaldría trabajar como asalariado durante todo el año. De hecho, y en particular respecto a la unidad de un cuarto de hectárea, se pregunta uno por qué siguen sembrando si no obtienen ganancias. La respuesta es que obtienen otro tipo de ganancias de carácter social y psicológico, especialmente en el caso de los campesinos mazahuas.

Lo que demuestra el cuadro V-8, sin lugar a dudas, es que sólo es rentable el cultivo del maíz en extensiones de dos hectáreas y media o más. Confrontado con las cifras promedio de extensión de parcelas de los campesinos de Toxi y de Dotejiare, indica que sólo para unos cuantos es rentable este cultivo. Y cabe hacer notar que están forzados a hacer un gasto de cerca de \$ 2 000 en efectivo en la producción.

Basta lo antedicho para concluir que el cultivo del maíz requiere de otros ingresos para permitir la supervivencia de las unidades de producción, conclusión a la que también llega Díaz Polanco (*op. cit.*: 15-19). Revisaremos en seguida, una a una, las fuentes de estos ingresos adicionales.

b) Actividades complementarias a la agricultura

Todo indica que de 1930 a 1950 la mayoría de las familias en los pueblos podían mantenerse complementando el ingreso del cultivo del maíz con otros ingresos provenientes de diversas actividades. Pero ya no lo han podido hacer de 1950 a 1970. ¿Por qué? ¿Cómo han cambiado estas actividades? Intentamos responder a esta pregunta analizando estas actividades y sus modificaciones.

1. El comercio a pequeña escala

En épocas anteriores, gran número de campesinos de Toxi y de Dotejiare se dedicaban al pequeño comercio. Algunos traían mercancías de lugares lejanos, como Cuernavaca y Michoacán; otros llevaban mercancías a vender a la ciudad de México. Los mazahuas de Dotejiare eran conocidos como "fruteros": compraban fruta en Zitácuaro, estado de Michoacán y la llevaban a todos los pueblos de la región mazahua. La falta de carreteras hacía necesario este tipo de comercio que permitía, por su pequeña envergadura, que cualquier campesino participara en ella. En este sentido, es interesante la descripción que hace Jacques Soustelle del mercado de Ixtlahuaca en los treinta: el sitio principal lo ocupaban las mujeres mazahuas y los pequeños comerciantes que vendían productos de la región (véase el capítulo sobre la región mazahua).

Hoy en día, el mismo mercado de Ixtlahuaca nos muestra el cambio que se ha producido: estos pequeños comerciantes y mujeres mazahuas han sido relegados a una calle aledaña: en la calle principal están los grandes comerciantes de productos manufacturados: ropa, implementos de ferretería, zapateros, etc., y el comercio a gran escala de granos, frutas y verduras, que llevan y traen grandes camiones. Las carreteras, además, han vuelto prescindibles a los arrieros y mercaderes que iban de pueblo en pueblo.

En los pueblos mismos, en los años treintas, las tiendas estaban controladas por varias familias mestizas. A partir de la década de los cincuentas, los mazahuas empezaron a participar en el comercio establecido y abrieron pequeñas tiendas con las que sacaban algunas ganancias. Pero actualmente éstas ya casi no son negocio. Las palabras de un tendero mazahua explican por qué: "Fíjese que los precios están muy altos en (la ciudad de) México. Fuimos a comprar el kilo de chícharo a \$ 3.00, el de haba a \$ 4.50. Y lo traen de Cuernavaca y de las tierras calientes. Pero a ese precio, ¿usted cree que lo voy a traer a vender aquí? ¿A qué precio lo voy a dar aquí? *Nadie me lo compra, todos mejor se van a México a comprarlo*". Por la cercanía de la región mazahua a la ciudad de México, ésta actualmente absorbe gran parte de las actividades comerciales de la región. Y también está cerca la ciudad de Toluca, a donde acude mucha gente de los pueblos mazahuas a comprar alimentos y bienes de consumo. Ha florecido, en cambio, el comercio a gran escala: se maneja a través de las grandes tiendas de las cabeceras municipales y los puestos de gran tamaño en los mercados semanales. Concomitantemente, se ha constituido una red de intermediarios a dos niveles: un primer grupo de comerciantes mestizos locales en pueblos y cabeceras que controlan las tiendas más grandes y que intercambian con un segundo grupo de comerciantes, también mestizos, que lleva a cabo el comercio extrarregional. Estos últimos son todos propietarios de camiones y tienen contacto con comerciantes de la ciudad de Toluca y de México.

2. Artesanías

Algunas familias de Toxi antes tejían prendas de lana: calcetines, suéteres y bufandas que vendían con buenas ganancias. Pero la presión demográfica sobre la tierra hizo que desaparecieran los pastizales para las ovejas. Además, la competencia de la ropa comercial proveniente de las fábricas de la ciudad de México hizo bajar los precios, por lo que ahora ya casi nadie teje prendas de lana.

Actualmente, en Toxi, algunos aún tejen petates de palma; pero la ganancia por su venta es mucho menor que antes. En los treintas, cuentan todavía los ancianos que la palma se iba a cortar, sin pago alguno, en unos llanos al norte del pueblo. Pero éstos los bardearon y ahora lo tienen que ir a cortar a Boximó, pagando por la palma. El precio de estos petates que venden en Toluca y en Ixtlahuaca, es sumamente bajo: \$ 16.00 en 1972, y no aumentará su precio porque al presente está de

moda comprar camas y la demanda de petates ha bajado considerablemente.

En Dotejiare se teñan sarapes de lana. Hoy en día, es difícil conseguir la materia prima ya que también existe el problema de conseguir lugares en que pasten las ovejas. Además, frente al problema de que los niños y niñas por asistir a la escuela no pueden cuidar de los rebaños, muchas familias prefieren tener cerdos o gallinas y no ovejas. Y lo que es peor aún: los sarapes no tienen tanta demanda como antes, porque actualmente se venden cobijas comerciales de muy mala calidad, pero ~~mu~~cho más baratas, que se fabrican en la ciudad de México.

La única artesanía que se sigue practicando en Dotejiare es la confección de fajas y bordados del traje tradicional mazahua de las mujeres. Todavía tienen demanda porque se ha conservado el traje pero es una actividad que se practica esporádicamente y, en particular, cuando la familia tiene alguna necesidad urgente.

3. Recolección, caza y pesca

La recolección sigue teniendo importancia en la dieta y el pequeño comercio de los mazahuas. Se recoge una serie de quelites, tanto en Toxi como en Dotejiare, que se preparan, cocidos o fritos y que complementan la alimentación. Los venden las mujeres en los mercados de Ixtlahuaca y de San Felipe.

La pesca se practica con alguna importancia sólo en Toxi, en las lagunas que existen en los alrededores, gracias a los bordes de contención que construyó el gobierno en los años cincuentas. Se pescan diversos tipos de peces, que introduce artificialmente una agencia gubernamental; las mujeres mazahuas cuecen o ahúman los pescados y los llevan a vender a los mercados, junto con los "acociles", una especie de camarón que se recoge del cieno de las lagunas. En los meses de enero, febrero y marzo, puede verse gran número de pescadores, con sus redes ovaladas, encorvados, rastreando el fondo de las lagunas.

La caza tiene mucho menos importancia. Cuentan que "antes" —pero es imposible saber a qué época se refieren los ancianos, si a principios de este siglo o a leyendas sobre tiempos pasados— había mucha caza cerca de los pueblos, incluso dicen que se cazaba venado. Pero creemos que esto ocurría antes de este siglo, en la meseta central de Ixtlahuaca y Altacomulco, aunque quizá todavía no hace mucho en la zona de San Felipe. En todo caso, hoy en día sólo en los bosques cercanos a Dotejiare se pueden cazar conejos y tusas.

4. Trabajo en las minas

Otro ingreso complementario de años atrás provenía del trabajo estacional en las minas de El Oro. Pero, como apuntamos en el capítulo de historia, la mina principal cerró alrededor de 1910. Otra cerró en los veinte, y la última fue clausurada en 1954. De toda la riqueza y actividad de esta explotación no ha quedado casi rastro en El Oro: la zona volvió a sumirse en la pobreza, y los campesinos mazahuas perdieron esa posibilidad de empleo. Varios informantes incluso afirmaron que al cerrar las minas la gente empezó a irse a la ciudad de México.

5. Trabajo en la construcción de carreteras

De 1945 a 1955, una importante fuente de trabajo para los campesinos de la región mazahua fue la construcción de carreteras. Hasta cierto punto, *sustituyó el trabajo de las minas, una vez que cerraron éstas. Fue más intensa esta construcción de caminos en el periodo señalado; en la década de los sesentas la región fue olvidada y apenas a principios de los setentas el gobierno estatal se interesó en proporcionar trabajo a los campesinos, llevando a cabo la construcción de obras de infraestructura. Ha ofrecido, además, salarios comparables con los urbanos. Por ejemplo, en la carretera que se construyó en 1972, de Ixtlahuaca a San Felipe, los trabajadores ganaban \$ 28.00 diarios y en la construcción de la presa de La Venta recibían \$ 32.00 diarios. En contraste, el jornal de campo se mantenía a \$ 10.00 y \$ 15.00. Esta posibilidad de trabajar allí cerca retuvo a varios campesinos de Toxi que, de otra manera, se habrían ido a trabajar a la ciudad de México.*

6. Cultivo del maguey

Antiguamente, tuvo gran importancia económica, en Dotejiare, el cultivo del maguey. Cuenta un anciano que bajaban de los barrios gran cantidad de burros cargados de pulque —la bebida que se extrae del maguey— a vender en el mercado semanal del pueblo. Se llevaba a muchos pueblos en los alrededores. Actualmente, algunos campesinos todavía cultivan magueyes, y los “raspan” ellos mismos, o les pagan a los peones por hacerlo. La venta del pulque les da un buen ingreso adicional.

En general, el consumo de ese producto ha declinado notablemente,

en parte porque ahora llegan a los pueblos, sin falta, los grandes camiones cervecedores y de refrescos, y en parte porque subieron mucho los impuestos con que se grava la producción y venta del pulque. Esta alza de los impuestos, nadie acierta a explicársela, y no es imposible que esté relacionada, precisamente, con esa inundación que han hecho las compañías cervecedoras y de refrescos en los pueblos. El alza de impuestos a la venta del pulque también ha hecho que los que tienen su pequeña tienda en Toxi, lo tengan que vender clandestinamente para sacarle alguna ganancia a su venta.

Un dato interesante es que, además del pulque, existía en la región mazahua otra bebida nativa, el *sendejé*, que se logra mediante la fermentación del maíz. La producían las familias en sus propias casas, lo que es muy significativo. Quiere decir que anteriormente recibían el ingreso por la venta de este producto gran número de pequeños productores de la zona, y que muchas familias no tenían este gasto, porque ellas mismas producían sus bebidas. En cambio, hoy en día, este gasto, que es muy considerable en ambos pueblos, viene a ser una sangría económica constante que va a beneficiar a las zonas urbanas donde están asentadas las empresas fabricantes de cervezas y refrescos.

7. Peonaje

No es necesario describir nuevamente lo que hemos mencionado en páginas anteriores sobre este tema. Basta recordar que el trabajo en el campo sigue teniendo una gran demanda en la región, pero que el jornal ha quedado muy rezagado respecto al alza del costo de la vida. En 1972, el jornal real era de \$ 8.00 a \$ 10.00 para mujeres y de \$ 10.00 a \$ 15.00 para hombres, a pesar de que el jornal oficial se había establecido de \$ 18.00 a \$ 21.00. En ese mismo año, el salario mínimo en la ciudad de México —a sólo dos horas de distancia en camión— era de \$ 41.00, y en trabajos como el de albañil se podían ganar \$ 25.00 al día. Es claro que la discrepancia en el monto de salarios ha sido un estímulo poderoso a la migración estacional. Los hombres prefieren trasladarse a la ciudad a trabajar. Un estudio de 1968 describe así la situación: "En fechas recientes... se ha venido planteando un problema entre los agricultores que tienen 50 hectáreas en las zonas maiceras del valle de Toluca. Sencillamente, ha empezado a escasear la mano de obra en épocas de cosecha. La poca que hay está formada fundamentalmente por ancianos, mujeres y niños, y los agricultores la consideran poco eficiente.

No hace mucho, la contratación se hacía con facilidad en lugares cercanos, y se realizaba, en especial, entre ejidatarios (una vez que éstos habían recogido sus propias cosechas). El sistema consiste en irlos a recoger los días lunes, en varios lugares de concentración, cercanos a sus hogares y en trasladarlos a las fincas donde permanecen toda la semana. El día sábado se les regresa y el proceso se repite el lunes siguiente". En Toxi, en la época de cosecha, a las ocho de la mañana, llegan una o varias camionetas o camiones, pitando para llamar la atención. Al poco rato se juntan allí los hombres y mujeres que quieren ir a trabajar un día en la pizca de maíz en las fincas cercanas. Los traen de regreso a las seis de la tarde, habiendo recibido en pago un jornal de \$ 15.00.

De cualquier manera, el jornal máximo de \$ 15.00 es apenas suficiente para pagar el costo de alimentación de una familia, máxime cuando ésta tiene gran número de hijos. *A los campesinos sin tierra, por tanto, les es imposible sobrevivir únicamente con el jornal de campo.* Por eso la gran mayoría de ellos, de Toxi y de Dotejiare, han abandonado los pueblos y se han ido a la ciudad de México.

8. Cría de animales

La crianza de animales funciona como un seguro bancario para los campesinos, como lo han hecho notar antropólogos y economistas. Anteriormente, sobre todo en el municipio de Ixtlahuaca, se criaba ganado vacuno y equino en las haciendas. En la actualidad, fuera de los animales para la yunta, se crían principalmente animales domésticos, aves y cerdos. Las familias venden las gallinas y los guajolotes cuando necesitan algún dinero. Estos últimos tienen notable consumo sobre todo en la Navidad: las mujeres de Toxi van a venderlos al mercado de Ixtlahuaca, en donde los compran comerciantes que los llevan a los mercados de Toluca y de la ciudad de México.

Los cerdos también funcionan como una reserva de dinero; pero, según algunos informantes, ya no se les gana tanto como antes. En parte, debido a que "...la manteca del animal casi nadie quiere ya comprarla. Hay que rogar para que la compren, y sólo la aceptan ya en las panaderías, pero la pagan sólo a \$ 5.00 el litro. Este cambio es debido a que la gente ya no consume aceite animal, sino vegetal, enlatado o no", nos contó un campesino de Toxi. En parte, se debe también a que la mayor ganancia la reciben los carniceros. Sin embargo, los programas del gobierno estatal y federal están impulsando actualmente la cría de cerdos

por medio de la instalación de granjas porcícolas. La crianza a mayor escala de los cerdos sí es redituable: se calcula que un campesino que críe unos 20 cerdos recibirá ganancias de cerca de \$ 200.00 por mes. En cada cerdo se invierten unos \$ 45.00 en la engorda, y se vende en unos \$ 750.00. La ganancia es de \$ 300.00; pero como se hace en seis meses, resulta que gana sólo \$ 1.66 por día. Por eso es redituable esta crianza si se hace con muchos cerdos. Para ellos, sin embargo, el campesino necesita un crédito inicial para la inversión. Es lo que se proponen ofrecer las autoridades mediante las granjas porcícolas.

9. La raíz de zacatón

Cerca del 80% de la producción nacional de raíz de zacatón para exportación proviene de la zona de San Felipe del Progreso. Pero ésta ha declinado notablemente en lo que va del siglo como lo indican las cifras del cuadro V-9. El volumen de su exportación anual bajó de 4 millones en 1899 a sólo millón y medio en 1969. Sin entrar a hacer a un análisis minucioso, que requeriría de una investigación especial, podemos considerar que la región ha perdido cerca de tres cuartas partes del ingreso que recibía antaño por la exportación de este producto. Es de suma importancia este hecho, porque ayuda a explicar el estancamiento económico de aquella zona. Es indudable que Dotejiare tuvo su época de apogeo gracias a este producto, época que transcurrió poco después de la creación del ejido, a fines de los años veinte.

Sin embargo, además de que la demanda exterior de raíz de zacatón ha declinado —y probablemente también su precio en el mercado internacional a causa de la competencia de los productos sintéticos—, también bajó localmente su producción debido a que en muchos pueblos, como en Providencia por ejemplo, donde se localizaba la hacienda que procesaba la raíz, al repartirse los terrenos de zacatón como parcelas ejidales los campesinos acabaron rápidamente con la planta, porque no tenían otra manera de sostenerse y desmontaron los terrenos para poder sembrar maíz.

El comercio de la raíz de zacatón se ha desenvuelto en forma turbulenta: después de la destrucción de la hacienda de la Providencia, varios líderes de la región, mestizos en su mayoría, lucharon por controlarlo. En Dotejiare, en el capítulo correspondiente a política describiremos los conflictos a que esto dio lugar en el pueblo. Los principales talleres de procesamiento de la raíz controlados por estos líderes se hallaban en la

cabecera de San Felipe. En 1950, el Banco Ejidal financió el establecimiento de un taller para procesar el zacatón que quedó a cargo del gobierno. Fue instalado en la antigua hacienda de La Purísima, a unos 20 km. de Dotejiare. Trabajó bien unos 5 o 6 años, durante los cuales empleaba a cerca de 300 talladores de los pueblos aledaños. Pero en 1955 quebró por "mala administración". Desde entonces, los cinco talleres de San Felipe —entre ellos, uno propiedad de un ex presidente municipal, Don Celestino Carreras, y otro del nieto del ex propietario de la hacienda de La Providencia— procesan casi toda la raíz del municipio y la envían al extranjero.

Dotejiare es el pueblo que disfruta de mayores extensiones de plantación de zacatón. En terrenos ejidales, cualquier campesino del pueblo tiene derecho a pedir su "tira", una serie de plantas de zacatón, que explota como él mismo lo decida. Los comentarios de varios informantes hacen saber cómo se lleva a cabo la explotación y cuál es la opinión que tienen sobre este cultivo. Aurelio San Diego, de 50 años de edad, cuenta que desde joven "...ya trabajaba en la raíz. Recuerdo que hace 17 años toda la semana arrancaba, y así pude lograr reunir algún dinero y pude hacerme mi casita que tengo aquí en el centro. Cuando es de uno su zacatonal (si tiene zacatón en la parcela ejidal individual) puede sacar de \$ 40.00 a \$ 50.00 diarios. Los domingos los dedica uno a lavar la raíz. Como le digo, yo trabajaba toda la semana, aunque aquí la gente trabaja de dos a tres días solamente, nomás para comprar su maíz y su pulquito. Pues le diré que la raíz se lleva uno mucha chinga, por eso aquellas personas que andan por México les gusta más estar vendiendo fruta, y por eso han vendido sus parcelas". Delfino Mondragón, de 40 años de edad, contó que "cuando yo era chico, el zacatón lo vendían a \$ 0.40, y ahora ha llegado hasta \$ 3.50; pero ya no sube más. Todas las cosas suben pero el zacatón no, ¿por qué será? ... Por junio nos dedicamos más a sacar la raíz de zacatón. Sacamos de 6 a 10 kilos al día y se los vendemos a los compradores a \$ 3.50. Aquí en El Zarco (un barrio de Dotejiare), los que compran son mi hermano Tomás Rodríguez y Anacleto Hernández; en el centro hay otros que tienen camión. La raíz la revenden en San Felipe a Don Celestino y a los Díaz que tienen talleres".

La opinión de la generalidad de los muchachos jóvenes es que el trabajo en la raíz de zacatón es una labor sumamente ardua: "...la raíz de zacatón es trabajo bien duro. Se tiene uno que levantar a las seis de la mañana, y estarle picando con la plancheta. Luego, a quitarle todo el terrón. Se llena uno de polvo, se sufre mucho para sacarla. Luego, a pesarla con un patrón, y si trae tantita tierra le echa a uno y le descuentan.

Cuadro V-9
EXPORTACION ANUAL DE LA RAIZ DE ZACATON

Año	Principales países a los que se exportó por orden de importancia	Cantidad	Valor total en pesos
1899 (1)	Alemania Francia Estados Unidos Bélgica Italia	4 112 014	\$ 1 169 521
1825 (2)	Francia Estados Unidos Italia Alemania Argentina		
1930 (3)	Alemania Francia Italia Estados Unidos Bélgica	3 819 932	\$ 3 114 210
1940	Países Bajos Francia Alemania Argentina Suecia	1 114 807	\$ 2 091 520
1950	Estados Unidos Francia Países Bajos Bélgica Alemania	3 772 326	\$ 10 584 812
1960 (6)	Países Bajos Alemania Estados Unidos Francia Italia	2 065 032	\$ 10 019 950
1970 (7)	Estados Unidos Panamá Argentina Francia Italia	1 279 396	\$ 11 968 167

Fuentes: (1) D.E.N., 1910: cuadro. (2) D.E.N., 1927: 120. (3) S.E.N., 1931: 477. (4) D.G.E., 1941: 472. (5) D.G.E., 1951: 362. (6) D.G.E., 1961: 577. (7) D.G.E., 1971: 646.

Pagan a \$ 3.00 el kilo de raíz, y saca uno unos 15 kilos por tres días a la semana, y luego le descuentan unos 4 kilos. Madruga uno a las seis de la mañana para llegar luego a las seis de la tarde, y a veces hasta las ocho, y bien polveado". Es muy importante hacer notar que esta opinión la expresan especialmente los jóvenes que han vivido en la ciudad de México y que, precisamente, hacen contrastar lo duro del trabajo de la raíz y lo exiguo de sus ganancias con lo fácil y agradable de los empleos urbanos y el mayor salario que se consigue en éstos.

Trabajando como peón en extraer la raíz para un propietario, se ganan unos \$ 16.00 diarios puesto que se paga a \$ 1.60 por kilo. Trabajando en su propiedad o en una "tira" en el ejido el campesino puede ganar entre \$ 25.00 y \$ 30.00 diarios, sacando entre 8 y 10 kilos al día. De cualquier forma, constituye una fuente constante de ingresos, lo cual creemos que ha tenido una influencia decisiva en el hecho de que la migración estacional ha sido mucho menos intensa en Dotejiare que en Toxi.

10. Empleos en los pueblos

Otra forma en que ganaban los campesinos unos cuantos centavos era ofreciendo servicios en el pueblo. La mayoría de éstos eran especializaciones de medio tiempo, asociadas a una vida ritual y festiva intensa, a creencias mágicas, a condiciones especiales del pueblo y a la producción de artículos domésticos y agrícolas.

En seguida presentamos una lista de estas ocupaciones tradicionales y de las nuevas ocupaciones que se han creado y que en ocasiones han sustituido a las antiguas:

Ocupaciones tradicionales

1. Cohetero.
2. Rezandero.
3. Violinista.
4. Tamborero.
5. Arriero.
6. Huesero.
7. Brujo.
8. Tallador de arados.
9. Carpintero.
10. Partera.

Ocupaciones nuevas

1. Albañil.
2. Sastre.
3. Costurera.
4. Chofer.
5. Mecánico
6. Electricista.
7. Pintor.
8. Zapatero.

Las dos ocupaciones tradicionales que se han conservado son las de partera y de carpintero. Las nuevas ocupaciones enumeradas son sólo aquellas que existen en los pueblos. Si añadimos las que han aparecido en las cabeceras, la lista sería mucho más larga. Incluiría, por ejemplo, veterinario y peluquero entre otras muchas.

De suma importancia es el hecho de que las ocupaciones tradicionales se realizaban de medio tiempo. Todas ellas, a excepción de la de arriero, podían desempeñarse nada más en algunos meses del año. Las nuevas ocupaciones, en cambio, en su mayoría se ejercen de tiempo completo e implican, por tanto, una división de labores muy distinta, en la que los nuevos empleados dependen solamente de la venta de su fuerza de trabajo para sostenerse.

Las nuevas ocupaciones, además, están ligadas a un cambio en estilo de vida. Es decir, sólo hay empleo para el albañil y el pintor, en tanto que las casas se construyan en mampostería; el sastre y la costurera solamente podrán trabajar si hay demanda de ropa confeccionada; y sólo si hay automóviles, camiones y tractores podrán trabajar los choferes y mecánicos. Dependen, entonces, de que el estilo de vida cambie del tradicional mazahua al "moderno" nacional. Pero aquí viene un punto de importancia vital: este cambio ha producido una mayor diferencia social. *Por una parte, las cabeceras municipales y las ciudades tienden a monopolizar las nuevas ocupaciones, centralizando así las posibilidades de empleo; y, por otra, el grupo social que está ocupando los nuevos empleos es distinto del que ocupaba las especializaciones tradicionales.* Es decir, que no se trata de una simple sustitución de empleos, sino de una redistribución social diferente de éstos.

Adelantando lo que se analiza en la sección sobre etnicismo, resulta que los campesinos pobres han perdido los exiguos pero útiles ingresos que les proporcionaban las ocupaciones antiguas y las nuevas ocupaciones las han monopolizado los habitantes de las cabeceras y los hijos de las familias con posibilidades económicas medianas. Impuesta sobre es-

ta situación se halla la barrera étnica: son los mazahuas los que han perdido aquellas ocupaciones, y los mestizos quienes se han apoderado de las nuevas.

Es interesante que en Toxi algunos jóvenes mazahuas sí desempeñan las ocupaciones de creación reciente. Por ejemplo, varios líderes son choferes, uno es sastre y otro es cajero. Pero lo que es digno de atención es que todos aprendieron estos oficios durante su estancia migratoria en la ciudad de México.

11. Servicio doméstico

La ocupación tradicional y de hecho la única abierta a las hijas de los campesinos, tanto en el campo como en la ciudad, ha sido el servicio doméstico. Como, por lo general, ellas contribuyen con parte de su salario al presupuesto de su familia en el pueblo, este empleo ha significado para las familias campesinas una posibilidad más, y muy frecuente, de obtener ingresos.

En Dotejiare, sin embargo, se considera culturalmente degradante que una mujer mazahua trabaje de sirvienta, y se prefiere que se dedique a la venta ambulante a que se dedique al servicio doméstico. Esta actitud ha persistido incluso en las familias que residen desde hace mucho tiempo en la ciudad de México.

En Toxi, en cambio, las jóvenes hacen importantes aportaciones al presupuesto familiar desde hace dos décadas. Anteriormente, preferían trabajar en la región y se colocaban sobre todo en las casas de familias mestizas de las cercanías. Pero actualmente, a no ser que tengan alguna razón especial para permanecer en su región de origen, todas se van a la ciudad de México. Se explica esto, en parte, por el hecho de que el salario de sirvienta en regiones rurales era en 1973 de \$ 150 mensuales. En cambio, en ese mismo momento, en la ciudad de México, era de \$ 300 a \$ 400. Además, atrae mucho a las jóvenes el ambiente de la ciudad, la posibilidad de estar lejos de la tutela familiar, de poder ir a pasear con las amigas, de asistir a los cines y otros espectáculos, y de poder comprar ropa moderna. Una razón no menos poderosa es que casi todos los hombres jóvenes de la localidad se encuentran en la ciudad, y es un hecho, principalmente entre los mazahuas, que en la actualidad la mayoría de los compromisos matrimoniales se llevan a cabo en la misma.

12. Empleos en fábricas

Las industrias fabriles en la región mazahua, y particularmente en los municipios de San Felipe del Progreso e Ixtlahuaca, son casi inexistentes. En este último hay sólo una industria mayor que fabrica artículos metálicos, y que no ocupa a más de 50 obreros; el resto son pequeñas industrias como talleres de herrería, carpintería, panaderías, etc. La única industria mayor en el municipio de San Felipe del Progreso era una fábrica que producía caolín, materia prima para fabricar talco, y que cerró en 1973. Según se dice, su mayor problema fue el ausentismo de los obreros, que sólo trabajaban en la fábrica por temporadas, y que faltaban generalmente el lunes, y a veces hasta el martes, por haberse emborrachado el sábado después de recibir su pago.

Requiere mención especial y un examen más detallado, la fábrica instalada en los terrenos de la ex hacienda de Pastejé, en un municipio contiguo a Ixtlahuaca y en la que trabajan cerca de 50 hombres y mujeres de Santiago Toxi. Esta fábrica se construyó por decisión personal del dueño de la hacienda, Don Alejo Peralta, un importante industrial mexicano, a manera de experimento para intentar hacer de campesinos subempleados, obreros industriales. Dice su actual gerente: "Aquí, por ejemplo, si metiéramos máquinas, una mecanización, lo que hacen ahora 2 100 obreros, lo podrían hacer 400. Pero no se trata de eso. En la ciudad, las fábricas ya usan máquinas, porque la ciudad de México es muy cara, se tiene que pagar el agua, la electricidad, el gas, el aire. Por eso se utiliza maquinaria automática. Sólo así puede sobrevivir una fábrica en la ciudad. Y luego, el pagarle a un obrero en la ciudad, no es ayudarlo. En cambio, darle trabajo a un ejidatario, sí es ayudarlo.... En la ciudad, de cinco gentes, una es de la ciudad, y cuatro son de fuera. Así no se puede vivir. Y es que el gobierno ha centralizado todo en la ciudad. Y ahora los empresarios no se van a salir. ¿Usted cree? Si nosotros no podemos encontrar ingenieros mexicanos que se quieran venir acá. Tenemos dos ingenieros mexicanos, y los demás son extranjeros. Los extranjeros sí están felices de venirse al campo, pero los mexicanos no se van a salir de la ciudad".

La fábrica de Pastejé, un complejo fabril de edificios y bodegas, se yergue incongruentemente en medio de un llano donde pastan toros. Se producen allí artículos eléctricos: focos, enchufes, apagadores y aparatos de precisión; actualmente, se está ampliando con asistencia técnica japonesa, y se espera producir avionetas fumigadoras en corto tiempo.

Durante los primeros años, la fábrica operó con pérdidas hasta de 18

millones; pero ya a principios de los setentas empezó a aportar ganancias. Anualmente, en aquel entonces, hacía un derrame de 32 millones de pesos en salarios. Trabajan allí hombres y mujeres de gran número de pueblos de la meseta de Ixtlahuaca. Se ha establecido también una escuela de adiestramiento técnico, en que se entrena a muchachos y muchachas de la región, en diseño industrial y técnicas de producción. De los egresados de esta escuela —cuyos cursos duran dos años—, cerca del 50% se quedan a trabajar en la fábrica y el resto emigra a la ciudad de México.

Es particularmente interesante la transformación que se ha operado en los pueblos regionales por influencia de la fábrica. El gerente describe este proceso de la siguiente manera: "Al inicio sí tuvimos algunas dificultades porque ellos (los ejidatarios) no entraban al ritmo de las actividades manuales. Si es un poco tardado para que ellos aprendan. Pasando esa etapa, ya no hay dificultades. Hombre, si el indio mexicano sabe trabajar muy bien con sus manos; tiene magnífica artesanía. Al establecerse la fábrica, en 1964, sí hubo programas, porque esta gente no tenía necesidad de vestido o de comida. Llegaban a trabajar dos o tres semanas, ya tenían el dinero, y se iban. No tenían en qué gastarlo. Se quedaban nada más con el dinero, lo guardaban hasta que se les acabara, o lo gastaban en pulque. Había que crearles necesidades. Hicimos un estudio en las comunidades de los alrededores. Salíó que las familias tenían 6 miembros de promedio y recibían un ingreso mensual de \$ 500. Con este ingreso no podían tener necesidades. Al principio, el 95% de los obreros venían descalzos. Se instaló un departamento de Acción Social, con 30 trabajadoras sociales. Se trajeron algunas de México, y se entrenó a muchachas de fuera. Se les iba a enseñar a vestir, a bañarse, a ir al mercado. Porque antes no iban. Tenían que aprender qué comprar, cuánto pagar por las cosas. Había que enseñarles a cocinar, a usar una estufa. Es una educación a ir llenando, poco a poco, como a un muchacho de tres años. Por ejemplo, se instalaron treinta y tantos centros de alfabetización. Había 80% de analfabetos, entre los 2 100 obreros de la fábrica. Se mandaron profesores y cartillas. Obligábamos un poquito a los obreros, hablando con ellos. No sé si iban por convencimiento o aburrimiento, pero sí dio resultado... Teníamos traductores de mazahua entre los mismos obreros, algunos casi ni hablaban español. No, no hubo selección para los obreros que entraban. Si se trataba de ayudar a los que estuvieran más amolados, no iban a seleccionar, ¿verdad? La gente reaccionó bien. Las muchachas, ya ve, andan de minifalda, de botas, ellas se visten más que el hombre. Los hemos ayudado a

comprar algunas cosas, televisiones, por ejemplo. ... Hay hijos de los ejidatarios que son los que hemos tomado. Porque los hijos de los comerciantes y la gente que vive en el pueblo no lo necesitan tanto. Los ejidatarios son los que más lo necesitan. Ahora, con el sueldo, la familia va mejor. Hubo problemas en que el padre se bebía el sueldo de los hijos y no les daba nada, ya ve que aquí, lo que diga el padre. Entonces se tuvo que educar a los papás".

Le preguntamos que por qué limitan la edad de los obreros que reciben a treinta años. "Hicimos la encuesta y vimos que hay mucha gente joven en la región, de 1 a 40 años. Si tomamos a un maduro, más grande, no le estamos haciendo ningún favor. El tiene su parcela y va a seguir igual que antes. Con los jóvenes se para la emigración porque entre ellos hay más inquietud (sic). Si no les damos trabajo, ellos se van a la ciudad. Sin embargo, los mayores salen también favorecidos porque les conviene que entre el dinero del hijo."

Y se le preguntó también por qué empleaba a mayor número de mujeres que de hombres. "El 78% de los obreros son mujeres. Claro que no hacen el trabajo físico duro que hacen los hombres. Pero la mujer tiene menos problemas mentales que el hombre; se puede concentrar mejor... Además, las mujeres pueden hacer mejor el trabajo manual más detallado." Lo que no menciona es que empezaron a emplear mayor número de mujeres después de una amenaza de huelga de los obreros. Las obreras no participan en el sindicato. Se les obliga a renunciar cuando se casan. La fábrica, al contrario de otras de la región, no ha tenido el problema del ausentismo de los lunes "...porque aquí no se raya el sábado, sino el martes. La ley no determina qué día se debe rayar. Nosotros pagamos después del día de la borrachera, que es el lunes en el mercado de Ixtlahuaca".

En cuanto a prestaciones, "...hay un arreglo entre el sindicato y la *General Electric*. Les dan un descuento de 40% en televisores, y el plazo de un año para pagarlos. También licuadoras y otros artículos".

De Santiago Toxi, 10 jefes de familia y 42 muchachos y muchachas trabajan en la fábrica. Comentaremos los cambios culturales a que ha dado lugar esto, en la sección sobre identidad étnica. La posibilidad de obtener un ingreso adicional ha beneficiado, pues, a cerca de 50 familias del pueblo.

El salario que recibían iba de \$ 28 a \$ 32, salario muy aceptable en comparación con el jornal de campo. Este empleo sí ha retenido a hombres y mujeres jóvenes que, de otra manera, habrían emigrado a la ciudad. Pero lo que ha sucedido con frecuencia es que, después de adies-



Uno de los pocos trabajos remunerados de la campesina es el pequeño comercio y por ello lo continúa en la ciudad cuando migra.

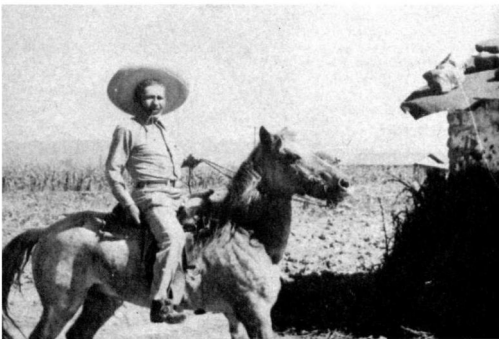
La mujer campesina pasa las tardes desgranando maíz o cosiendo, acompañada de sus hijos, ya sea que su esposo se encuentre ausente o no.

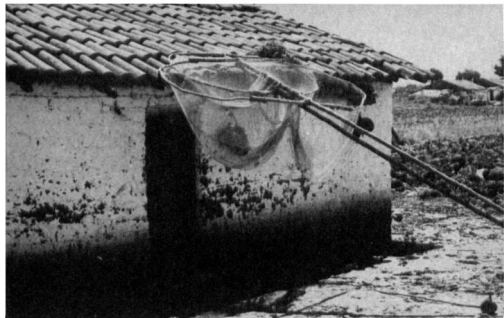




El arado con yunta de caballos no penetra suficientemente en el terreno.

El mestizo de la región hace ostentación de su poderío a través de símbolos.
El caballo y la montura es uno de ellos.





Detalle de una casa campesina típica de la zona. Las redes se utilizan para pescar acociles en las lagunas cercanas.

Pocas familias campesinas pueden comprar y mantener una yunta de bueyes. La mayoría la alquilan.





Niña campesina.



Maíz secándose en el patio de la casa. En las tardes, las familias se sientan a desgranar durante horas,

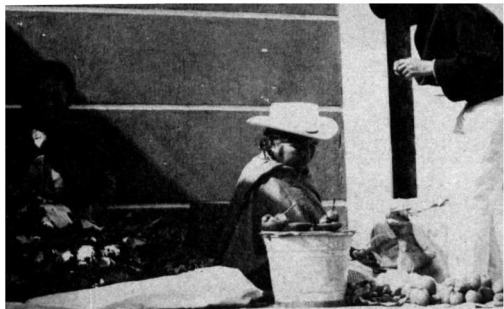




Jóvenes mazahuas en el arduo trabajo de quitarles los terrones a la raíz de zacatón.

Jovencita mazahua, encargada de cuidar a un hermano más chico.





En la economía campesina, el pequeño comercio, que llevan a cabo generalmente las mujeres, es una fuente importante de ingresos líquidos.

La mujer campesina lleva consigo a su hijo en todas las labores que realiza. Aquí se la ve recogiendo rastrojo para prender el fuego en la cocina.

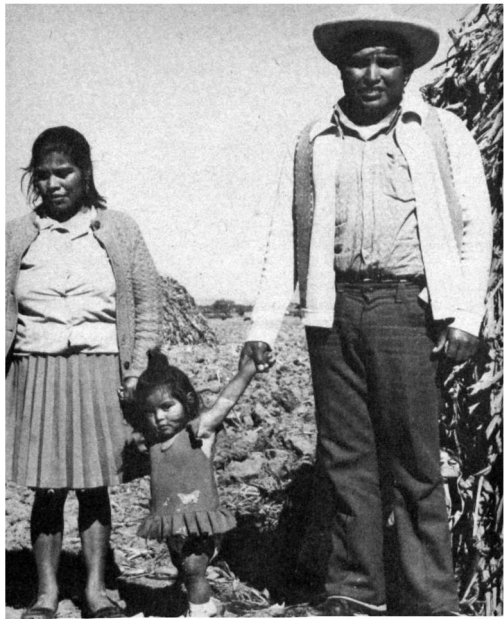




En el cincolote se almacenan las mazorcas de maíz. El rastrojo se apila y se utiliza para alimentar a los animales y como combustible del hogar.

La "rastra" consiste en pasar una viga sobre el terreno para romper los terrones después del barbecho.





Joven familia campesina de Santo Domingo. Familias como ésta son las que ya no recibirán tierras. El hombre trabaja entre semana en la ciudad de México y viaja el fin de semana a Santo Domingo a visitar a su esposa y a su hija.

trarse en la fábrica de Pastejé, algunos no han dejado de emigrar a la ciudad, esperando recibir un salario mayor allá.

El derrame de salarios ha beneficiado a la zona. En particular, le ha dado dinamismo económico a Ixtlahuaca, haciendo florecer el comercio de bienes de consumo traídos de la ciudad, que ahora compran los jóvenes obreros y obreras de Pastejé.

Existe pues, en la región mazahua, la posibilidad de trabajo fabril sólo en el caso excepcional de la fábrica de Pastejé. Fuera de ella, no se están creando empleos industriales en la zona. A ojos de mucha gente de la región y, en particular, de los padres de familia mestizos que ven que allí no habrá empleo para sus hijos que ya no quieren trabajar en la agricultura, la solución al desempleo y subempleo está en la creación de industrias. Pero la pequeña y mediana industria presenta grandes dificultades para ser viables, debido a los problemas mencionados: falta de infraestructura, falta de capacitación de los obreros, y, notablemente, el ausentismo. Además, está ocurriendo un fenómeno paradójico: es tan exagerada la centralización de la industria y la capacitación en la ciudad de México que, al instalarse sucursales de empresas urbanas en la región mazahua, se trae de la ciudad la mayor parte de personal. Así ha sucedido, para dar un ejemplo, con las sucursales del Banco de Comercio, instaladas en Ixtlahuaca y Atlacomulco. Es decir, mientras que la gente abandona la zona en busca de empleo y capacitación, el personal de estas empresas —las más de las veces, también migrantes de otros sitios de México— se ha contratado y adiestrado en la ciudad. De ahí resulta, entonces, la curiosa situación de que, para poder emplearse en la región propia, hay que ir, de todas maneras, a la ciudad de México, tanto para adquirir el adiestramiento como para poder ingresar en una empresa que después envíe al trabajador a su lugar nativo.

13. Dos casos ilustrativos

Finalmente, para mostrar cómo combinan los campesinos estas diversas actividades, citaremos dos casos estudiados.

Arnaldo Mondragón, de Dotejiare, de 37 años de edad, vive en la casa de su padre —por haber sido el hijo menor— con su esposa y sus ocho hijos. En la misma casa ha tomado albergue la viuda de su hermano con sus tres hijos. En total, viven en la casa 15 personas. La familia siembra una hectárea de tierra ejidal. Sin abono, levantan 10 costales de maíz —alrededor de 750 kg—. Cuando les alcanza el dinero para comprar

abono, sacan de 30 a 35 costales —unos 2 250 kg.— Pero lo que cosechan les alcanza, por lo general, para comer apenas seis meses al año, ya que consumen 7 cuartillos de maíz al día. Es decir, 750 kg. de maíz les alcanzan para comer dos meses y medio; 2 250 kg., para comer seis meses. El resto lo tienen que comprar a \$ 1.60 el cuartillo, lo que equivale a un gasto de \$ 11.20 diarios solamente en alimentación.

Para conseguir ese dinero, Arnaldo y su padre trabajan de peones al servicio de agricultores que tienen tierras con zacaton. Arnaldo trabaja 4 o 5 días a la semana, sacando unos 10 kilos diarios de zacatón, por lo que le pagan \$ 16.00 al día. Otros días trabajan en su propia parcela sembrando el maíz. Luego tiene que ir al monte a traer la leña para la cocina y si no consigue que le presten un burro, lleva sólo un “tercio” de leña a costas, que le dura para dos días. La leña se acaba pronto porque la utilizan para calentarse en las mañanas frías que son muy frecuentes.

Su hermano menor trabaja a veces en México, de albañil o de cargador, en el mercado de la Merced. Pero regresa al pueblo a tiempo para ayudar en la siembra y limpia del maíz, ya que no les alcanza el dinero para pagar peones.

Entre todos mantienen a la viuda y a los hijos del hermano que murió. Pero la viuda se va a trabajar a la ciudad durante largas temporadas. Allí, ella vende fruta en las calles. Deja a dos de sus hijos en el pueblo y se lleva a la hija menor. El dinero que gana lo utilizan para comprar ropa y alimentos.

El otro caso es el de Consuelo Santoyo, jefe de familia de unos 50 años. Vive en el barrio de El Zarco en Dotejiare, con su esposa y tres hijas. En sus tres hectáreas de tierra, levanta unas 21 cargas de maíz, alrededor de 5 500 kgs, “...con las que me alcanza para comer con mi familia y a veces hasta puedo vender un poco. Pero cuando la cosecha es mala a causa de las heladas puede ser que levante 10, 12 o 15 cargas, según. Cada tres años saco como 500 kilos de zacatón. Busco peones que me saquen la raíz (posee tres hectáreas de terreno con zacatón). El kilo vale \$ 3.60, siendo uno el dueño pero a los peones les pago \$ 2.60 el kilo. A veces tengo de doce a trece hombres trabajando en el zacatonal. A estos raiceros les doy pulque y cuando tengo peones que trabajan la milpa les doy comida y \$ 7.50 a las mujeres y \$ 9.00 a los hombres. Con mi tienda, llevo siete años de comerciar. Para surtirme de mercancía, mando a mis peones a Santa Ana Nichi o al Centro (de Dotejiare) para que me traigan refrescos y cerveza con unos burritos. También raspo de 13 a 14 magüeyes. Tengo un tlachiquero (el que saca el pulque de los

magueyes) que va a recoger el aguamiel y le pago \$ 1.50 por maguey a la semana”

C. Conclusiones

Revisando una a una las diversas actividades económicas de los campesinos en Toxi y en Dotejiare pueden identificarse una serie de cambios que han afectado su nivel de vida y que han actuado como estímulo a la migración. Todo indica que el nivel de vida de los campesinos en tiempos de las haciendas era muy bajo y que al repartirse las tierras ambos pueblos tuvieron una época de auge económico. Ello se debió a la fertilidad de la tierra recién abierta al cultivo, a las extensiones adecuadas de las parcelas, sobre todo en Dotejiare, y a los demás ingresos que podían obtenerse fuera de la agricultura.

Pero a partir de esa época declinó notablemente el rendimiento del maíz debido al agotamiento del suelo y las parcelas se redujeron en forma dramática por el incremento de población. El cultivo fue exigiendo cada vez mayores insumos de dinero en efectivo, los que aumentaron de un 30% en 1940 a un 80% en 1970, al grado de que en la actualidad, en unidades menores de 2.5 ha. —que son las más en los dos pueblos y sobre todo en Santiago Toxi—, los costos superaron a las ganancias.

Esta necesidad monetaria creciente ha hecho más dependiente al campesino de las actividades complementarias extraagrícolas y éstas, durante el periodo estudiado, han declinado casi por completo: desapareció en gran medida el pequeño comercio itinerante; declinaron las artesanías; cerraron las minas; se detuvieron los trabajos de construcción de carreteras; la cría de ciertos animales, como el cerdo, por ejemplo, se hizo menos redituable; bajó el consumo de productos locales como el pulque y el *sendejé*; la exportación de raíz de zacatón decreció en un 75%; la gran mayoría de ocupaciones tradicionales que desempeñaban los mismos campesinos, también han desaparecido.

En contraste con lo anterior, ha florecido el comercio a gran escala de productos agrícolas, de artículos manufacturados por empresas urbanas y de fertilizante. Este comercio ha sido acaparado por los dueños de camiones de los pueblos y de las cabeceras. Se han abierto nuevas ocupaciones, la mayoría en el rubro de servicios, ocupadas especialmente por los hijos de las familias de las cabeceras. Ha habido solamente una industria, instalada recientemente, que ha proporcionado empleo a los hijos de los ejidatarios.

En suma, es evidente que las nuevas actividades y los nuevos empleos creados no han compensado la pérdida de las actividades y empleos anteriores. Sobre todo, han concentrado beneficios en un grupo reducido de grandes agricultores, comerciantes y empleados de la región. Estos cambios han beneficiado también a empresas urbanas, en particular las de la ciudad de México —lo que ha producido un alto nivel de vida en ésta agudizando el contraste, en este aspecto, entre la ciudad y la región mazahua. Así, podemos concluir que la situación económica general en las dos comunidades estudiadas se han deteriorado en términos absolutos, agravado por el notable crecimiento demográfico en las últimas décadas, y se ha deteriorado también en términos relativos, por la comparación con el nivel de vida de la ciudad de México. Respecto de esto último, no deja de ser muy interesante que el progresivo desnivel económico entre estos dos polos se haya visto acompañado de la expansión de una ideología que lo atribuye a estilos de vida y actitudes culturales distintas, interpretación que se discute en la segunda sección de este trabajo.

CAPITULO VI

ESTRUCTURA DE PODER Y MIGRACION

En este capítulo se examina la estructura de poder en las dos comunidades y las relaciones políticas que sostienen éstas con las cabeceras municipales. Como podrá verse, el poder político es parte integrante y, en ciertos casos, determinante de los procesos económicos regionales. También refleja de manera directa los conflictos étnicos en las comunidades. En ambos casos se ha configurado el poder en forma típica de cacicazgo, institución política común en el México rural (Bartra *et al.*, 1974; Friederich, 1968).

A principios de siglo, como se dijo en el capítulo de historia, la comarca mazahua se hallaba políticamente regida desde Ixtlahuaca, sede del distrito. Por el aislamiento geográfico debido a la ausencia de caminos y medios de comunicación, esta regencia política se extendía sólo débilmente a los lugares fuera del valle de Ixtlahuaca y de Atlacomulco. En las demás zonas regía la "ley" de los hacendados fundada en su derecho a la propiedad de grandes extensiones de tierras, sancionada por el lejano gobierno en la ciudad de México. Esta "ley" era ejercida por los capataces de las haciendas mediante la brutalidad y la violencia. Los pueblos "indios" se regían independientemente sólo en cuanto a su vida ritual y religiosa y para ello tenían un elaborado sistema de cargos, al igual que en otras zonas indígenas de México. El poder político, pues, corría (y corre) a lo largo de la línea divisoria étnica, ya que estaba reservado para los blancos y los mestizos. Se reflejó este hecho en que los mazahuas, con pocas excepciones, no participaron en el movimiento de la Revolución.

Es interesante que los datos muestren que el poder de las haciendas

en la región mazahua no fue destruido por las luchas revolucionarias, ni por las invasiones de sus terrenos, por parte de los agraristas en los años veinte. Lo que finalmente le quitó toda validez política a las decisiones y a las abrogaciones de los hacendados fue la decisión del gobierno federal de reconocer los derechos de los campesinos de la región a las tierras de las haciendas. Decimos que es interesante porque muestra hasta qué grado ese reconocimiento oficial, por lejano que parezca, influye determinadamente en el curso de las transformaciones locales.

A partir del momento en que reciben dotaciones ejidales, las historias políticas de las comunidades empiezan a mostrar diferencias.

A. *Dotejiare*

Aún antes de la dotación del ejido, Dotejiare había sufrido una época de conflictos violentos al establecerse fuereños mestizos en el centro del pueblo. Luchaban fundamentalmente por el control territorial de la comunidad, en cuanto a tierras de cultivo y a áreas residenciales.

Pero al destruirse la hegemonía de la cercana hacienda de la Providencia, principal exportadora de la raíz de zacatón, y al dotarse el ejido, se desató una época de constantes conflictos políticos que no vino a acabarse sino hasta 1952. La gente del pueblo los describe como una maraña de asesinatos, batallas a tiros y venganzas personales. Los interpretan como disputas y enemistades personales y de familias. Sólo algunos hablan de lo que estaba detrás. Las dos principales fuentes del conflicto parecen haber sido el control de comercio de la raíz de zacatón y el enfrentamiento étnico entre mazahuas y mestizos.

Al romperse el monopolio comercial de la hacienda de la Providencia sobre la raíz de zacatón varios comerciantes mestizos quisieron tomar su lugar. Los dos principales que mantenían los únicos talleres de procesamiento de la raíz en la zona, eran el hijo del ex hacendado de la Providencia, Rogelio Díaz de la Huerta y un mestizo poderoso, Don Celestino Carreras, que en ese tiempo vivía en Dotejiare. Ellos tenían gran interés en controlar la venta de la raíz en comunidades como Dotejiare, a efecto de acumular las mayores cantidades para su exportación. Así, apoyaban directamente a líderes mazahuas dentro del pueblo que les pudieran garantizar esta compra.

En Dotejiare, al igual que en otras comunidades de la zona, el control de la raíz de zacatón tuvo que extenderse al control de las tierras ejidales puesto que gran parte de ellas estaban sembradas de zacatón. El puesto

de comisariado ejidal era, pues, clave para lograr este control. El comisariado gozaba de un doble poder: por una parte, decidía cómo adjudicar las "tiras", o sea los terrenos en los cuales los ejidatarios podían explotar el zacatón; esto mismo, por otra parte, le permitía acaparar la compra de la raíz ya extralda. El comisariado estaba, por tanto, en posición de ofrecer a los comerciantes mayoristas el volumen de compra de raíz que desearan.

Al mismo tiempo, los comerciantes mestizos eran vistos con mucho resentimiento por la gente del pueblo, como "gente de razón" que se estaba enriqueciendo, sin que se supiera, bien a bien, cómo lo hacían.

En el pueblo se delineaban dos facciones principales: una encabezada por Eusebio García, con la participación importante de Melquiades Martínez y Manuel Santos, que le vendían la raíz a Rogelio Díaz de la Huerta; y otra, que dirigía Lucio Pérez, en la cual participaban Guadalupe Valdés, yerno suyo, y Anastasio Pineda, su sobrino. Este grupo le vendía la raíz a don Celestino, y tenía como aliado a don Aurelio Méndez, el más importante compador de maíz en el centro.

Alrededor de 1935 fue elegido comisariado ejidal Guadalupe Valdés. Según don Anastasio, el dirigente actual de Dotejiare, "...Guadalupe, era un representante bueno, pero tenía más pacto con la gente de razón; a él no le interesaba la gente pobre." Don Celestino dice, al contrario, que "...Guadalupe Valdés era una persona inteligente, quería instruirse. A nosotros, los comerciantes, nos respaldaba, y por eso estábamos con él. Nosotros lo cuidábamos, mi cuñado Rodolfo Salgado le daba parque, y salsa con él a recorrer el ejido..."

En 1936, Eusebio García mató a Guadalupe Valdés, y puso de comisariado a Manuel Santos, y a Melquiades Martínez, de secretario. Pero éste, según varios informantes, quiso renunciar a su identidad mazahua, y así, según cuentan, dijo un día; "ora, compañeros, me harán favor de dispensarme, yo ya no entiendo la mazahua, ya me estoy retirando" y la gente que le escuchó dijo: "pues antes de que te retires de la mazahua, te damos tu agüita", y lo mataron.

Con el asesinato de Melquiades, Manuel Santos y unas diez familias de las que apoyaban a Eusebio García abandonaron el pueblo y se fueron a vivir a la ciudad de México; Manuel Santos cuenta que "...en la noche un vecino me avisó que venían 50 hombres para matarme. Inmediatamente abandoné la casa y me fui para México con toda mi familia; allá se reunió conmigo todo mi grupo, que también había salido corriendo".

En su lugar, Lucio Pérez colocó a su sobrino Anastasio Pineda como

comisariado ejidal. Una vez en el puesto, algunos informantes afirman que "...empezó a poner orden en el pueblo..." y otros, que "...empezó matando gente, haciéndose señor de horca y cuchillo..." Al poco tiempo, fue asesinado Eusebio García, junto con la hija que había estado casada con Guadalupe Valdés, para tomar venganza por la muerte de éste.

Con la situación de violencia que se vivía en el pueblo y el antagonismo en contra de los mestizos, casi todas las familias mestizas se fueron a radicar a la cabecera, a San Felipe; entre ellos don Celestino Carreras, con la excepción de don Aurelio Méndez y su familia. Fue entonces cuando don Anastasio, con otras familias mazahuas, bajó a establecerse en el centro de su pueblo.

Don Anastasio se mantuvo de comisariado ejidal nuevamente en 1948 y 1952. Un factor que le fue favorable fue su matrimonio, en segundas nupcias, con la maestra Laura Suárez, una mujer mestiza de gran dinamismo, que había llegado a Dotejiare con la misión cultural de la Secretaría de Educación. Lo favoreció, según un informante, porque "...cuando mi compadre (Don Anastasio) fue comisariado ejidal, estaba casado con una 'naturalita'. Antes de casarse con la Laura, él era un indio bruto; ahora ya se ha limado, porque la maestra es una persona con cultura. En Dotejiare, ella es, en realidad, la que manda; ordena las cosas y le busca solución a los problemas; además, está bien relacionada, tanto por sus hermanos militares como por su trabajo, ya que es directora de la escuela primaria."

Entre 1950 y 1952, la rivalidad entre Don Anastasio Pineda y su tío Lucio Pérez se acrecentó, porque éste "...le fue pisando la sombra, y su esposa, la Laura, le dijo: 'Ya no te dejes'; Anastasio crió sangre, y fue echando fuera a todos... Lucio se quedó solito; quiso imponerse con Anastasio, pero éste fue más inteligente y se atrajo a la gente de otro modo: él cuidó el ejido, vio el beneficio, levantó las parcelas abandonadas, sustrajo el ganado, cuidó del zacatón, que estaba precioso, y así sacaban más dinero, y tenía más adeptos".

Como resultado de este enfrentamiento, el pueblo se volvió a ver enfrascado en un conflicto sangriento en el que por las noches "nomás se oían chiflar las balas". Fue necesario incluso mandar traer un batallón de soldados de Toluca para evitar mayores matanzas. No está claro quién los mandó traer; pero, al final, don Anastasio quedó triunfante, habiendo logrado hacer huir a todos sus contrarios. Lucio Pérez y otro grupo de familias también escaparon del pueblo a la ciudad de México.

Don Anastasio llegó a ser así el clásico ejemplo de un cacique en tie-

rras mexicanas, odiado por los que lo tildan de "asesino" y "tirano" —que son todos los exiliados en la ciudad de México— y estimado y respetado por los habitantes del pueblo como "padre" y "benefactor". Es el típico dictador paternalista. Ha sido gracias a su iniciativa que el pueblo ha conseguido escuela, centro de salud y un camino de terracería; también es cierto que logró conservar la planta de zacatón en el ejido: en contra de muchos que se oponían en el pueblo, hizo que se sembrara el zacatón que actualmente se cosecha, y que constituye la mayor fuente de ingresos del pueblo; asimismo, ha logrado mantener la paz en el poblado. Se le consultan todas las cuestiones del pueblo e incluso las familiares. Muy destacadamente, los mazahuas lo consideran su protector, como indígenas, y su representante frente al mundo exterior mestizo.

Manuel Santos, desde México, a través del Departamento Agrario y de varias agrupaciones campesinas, ha tratado infructuosamente de arrebatarle su poder, acusándolo de asesinato y de despojo de tierras. En 1958, según consta en un documento del archivo del Departamento Agrario, se investigaron estos cargos, y se concluyó que "...son infundados los cargos que se le hacen al C. Anastasio Pineda". En 1974, Santos presentó de nuevo su acusación. Pero don Anastasio está bien afianzado en aquellos lugares. El joven investigador del Departamento de Asuntos Agrarios me decía: "...Ahorita, ¿armar otra balacera si lo queremos quitar? ¿Para qué? Bastantes muertos ha habido".

Don Anastasio dejó el puesto oficial de comisariado ejidal en 1957, y desde entonces se le siguen dando cargos, por la sencilla razón de que él es quien mueve a la gente del pueblo. Esta posibilidad de mando la ilustra un comentario de una señora mazahua: "...Pienso que ahora que está de delegado, la cosa va a ir derechita, pues lo respetan mucho. Don Anastasio está enterado de todo, porque todo el mundo le cuenta para estar bien con él. Lo consideran el padre del pueblo; cuando muera, quién sabe que pasará. Aquí, lo que dice él, eso se hace, con él la gente sí coopera. Si no fuera por él, quién sabe cómo estaría Dotejiare. El hizo la escuela, el Centro de Salud, la Delegación".

Don Anastasio ha mantenido un control discreto sobre otros puestos, colocando en ellos a sus allegados. Ellos han tenido los puestos de comisariado ejidal y cargos adjuntos. En la mente de la gente del pueblo, la identificación de don Anastasio con el poder político es tan estrecha que quienquiera que salga elegido para un cargo se da por cierto que es su allegado.

En la actualidad, ocurre en Dotejiare un fenómeno sumamente interesante: a raíz del interés del gobierno del Distrito Federal en evitar la

migración de mujeres mazahuas, que provienen especialmente de Dotejaire, se están haciendo esfuerzos por minar el poder de don Anastasio. Sin embargo, la oposición a Don Anastasio viene sólo del exterior, mientras que en el pueblo, a excepción del barrio de San Diego, que desde hace algún tiempo se le opone, casi toda la población está de su parte. Se da entonces la situación paradójica en la que un poder exterior está tratando de librar a un grupo del cacique al que prestan apoyo.

B. San Felipe del Progreso

Sin embargo, los datos indican con claridad que el hecho de que don Anastasio haya podido mantenerse en el poder se debe a su aceptación en el gobierno municipal. En todo pueblo del municipio, el ocupar un puesto político está sujeto a la aprobación de la cabecera municipal. Don Anastasio obtuvo tal sostén por dos canales: por medio de don Celestino Carreras, y a través de los contactos a su esposa ("...como la Laura habla, la reconocen bien en Toluca..."). El primero inclusive ha sido presidente municipal de San Felipe.

Jerárquicamente, el diputado federal de la zona es quien tiene mayor poder político. Su elección se hace, ya sea mediante una fuerte contribución monetaria al partido oficial, ya sea por alianzas políticas. Por ejemplo, según un informante "...el diputado actual fue elegido 'como en todas partes'; es compadre del gobernador. Es de El Oro, y junto con el representante del PRI y el gobernador son los que eligen al nuevo presidente municipal...".

El dinero es también poderoso elector: "Cuando se organizó la campaña electoral para presidente municipal, Lauro Rodríguez ni pintaba. Era de los segundones de Escalante. Este, como diputado, mangonea todo, es el único medio para arreglar los asuntos políticos. Parece que Lauro dio \$ 20 000 a Escalante; \$ 20 000 a Jorge Garduño, y otro tanto al partido (PRI). En total, \$ 60 000 le costó la presidencia."

La relación entre el poder político y la riqueza es muy evidente en la política municipal. Don Aurelio Salas es quizá el hombre más rico del municipio de San Felipe del Progreso; posee varios ranchos con muchas tierras; es, significativamente, el principal distribuidor de la compañía descentralizada de Guanos y Fertilizantes para el área noroeste mazahua; en vista de ello, no es casual que rija políticamente toda esa zona. "El que anda que da brincos es don Aurelio, por la elección de Lauro. Anda feliz, porque no salió nadie de la cabecera. Anda exponiéndose a

que lo linchen, y hasta en las cantinas se carcajea, diciendo: '¡Mientras yo viva, no habrá un presidente municipal de la cabecera!'... Don Aurelio Wences es riquísimo. Con su hermano Luciano, posee tan grandes extensiones de tierras, que ni ellos mismos saben qué cantidad es. Son muy ricos. Heredaron tierra y dinero; pero también han sabido sacar provecho, pues lo han reinvertido. Tienen cuatro unidades de la empresa (de autobuses que son de primera). Otro hermano es el principal accionista de esa misma línea."

Un cambio político se hizo sentir en las elecciones municipales de 1975. El nuevo presidente municipal de San Felipe es un joven profesional, emprendedor y deseoso de mejorar la situación del municipio. Sin embargo, pertenece a la familia de los Carreras. En unos años podrá evaluarse su actuación en un contexto de pesados lazos políticos y de parentesco.

C. *Santiago Toxi*

En los años veinte, tres líderes mazahuas de Toxi hicieron gestiones en la ciudad de México, para que les entregaran las tierras del ejido. Se les concedieron unos años después, y ellos se hicieron cargo del comisariado ejidal. De 1930 a 1940 se ocuparon los campesinos de Toxi en parcelar las tierras y empezarlas a cultivar: no había intereses comerciales poderosos de por medio. En aquel entonces, el delegado político del pueblo al gobierno municipal se designaba desde la cabecera municipal. Pero se dice que los mazahuas tenían miedo de ir a firmar su nombramiento en Ixtlahuaca: "se echaban a correr, tenían miedo de aceptar el cargo".

Al igual que en Dotejiare, el enfrentamiento político dentro de la comunidad se dio, no por el puesto de delegado, ya que éste carecía de poder, sino por el de comisariado ejidal. En 1941 fue elegido comisariado Román Suárez.

Según él, fue el pueblo quien lo eligió. Según la Sra. García, mestiza: "...había dos indios que aquí mandaban todo, y no dejaban que nadie prosperara. Uno era Román Suárez; y el otro, Pedro Eulalió. Alejo quería ser comisariado ejidal, y mi papá se llevaba muy bien con un señor de Toluca, que los designaba. Le vino a pedir, bien remilgoso, que si no le hacía el favor mi papá de decir que lo pusieran (de comisariado); mi papá dijo que sí, y lo hicieron comisariado". De cualquier manera, Don Román duró 23 años en ese mismo cargo, con un periodo intermedio de descanso de sólo tres años; en total, de 1941 a 1964.

Las características de su actuación son significativamente similares a las de Don Anastasio en Dotejiare. Al igual que este último, Alejo es mazahua también casado con una mestiza. Pero él aprendió a leer y a escri-

bir, y la manera de hacer contacto y trámites, durante una estancia de varios años en la ciudad de México, precisamente antes de su designación como comisariado. Una vez elegido para este cargo, según varios informantes, el pueblo lo apoyó. Logró mantener unidos a los distintos grupos —ahora se lamenta de que éstos los han desunido— y gracias a ello evitó que estallaran conflictos. Consiguió que se instalaran tres pozos de riego en Toxi, y otros tres en el Barrio de Santo Domingo. A la par de esta actividad positiva, sí sacó ventajas de su posición, pues se adjudicó beneficios en la distribución de tierras y del agua de riego, aunque parece que no ha acumulado riquezas ni extensiones grandes de tierras.

Y, lo mismo que en el caso de Don Anastasio, los que ven su labor positiva lo alaban: Don Román "...ayudó mucho, y nos sigue ayudando. Varios quieren que quede otra vuelta. Es una persona con mucha conciencia en política. Puede ir a Toluca a hablar con el gobernador, mientras que los otros (delegados) no saben acomedirse. Román es buena persona. Hizo que se hicieran muchas cosas..." Pero otros grupos, en particular los hombres jóvenes del pueblo, lo consideran el cacique local, que tuvo excesivo poder e influencia durante muchos años.

Por lo demás, la migración jugó un papel importante en acabar con el cacicazgo de Don Román. "Cuando Román estaba, los jóvenes del pueblo que salieron a México fueron los primeros en entender (que era un cacique). Porque el pueblo era cerrado. Entonces dijeron: ¿Por qué este señor no sale? Fueron al Departamento Agrario y preguntaron primero si se le podía sacar. Entonces vinieron unos ingenieros y lo sacaron."

Después de Don Román, quedó en el cargo su compadre y allegado, Macario Martínez, y después de él, en 1971, estalló un conflicto y fue elegido comisariado uno del Barrio y no del pueblo de Toxi. Sucedió que en esta ocasión el pueblo se dividió: por una parte, Román y Macario Martínez querían elegir nuevamente a alguien de su propia facción. Pero se les opusieron un grupo de hombres jóvenes. Hubo dos asambleas y, contrariamente a lo que había ocurrido anteriormente, no hubo acuerdo para elegir comisariado. En la última asamblea, en la que por ley había de efectuarse tal elección, los del Barrio tuvieron mayoría, y fue elegido el cuñado de Román que vive en el Barrio. Aquella asamblea acabó a balazos, con la total inconformidad de los del pueblo, quienes consideraron a Macario Martínez un traidor, porque entregó el sello y los papeles del ejido al recientemente elegido comisariado.

En la asamblea para elegir delegado, en 1973, se hicieron visibles los cambios políticos que están ocurriendo en la comunidad: la facción de

Don Román quería que saliera elegido Macario Martínez. Pero no tuvieron mayoría en la asamblea, y en ella fue elegido Aurelio Sánchez. Román y sus compañeros fueron con el presidente municipal Retes, a quejarse del resultado, y lo mismo hicieron los de la otra facción para confirmar el nombramiento. Retes dijo que sí era justa la elección, y al salir de su oficina un partidario de Macario, dijo: "...ya déjenlos, porque Retes dice que se haga por votación". Así, a pesar de la elección libre, es notorio que la confirmación política emana de la autoridad superior.

Es muy significativo el hecho de que todos los hombres jóvenes activos políticamente en el pueblo, hayan vivido largas temporadas en la ciudad de México. Todos concuerdan en que "...en México fue donde nos dimos cuenta de cómo estaban las cosas". Allí adquirieron los conocimientos, el fácil manejo de la palabra, la confianza en sí mismos y las alianzas que les permitieron oponerse al largo periodo de poder de Don Román. Además, algo sumamente importante: pudieron establecer contactos con funcionarios y hombres de influencia en Toluca y en la ciudad de México, que los respaldaron frente al cacique. Este apoyo ha sido crucial. Por ejemplo, cuando se pidió la participación de los del pueblo para construir la carretera de terracería, Ricardo Ortega protestó contra Román, diciendo que la gente debería recibir pago por ese trabajo. Román intentó encarcelarlo en Ixtlahuaca, pero no sabía que Ricardo ya tenía "relaciones con gente de fuera —de Toluca—, y por eso ya no me pudo hacer nada". Señala esto nuevamente el peso decisivo del apoyo político fuera de la comunidad.

En la actualidad, en contraste con la estructura monolítica de poder en Dotejiare, existen siete distintos organismos políticos en Santiago Tóxi, además de los puestos de comisariado y delegado: 1) *Comité de vigilancia de tierras*, presidido por el juez de vigilancia. Reviste gran importancia ya que se trata del primer intento por limitar el poder del comisariado en la resolución de conflictos sobre tierras. 2) *Comité de recuperación de tierras*, que se encarga del litigio de tierras con la Hacienda de Pastejé. 3) *Junta de mejoramiento*, la cual debe llevar a cabo obras de beneficios común: carreteras, fuentes públicas, canales, etc. 4) *Comité del agua*. Se hace cargo de la recaudación de los pagos por agua potable y del manejo de los pozos. 5) *Comité pro-pozos*. En sus manos se deja el resolver las peticiones de pozos de agua de riego. 6) *Asociación de padres de familia*. Atiende a las necesidades de la escuela.

D. *Ixtlahuaca*

La elección del gobierno municipal de Ixtlahuaca se lleva a cabo mediante negociaciones en las esferas políticas de la cabecera y de la capital del estado. Pero, en contraste con San Felipe de Progreso hay mayor juego político y la compraventa de puestos políticos no es tan obvia. Existe labor política de otros partidos, sobre todo el Partido Popular Socialista, que tiene una oficina en Ixtlahuaca y desde hace unos diez años presenta candidatos al Ayuntamiento y a la Presidencia Municipal. Al decir de su partidarios, cada vez obtiene mayor número de votos aunque éstos están todavía lejos de constituir una verdadera oposición al PRI. La voz popular murmura que no vale la pena elegir a un presidente municipal de otro partido porque simplemente no lo dejarían funcionar. Un mestizo de Santiago Toxi lo expresó de esta manera: "El PRI gana porque gana. El PRI jamás pierde. En un pueblo, una vez ganó el Socialista y allí se las estaban viendo negras". La visión que tiene la mayoría de la gente en Ixtlahuaca y en Toxi se resume en la sentencia de que "el PRI es el gobierno y el gobierno es el PRI".

La elección se lleva a cabo bajo la apariencia de una votación democrática. En Toxi tuve ocasión de presenciar la votación para elegir Ayuntamiento y Presidente Municipal en 1973. De 1899 personas inscritas en el folio de empadronamiento, se presentaron a votar 198, o sea, apenas poco más de 10% de la población votante. Los campesinos mazahuas y sobre todo las mujeres, se acercaban temerosos y apenados a las urnas; escuchaban las instrucciones, con la cabeza baja; se iban a tachar las boletas; las entregaban y se alejaban lo más rápidamente posible. En realidad, no entendían, bien a bien, de lo que se trataba y sabían, por lo demás, que iba a salir elegido el candidato del PRI. Ilustra su actitud este comentario de una señora mazahua (el candidato del PRI se llamaba Rebollo, el del Partido Popular Socialista, Gregorio S.); dijo ella: "Vinimos a votar por ese señor que se llama Bregoyo, yo no sé como se llama...". Pregunté: ¿"Rebollo?" o ¿Gregorio?" "Sí, ése. Yo no quería ir a votar, y le dije a mi esposo: mejor me quedo haciéndole la comida a mi hijo; pero él me dijo: —No, vete a votar, porque nos cobran multa—. Pero eso no es verdad..."

En el pueblo, frente a representantes de los cuatro partidos, se contaron los votos: 146 votos para el PRI; 36 para el Partido Popular Socialista; 11 para el Partido Acción Nacional y el resto para otros partidos. Los votos y los documentos correspondientes fueron enviados a Ixtlahuaca.

Después de haber sido proclamado triunfador el Sr. Rebollo, del PRI,

corrió el rumor de que "en el pueblo (Ixtlahuaca) dicen que no ganó la votación; pero no importa, porque fue impuesto desde Toluca".

Lo que sucede es lo siguiente: las ánforas que contienen los votos se envían selladas a la cabecera. "Pero allá, nos comentó un informante, el comité electoral se encierra y al final, nada más anuncia quién salió elegido por tantos votos y no hay manera de confirmar que así es. El comité es elegido por el PRI. Ellos (el comité) toman todos los votos de los pueblos; sólo ellos tienen acceso a los datos y aunque sepa uno quién ganó en un pueblo, no se sabe quién ganó en los otros. De esta manera no se puede saber si mienten. Esto es pura pantalla, porque ya se sabe que va a salir el del PRI. Aunque todos los votos sean del PPS, sale el del PRI. Entonces, lo que hace es anular los votos del PPS."

Indagando, aunque es muy difícil obtener información de esto y, más aún, datos precisos que la verifiquen, salen a relucir, al igual que en San Felipe del Progreso, la red de relaciones entre agricultores ricos, comerciantes poderosos y políticos. Los vínculos que los unen son compraventa de tierras, tramitaciones de crédito y concesiones de agencias gubernamentales y privadas. Por ejemplo, un ex presidente municipal de Ixtlahuaca, Heriberto Vélez, fue corresponsal del Banco Nacional de México en la cabecera durante 19 años, tiempo en el que ejerció el poder de decisión sobre el otorgamiento de préstamos e hipotecas y de gestiones de cobros en la localidad. A lo largo de su periodo de presidente municipal construyó la escuela secundaria en un predio que él mismo le vendió al municipio. En la actualidad, es el agente de distribución de fertilizantes de la agencia gubernamental Guanos y Fertilizantes en un municipio contiguo.

Además, las relaciones entre la cabecera y Santiago Toxi son de una absoluta supeditación política, supeditación que permite, entre otras cosas, una extracción *sin protesta posible* de cantidades considerables de dinero a través de impuestos. En el capítulo de economía ya hablamos de los que se pagan al municipio; pero éstos pueden ser elevados arbitrariamente a gusto de los funcionarios. Un caso que presencié lo muestra elocuentemente: en la feria de Toxi de 1972 se había cobrado un impuesto de \$ 20.00 a cada puesto de refrescos y cervezas. En 1973, la compañía cervecera hizo un arreglo previo con el Ayuntamiento probablemente mediante un pago extraoficial para obtener exclusividad en la venta de cerveza en la feria. Se comprometió también la compañía a pagar el impuesto de piso de los puestos. Una veintena de campesinos del pueblo se apresuraron a ocupar estos puestos con la esperanza de hacer una pequeña ganancia, dado que las ventas el año anterior habían

llegado a unos \$ 100.00. Pues bien, el día de la feria paseándose por allí el presidente municipal con su comitiva, decidió de pronto que se eleva-
ra el impuesto a \$ 70.00 por puesto, ¡casi el cuádruple del año anterior!
A los campesinos que se quejaron débilmente, el cobrador no les entregó
recibo por su dinero —significando que podía embolsarse el dinero sin
más—; a los que intentaron protestar, se les amenazó físicamente, y se
pretendió arrestarlos para llevarlos a la cárcel de Ixtlahuaca. El arresto
por orden de funcionarios del propio gobierno municipal es cosa grave
aun cuando es injustificado. Como dijo un informante: "Para arreglar
algún asunto con el juez, en la cabecera ya no se necesitan \$ 500.00, si-
no que ahora hay que pagar \$ 1 000.00 y más. Con decirles de que este
juez tenía una deuda de más de medio millón de pesos, y hace poco que
la liquidó".

E. Conclusiones

La recurrencia de ciertos rasgos políticos en ambos pueblos y en la rela-
ción que cada uno sostiene con la cabecera de sus respectivos municipios,
nos permite generalizar en cuanto a sus procesos políticos y a su estruc-
tura de poder actual.

La situación de subordinación política en que se hallan los mazahuas
es idéntica a la que afecta a las demás minorías indígenas de México. En
tiempos de las haciendas, los mazahuas se hallaban *de facto* en calidad de
menores, sin tener ninguna conexión con el aparato político regional o fe-
deral. El poder se delegaba a la región a través de funcionarios distritales
muy alejados, lo que hacía que la verdadera ley la ejercieran los acenda-
dos y los capataces de las haciendas. La reorganización en municipios li-
bres y la expansión del aparato político en 1930, tampoco acercó a los
mazahuas al centro del poder. Los mestizos quedaron como los interme-
diarios políticos y, como vimos, ocuparon también en sus inicios los
puestos de delegados y comisariados ejidales en las comunidades maza-
huas. Pero, poco a poco, a veces mediante la violencia como en Dotejaire,
fueron desplazados y los mazahuas entraron a ocupar estos puestos.

El surgimiento de los cacicazgos en Toxi y Dotejaire —y en varios
pueblos de la región de los que tuvimos conocimiento— presenta dema-
siadas coincidencias como para pensar que su aparición simultánea fuera acci-
dental o debida a rasgos personales carismáticos de los dos líderes. Es indudable
que éstos determinaron el que ellos, como individuos, llegaran a asumir
ese papel; pero las características de este liderazgo y ciertas regularida-
des de los datos parecen indicar que existían condiciones políticas y eco-

nómicas que demandaban la existencia de este tipo de líderes. Podemos aislar las principales características de estos cacicazgos como sigue:

a) El cacique surge en el momento en que la comunidad mazahua, por primera vez en décadas y quizá siglos, tiene la posibilidad de ejercer un control político inmediato de su medio de producción: la tierra.

b) En ambos casos y en otros de la región, el cacique es de origen mazahua.

c) El cacique conserva su identidad étnica pero incorpora ciertas actitudes de la cultura nacional, ya sea a través del matrimonio con una mujer mestiza, ya sea mediante una residencia prolongada en un centro urbano. Estas actitudes le posibilitan el manejo de alianzas con funcionarios públicos y con empresas del exterior.

d) A la vez que protege las costumbres tradicionales es el principal agente modernizante de la comunidad y apoya los proyectos para la apertura de carreteras, la instalación de escuelas, luz eléctrica, agua potable, etc.

e) En ocasiones, ejerce la violencia para mantener su posición; pero es innegable que tiene un apoyo de base en la comunidad tradicional. Se le considera no sólo jefe político, sino también consultor para cualquier asunto, desde trámites legales hasta disputas familiares. En efecto, se le considera el "padre" de la comunidad.

Estos rasgos, que delinean la figura del cacique, son harto conocidos en México. La misma figura se ha descrito para la Sierra de Puebla y en el Valle de Mezquital (Bartra *et al.*, 1974) y para otras regiones (Friederich, 1968).

La génesis de los cacicazgos locales, como han demostrado Bartra y Paré (*Ibid.*), se halla en el sometimiento de la población campesina por parte de la clase dominante que se beneficia con un sistema de producción netamente capitalista. Los dos ejemplos estudiados aquí refuerzan esta tesis, ya que muestran que el reconocimiento y apoyo políticos del exterior son decisivos para sostener a un cacique, así como condiciones muy específicas de producción y comercialización dentro de las comunidades que no crean una oposición definitiva contra él.

En el caso de comunidades indígenas como las que se estudiaron, el cacicazgo tiene una función adicional respecto al enfrentamiento étnico. Esto es adelantar parte de las conclusiones de la segunda parte de este trabajo. Por el momento las mencionaremos sólo someramente para seguir el hilo del análisis. El cacique llega al poder político solamente a través de su aceptación inicial por parte de políticos municipales o estatales mestizos. Pero, para la comunidad, se convierte en el defensor del

grupo mazahua, puesto que a sus ojos ha logrado lo imposible: ha conseguido el poder, sin haber renegado de su identidad tradicional. En virtud de esto mismo, la comunidad vuelca su confianza sobre él. Es claro que en Dotejiare, por ejemplo, no habría podido sostenerse un líder que renegara de su identidad. Prueba fehaciente de ello es que asesinaron a dos por intentarlo.

Al desconocer el indígena todo lo que atañe a mecanismos políticos, no le queda más remedio que apoyar ciegamente a un líder indígena que cuando menos en algo defenderá a la comunidad del exterior. *Esta defensa es en el fondo política, pero se expresa localmente a través del etnicismo.*

¿Recubre el etnicismo sólo un enfrentamiento de clases? Sería demasiado simplista una interpretación que identifique a los mazahuas —o a otros grupos indígenas— con proletarios y a los mestizos, con burguesía rural. Entre los mazahuas hay campesinos sin tierras, pequeños propietarios y agricultores capitalistas. Los tres grupos enarbolan su identidad cultural para defender sus intereses. A más de eso, existen campesinos mestizos en vías de proletarianización que rechazan violentamente a los mazahuas. Más acertado, para describir la realidad, es el esquema sugerido por Javier Albó para el caso de Bolivia, y que podemos aplicar a la región mazahua, de la manera siguiente:



Siguiendo con el análisis de las comunidades estudiadas, una vez que el cacique mazahua llega al poder se perpetúa en su puesto por mecanismos muy simples: casi no tiene rivales políticos en la comunidad porque pocos individuos de ella reúnen las condiciones para serlo, tales como tener una red de contactos personales con mestizos poderosos de la cabecera municipal y de la capital estatal; saber cómo tramitar asuntos y cómo manejarse políticamente dentro de la comunidad; hablar corrien-

temente el castellano. Al mismo tiempo, utiliza su privilegio de dictamen sobre la asignación de tierras —en calidad de comisariado ejidal— para obtener control de otras actividades; por ejemplo, la distribución de fertilizante y de la compra de raíz de zacatón en Dotejiare. Se vale de este poder para ganar más adeptos y para exterminar a sus oponentes políticos. Entre más adeptos, mayor libertad es la que se le ofrece en manipular insumos económicos, lo que amplía su dominio y le da aún mayor margen para acallar la protesta y conquistar a su vez más aliados, puesto que tiene más favores que ofrecer.

Lo anterior crea en el seno de la comunidad un círculo vicioso de naturaleza tal que sólo la intervención del poder exterior lo puede romper. Esto fue claro en el caso de Santiago Toxi: la protesta surgió por parte de hombres jóvenes cuya supervivencia económica no se veía afectada por las decisiones de Don Román, que lograron algunos apoyos importantes en ciudades de la región y que aprendieron en la ciudad de México a manejar los trámites legales para pedir su destitución. Sin embargo, finalmente fue destituido por el Departamento Agrario, no por ellos. En Dotejiare, apenas se ha iniciado este proceso de cuestionamiento del poder de Don Anastasio y el que se mantenga o no en su posición tendrá que ver con el rompimiento del aislamiento cultural de la comunidad y con las decisiones del poder exterior. Hasta ahora, los intentos de los exiliados de la ciudad de México por resquebrajar su control del pueblo han sido infructuosos porque los mazahuas siguen viendo el mundo político solamente a través de él como representante étnico. Lo que derroca a este tipo de cacique, por tanto, es la interacción de estos dos elementos.

La estructura política interna de las comunidades ha afectado en forma indirecta a la migración. Por supuesto, en Dotejiare sí la afectó, ya que el éxodo inicial se debió a disputas políticas; pero esto ha sido la excepción, un evento contingente. En otros pueblos de la comarca ha sido raro que haya ocurrido una salida por pleitos faccionales y, sea como fuere, no hemos sabido de otro caso en que este éxodo haya sido masivo.

La estructura política de las comunidades ha influido de manera decisiva por la estrecha relación que guarda con los procesos económicos. Esta relación se hace más evidente a nivel regional que en las localidades, razón por la que ampliamos el análisis a ese nivel. Dentro de las comunidades, ocupar el puesto de delegado, o participar en algún comité, no sólo no produce ingresos sino que, al contrario, casi siempre quienes los ocupan acaban teniendo que gastar algún dinero. Sin embargo, co-

mo vimos, el puesto de comisariado ejidal sí ofrece las ventajas económicas que se derivan del control de los insumos y de la comercialización agrícola.

Pero el gran monopolio político y económico se da a nivel regional. Los datos muestran la vinculación entre la concentración económica que describimos en el capítulo de economía y la concentración del poder político. Se aseveró que, en vista de que los puestos municipales se compran, éstos tienden a ser ocupados por los comerciantes y agricultores más ricos de la región. Las campañas políticas demandan altos gastos en festejos, visitas, volantes, invitaciones y pagos a funcionarios políticos estratégicos. Es muy probable que éstos provengan de la fortuna personal del candidato. Cuando no cuenta con ella, depende entonces por entero del partido, es decir, del PRI, para sufragar sus gastos o tiene que recibir contribuciones de los comerciantes y agricultores más ricos del municipio. De todas maneras, el candidato queda así supeditado, política y económicamente, a ambos.

Además, como la designación final viene del gobierno estatal o federal, generalmente a través del aparato del partido oficial, resulta que los funcionarios municipales no tienen ningún compromiso con los campesinos de la región puesto que su elección no depende de ellos; al contrario, en todo momento tienen el apoyo exterior en contra de las protestas locales. Este apoyo se proporciona a través de los sistemas policial y jurídico.

Dada esta estructura de poder, es claro que la legislación, y sobre todo la implementación de ésta, no se hará con miras a favorecer a los pequeños campesinos, y menos todavía a los campesinos mazahuas, *puesto que ninguno de los dos tiene peso alguno en el juego político*. En efecto, no existe ningún tipo de restricción a las actividades de prestamistas, ni a alzas arbitrarias de precios por parte de intermediarios ni existen controles legales que aseguren una distribución equitativa del fertilizante por parte de concesionarios locales o regionales. Tampoco hay legislación ni acciones que vigilen la desorganización y corrupción de los bancos que otorgan créditos agrícolas. *En una palabra, el aparato político, en vez de llevar a cabo una acción de control de abusos, de mediación entre el campesino y los grandes intereses económicos, queda supeditado a éstos, y se declara impotente para regular el desarrollo económico de la región. El camino que ha tomado éste con tendencia a la polarización económica y al monopolio comercial y del fertilizante, que se analizó en el capítulo anterior, ha sido posible gracias a la inacción e incluso complicidad del aparato político. Peor todavía, gracias a su complicidad al legalizar el abuso y apoyar la arbitrariedad.*

En resumen, la estructura de poder en la región mazahua, si bien sólo en casos excepcionales ha provocado de manera directa la migración, constituye un sustrato que afecta a los habitantes de las comunidades fundamentalmente de dos maneras: por una parte, mantiene un clima de violencia y represión con todo lo que ello representa y, por otra, no sólo no protege a los campesinos de abusos, sino que en ocasiones les da protección policial a tales abusos. Ambos influyen, indirectamente, en el volumen de migrantes que abandonan la zona.

CAPITULO VII

MIGRACION, FAMILIA Y PARENTESCO

Se refiere este capítulo primordialmente a los cambios que han ocurrido en la composición familiar al irse ajustando la división de labores en el seno de los grupos domésticos a la migración constante de algunos de sus miembros. Por ello trataremos este tema, que es sumamente extenso, sólo en relación con la migración tocando los siguientes puntos: composición del grupo doméstico, división de labores, matrimonio, herencia y parentesco. Se examinan estos puntos, tanto en la vida de la comunidad, como en la de la ciudad.

A. Composición de los grupos domésticos

Las cifras de tamaño de la familia, a nivel municipal, sirven de referencia para comparar con las que obtuvimos en los dos pueblos. El cuadro VII-I se refiere a familias en tanto que unidades residenciales y señala que en ambos municipios ha aumentado el número de miembros de éstas en décadas recientes. Esto se debe sin duda a dos hechos: el descenso de la tasa de mortalidad de 1940 a la fecha, que ha permitido la supervivencia de mayor número de hijos, y la residencia posmarital de los hijos varones, que se ha prolongado por la necesidad que tienen de migrar por largas temporadas. Anteriormente, al casarse, los hijos recibían de inmediato su parte correspondiente de la parcela patrimonial y construían su casa sobre ella. En la actualidad, dado que la subdivisión de la parcela se hace a veces imposible —cuando se trata, por ejemplo, de parcelas de un cuarto de hectárea— y es indispensable la contribución monetaria de los hijos al presupuesto del grupo doméstico, éstos

al casarse dejan a su esposa en casa de sus padres y siguen migrando temporalmente a la ciudad.

Cuadro VII-1
PROMEDIO Y MODO DE FAMILIAS
EN LOS MUNICIPIOS

Años	Ixtilahuaca		San Felipe del Progreso	
	Promedio	Modo	Promedio	Modo
1940	4.7	5	4.4	4
1950	4.8	5	4.8	5
1960	5.3	5	4.8	5
1970	5.0	5	4.9	5

Fuente: D.G.E., Censos.

La interpretación anterior se puede puntualizar con los datos censales de los pueblos. De las boletas censales de 1970 tomamos una muestra de 332 grupos domésticos en Toxi y 324 en Dotejiare, que corresponden aproximadamente a la mitad de los grupos domésticos de cada pueblo.

Se encontró que cerca de la tercera parte de estos grupos domésticos en ambas comunidades alberga a más de una familia nuclear. Lo anterior se refleja en el hecho de que el promedio de miembros por grupo doméstico, en ambos casos, es más alto que los ya citados para los municipios, como puede apreciarse en el cuadro VII-2. Habitan cada casa un promedio de seis personas, mientras que el promedio correspondiente a nivel municipal es de cinco personas. Creemos que es muy probable que este promedio sea superior al de décadas anteriores, por las mismas razones que expusimos arriba.

El cuadro VII-2 resume la información obtenida a nivel de las comunidades.

Por la estrecha relación que guardan los ingresos de los grupos domésticos con la necesidad de que migren temporalmente algunos de sus miembros, interesa conocer aunque sólo sea estimativamente —ya que los datos recogidos en este sentido son siempre poco confiables— sus niveles de ingresos: el 64% de aquellos en Toxi, y el 51.3% en Dotejiare percibían ingresos menores de \$ 100 a la semana en 1970. El costo de la vida para esa zona se consideraba, en esos años, alrededor de \$ 40 día-

Cuadro VII-2
COMPOSICION DE LOS GRUPOS DOMESTICOS

	Santiago Toxi	San Fco. Dotejiare
Número de personas en la muestra	1 850	1 895
Número de grupos domésticos	332	324
Número de grupos domésticos que albergan a más de una familia nuclear	87 (26%)	98 (30%)
Promedio de miembros por grupo doméstico	5.8	5.9
Modo de miembros del grupo doméstico	7	7
Rango de miembros del grupo doméstico	1 a 14	1 a 16

Fuente: D.G.E. Censo, 1970.

rios, lo que significa que más de la mitad de los grupos domésticos en los pueblos vivían por debajo del nivel mínimo de vida. El 30.3% en Dotejiare y el 25.8% en Toxi recibían un ingreso equivalente al costo de la vida: \$ 100 a \$ 200 semanales. Y sólo el 18.2% y el 10%, respectivamente, obtenían ingresos superiores a este nivel de subsistencia; es decir, mayores de \$ 200 a la semana. Así, se concluye que más de 80% de los grupos domésticos viven a nivel de subsistencia, o a un nivel inferior. Es importante darse cuenta de que este bajo nivel de vida es más agudo en Toxi, donde el 90% de estas unidades apenas gana lo suficiente para el sustento.

Datos adicionales nos dan indicaciones valiosas sobre la estratificación económica interna de las comunidades: de los 32 grupos domésticos de Toxi que perciben cantidades superiores a \$ 200 semanales, 27 de ellos reciben más de un ingreso; en Dotejiare, en cambio, de 59 con ese ingreso sólo 15 tienen más de una entrada. Significa que en Toxi los grupos domésticos en mejor posición económica en su mayoría lo deben al hecho de que varios miembros del grupo contribuyen con ingresos. Revisando caso por caso se nota que en Toxi generalmente el jefe de familia saca ganancia de la producción agrícola y uno o varios de sus hijos o hijas trabajan como obreros y obreras en la fábrica cercana de Pastejé. En cambio, en Dotejiare, el padre y los hijos varones se reparten el tra-

bajo del cultivo del maíz, de la raíz de zacatón, del pastoreo y del peonaje, principalmente.

B. División de labores en el grupo doméstico

Los ingresos que reciben los grupos domésticos están ligados a la división del trabajo en su interior. En las últimas décadas, esta asignación de labores ha sufrido modificaciones importantes. Infortunadamente, no tenemos datos estadísticos para periodos anteriores pero podemos partir de cifras estadísticas de 1970 y reconstruir lo que ha sucedido a través de las declaraciones de informantes.

El cuadro VII-3 muestra la ocupación principal del jefe de familia en los casos estudiados.

Cuadro VII-3
OCUPACION DEL JEFE DE FAMILIA

Ocupación	Santiago Toxi	San Fco. Dotejiare
	Número de casos	Número de casos
Campesino	235	286
Comerciante	20	38
Comprador de raíz	—	2
"Raicero"	—	62
Obrero	17	4
Albañil	4	3
Carpintero	—	1
Ayudante en comercio	26	—
Peón	26	—
Chofer	2	—
Profesor	3	2

Fuente: D.G.E., Censo, 1970.

* El que extrae la raíz de zacatón y la vende.

Varios jefes de familia especificaron en la boleta censal que combinaban su actividad principal con otra. En Dotejiare, sólo se da el caso de dos combinaciones ocupacionales: la de campesino-albañil y la de campesino-comerciante, ejercidas estas actividades secundarias primordialmente en

la ciudad de México. Pero, además, en un 21% de los casos, se reparten estas dos ocupaciones entre el jefe de familia y sus hijos mayores. Esto es aún más claro en Toxi. Allí se observaron las siguientes combinaciones de ocupación del jefe de familia: jornalero-comerciante, campesino-estibador, campesino-empleado, estibador-peón y, la más frecuente, campesino-peón. Lo más usual es que se combine el trabajo agrícola, o por cuenta propia, con el trabajo asalariado, que es casi siempre migratorio, *v. gr.* en los ejemplos anteriores, el de albañil, estibador y comerciante. En Toxi, además, es aún más evidente la división de labores en el grupo doméstico, puesto que en el 34.3% de los casos estudiados se encuentran dos o más personas en ocupaciones distintas. Como ya hemos dicho antes, lo más frecuente es que el padre esté dedicado a la agricultura, mientras que sus hijos trabajan de obreros, empleados o estibadores.

Esta división de labores se ha dado en las dos últimas décadas. Antes de 1940, los hijos mayores ayudaban a su padre en el trabajo agrícola y artesanal, o, en todo caso, contribuían periódicamente con trabajo migratorio, en la extracción de raíz de zacatón y el peonaje en otras regiones. Pero una vez casados, residían viripatrilocalmente solamente uno o dos años, y después constituían una unidad de producción independiente, segregándose residencialmente.

En la década de los cuarentas, se iniciaron los cambios. Algunas familias empezaron a enviar a sus hijos mayores, desde una edad muy temprana, a la ciudad: a los 13, 14 y 15 años. Esto sucedía, sobre todo, en Santiago Toxi. Es difícil asignarle una causa directa a esta nueva práctica. Quizás haya sido resultado del hecho de que sobrevivieron mayor número de hijos, por lo que empezó a sobrar mano de obra en las labores de la unidad doméstica. En la forma mencionada, la unidad podía maximizar entonces sus ingresos. Es probable también que se hayan empezado a sentir los efectos de atracción de la ciudad de México, que en esta década tuvo un desarrollo espectacular.

Al mismo tiempo, se incrementó la migración de mujeres jóvenes a trabajar de sirvientas, acaso por las mismas razones arriba expuestas.

El jefe de familia también participaba en la migración, pero de manera estacional. El cultivo de la parcela siguió recayendo sobre él.

En ese tiempo, la esposa tenía la responsabilidad de todas las labores domésticas y, en mínima parte, de algunas artesanales; como, por ejemplo, la confección de prendas de la indumentaria tradicional en la zona de San Felipe del Progreso. Las tareas domésticas eran para ella sumamente arduas porque tenía que caminar incluso varias horas para acarrear agua, y además incluían recoger leña, desgranar y moler todo el

maíz para la alimentación, cocinar y lavar. Los hijos menores de 12 años la ayudaban en la recolección de la leña, y, sobre todo, en el cuidado de los animales. Las hijas la ayudaban a moler, a cocinar, a lavar y a acarrear agua. A pesar de esta ayuda, la labor de la mujer era "muy dura", como la califican las mujeres que se acuerdan. Antonina Marcelo cuenta que "...se tenía que moler en el metate la cebada, el trigo, el maíz, como se acostumbraba hacer muchas tortillas. Se levantaba (una) muy temprano, se sufría mucho. No como ahora, ya todo es molido, ya no se sufre tanto. A mí me tocó sufrir, levantarme a moler. Uno rememaba la ropa del esposo, lavaba la ropa, barría la casa. Cuando ya tenía mi niño, lo cargaba y iba a cardar. Si teníamos animales y nos tocaba, cortábamos la hierba".

Al convertirse en costumbre permanente la migración estacional o temporal del jefe de familia y de varios hijos e hijas, recayeron sobre la esposa las labores que aquellos ejecutaban. Es ella ahora la que cuida de la casa, de la milpa y de los animales, mientras los demás están ausentes. Lo usual es que se queden con ella solamente los hijos más pequeños.

Para la década de los cincuentas, lo que acabamos de describir era la norma de división de labores en el seno de los grupos domésticos de Toxi. En Dotejiare, los cambios se dieron con mayor lentitud.

Hacia fines de los cincuentas y principios de la década siguiente, otros cambios le quitaron vigencia a esta norma. Por una parte, la desaparición de tierras de pastura en Toxi liberó a los niños de su principal tarea, la de ser pastores, y, por otra, los jefes de familia, habiendo vivido varios años en la ciudad, se interesaron vivamente en darles una educación escolar.

La mujer perdió la ayuda de sus hijos e hijas pequeños en las labores de la casa. Sin embargo, a su vez, éstas le fueron aligeradas: se instalaron molinos de nixtamal en el pueblo, así como tuberías de agua potable hasta las casas. Además, la residencia más prolongada de sus nueras en su casa, también le ha proporcionado ayuda adicional.

El caso de Dotejiare ha sido un poco distinto. Como ya dijimos en el capítulo de historia, allí las familias han tenido tendencia a migrar con todos sus miembros. Así, la división del trabajo que acabamos de describir en Toxi no se ha dado en forma tan marcada. En vez de que la esposa cuide de la casa y de que las hijas migren a trabajar de sirvientas, ambas se van a la ciudad a dedicarse a la venta ambulante. En la casa del pueblo, entonces, queda generalmente el abuelo o la abuela con uno o dos nietos, en espera de que regrese la familia.

En la ciudad, la forma en que se da la división de labores en las familias migrantes de los dos pueblos es también distinta. Entre los migrantes de Toxi —la mayoría de los cuales ha logrado establecer negocios propios o entrar a trabajar en empleos capacitados—, el ingreso del jefe de familia, por lo común, ha sido suficiente para mantener a la familia nuclear. Así, ésta tiende a vivir aparte, y la esposa se dedica solamente a las labores domésticas, mientras los hijos asisten a la escuela. En cambio, los migrantes de Dotejiare tienden a vivir en familias extensas y compuestas, y dado que lo que ganan el jefe de familia y los hijos varones no alcanza para sostener a la familia, la esposa y las hijas salen a vender a las calles. Les es no sólo conveniente sino necesario vivir en grandes unidades, de manera que alguna persona pueda quedarse en la casa, o en el cuarto de vecindad, a cuidar de los niños pequeños, en tanto que los demás salen a trabajar. Las labores domésticas como cocinar, lavar y limpiar las ejecutan todas las mujeres juntas, turnándose a veces para efectuarlas en ciertos días. En estos casos, los hijos no asisten a la escuela puesto que se les necesita, ya sea para quedarse en casa a cuidar de sus hermanitos, ya sea para ayudar a la madre en la venta ambulante.

C. *Matrimonio*

Uno de los aspectos relativos a las costumbres, que más han sido afectados por la migración, se refiere al cambio que ha experimentado la forma tradicional de cortejar y de casarse, hecho que tiene muy indignadas a las mujeres de edad en ambos pueblos. Las palabras de Juana Martínez, de Toxi, lo corroboran en forma muy clara: "Ya ahora no se hace como antes. Yo me acuerdo todavía cuando fueron mis papás a pedir a mi cuñada. El papá y la mamá del novio van en casa de la novia, llevan su pulquito, su botella de Bacardí, a pedir a la novia. Ya luego se iban. Pasaba el tiempo, un mes, dos meses, y la muchacha tenía que decir si quería. Entonces, los papás del novio ya venían a tomar su pulquito y traían dos chiquihuites llenos de pan, naranjas, azúcar, chocolate. Ya así es que ya quedaban que nos casamos para esa fecha... Se hacía, digamos, que el domingo la misa del casamiento. Al padrino le tocaba darle la ropa a la novia. Ya para las doce, ya se van a casa de la mamá de la novia. Invitan a todos los parientes de la novia y a los vecinos. A la mamá le toca dar un mole, pan, todo lo que se coman los que vayan. Se pasan allí hasta el lunes. Entonces, ya como a las doce, se van a casa del

novio. Ya la novia va a pedir su casa. Y el novio da de comer y música para el baile, y todos se van para allá. Así se pasan, en el baile, hasta el día martes en la mañana. Entonces, ya van con el padrino, que trae bebida, un cartón de cerveza, varias cajas de refrescos. Trae un chiquihuite lleno de pan, frijol, naranjas. Ya da de beber hasta el día siguiente, que es el miércoles en la mañana. Si salía muy caro, se gastaba harto dinero. Por eso a veces se tardaban muchos años, dos, tres, en que se casaban". En cambio, se lamenta de que ahora "...ya los muchachos ya se hablan en México o en la fábrica. Ya la muchacha no 'pide casa', ya nada más llega a casa del muchacho, y la mamá de la novia se queda sin nada. Ya aunque vaya a reclamar la mamá, ¿qué reclama? Si la novia se fue por propia voluntad. Y la mamá del novio nada más se despierta para encontrar allí el cuerpo ya".

Los adultos no acaban de entender este nuevo estilo de cortejar. En la fiesta de Santiago Toxi, por ejemplo, los jóvenes se lanzan cascarones de huevo con anilinas para señalar su interés, lo que hizo que un anciano mazahua exclamara: "¿Qué es esto? Antes, nos gustaba una muchacha, pues a verla bien, a hablarle. No que ahora, sus cascarones. Eso no está bien. Qué ¿eso es amor? Eso ya es falta de respeto"

La forma de cortejar, pues, ha cambiado notablemente, debido sobre todo a la migración y al empleo en la fábrica de Pastejé.

En la ciudad de México existe una red social bien definida que permite que las muchachas mazahuas que trabajan de sirvientas y los muchachos mazahuas que se emplean en la Merced, o de albañiles, estén en constante contacto. Los domingos es usual que se reúnan mujeres y hombres con primos, hermanos o amigos, para irse a pasear a Chapultepec o a alguna feria. Ocurre entonces que, a pesar de lo dispersos que viven en la ciudad, la mayoría se casan entre ellos. En los casos de los migrantes de Dotejiare que viven en vecindades, este contacto es aún más constante, y los matrimonios son casi exclusivamente endogámicos.

Es interesante, sin embargo, que entre los jóvenes de Toxi el matrimonio ahora se efectúa como lo describió Juan Martínez: el muchacho simplemente se "roba", o se lleva la chica a casa de la madre de él. En cambio, entre los jóvenes de Dotejiare, en la ciudad, se sigue la costumbre de celebrar el casamiento durante tres días, aunque esto signifique grandes gastos y tribulaciones. Por ejemplo, el primer día de celebración de un casamiento a que asistió la investigadora, se llevó a cabo en el centro de la ciudad, en la vecindad donde vivía la familia de la novia; al día siguiente se trasladaron en taxis todos los asistentes a la casa de la familia del novio en Ciudad Netzahualcóyotl, un alejado suburbio de la

ciudad. En otros casos conocidos, cuando uno de los novios vive en la ciudad y otro en el pueblo, se hace la doble celebración con el traslado de todos los invitados de la ciudad, al pueblo.

Aunque por lo general los jóvenes mazahuas en la ciudad se casan entre ellos, ha aumentado el número de matrimonios exogámicos; pero éstos son muy desaprobados por los adultos mazahuas. Dijo una informante: "Yo eso les digo a las muchachas: ustedes tienen que casarse con alguien de su pueblo, para que les vaya bien. Porque si se casa con alguien de fuera, las vaya a maltratar. Y ¿quién va a ver por ellas? Porque luego se van a otra parte y el muchacho las 'disgracia' y luego las deja". Efectivamente, en la mayoría de los casos en que muchachas mazahuas en la ciudad se han casado, o han vivido con un joven urbano o de otra región foránea, ha sucedido que las han abandonado, muchas veces después de haber tenido hijos con ellas.

En cuanto a los hombres que se casan con fuereñas, comentó Aurelia Sánchez: "¿Para qué se va a traer una catrina de lejos? Como el hijo de Aurelio, su mamá no le podía hablar a la nuera, porque no hablaba 'castilla' y la muchacha no hablaba la mazahua, ¿pues qué es eso?" Además, dice: "...luego la muchacha no sabe hacer nada. No sabe hacer el nexcomel, asar un chilito. Así, pues, la dejan".

La desconfianza que suscitan las costumbres de mujeres no mazahuas, se refleja también en la crítica de las nuevas actitudes de las jóvenes que han cambiado su indumentaria y han adoptado un estilo de vida urbano. Este cambio se analiza, con mayor detalle, en el capítulo de identidad étnica. Por el momento, interesa hacer notar, por ejemplo, que a las muchachas de Toxi que trabajan en la fábrica se les reprocha que son libertinas y que "se dejan tener hijos sin marido"; ello está redundando en perjuicio de la familia tradicional. Es un hecho, efectivamente, que estos cambios de valores debidos a la migración y al trabajo asalariado por parte de las mujeres mazahuas jóvenes, está modificando los roles de los sexos en el noviazgo y el matrimonio, lo que más adelante sin duda provocará transformaciones en las relaciones familiares. En los matrimonios jóvenes mazahuas, cuando ambos han vivido fuera de la comunidad durante varios años, se nota mayor desarrollo de la personalidad de la mujer aunado con una mayor independencia en sus decisiones y acciones. Estos cambios los ven los mazahuas, como un paso hacia un estilo de vida mestizo, en contraposición al suyo propio tradicional.

D. Herencia

Las normas de herencia juegan un papel importante dada la situación de escasez de recursos económicos en que viven ambas comunidades.

La norma ideal que prescribe un reparto igualitario de las propiedades patrimoniales entre hijos e hijas es la misma para mestizos que para mazahuas. Jurídicamente, esta norma se halla establecida en la Constitución.

Empero, en la práctica no se lleva a cabo esta distribución equitativa. Entre los mazahuas, se tiende a repartir la herencia de tal manera que se nivelen las diferencias de riqueza entre los hermanos. Es decir, en los casos de familias con prole muy numerosa, se supone que los hijos mayores deberán buscar empleos o actividades que los sustenten sin tener que depender de la herencia de su padre; si logran este sustento independiente, no reciben herencia, que consistirá en una parte de la parcela familiar, de los aperos agrícolas, de los animales y de dinero en efectivo; pero si no logran ese sustento, el padre les dará parte del patrimonio, aunque éste sea mínimo.

La única norma fija entre los mazahuas es a la ultimogenitura, es decir, que el hijo menor hereda la casa del padre. Idealmente, también debe heredar todas las tierras patrimoniales. Según refieren los ancianos, esto ocurría hace muchos años, cuando había otras tierras que podían desmontar y cultivar los hermanos mayores. En la actualidad, dada la escasez de tierra, ésta se subdivide en cada generación, lo que empuja a las parcelas al grado de que ya no resultan rentables.

Otro punto importante por la relación que guarda con la migración, es el hecho de que, en la práctica, tampoco se les heredan tierras a las mujeres. El rol de la mujer, entre los mazahuas, se concibe como uno de supeditación total al marido. Por lo tanto, a éste le corresponde detentar los medios de producción. Así, las tierras se reparten sólo a los hijos varones. En caso de morir uno de ellos, la tierra pasa otra vez a manos de su padre o de alguno de sus hermanos, quedando la viuda a merced de la caridad de éstos. Se ha presentado este caso con suma frecuencia en Dottejiare, a causa de las matanzas que dejaron cerca de 150 mujeres viudas en los años cincuentas. Apenas en 10 casos de los que tuvimos conocimiento, pudieron las viudas conservar sus derechos a las parcelas porque tuvieron el apoyo de sus propios hermanos o porque sus hijos ya tenían suficiente edad para cultivar esas tierras. Estos fueron casos extraordinarios en virtud de que el resto de las viudas, junto con sus hijos, tuvieron que desplazarse a la ciudad de México para poder sobrevivir.

En el pueblo, como hemos hecho notar en capítulos anteriores, no hay empleos para ellas, y la precaria situación económica general no les permite a sus parientes el mantenerlas a ellas y a sus hijos. Casi todas estas mujeres son ahora vendedoras ambulantes de frutas en la urbe.

Finalmente, una vez que un hijo ha fijado su residencia en la ciudad, automáticamente queda excluido del reparto de la herencia, a menos que le haga una petición explícita a su padre. En esos casos, depende de la decisión personal del padre el otorgarle o no un trozo de parcela.

E. Parentesco

El parentesco juega un papel primordial en la conformación del patrón de migración de los mazahuas, en forma más marcada que en el caso de los mestizos. *Puede decirse, incluso, que constituye el esqueleto que articula los distintos pasos de la migración.* Es decir, el papel fundamental que desempeña el parentesco en las dos comunidades, como en toda sociedad campesina, se ha trasladado a sus actividades migratorias.

En el capítulo de historia, se describió cómo se establecieron las primeras líneas de circulación de los migrantes del pueblo a la ciudad, con base en el parentesco. Los primeros migrantes de Dotejiare que se instalaron en Xochimilco, se consideraban "tíos" entre sí. Este vocablo del castellano se ha incorporado a la terminología de parentesco mazahua con carácter clasificatorio, designándose con él a todos los hombres adultos de la comunidad. Así, en virtud de este lazo, migrantes jóvenes del pueblo podían reclamar algún tipo de ayuda de sus "tíos" establecidos en la ciudad. Esta ayuda consistía, por lo menos, en hospedarlos algunos días, mientras encontraban empleo, y además, ayudarlos a buscar esos empleos. Para los "tíos", este arreglo llegaba a ser muy conveniente. En el caso de los dos primeros que cultivaban hortalizas en Xochimilco, el hecho de que pudieran contar con peones en el momento deseado, era muy ventajoso. En muchas ocasiones, simplemente mandaban correr la voz en el pueblo de que necesitaban trabajadores para cosechar las legumbres, y pronto se presentaban jóvenes deseosos de correr la aventura y de ganar algo de dinero.

Entre los jóvenes de Toxi sucedía lo mismo. Sus "tíos", en su mayoría, habían hallado acomodo en el mercado de la Merced, y hacia allá se dirigieron casi todos ellos cuando empezaron a migrar.

Al ir aumentando el número de migrantes establecidos permanente-

mente en la ciudad, los nuevos migrantes generalmente contaban con algún lazo de parentesco que podían activar. En el caso de hermanos del padre o de la madre, de primos o de hermanos, o sea parientes en primer grado y en segundo grado, la ayuda que se puede esperar de ellos es incondicional. Incluye hospedaje y comida, hasta encontrar trabajo, e incluso se prolonga después de eso a préstamos y apoyo moral. Esta ayuda es tan incondicional que la vivienda de este tipo de parientes en la ciudad la consideran los migrantes simplemente una extensión de la vivienda de la propia familia en el pueblo. En los cuartos de vecindad, cerca de la Merced, y en las casitas de las colonias suburbanas, en todo momento —y se intensifica en los meses del año en que hay más migración— llegan sin aviso parientes cercanos a hospedarse, y pueden permanecer allí todo el tiempo que sea conveniente para ambos grupos. En general, el arribo de un nuevo miembro beneficia al grupo establecido: el lugar que ocupan los migrantes en cuanto a espacio es mínimo, un pedazo de piso. Lo que comen también es mínimo, y en cuanto consiguen trabajo pueden contribuir con algo al presupuesto doméstico. Eso sí, el recién llegado debe cumplir con cualquier tarea que se le asigne en beneficio del grupo. Así, se le puede pedir, a veces, que asista gratuitamente al jefe del grupo doméstico en sus labores, o que permanezca al cuidado de la casa o del cuarto, un día o dos.

Dado que los parientes son quienes acogen a los nuevos migrantes en la ciudad, es lógico que se hayan formado colonias residenciales alrededor de estos núcleos de paisanos del mismo pueblo. Este es un patrón ampliamente conocido en la migración rural-urbana en casi todo el mundo. Así, por ejemplo, encontramos cinco vecindades en las cercanías del mercado de la Merced, en las que viven 25 familias de Dotejiare, las cuales aumentan a 55 en las épocas del año de mayor migración. En casi todos los casos, un parentesco cercano, lineal o colateral, une a las familias. Esta cercanía residencial da a las relaciones familiares una flexibilidad muy conveniente: cuando surge algún conflicto en el seno de un grupo doméstico, la pareja o familia en conflicto simplemente se muda arriba o abajo, al cuarto del tío o del primo. Estas mudanzas también son frecuentes a casa de parientes que viven en otras colonias. El siguiente ejemplo lo ilustra: una muchacha joven, que vivía con su familia en Ciudad Netzahualcóyotl, en el extremo noreste de ella, obtuvo un empleo en Tlalpan, en el otro extremo en la ciudad, en la zona sureste. Para evitarse el problema del traslado diario, su madre habló con una prima suya, que vive en Xochimilco, en esta última zona, y arregló que su hija se fuera a vivir con ella.

La ayuda financiera y moral, entre parientes, se prolonga y se consoli-

da aún más cuando las familias se establecen en forma permanente en la ciudad. La historia típica de una familia lo muestra muy claramente: Margarita Ochoa llegó a la ciudad, en 1959, con tres de sus hijos. Vivió en casa de una tía, hermana de su madre, en la colonia Argentina, al noroeste de la ciudad. Después de algunos años allí, el esposo de su hermana compró un terreno en la colonia Aurora, en Netzahualcóyotl, y ayudó a que Margarita y sus dos hermanos compraran terrenos allí cerca. Cuando el cuñado construyó su casa, todas estas familias ayudaron en la construcción; los hombres en las labores de albañilería; las mujeres en preparar las comidas. El cuñado, que es maestro albañil, se encargó de dirigir también la construcción de la casa de Margarita y de sus dos hermanos. Margarita no tuvo que pagar casi nada de mano de obra, porque todas las labores de construcción las llevaron a cabo sus parientes. Hace poco, su hijo casado compró un terreno cercano, y las mismas familias le ayudaron a construir su casa. La proximidad residencial de todas estas familias hace que mantengan relaciones muy estrechas de reciprocidad. Se visitan con frecuencia, se hacen préstamos de dinero y de cosas, etc.

Los derechos y obligaciones entre parientes se mantienen aún después de muchos años de vivir en la ciudad. Un ejemplo es este incidente que contó Margarita: "Como un hermano de mi esposo que se murió, allí en (el hospital) Rubén Leñero. Dos mil quinientos pesos costaba llevarlo para el pueblo, y le digo a mi hijo: —Pues ni modo, es tu tío, pero piensa que es casi como tu padre, y tú tienes que encargarte. Hay que llevarlo a enterrar allá—. Así le dije a mi hijo. Porque el difunto tenía a su esposa pero estaba llena de hijos, ¿de dónde iba a pagar? ¿Pues no le iba a quitar a sus hijos, ¿verdad? Así es que le ayudé a mi hijo, y lo llevamos al pueblo".

Ahora bien, se nota una diferencia en cuanto a la intensidad de las relaciones entre parientes, según el rol ocupacional que alcanzan los migrantes. Los que ya desempeñan empleos en oficinas, o que se mantienen a un nivel de clase media mediante un negocio propio, tienen mucho menor interacción con sus parientes. Establecen, en mayor grado, relaciones sociales con gente urbana, casi siempre cimentándolas en lazos de compadrazgo. Esto ha sucedido con los migrantes de Santiago Toxi, que han tenido movilidad económica y social ascendente, y se entiende porque pierde importancia la función que el grupo de parentesco cumple en el pueblo o en los primeros momentos de residencia en la ciudad. La ayuda monetaria directa es menos apremiante cuando se tiene un empleo fijo o un negocio con buenas ganancias; tampoco se hace necesario contar con posibilidades de hospede-

daje y comida fuera de la casa propia; y el apoyo moral es menos urgente, puesto que ya han encontrado aceptación en la sociedad urbana.

En cambio, los que están en una situación económica incierta viven relaciones de parentesco muy intensas, y, en la mayoría de los casos, son las únicas que sostienen en la ciudad; es decir no tienen contacto social con la población urbana. El grupo de las "Marías" de Dotejiare constituye el caso más típico de lo anterior. Casi todas ellas viven con sus familias en aglomeraciones, en vecindades o ciudades perdidas. Puede decirse que, de hecho, dependen de las relaciones de parentesco para sobrevivir, dados sus ínfimos ingresos, lo cual hace indispensable que, en un momento dado, puedan contar con la ayuda financiera de un grupo. Ejemplos serían los casos en que tienen que pagar la multa para sacar a una "María" de la cárcel, o cuando tienen que costear el entierro de un pariente, como en el caso mencionado, y, específicamente respecto a la venta de fruta, el grupo de parentesco funciona como un banco: es frecuente que la mujer, por diversos gastos, un día no pueda juntar los \$ 100 o \$ 200 para comprar una caja de fruta al mayoreo. Le pide entonces dinero prestado a sus hijos, a sus hermanos, a sus tíos, y puede así ejercer su actividad. De otra manera, a causa de las fluctuaciones en sus ganancias y pérdidas, les sería imposible continuar operando.

En cuanto al parentesco ritual, el compadrazgo, es de llamar la atención que en Dotejiare normalmente asisten como padrinos los parientes, *v.gr.* hermanos del padre y de la madre, primos, etc. Esto refleja una red social muy reducida, que se circunscribe, por lo general, a la "cuadrilla" o barrio. Se amplía sólo para incluir a los hombres importantes del pueblo. Entre los migrantes en la ciudad, el compadrazgo mueve a conducirse de la misma manera. Por contraste, en Toxí la red de compadrazgo se teje con miras a consolidar lazos con vecinos y con aliados políticos dentro y fuera de la comunidad. También en la ciudad establecen este tipo de relaciones con habitantes urbanos, con relativa facilidad, ya sea con el patrón, ya sea con compañeros de trabajo, o bien con vecinos.

Entre los migrantes mazahuas en la ciudad, se notó que los que han tenido mayor movilidad social son los que más posibilidades tienen de establecer lazos de compadrazgo con ciudadanos. En cambio, los que se dedican a ocupaciones eventuales, y viven rodeados de sus parientes, son los que menos oportunidades tienen de hacer contacto con los habitantes urbanos; retienen su identidad étnica de mazahuas, lo que provoca a veces un rechazo por parte de vecinos y compañeros de trabajo con los que podrían entrar en relaciones de compadrazgo.

Finalmente, falta enfatizar un hecho que se desprende de lo anterior, y es el que estas redes de parentesco se mantienen entre el pueblo y la ciudad. A través de dichas redes corre un constante intercambio de información, de regalos y de préstamos entre los dos lugares. Visto que, por lo general, viven los migrantes en núcleos residenciales de parientes, siempre hay alguno que está por irse o por llegar del pueblo. Con él se envían recados, dinero o encargos a los parientes del pueblo. Las obligaciones familiares también se mantienen, a pesar de la distancia. Por ejemplo, Guadalupe Martínez dejó a dos de sus hijas viviendo con su madre en el pueblo, para que cuiden de ella. Cuando ésta se enferma, una de las hijas viene a la ciudad a avisarle, y Guadalupe se traslada ese mismo día al pueblo. Las obligaciones de padrino también se continúan. Es frecuente que se envíen a los niños a casa de sus padrinos, ya sea del pueblo a la ciudad, ya sea a la inversa.

Resumiendo, es el parentesco el que influye de manera importante en la decisión y forma de traslado a la ciudad, puesto que se viaja casi siempre en compañía de parientes; en el lugar de residencia y el empleo que se consiga en aquélla; en las posibilidades de supervivencia del grupo doméstico, cuando éste vive en una situación económica precaria, y en el tipo de relaciones sociales que desarrollan en la urbe.

F. Conclusiones

El análisis que hicimos en este capítulo de la interrelación entre diversos aspectos del parentesco y la migración nos lleva a concluir que todos ellos han surgido como mecanismos para regular la organización humana al interior del fenómeno. Es decir, la familia, el matrimonio y el parentesco se han adaptado al fenómeno de la migración, según la forma que les proporciona mayores ventajas. Cuando tales lazos de parentesco dejan de redundar en ayuda mutua, como ha sucedido en el caso de los migrantes que han ascendido social y económicamente, se abandonan.

Dicho de otra forma, estos aspectos no han tenido ninguna injerencia causal en la migración, sino que han servido tan sólo como principios organizativos mediante los cuales la gente ha regulado su participación en la migración. Es decir, el parentesco norma la manera en que se organizan las personas y los grupos al migrar y al establecer su residencia en la ciudad; pero no por ello puede ser considerado como una causa de la migración. Porque la combinación de factores económicos, sociales y políticos que la provocan, a su vez determinan la importancia del papel que desempeña el parentesco.

Esto se muestra muy claramente en lo que ocurre en la ciudad: a mayor pobreza y marginación de las familias migrantes, mayor su dependencia de los lazos de parentesco; a mayor independencia económica, los grupos domésticos han podido sustituir estos lazos por otros nuevos, de compadrazgo, con los habitantes de la ciudad.

CAPITULO VIII

LA VISION DE LOS MIGRANTES

Este aspecto reviste una importancia especial en el estudio de la migración puesto que la decisión final que toma un individuo de migrar o no, depende de la opinión final que tenga acerca de las ventajas y desventajas que ésta le ofrezca. Los primeros estudios sobre migración llegaban a confundir las motivaciones de los migrantes con sus causas, error ya superado en cuanto al peso que se asigna como determinante a unas u otras. Germani, por ejemplo, afirma que por encima de las condiciones objetivas en que se encuentran los migrantes en potencia, es la apreciación subjetiva que de ellas hacen la que determina que emigren o no. En el campo contrario, los que siguen el enfoque histórico-estructural declaran que son las condiciones objetivas, al margen de cualquier opinión que de ellas se tenga, las que fundamentalmente provocan la migración.

Lo anterior viene a colación porque este capítulo trata de explorar más a fondo la correspondencia entre las condiciones concretas de la realidad descritas en páginas anteriores y las opiniones personales que de ellas se tiene. A lo largo de este trabajo citamos ya diversas declaraciones de informantes. Ahora queremos incluir otras adicionales que logren dar una visión de conjunto de la percepción que se tiene localmente de la migración. Tomemos el punto de vista que considera que la migración de grandes contingentes, como en el caso de los mazahuas, se debe primordialmente a causas macroeconómicas; *pero la manera en que se presentan éstas, a ojos de los participantes, indica cómo afectan a los migrantes las condiciones objetivas, y cómo las perciben de acuerdo con su posición social y sus valores étnicos.*

La premisa de la que partimos es la de que las apreciaciones subjetivas no son gratuitas. Es decir, que no dependen de características individuales psicológicas que se nutren del vacío, sino que hay que buscar una posible relación entre las opiniones más típicas y la posición social en que se hallan los que las sustentan. Por ello, en vez de agrupar estas opiniones por temas, intentaremos señalar qué sectores de la población mazahua y mestiza coinciden en cierta visión sobre la migración.

En general, los migrantes —aun cuando una los instigue a ello— en muy raras ocasiones expresan una apreciación valorativa sobre la migración. Para ellos, es un hecho concreto e inamovible. Como la lluvia o la siembra. Sobre los hechos concretos no se hacen juicios de valor. Ilustra esta actitud la respuesta escueta, pero contundente, a la pregunta de por qué se iba a México, que dio un joven mazahua, mientras esperaba el autobús, sentado en una piedra. “Mientras llueve, ¿aquí qué hago?”

Entre los campesinos más pobres, es común la opinión que se expresa en las palabras de Justino Esquivel, de Toxi: “Antes iba poca gente a México porque no lo conocían. Ahora, en México, creen que uno va a vender, nada más por no querer trabajar, y hasta le echan a uno petróleo en la fruta, pero es por necesidad. Mientras el gobierno no nos dé algo en qué trabajar, tendremos que seguir yendo”. Es muy frecuente escuchar quejas de que el gobierno es el culpable de que tengan que emigrar. Pero ésta es una frase hecha, ya que en ninguna ocasión, al pedirles que fueran más explícitos, pudieron explicar los mecanismos precisos por los que tienen esa apreciación. Continúa el señor Esquivel: “... (En la ciudad) nos levantan, nos castigan, luego nos meten en la cárcel; pero ni modo, si lo hacemos por necesidad, lo vamos a seguir haciendo. Durante Uruchurtu (un regente de la ciudad conocido por sus medidas estrictas): nomás lo veían a uno en la calle o sentado en un jardín, y te agarraban: —Vamos al bote, ¿qué estás haciendo allí? Mientras no tengamos documentos, no hay más que la obra. Pues ¿cuándo nos van a dar documentos? Mírenos nada más (mostrando su ropa vieja y raída). Sí, no vamos a mentir, aquí nos ve. ¿Va usted a decir que somos ricos? Si aquí no hay cómo, por eso nos vamos a México”.

Además de la dificultad de sobrevivir económicamente en el pueblo, se hace hincapié en lo arduo e inseguro del trabajo de campo. Un muchacho joven lo resumió así: “Aquí no hay trabajo, no gana uno nada. Trabaja uno con el patrón de nueve a nueve, se friega uno mucho para ganar diez pesos. Y la raíz de zacatón es trabajo bien duro. Mañana uno, a las seis, para llegar luego a las seis de la tarde, a veces hasta las ocho, y bien polveado. Es mucha chinga... Por eso nos vamos a México,

y si Dios nos da licencia nos vamos a seguir yendo, porque aquí no se gana nada".

Lo agobiante del trabajo agrícola lo hacen resaltar sobre todo por la comparación con las ventajas del empleo urbano. Dijo un campesino mazahua: "A pesar de que tenemos para ir a pasando (aquí en el pueblo), en México la vida es mejor. Allá se puede ir al cine, y no tiene uno que matarse mucho para ganar el dinero. Aquí, en el campo, no tiene uno seguro un sueldo, pues en la siembra de maíz, muchas veces, se sale perdiendo, porque no se reponen los gastos del abono, las yuntas y los peones que tiene uno que pagar. Por eso es que muchos de aquí del pueblo se van para allá con sus mujeres, y, a veces, se llevan hasta a sus hijos. Allá, la mujer y el hombre pueden trabajar, y es seguro el dinero". Otro informante, también mazahua, opinó que "la gente de acá del pueblo prefiere irse a trabajar a México que estarse aquí sacando raíz, porque así están a su gusto, ya que pueden trabajar los días que quieren, nadie los obliga a otra cosa (se refiere específicamente a la venta ambulante, que permite flexibilidad de horario y de actividades). No creo que les gustaría irse a trabajar a la fábrica de aquí cerca. Porque allá entran a las siete de la mañana y salen a las cinco de la tarde".

No deja de ser significativo que un grupo de mazahuas de Dotejiare, los que han logrado mantenerse bien gracias a su siembra y a actividades complementarias, tienen una opinión negativa sobre la migración. La más expresiva es la siguiente: "Sobre lo que yo pienso de las gentes que se van a México, yo creo que hacen mal, porque aquí hay manera de progresar. Yo creo que es desidia de ellos. Aquí hay suficiente tierra para trabajar; lo que pasa es que hay gente que la vende, la empeña, y en cierta forma, acaban con ella. Porque no les gusta trabajar, y al rato surge la envidia, dicen que aquél tiene más... Las gentes que se fueron a México, ésas yo creo que se malacostumbraron, porque aquí se mata uno, y hasta el año puede uno ver el resultado, y allá, aunque sea dándoles grasa a los zapatos, se ve la ganancia; sacan \$ 2.00, \$ 3.00, y 5 cajas de fruta, e inmediatamente sacan la ganancia. No se puede negar que varios hombres tengan varias mujeres, tres, cuatro o cinco, y allí las reparten en la calle para vender. En la tarde, recogen la venta, y van, con perdón de la señorita, a parrandear en las mejores casas de México, en las noches, hasta el amanecer. Eso no es progresar. Si allá no se progresa, que es fácil la vida, menos aquí, que se trabaja la tierra. Ellos no van a venir a llenarse de polvo en las parcelas..."

Las opiniones anteriores contrastan con las que se escuchan entre los campesinos mestizos que expresan otras preocupaciones. Una muestra

de ellas es la siguiente: "Dentro de veinte años, ya nadie va a trabajar el campo. Yo quisiera que mis hijos fueran un poquito más que yo. Ya no quieren trabajar en la yunta, por eso nos vamos (a la ciudad de México). Necesitan preparación, estudio; si ya piden el certificado de secundaria para un trabajo regular... y aquí no les puedo dar escuela a todos (tiene 9 hijos), por eso yo creo que ya me voy para México".

Otra opinión, entre los mestizos, se resume en esta declaración: "Ya no quieren trabajar aquí. Vienen muchachos con reloj y pulsera. La agricultura está muerta, ya no hay peones. Yo les doy a medias, porque no encuentro quien trabaje. Una criadita ya también no se encuentra. Las que van a la escuela son más ideosas..."

En general, entre los campesinos mazahuas, sobre todo los que no han vivido en la ciudad, se tiene una opinión muy favorable de la ciudad, el famoso mito que atrae a los migrantes a las urbes. Comentarios como: "Yo me siento contento de salir a México y a otras partes, porque sé que por allá se gana buen dinero..." o "Allá, en México, ustedes sí tienen muchas cosas que comer y que tomar, pueden divertirse y se pueden pasear, porque allá hay de todo y se gana mejor..." son frecuentes.

Es significativo el que, para la generalidad de los mazahuas, el éxito en la ciudad sea algo misterioso, cuyas causas no llegan a comprender. Al fin, lo atribuyen a la voluntad de Dios o a la suerte. "Yo no sé si será la suerte, no sé por qué pero algunas gentes se van a México, y luego suben. Y les va bien. También hay otros que se están un rato, y luego se tienen que regresar, no consiguen nada. Yo así. No sé si será la suerte", musitó un informante.

Por el contrario, los mestizos entienden claramente la situación en la ciudad. Comentarios como éste, lo corroboran: "Uno de ranchero en la ciudad, es bien difícil que se coloque en un buen trabajo: necesita tener *unas buenas relaciones con gente bien relacionada*, que le den una recomendación, o tener una palanquita; pero se necesita saber un oficio. El que no tiene oficio, por eso no les queda más que trabajar en 'obras' o vender. México es bueno para uno, como comerciante, porque para trabajar, *mejor quédese aquí*".

Entre los migrantes en la ciudad, los que han logrado un ingreso adecuado, y se han establecido allí, se encuentran satisfechos de haber migrado. Los que, a la inversa, no han encontrado un empleo permanente y viven en la mayor pobreza en vecindades o ciudades perdidas, se quejan con amargura de su situación. Algunos se dan cuenta de que sus condiciones en la comunidad serían exactamente las mismas. Estos ya

no hablan: se mofan con sarcasmo de las entrevistas del antropólogo y piden diez pesos para irse a emborrachar.

Otros, a manera de salvación mental, al igual que los del pueblo que embellecen a la ciudad en sus sueños, empiezan a imaginar que la vida en los pueblos es "más bonita". "Si hubiera oportunidad en Dotejiare, me regresaría. A la mayoría de los que están allí les va bien, pues saben manejar muy bien su negocio, levantan buenas cosechas... El cuarto donde vivo es feo, se está mejor en Dotejiare. Allí es tranquilo, tiene uno su casa, aunque sea humilde, pero tiene...", y "allá en el pueblo te das tu gusto y puedes criar un animalito..." y "...es mejor para los niños, porque está más descampado...", son algunos de los comentarios que se escuchan.

Para este grupo de migrantes, que simplemente se trasladaron de la miseria del campo a la miseria de la ciudad, la imagen dorada de la abundancia en la ciudad sigue igual de alejada. Sólo que la distancia ahora no es geográfica, sino social. Y el reverso de la opinión "...ustedes sí tienen muchas cosas que comer y que tomar y pueden divertirse..." lo es: "...aquí hay que comprar todo. Nomás el agua no se compra; pero un refresco, una comida, todo hay que comprar, y ¿con qué dinero?"

En resumen, los que han encontrado la manera de subsistir adecuadamente en los pueblos, por ejemplo en Dotejiare, expresan una opinión desfavorable de los que han emigrado. Los que no tienen posibilidad de sobrevivir en las comunidades, simplemente no enjuician la migración, o enfatizan los rasgos más positivos de la vida en la ciudad. Un punto importante que se menciona una y otra vez es el contraste entre lo arduo de la labor de campo en comparación con la comodidad de los empleos urbanos. Entre los campesinos mestizos, la opinión generalizada es que sólo emigrando se puede progresar y ayudar a los hijos a mejorar su posición. Pero entre aquellos que han perdido peones de campo y sirvientas, la opinión es desfavorable hacia la migración. En la ciudad, aquellos que han logrado consolidar una buena situación económica se sienten satisfechos de haber migrado y minimizar las incomodidades de la vida urbana. Por el contrario, los que no han logrado mejorar sus condiciones abandonan toda opinión o crean el mito opuesto, y piensan entonces que la vida en el pueblo es mucho mejor.

Lo que resalta en esta revisión de diversas opiniones es que no tienden a ser muy subjetivas —a excepción de los mitos pareados que ensalzan, lo mismo la vida en la ciudad que en el campo—, sino que constituyen, por lo general, apreciaciones bastante objetivas de las condiciones muy concretas que rodean a los individuos. Así, por ejemplo, los campesinos

mazahuas más pobres ni siquiera hacen un juicio de valor sobre la migración: se limitan a llevarla a cabo. *Esto indica que la valoración de una acción se da sólo en ciertas condiciones; a saber, cuando el individuo tiene alternativas de acción.* Estas alternativas las tienen sólo los campesinos en una situación económica aceptable, tanto en el caso de mazahuas como en el de mestizos, lo cual nos da una primera indicación importante: que la opinión de estos campesinos está ligada más a su situación económica que a su filiación étnica. Analizaremos el asunto más adelante, en la sección sobre identidad étnica.

Lo importante que se deriva de este capítulo es que, visto que la gran mayoría de los campesinos mazahuas de Dotejiare y de Toxi viven a nivel de subsistencia —como lo mostró el capítulo sobre economía—, no existen para ellos alternativas de acción. Dicho escuetamente: o migran o no sobreviven. En tal situación, el estudio de las motivaciones para migrar, y de la forma en que se toman las decisiones, debe hacerse con cuidado. Pueden reducirse estos estudios a la enumeración de los factores precipitantes de la migración, o sea, las ocurrencias casuales y fortuitas que afectan personalmente al individuo, que si bien pueden ayudar a entender la selectividad de migrantes, no explican su génesis global.

CAPITULO IX

LOS MIGRANTES EN LA CIUDAD

Para restituirle a la realidad la unidad que le robamos al desgajarla mediante clasificaciones heurísticas, y al detenerla en el tiempo, tomaremos prestada la técnica de exposición del análisis situacional, y describiremos la manera en que migran los mazahuas y su modo de vida en la ciudad a través de un relato. Incorpora el relato una experiencia real de la investigadora, incidentes contados por informantes y acontecimientos presenciados durante el trabajo de investigación. Todos los datos incluidos en el relato son verídicos, sólo la armazón en que estarán montados será ficticia. Se incluyen al final dos historias de vida, narradas con las propias palabras de los que las viven, que ilustrarán en vivo las estrategias que toman los migrantes para sobrevivir en la ciudad. Finalmente, para redondear al panorama, utilizaremos el marco ocupacional estadístico presentado en la capítulo III, para evaluar las oportunidades reales de empleo que han tenido estos migrantes en la ciudad en la década de los setentas.

A las cinco de la mañana, en una madrugada de septiembre, arranca el autobús del centro de Dotejiare, y se va dando tumbos por el camino de terracería hacia San Felipe. Somnoliento, Isidoro Domínguez, que viaja con su esposa y dos hijas, de 6 y 4 años de edad, respectivamente, se siente tranquilo, porque la milpa ya está creciendo, ya terminaron las limpias, y su hija de 15 años y la abuela se han quedado a cuidar de la casa y los animales. Así, podrá permanecer en la ciudad hasta fines de noviembre y ya entonces vendrá a cosechar el maíz. Mientras, le enviará dinero a su hija con algún pariente o compadre que venga al pueblo los fines de semana. El domingo pasado le mandó avisar con un sobrino a

su hermano Cruz, que vive en la ciudad de México, que llegaría el domingo siguiente. Recostadas contra el bulto de ropa y dos sarapes que llevan, su esposa y sus dos hijas se duermen, en tanto que él vigila las pertenencias.

El autobús va deteniéndose en algunos lugares de los llanos de zacatonal, para recoger grupos de tres o cuatro pasajeros. Como es lunes por la mañana, se suben muchos jóvenes, mujeres y hombres, que regresan a su trabajo, después de haber visitado a su familia el fin de semana. Van platicando con mucha animación. También suben al autobús algunas parejas calladas, que se hablan en mazahua, en voz baja. Llevan cargando bultos en que acarrear diversos productos: pescado ahumado, gruesas de quelites, panales de miel silvestre, trozos de piedra caliza, galletas de maíz, y, a veces, un puerquito o algunas gallinas. Hace poco hubo un pleito con los choferes de autobuses a quienes se les ordenó que las gallinas deberían ir en la parrilla en el techo del autobús. Pero, con eso de que llegaban todas desplumadas a la ciudad, nadie las quería comprar. Así es que protestaron los pasajeros. De nada valieron sus protestas, y sus gallinas siguieron desplumándose durante algunos meses, hasta que todos se empezaron a olvidar de lo que había ocurrido y las gallinas y los guajolotes volvieron al pasillo del autobús, donde ahora se pasan cacareando todo el viaje.

En San Felipe, además de otros pasajeros, se sube un muchacho joven, trajeado elegantemente. Se despide muy sentidamente de toda su familia que le dice adiós entre lágrimas. Ya terminó la secundaria, allí en el pueblo, y ahora se va a estudiar preparatoria a la ciudad, a vivir en casa de un tío suyo.

Cerca de Atlacomulco sube un campesino mazahua de edad que resulta ser maestro albañil. Camina por el pasillo, preguntándoles a los muchachos jóvenes, en mazahua, si no quieren trabajar de albañiles con él en la ciudad. Dos muchachos aceptan irse con él.

Al pasar por Santiago Toxi, le hacen parada al autobús un grupo de muchachas jóvenes, y dos señoras mestizas. Una de ellas, bajita y regordeta, se dirige a la ciudad a comprar el recaudo del mes y una chamarra y unos zapatos para su esposo. Si le alcanza el tiempo piensa ir a una primera función de cine; pero tiene que estar de regreso antes de que anochezca. La otra señora mestiza lleva envuelto en periódico varios manteles de tejido de gancho que ella misma tejió y algunos rebozos y bordados que compró en Ixtlahuaca, artículos que procura vender en el mercado de La Merced en la ciudad. Antes, hace unos diez años, sí le costaba ir así, a vender cosas a la ciudad; pero ahora, con los camiones

que traen y llevan cosas del mercado de Ixtlahuaca, ya casi no vende nada. Regresará ese mismo día al pueblo, o el día siguiente, hospedándose por la noche en casa de una prima que vive en la ciudad.

A las once de la mañana, el autobús llega a su estación, en pleno centro de la ciudad de México, a cinco cuadas del mercado de La Merced.

Las chicas y los muchachos se desparraman a gran prisa por las calles aledañas, porque se les ha hecho tarde para llegar a sus trabajos.

Isidoro, parado en una esquina con su familia y sus bultos, sin poder leer el nombre de la calle, ni los letreros de los autobuses, les extiende a los transeúntes un papelito arrugado en el que está escrita la dirección de su hermano. Entre empujones y prisas, le dan algunas señas. Al cabo de algunas vueltas ansiosas por callejones y bocacalles atestados de gente y de mercancías, se topa, por casualidad, con un paisano de Dotejia-
re que está descargando unos sacos de tomate.

Junto al camión que están descargando, una mujer que porta indumentaria otomí, y sus dos niños pequeños, se dedican a recoger los tomates que se salen de los costales. Los cargadores les gritan: —Hagánse a un lado—, de vez en cuando; pero los dejan quedarse allí. Ya para esa hora, la señora casi ha juntado suficientes tomates como para irlos a vender en alguna calle. Antes, se pasaba las mañanas en el basurero que queda en la parte de atrás del mercado, donde tiran todo lo que se recoge del suelo. Pero en el mismo lugar se juntan muchas mujeres que empiezan a dar codazos, y, a veces, hasta patadas, para que no les arrebatan de entre las manos la fruta y las verduras que se ven mejorcitas. A ella le tocaban siempre las más aplastadas o podridas, y apenas le servía para la comida, porque nadie se las compraba. Ahora le va mejor recogiendo allí el tomate, sólo que se tiene que cuidar de que no llegue el dueño de la bodega, porque entonces manda llamar a un policía y tiene ella que salir corriendo con sus hijos.

El paisano de Isidoro le indica por dónde queda la calle de San Marcos, añadiendo que en la esquina de esa calle están vendiendo su hermana y su sobrina y que les pida la “razón” a ellas, si no encuentra la vecindad que busca. Así, preguntando y preguntando, llega a un viejo zaguán, por el que entra y sale gente constantemente. En la oscuridad del pequeño patio del interior, están varios campesinos que platican en otomí, mientras hacen rondallas de estropajo, con un movimiento vertiginoso de manos; rondallas que ensartan luego en un palo largo, para llevarlas a vender a las colonias suburbanas de la ciudad.

Subiendo por la escalera, llegan a un patio más grande, cuya parte descubierta está atravesada por infinidad de mecates de los que cuelga

ropa recién lavada. La vez pasada que estuvieron allí, hubo una riña de algunas mujeres del estado de Guerrero y de Oaxaca con las mujeres mazahuas, porque las blusas y faldas de éstas, de colores muy brillantes, se habían desteñido y habían manchado la ropa de las otras, que estaba colgada más abajo. Al pie de los barandales del pasillo, hay una serie de botes de lámina con plantas, algunas de las cuales están floreciendo y a lo largo de una de las paredes penden varias jaulas de pájaros cuyos cantos se mezclan con la algarabía general. Algunas gentes están durmiendo en petates, envueltas en sarapes, en la parte cubierta del patio. En una esquina, un grupo de hombres, sentados en bancos casi al ras del suelo, platican y se pasan de mano en mano una botella de ron. Algunos niños juegan a las escondidillas entre los petates, los cobertores y los bultos de ropa.

Desde la última vez que vino Isidoro, su hermano se ha mudado de cuarto y ahora le indican la puerta al extremo del patio donde vive actualmente. Isidoro golpea la puerta, pero no le responden. Vuelve a tocar. Escucha ruido en el interior, y vuelve a tocar. Por fin, decide asomarse por el agujero que dejó la cerradura que alguna vez tuvo la puerta, y se topa con el ojo asustado de una niña en el otro lado. No está seguro, pero le parece que es una sobrina suya; y le habla en mazahua. La niña contesta que no está nadie, y que no puede abrir, porque su mamá la dejó encerrada con sus dos hermanitos. Así es que esperan un rato.

Llega una señora, que no tiene trazas de ser mazahua, y sin hacer caso de Isidoro y su familia, empieza a jalonear la puerta. — Abre, escuincla, ¿por dónde crees que voy a pasar? — grita a voz en cuello. Se enoja muchísimo, porque para pasar a su propio cuarto tiene que atravesar el que está cerrado. Sigue jaloneando la puerta, gritándole a todo el mundo lo que está pasando. En eso llega corriendo una niña, de unos doce años que, sin decir palabra, abre el candado de la puerta. La señora la empieza a insultar: “...indias, patarrajadas...”, masculla entre dientes, mientras empuja a la niña, y atraviesa el cuarto, dando un portazo que hace que se descascare aún más la pared.

Isidoro reconoce a su sobrina, y ella, después de mirarlo con desconfianza, lo deja pasar y sale otra vez a toda prisa porque tiene que llevarle fruta a su madre que está vendiendo a unas calles de allí. Las cajas de fruta las dejan siempre en la vecindad porque así, cuando pasa la camioneta de la policía a arrestarla y recogerle la fruta, se llevan sólo una poca. Últimamente, la policía ya no ha arrestado a su madre, ni a su tía, ni a la madre de su tía que venden junto a ella, porque la Confederación Nacional de Organizaciones Populares —CNOP— les expidió una creden-

cial. Desde hace varios años, la CNOP organizó la Unión de "Marías" — como se les llama popularmente a las vendedoras ambulantes de la ciudad de México —, una especie de agrupación a la que se pidió que se adhieran. Como las "Marías" no sabían nada de esto, al principio rehusaron afiliarse porque creyeron que otra vez las iban a arrestar y multar. A pesar de que la CNOP es una agrupación política, se manejó la creación de esta Unión de "Marías" en las oficinas gubernamentales de la Dirección General de Mercados. En esta oficina se logró que dos mujeres mazahuas, que pasaron a ser empleadas de los mercados, ayudaran en esta campaña. Fueron llevadas en una camioneta de la Dirección de Mercados a todos los sitios donde se congregaban "Marías", y en mazahua se les trataba de convencer de que sacaran su credencial para poder vender. Los pleitos no faltaron porque las dos mazahuas eran de Dotejiare, y las mazahuas de la Providencia y de otros pueblos no quisieron dejarse mandar por ellas.

La iniciativa de agrupar de alguna manera a las "Marías" provino de la preocupación del gobierno de la ciudad por la proliferación de mujeres indígenas que, en andrajos y rodeadas de sus hijos pequeños, se dedican a vender fruta y dulces y a pedir limosna en las calles. Las que piden limosna son otomíes de los estados de Hidalgo y Querétaro. Las mazahuas, como ellas mismas afirman con orgullo, sólo se dedican a la venta de fruta, como siempre lo han hecho, aun allá en su pueblo. Pero el gobierno se vio presionado, simultáneamente por los locatarios de los mercados que se quejan de que las "Marías" les bajan sus ventas a pesar de que ellos son los que están pagando impuestos y por la clase media urbana, cuyo afán de "modernizarse" y estar a la altura de las ciudades "modernas" no ve con buenos ojos la presencia de "indias atrasadas", en las calles de su ciudad. De ahí que la policía, desde hace unos 20 años, se haya dedicado a arrestar, multar y vejear a todos los vendedores ambulantes en general y, últimamente, a las "Marías" en particular. Buscando otras soluciones que indignaran menos al público, el gobierno trató, pues, de organizarlas y de encontrarles sitio dentro de los mercados en donde pudieran vender. Pero no se logró arreglar las cosas a veces porque los mismos administradores de los mercados rehusaron dejarlas vender y otras, porque en los mercados, especialmente en los suburbanos, sus ventas eran muy bajas y a ellas no les convino, ya que el lugar más lucrativo para esta venta es precisamente el centro de la ciudad.

Lo que hacen ahora es que las mujeres de mayor edad, como la cuñada de Isidoro, se quedan vendiendo en el sitio asignado en la parte de atrás de un mercado cerca de la Merced; y las jóvenes, todas cargando

niños en sus rebozos, se acomodan flagrantemente frente al mercado en la avenida principal. A intervalos, unas cinco veces diariamente, da vueltas por allí la camioneta de la policía y las muchachas tienen que recoger a toda prisa su fruta, y correr a esconderse entre los puestos del mercado. De cuando en cuando policías vestidos de civiles, sin previo aviso, pasan corriendo pateando la fruta que ellas están vendiendo; o bien, policías y vendedoras toman el asunto a juego, y la camioneta aparece unas cinco veces en veinte minutos y los policías se mueren de la risa viendo cómo se apuran las muchachas, poseídas de pánico, por escabullirse.

La única muchacha mazahua que no corre peligro es Tomasa, otra sobrina de Isidoro, que tuvo poliomiélitis y camina con muletas; a ella no la arrestan nunca. En ocasiones, los policías son brutales, y llegan hasta golpear y vejar a las muchachas. A menudo, las "Marías" han protestado públicamente por estos atropellos, pero la única vez en que salió su protesta en los periódicos fue el día en que se quejaron porque los policías les habían cortado las trenzas. (Para mayor información sobre las "Marías", ver Arizpe, 1975.)

Para comprar las cajas de fruta, las mujeres mazahuas se organizan como sigue: van ahorrando algo de dinero de las ventas, ingreso que en 1973 iba de \$ 10 a \$ 50 diarios, con un margen de ganancia de \$ 5 a \$ 25 cada día. Si no logran ahorrar suficiente dinero, o si tienen un gasto imprevisto por ejemplo para comprar medicinas para un hijo enfermo, o para pagar el pasaje al pueblo de alguien de la familia, entonces piden prestado a los parientes vecinos. De hecho, si no existiera este sistema de reciprocidad de préstamos entre la comunidad de migrantes de Dotejiare, es casi seguro que no podrían sobrevivir en la ciudad. Particularmente, porque sus entradas son siempre tan inciertas: son muy eventuales y variables. Cruz, verbigracia, suele no conseguir trabajo de albañil durante semanas enteras; en semanas festivas, su esposa y sus dos hijas pueden sacar ocasionalmente una ganancia hasta de \$ 350; pero también se dan casos en que pueden ganar apenas \$ 100 en toda la semana; y si arrestan a alguna de sus hijas, tiene que ir a pagar una multa de \$ 200 hasta \$ 500, como sucedió la última vez; además, si les quitan toda una caja de fruta habrán perdido una inversión de \$ 150 o \$ 200, una verdadera fortuna para ellos.

La red de préstamos intracomunitarios entre los migrantes de Dotejiare es, pues, indispensable para su supervivencia en la ciudad, y se extiende para incluir a todos aquellos migrantes que, a pesar de que vivan en colonias alejadas, no hayan roto sus relaciones con sus paisanos. Es,

además, una red de obligaciones y derechos de parentesco y compadrazgo. En el capítulo sobre este tema, ya expusimos la manera en que funcionan éstos en la ciudad.

Al presente, se han activado estos lazos con la presencia de Isidoro y su familia en casa de su hermano. El día de su llegada, al anochecer, van llegando todos los que habitan en casa de Cruz. Al entrar en el cuarto, parecería que estuviera uno entrando en cualquier casa del pueblo: el mobiliario, al pie de las paredes; varias cajas de cartón, que contienen ropa y otros artículos, arrumbadas en las esquinas; blusas, faldas, pantalones y chamarras, colgando de un mecate que atraviesa la habitación. Una cama de fierro con un colchón viejo en que duermen Cruz, su esposa y sus hijos, de 2 y 4 años, arrinconada en el fondo. Una mesa llena de tiliches: platos, tazas, cucharas de peltre; un molcajete; una linterna; varias veladoras a medio quemar; varias figuras de porcelana. Debajo de la mesa, un anafre que utilizan para calentar la comida, que es la misma que se toma de costumbre en el pueblo: una "sopa aguada" —sopa de pasta— con algunos trozos de papa, y, a veces, un trozo de carne. Sólo en días festivos hacen mole, la rica salsa tradicional de chile, y otros platillos. Lo único que no tendrían en el pueblo sería un tocadiscos portátil, varios discos y dos radios nuevecitos de pilas.

El mobiliario varía según los ingresos del grupo familiar. Unos parientes de Cruz, por ejemplo, que también viven en una vecindad del centro, han podido comprar una televisión, una máquina de coser y una consola de radio y tocadiscos. Además, todos duermen ya en camas y guardan su ropa en roperos y armarios. Cocinan, además, en una estufa de gas. Todo esto está amontonado en un solo cuarto, que mide 7 por 3 m., y en donde viven 8 personas. Esa familia, según Cruz, fue muy afortunada porque las mujeres empezaron también vendiendo fruta; pero luego los dos hijos tuvieron la suerte de haber conseguido una recomendación de un coronel; con ella lograron emplearse como policías, y reciben ahora buenos sueldos. Por eso han podido comprar todo lo que tienen.

En el cuarto de Cruz, que mide 3 por 4 m., viven actualmente trece personas: Cruz, su esposa y 7 de sus hijos —otros dos están en el pueblo, uno en casa de su abuelo, y otro, de mozo en casa de una familia mestiza. Vive con ellos, además, el esposo de su hija mayor y los dos pequeños hijos de éstos, y, desde hace dos meses, el novio de la hija que sigue en edad a la mayor. Se acostumbra, entre los mazahuas en la ciudad, que el muchacho vaya a vivir en casa de la familia de la novia, hasta que tengan hijos. Después, se casan y buscan casa aparte.

Cruz le dice a Isidoro que pueden hospedarse allí y ayudarle a pagar los \$ 350 de renta, más los \$ 70 que pagan de la luz. Le dice que si le da unos \$ 70 o \$ 100 mensuales, está bien. Isidoro protesta, diciendo que es mucho, que la última vez sólo pagaba \$ 1.50 cada noche.

Responde Cruz que eso era por dormir en el patio, y que se acuerde que esa vez bien que le robaron un sarape y los zapatos de su esposa, que aquí en el cuarto todo está seguro. Además, que si paga \$ 1.50 por él, su esposa y las criaturas, que le va a salir más caro. Isidoro habla en cuchi-cheos un momento con su esposa, consultándola, y luego dice que sí aceptan.

Hace tiempo que Cruz habría querido mudarse a alguna barriada en las afueras de la ciudad; por ejemplo, a las colonias de Tecamachalco y Chimalpa, por el rumbo de Naucalpan, donde viven muchos de Dotejiare, y donde se pagan sólo \$ 100 de renta. Pero estaría muy lejos para que su esposa y sus hijas pudieran venir a vender donde lo hacen ahora, y allá, en esas colonias, la venta casi no deja ninguna ganancia. Por eso siguen viviendo allí, en esa vecindad, ya desde hace 10 años. De sus paisanos que llegaron en esa época, algunos tuvieron la suerte de conseguir buenos salarios y se fueron a vivir a las nuevas colonias de Ciudad Nezahualcóyotl.

Uno de esos casos fue el de Eugenio, el esposo de la hermana de Cruz, que pudo entrar a trabajar de maestro albañil en el Sindicato de Electricistas: recibe un salario fijo y muchas prestaciones. Con ese dinero ha podido fincar su casa, que ya vale \$ 75 000. Hace unos días fueron a verlos con motivo del bautizo del noveno hijo de su hermana. Se fueron allá, desde un día antes, porque su esposa y sus hijas ayudaron a desplumar los pollos —mataron diez pollos— y a moler 7 kilos de chile para hacer el mole. A la mañana siguiente se quedaron las mujeres en la casa, excepto la madre del niño que iban a bautizar, que se fue con los demás y con los padrinos —un compañero de trabajo de Eugenio y su esposa— a las ocho de la mañana, a la iglesia en la cual fue el bautizo, y que, por cierto, queda al otro lado de la ciudad. Regresaron todos como a las tres de la tarde y comieron opíparamente.

Eugenio consiguió que entraran a trabajar en el sindicato también sus dos hermanos, que ahora viven a unas cuantas casas de él. En esta ocasión, uno de ellos aprovechó para “darle el remojo” y para mostrarles una nueva consola de \$ 12 000 que acababa de comprar en abonos. También está pagando en abonos el terreno de su casa, la estufa, la televisión y los muebles del comedor.

Las familias de Eugenio y de sus dos hermanos, que ya visten y viven

al estilo urbano, han hecho amistad con sus vecinos. Todos ellos, como lo son la mayoría de los habitantes de Ciudad Netzahualcóyotl —enorme colonia de un millón de habitantes, que surgió en sólo diez años, de 1960 a 1970— son migrantes originarios de todos los rincones del país.

Las familias migrantes como la de Eugenio, que viven a este nivel económico, se felicitan todos los días de haberse venido del pueblo, donde estarían viviendo todavía a nivel de subsistencia, sin agua potable, sin luz, sin transportes, sin diversiones, sin oportunidades de “aprender”, de “progresar”, de “adquirir cultura”. Pero muy pocas familias de Dotejiare han logrado ascender a ese mismo nivel; los más viven como la familia de Cruz y mantienen un ir y venir constante de la comunidad.

En cambio, entre los migrantes de Toxi sólo los muchachos jóvenes que van a trabajar al mercado de la Merced viven en las condiciones de la familia de Cruz. En contraste con los migrantes de Dotejiare, casi todos viven como Eugenio y su familia; casi todos han ascendido en ocupaciones formales, y son choferes de autobuses urbanos, cobradores de tiendas, cajeros, meseros, policías, o han puesto negocios propios, bien sea puestos de mercados, o tiendas pequeñas en las colonias nuevas, o bodegas de la Merced. Muchos encontraron trabajo inicialmente en la imprenta y las librerías de Fausto y Erasmo Rodríguez, dos mestizos de Toxi que migraron a la ciudad en los años cuarentas. Actualmente, don Fausto reside en el Pedregal de San Angel, la nueva colonia residencial más exclusiva de la ciudad; don Erasmo ya se retiró a vivir en un extenso rancho, que ubica en las cercanías de Atlacomulco. Así pues, muchos jóvenes de Toxi empezaron trabajando en los talleres de la imprenta, donde se capacitaron, y luego pudieron desempeñar otros empleos calificados; asimismo, muchas mujeres jóvenes trabajaron de sirvientas en las casas de los Rodríguez, y después se casaron con hombres de Toxi, y se quedaron viviendo en la ciudad, o consiguieron acomodarse en tiendas, restaurantes o fábricas.

Tres migrantes de Toxi son ahora dueños de bodegas de legumbres en la Merced. Gran número de bodegueros son, al igual que ellos, venidos de distintas partes del país, lo que ha reforzado las redes comerciales entre esos lugares y el centro de distribución de estos productos que es la Merced. En esas tres bodegas, casi todos los cargadores y macheteros son de Santiago Toxi: en cierta manera, han funcionado éstas como los centros de iniciación de los jóvenes mazahuas del pueblo a la ciudad.

Allí trabajan cargando y descargando las cajas de legumbres de los camiones, a veces toda la noche. Los compradores mayoristas de legumbres llegan a comprarlas a partir de las cinco de la mañana.

Algunos muchachos son enviados a veces por Domingo Eusebio, el dueño de una de las bodegas, a su rancho de Guanajuato, donde cultiva cebollas. Se pasan allá unos meses, y luego regresan a seguir trabajando en la bodega.

Algunos prefieren trabajar todo el día, como cargadores, pues así les queda libre la noche. Aprovechan el tiempo, entonces, para asistir a los cursos vespertinos de una escuela primaria en las cercanías de la Merced. Tienen grandes deseos de aprender a leer y escribir y de hacer cuentas, pues así ya pueden emplearse como cajeros o asistentes en las bodegas o en otros comercios.

Las noches del sábado y del domingo las emplean los jóvenes en salir a divertirse. Son asiduos concurrentes a los cines de barrio y lugares de baile.

Uno de estos lugares, el California Dancing Club, de la calzada de Tlalpan, se ha convertido en el sitio de reunión de los jóvenes mazahuas en la ciudad. Es un enorme salón de baile, amenizado por las mejores orquestas de México, donde pagan \$ 10 por entrar las mujeres y \$ 30 los hombres. Llegan al club, en grupos, los muchachos que trabajan en la Merced y las chicas que trabajan de sirvientas por toda la ciudad. Generalmente, los hermanos o primos pasan a recoger a las muchachas y a sus amigas. En el salón tienen lugar los encuentros y las presentaciones que muchas veces llevan a matrimonios. A pesar de que bailan con otras gentes, por su timidez, por su desconocimiento de las formas urbanas de coqueteo y por preferencias personales, los muchachos y muchachas mazahuas comúnmente tienden a no apartarse de su propio grupo.

Muchas jovencitas de Toxi, sobre todo las que trabajaron en la fábrica de Pastejé, tienen empleos en fábricas y comercios. Aunque viven casi siempre con parientes, ya desean integrarse completamente a la vida urbana, y la generalidad prefieren salir con hombres de la ciudad. Es usual que lleguen a casarse con ellos y que se establezcan definitivamente en la ciudad. Con ello es probable que asciendan a la clase media, en especial si su esposo es un empleado de oficina o si posee un negocio.

Un punto de suma importancia es que, al ascender estos migrantes mazahuas de Toxi, se integran al nivel socioeconómico que logran los migrantes mestizos. Estos últimos, ya sea que provengan de las comunidades como por ejemplo los hermanos Rodríguez, de Toxi, o los hijos de don Anastasio Pineda, de Dotejiare, o de las cabeceras, tienen un rasgo común: su movilidad social y económica es muy rápida. Ello se debe a que llegan a la ciudad habiendo terminado su educación primaria, y muchas veces secundaria. Tienen grandes expectativas de movilidad, y contactos favorables que los ayudan a encontrar buenos trabajos. Las

más de las veces tienen algún tío, primo o pariente lejano, paterno o materno, que pertenece a la clase media y que les facilita el ascenso a ésta.

Una regularidad que puede observarse es que la primera generación de migrantes mestizos se dedica generalmente a instalar un comercio o una tienda en alguna colonia suburbana, o ingresa en la burocracia estatal, en algún puesto menor. La segunda generación ya logra llevar a cabo estudios técnicos, e incluso universitarios, de manera que los hijos de los migrantes ya desempeñan puestos más altos en las empresas o manejan un negocio propio de fabricación. Por ejemplo, un mestizo de Ixtlahuaca, que instaló una tienda al llegar a la ciudad, tiene ahora dos hijos, uno de los cuales trabaja de operador de cabina en la televisión, y otro de gerente de ventas en una agencia publicitaria.

Entre los migrantes mazahuas, esta movilidad social a que nos referimos antes, se da mucho más lentamente, y está regida de cerca por el nivel de ingresos que obtienen, de acuerdo con su capacitación técnica y su estilo de vida en la ciudad.

La descripción precedente, que muestra el panorama general de cómo viven los mazahuas en la ciudad de México, puede ilustrarse y puntualizarse con las dos entrevistas siguientes: presentan las experiencias de dos migrantes, los cuales resumen, de manera típica, las alternativas y decisiones que toman los migrantes en la ciudad.

Raúl Salgado, un joven mazahua de unos 23 años que vive cerca de Dotejiare, cuenta que se fue a la ciudad de México a los 15 años, "a causa de ver que mi papá no tenía dinero, que no tenía para vestirme o para darme alguna cosa". En la ciudad tenía una hermana, y se fue solo en el camión, preguntando luego hasta dar con la casa de ella que le ofreció hospedaje. Consiguió trabajo de albañil, porque les pidió a otros del pueblo, que trabajaban en lo mismo, que le consiguieran empleo. Se levantaba a las cinco de la mañana a fin de alcanzar a los compañeros, para ir a trabajar de 7 a.m. a 7 p.m. y ganaba \$ 120 a la semana. Pero solamente aguantó tres meses y se regresó al pueblo a trabajar con su padre la raíz de zacatón.

La segunda vez que fue a la ciudad volvió a trabajar en la obra durante dos meses, y después "me metí de periodista. Sacaba \$ 14 por la venta de 50 periódicos al mediodía, y si los vendía todos, hacía \$ 6 diarios." Le pagaba a su hermana \$ 1 diario de renta. Pero, a veces, no vendía todos los periódicos, y ganaba apenas \$ 2 o \$ 3. Como vio que no obtenía ganancias con eso, se regresó algún tiempo al pueblo.

La tercera vez regresó a trabajar a las "carretillas" de la Merced, pagando \$ 3 por alquilar una carretilla. Ganaba \$ 10 o \$ 15 diarios. Pero

no le gustó ese trabajo, y regresó a trabajar en la obra, ganando \$ 120 semanales.

Se casó luego con una muchacha del pueblo, y se la llevó a la ciudad a vender fruta. Dice: "al ver yo que muchos de los de aquí vendían con sus mujeres, me vi obligado a hacer lo mismo, por los días en que no encuentra uno trabajo".

En 1970 estaba trabajando en una obra de la colonia Buenavista, ganando \$ 150 a la semana; pero perdió el trabajo porque a su esposa la arrestaron, la llevaron a la delegación de Ixtacalco y le cobraron \$ 300 de multa. Van seis veces que arrestan a su esposa.

En 1971 estaba trabajando también de albañil en la obra del Hospital Juárez, cuando salió a saludar a su mamá, que estaba vendiendo fruta en la acera de enfrente. "Salí con mi ropa de trabajo y con las manos partidas, pero así pasó la camioneta (de la policía) y me llevaron al 'bote' (a la cárcel) diciendo 'Andale, tú, que andas de padrote'. A mi mamá le quitaron la fruta, pero no se la llevaron. A mí me llevaron a la cárcel de Ixtacalco; pero como ya no cabía, me llevaron a la cárcel de Tacuba. Allí me multaron con \$ 50, y hasta perdí el trabajo."

"Cuando se va uno a la ciudad, casi siempre hasta pasada una semana consigue trabajo porque para todo tienen requisitos. Se necesita la tarjeta del Seguro Social, la Cédula 4a., la cartilla, y nosotros no tenemos nada de eso. Por no saber leer, ni tener papeles, tiene uno que andar buscando.

"Vamos a comprar la fruta, en las mañanas, a la Merced, y ya se va ella a venderla. Muchos se admiran que pongamos a trabajar a las mujeres en la calle; pero pues es más vergüenza que esté la mujer trabajando en una casa (de sirvienta). Además, pues son casadas, y por eso no pueden estar trabajando en una casa.

"Fruta es lo que sabemos vender, no ropa ni otra cosa. No tenemos dinero para comprar ropa y otras cosas, y no sabemos adónde ir para conseguir el permiso de vender.

"Con lo que gana la señora, es lo que agarramos para comer. Y si yo trabajo, saco unos \$ 10, y de eso es lo que ahorramos. Luego nos enfermamos, y apenas alcanza el dinero para la medicina. Luego, para vestirnos y darles a nuestros padres, pues apenas alcanza.

"A veces, hay rateros, y le dicen a mi esposa: 'Ten, cámbiame este (billete) de \$ 20' y luego corren con el cambio...

"Luego vienen los policías, y le dicen a uno: 'Tú nomás estás allí de padrote'. Pues que lo digan, si no tiene uno trabajo, qué va uno a hacer. Mejor que nos digan voy a darte una recomendación para un trabajo, entonces sí. No nomás que estás allí de huevón."

El caso anterior es el de un campesino mazahua, sin documentos ni contactos en la ciudad, y muestra típicamente las pocas posibilidades de trabajo que encuentra. El caso siguiente es el de un campesino también, pero mestizo, con una visión distinta de la vida en la ciudad y de las oportunidades que se le presentan.

Salvador Alonso, mestizo de unos 37 años, fue a trabajar varias veces a los Estados Unidos, como pizcador en las cosechas de dátil, de betabel y de naranja. Pero, desde que cerraron la frontera, dice: "ahora no queda más que irse a México, o matarse trabajando". Le gustaría regresar a los Estados Unidos, porque teniendo papeles y un buen patrón, allá hay mucho trabajo en la agricultura. "Si aquí estuviera la agricultura como allá, sacaría uno para todo."

La primera vez que salió de su pueblo a trabajar, fue a Ixtapan del Oro, donde logró chamba en la construcción de la carretera entre ese poblado y Santo Tomás de los Plátanos.

Después, en 1952, a los 16 años, con un amigo suyo, se fue a trabajar a la ciudad de México. Llegaron a casa de un hermano de su amigo, que era carpintero en una "obra", el cual les consiguió trabajo en lo mismo a los dos. Estuvo dos meses trabajando, pero luego se enfermó del estómago y regresó de nuevo al pueblo.

Por algún tiempo, se dedicó a trabajar su parcela, cultivando maíz.

En 1961 se fue a la ciudad de México, por unos meses, a trabajar de cobrador en una compañía. Luego, en 1963, se acomodó de obrero durante tres meses en una fábrica. "No me debía haber venido; pero aquí tenía yo maíz sembrado, y no había quién lo cosechara; así es que pedí una semana de permiso, pero me pasé y estuve dos semanas; y ya cuando regresé, ya no me dieron trabajo. Allí me adiestraban de maestro tornero, y llegué a ganar hasta \$ 100. Ahora me arrepiento de haberme venido, porque si me hubiera quedado en la fábrica, ahora estaría rebién. Pero es bien difícil encontrar trabajo en una fábrica."

En 1964 se colocó de cobrador durante un año en una compañía de artículos para el hogar. Un hermano suyo manejaba el departamento de cobros difíciles, y él fue quien le dio el empleo. Después de un año dejó ese empleo, "por la ambición de irme al norte". Estuvo día tras día, durante tres meses, en la Ciudadela, que era donde contrataban a los braceros y de allí los enviaban en grupos a las ciudades fronterizas, como Empalme o Monterrey. Pero en esa ocasión, ya no hubo contratos, porque se cerró la frontera. Así es que volvió a tomar rumbo al pueblo, donde tenía algo de trigo sembrado.

En 1967 trabajó en la ciudad de México durante dos años seguidos.

Entonces ya no sembraba su parcela, sino que la cultivaba un muchacho del pueblo, empleado suyo. Salvador venía cada ocho días a dejarle dinero a su familia. En la ciudad manejaba un camión de volteo, propiedad de un hermano suyo, participando en la construcción del Metro. Desde aquella vez, ya hace unos cinco años que no sale del pueblo.

En su casa, ahora son doce: él, su esposa y sus diez hijos: el mayor estudia la preparatoria en la ciudad de México, y una hija ya está casada. "Figúrese, para mantener casa con 12, nomás en alimentación, lo que se gasta. Por eso, me desespero, y me voy a México. Ya cuando menos dos de mis hijos me pueden ayudar. Y a todos les di la primaria, pero ahora ya no me alcanza para más. Si es muy difícil estarle mandando al que está en México.

"Ahora estoy atenido a la pura parcela. Pero no me he visto tan apretado como otros. Lo que ayuda es que no bebo ni fumo. No me gasto \$ 20 o \$ 50 en bebida. A veces, tenemos tantito dinero, y se me enferma un niño, y se va todo. Por eso, ya nada más me falta la casa en México para irme allá. Mis ocho hermanos y mi madre están allá, y me necia mucho para que me vaya a México. Pero la ciudad es muy exigente; si tuviera un terreno o una casa, entonces sí me iba...

"Tengo un chamaco de 13 años, nada más que me ayude a sembrar, lo voy a mandar a México. ¿Para qué se queda aquí, para estar como yo? Que vaya a México a aprender un oficio; quiero meterlo en un taller de mecánica. Yo nunca me pude colocar en un buen trabajo en México, porque nunca fui a la escuela, y si no tiene uno oficio ni beneficio, ora sí, como quien dice, no le dan trabajo. Antes pedían certificado de 6o. año en las fábricas, ahora ya piden de secundaria. Y en la fábrica ya no reciben a gente de más de 35 años.

"En la fábrica era fácil aprender, todos eran maestros torneros. Ganaba yo \$ 100 diarios. Después me arrepentí de haberme salido, porque ahora, usted cree, estaría yo muy bien. Pero es bien difícil encontrar ese trabajo. Uno, de ranchero, que va a la ciudad, es difícil que se coloque en un buen trabajo. Segunda, necesita uno tener buenas relaciones con gente bien relacionada que le den una recomendación, o tener una palanquita, pero se necesita saber un oficio, si es uno almacenista o jefe de personal. El que no tiene oficio, por eso no le queda más que trabajar en 'obras' o vender. México es bueno para uno que es comerciante, porque para trabajar, mejor quédese aquí."

Un hecho importante que confirman las dos entrevistas citadas es que la decisión final de los migrantes de instalarse en forma permanente en la ciudad depende del tipo de empleo que puedan conseguir. Esto es muy notorio, sobre todo en el caso

de los campesinos mazahuas; empiezan migrando a la ciudad, desde muy jóvenes; se casan y luego traen a la esposa a la ciudad. En este vaivén constante esperan, en los más de los casos, el golpe de suerte que, en un momento dado, les dará acceso a un empleo permanente y bien remunerado. Si éste llega, casi inmediatamente compran un terreno y fincan una casa. Este hecho, el tener un pedazo de terreno y una casa, es para ellos señal de que permanecerán en la ciudad. Y el nivel de remuneración que logren en esa ocupación marcará su estilo de vida, lo que a su vez va a reflejar el grado al que se "integran" al sistema social urbano.

Dado que este vaivén continuo hace que el pueblo y la ciudad constituyan una sola unidad a ojos de los propios migrantes, es difícil precisar el volumen de la migración de retorno a los pueblos. Justamente porque la migración, desde un principio, se establece como temporal y se convierte en permanente sólo en caso de tener el migrante éxito económico en la ciudad. Los pocos casos de familias mazahuas que habían regresado a sus pueblos después de estancias de más de 5 años en la ciudad, pueden caracterizarse de dos maneras: la mayoría regresan después de haber fracasado en encontrar una ocupación permanente para el jefe de familia; y solamente unos cuantos regresaron después de haber acumulado suficiente dinero para poner un pequeño comercio o para comprar una parcela más grande en el pueblo.

Podemos concluir, entonces, que el pivote sobre el que gira la decisión final de las familias mazahuas de permanecer en la ciudad, es la obtención de un empleo fijo y bien remunerado. De ahí la importancia de las anotaciones sobre la estructura ocupacional de la ciudad de México que hicimos en el capítulo III. Las estadísticas señalan que la mayor expansión de empleo en la ciudad tuvo lugar en la década de los cuarentas y de los cincuentas. Esa expansión puede decirse que no afectó directamente a los migrantes mazahuas, en la década de los cuarenta, pues apenas empezaban a migrar estacionalmente de Santiago Toxi, ocupándose sobre todo de mozos y en actividades de pequeño comercio. En los cincuentas, una mayoría de los migrantes mazahuas de ambos pueblos, que decidieron establecerse en la ciudad, encontraron empleos varios, generalmente en los servicios y en el comercio, y algunos en las industrias. A causa de que la migración era todavía poco numerosa, y de que existía esa disponibilidad de empleos, los mazahuas, sobre todo los de Toxi, se incorporaron de lleno al sistema social urbano.

En los años sesentas, por el contrario, las cifras estadísticas citadas indican que bajó el ritmo de creación de empleos en el sector moderno de la ciudad de México. A pesar de ello, la industria siguió absorbiendo

mano de obra, incluso de origen rural. Así lo muestran Muñoz y Oliveira (1967).

Es aquí donde el conocimiento del marco ocupacional en el que se insertan los migrantes nos ayuda a interpretar el comportamiento del grupo de migrantes estudiado. Los datos de esta investigación muestran que un mayor número de familias mazahuas en la ciudad, en comparación con las llegadas en la década de los cuarentas y los cincuentas, se hallan en la actualidad en ocupaciones de bajos ingresos y baja productividad. Sin embargo, como ya se anotó en capítulos anteriores, los migrantes mestizos, y muchos jóvenes mazahuas de Toxi, han logrado ascender a ocupaciones de obreros y de empleados, aún actualmente. Esto concuerda con lo expuesto por Muñoz y Oliveira, en el sentido de que sí ha habido absorción de migrantes rurales en la industria y los servicios en años recientes. Sin embargo, queda por explicar porqué ha crecido, entonces, el número de migrantes mazahuas en empleos tales como vendedor ambulante, albañil, bolero, etc.

Por una parte, se hace evidente que han llegado a la ciudad mayor número de migrantes, lo que ha inflado las filas de este tipo de ocupaciones. Por otra, se hace necesario introducir la variable que se ha tocado sólo superficialmente en capítulos anteriores. Este es el factor étnico. Porque, además de que han crecido los grupos dedicados a ocupaciones eventuales, también ha habido una retención más marcada de la lengua, la indumentaria y el estilo de vida mazahuas.

Para intentar explicar, pues, por qué los migrantes campesinos mazahuas han quedado estancados en el último escaño social y ocupacional de la ciudad, recurrimos en los capítulos que a continuación se exponen a la discusión de la naturaleza y repercusiones del hecho de que se trate de un grupo de campesinos indígenas. ¿Cómo influye esto en su patrón de migración? ¿Qué efecto tiene sobre sus posibilidades de ascenso social y económico en la ciudad?

CAPITULO X

TEORIAS SOBRE LAS POBLACIONES NATIVAS DE AMERICA LATINA

El análisis en la sección anterior permitió poner en claro el conjunto de condiciones básicas que confluyen para provocar la migración. Buscando generalizar, se dio énfasis a los cambios económicos estructurales comunes a la región y a otras regiones agrícolas deprimidas del centro de México. Sin embargo, dejamos a un lado los factores culturales que influyen sobre este proceso, y en particular los efectos que tiene la identidad étnica en la migración de los mazahuas. Son estos aspectos los que se examinan en esta segunda sección.

El análisis de datos en la sección precedente mostró, efectivamente, que las causas principales de la migración corresponden a cambios recientes en el equilibrio demográfico y en la estructura económica y política de la región mazahua. No obstante, la *forma* que ha tomado esa migración ha estado determinada por los valores, las costumbres y el estilo de vida de los distintos grupos que han sido señalados en ella.

En el fenómeno migratorio estudiado encontramos dos patrones de migración: el de los mazahuas y el de los mestizos. El primero no sólo es característico de los campesinos mazahuas, sino que muestra rasgos comunes con la migración de los nahuas del Estado de Talxcala, y de los otomíes de los estados de Hidalgo y de Querétaro. De hecho, la encuesta sobre las "Marías", anterior a esta investigación, mostró que existe un patrón de migración especial de campesinos indígenas pauperizados que van a la ciudad de México. A pesar de que pertenecen a grupos culturales distintos, p. ej., nahua, otomí, mixteco, etc., la gran mayoría de ellos ocupan un estrato económico y social similar en la ciudad, se dedi-

can a subocupaciones y viven en conglomerados residenciales con un estilo de vida semejante. Además, las entrevistas señalaron que las motivaciones para migrar, las formas de traslado a la ciudad y de relación con las comunidades de origen son también muy similares. Esto nos permite analizar el caso de los mazahuas como representativo de estos grupos de migrantes indígenas al D. F., en su dimensión étnica.

Ya hemos dicho que los mestizos y los mazahuas, en los dos pueblos estudiados, tienden a migrar de manera distinta. Antes de entrar a examinar estas formas migratorias, sin embargo, cabe aclarar cómo se definen cada uno de estos grupos y en qué consiste la identidad étnica de los mazahuas. Para partir de un apoyo teórico, haremos una breve revisión de las principales teorías que intentan definir y explicar el concepto de indio o indígena y su papel dentro de las sociedades nacionales de América Latina. ¿Constituyen una raza, una casta, o es el indio simplemente un explotado, un colonizado? ¿En qué consiste la barrera étnica entre el indio y el mestizo? Y ¿cuál ha sido y sigue siendo la relación entre ambos grupos dentro de un sistema económico capitalista?

Magnus Mörner, en sus dos libros (1967, 1974) sobre lo que él llama la "mezcla de razas" en Hispanoamérica, hace una reconstrucción etnográfica del papel que ha jugado la miscegenación en la composición de la población de este subcontinente y de las legislaciones que surgieron en torno de ella.

En las primeras épocas de la Colonia, la Corona Española se mostró favorable hacia la miscegenación entre indios y españoles —no así hacia la mezcla de los primeros con los esclavos negros venidos de África. En un principio, los vástagos de estas uniones eran incorporados indistintamente al grupo español o al indio. Poco después, se concedió un estatus legal de "criollos" a los hijos de españoles e indios que fueran legítimos, y, en cambio, los que provenían de uniones ilegítimas y que constituyeran el grupo mayoritario fueron considerados "mestizos" y excluidos de ciertos roles; por ejemplo, no podían ser encomenderos.

Estos distintos grupos humanos que componían la sociedad colonial se designaron utilizando el término de "razas": éstas incluyeron en sus inicios a tres grandes sectores: españoles, indios o naturales y negros. Más tarde se crearon cuidadosamente nuevos términos para referirse a las nuevas mezclas a que daba lugar la miscegenación progresiva; por ejemplo los términos de "mestizo", "mulato", "tente-en-el-aire", etc. Es indudable que, para el pensamiento europeo de la época, la clasificación basada en consideraciones raciales venía a ser la más cómoda y expedita. Se pensaba, efectivamente, que existían diferencias fundamenta-

les de herencia biológica entre los diversos grupos, cuyo comportamiento se explicaba con fundamento en ellas. Lo prueba, por ejemplo, la célebre discusión que sostuvieron Fray Bartolomé de las Casas y Sepúlveda, y la declaración hecha *ex profeso* por el Papa, en 1537, sobre la racionalidad de los indios.

Al consolidarse la estructura de la sociedad colonial, cuyo funcionamiento y conservación dependía de la supeditación de la población nativa, en tanto que mano de obra, a las necesidades del sistema colonial, se hicieron más rígidas las fronteras entre los distintos grupos "raciales". Mörner explica que la Corona Española, a pesar de algunos documentos que muestran que mantuvo cierta ambivalencia a este respecto, se pronunció finalmente en contra de la miscegenación. *Se cristalizó, entonces, lo que fue dado en llamarse una "sociedad de castas"*. Se fortalecieron actitudes discriminatorias contra las "castas", o sea los grupos liminales, y contra los indios y los negros. A medida que avanzó la mezcla racial, a pesar de que ésta era desaprobada, legal y socialmente, se acrecentó el desdén social de la minoría española. "Este desdén imbuía y ayudaba a mantener el sistema social jerárquico unido", dice Mörner (1967: 55).

Lo que sucedió en este momento, a mi parecer, es que *lo que había sido un término de clasificación basado en características raciales, en un contexto inicial desorganizado y tumultuoso, se convirtió entonces en un término de clasificación social*. Julian Pitt-Rivers describe acertadamente esta situación, en la que "...el concepto particular de raza que se utiliza en un contexto específico expresa una distinción inherente a la estructura social, no a la distribución fenotípica de la población. A los individuos se les clasifica, en efecto, no como los vería un observador externo, con una visión científica y objetiva, sino como los ven aquellos que tienen trato con ellos" (1973: 6.)

Este cambio en el significado de la palabra "indio", lo capta Mörner pero no acierta a explicarlo. Faltaría una conceptualización teórica que le permitiera explicar la estructura y cambio social en la sociedad colonial. Pero, más que nada, haría falta hacer una distinción crucial: entre categorías ideológicas creadas y sostenidas por un sector de la sociedad para ciertos fines, y categorías analíticas, aquellas que se derivan de un cuerpo de teoría sociológica. El que la sociedad colonial haya utilizado un término de origen racial, para designar a sus sectores de población, no quiere decir que éste, *ipso facto*, sea significativo a nivel analítico. Mörner percibe tal problema; pero cuando trata de solucionarlo, lo hace más confuso al utilizar otro término, el de categoría "sociorracial", para referirse a estos grupos.

Los mismos datos que aporta Mörner —muestra del rigor y utilidad de su trabajo— nos sirven para corroborar la hipótesis de que la clasificación de los grupos se basaba en su posición social respectiva, y no en sus características fenotípicas, y de que los prejuicios raciales se derivaban de aquella clasificación social *primordial*. Hace notar Mörner que “la condición legal de cada uno de los grupos étnicos que componían la jerárquica estructura social era distinta. Desde luego, tampoco era idéntica con su estado o reputación social, aunque los prejuicios de índole sociorracial de la sociedad no dejaban de influir, poco a poco, en la conducta y en la legislación de la Corona” (1974: 29). Se muestra sorprendido, pues, de que la condición legal de los distintos grupos se jerarquizará de manera distinta del estatus social que se les asignaba, como puede verse en el esquema siguiente (*ibíd.*: 91).

Condición legal

1. Españoles.
2. Indios.
3. Mestizos.
4. Negros libres, mulatos y zambos.
5. Esclavos.

Estatus social

1. Españoles peninsulares.
2. Criollos.
3. Mestizos.
4. Negros libres, mulatos y zambos.
5. Esclavos.
6. Indios (que no fueran caciques).

Si utilizamos aquí la distinción entre *categoría ideológica* —entendiendo como tal cualquier idea que deforma la realidad objetiva con el fin de justificar o explicar una situación social—, que sería, en este caso, el estatus social asignado, y *categoría analítica*, que es la posición de un grupo específico dentro de una estructura social total, podemos explicar esta discrepancia mediante otros datos que da el mismo Mörner, quien señala, además, que “al principio, la tributación en el Nuevo Mundo sólo se im-

puso a los indios. Los mestizos, ilegítimos o no, al igual que los españoles, estaban exentos de tributo, en tanto que los negros y mulatos libres estaban claramente obligados a pagarlo. En el campo, por lo menos, iba a ser prácticamente imposible hacerles tributar, y en las ciudades tampoco tributarían en la misma medida que los tributarios indios. Esta dependencia de la Corona en los tributos de los naturales..." (*ibid.*: 57.) Si enumeramos el orden de tributación de menor a mayor intensidad, resulta lo siguiente:

Jerarquía de tributación

1. Españoles (exentos)
2. Criollos "
3. Mestizos "
4. Negros y mulatos
5. Indios.

Como puede verse, este orden de tributación corresponde a la jerarquía de estatus social, de "prejuicios sociorraciales", como la llama Mörrner. Tenemos bases para proponer como hipótesis, por lo tanto, que estos prejuicios se derivan de la estructura de tributación, precisamente como ideología que, echando mano de rasgos fenotípicos, pretendía justificar y reforzar esa jerarquía de explotación.

Esta pretensión de intentar justificar la sujeción del indio fue aún más necesaria en la sociedad colonial española, a mi juicio, por la presencia de una doctrina religiosa católica que predicaba la hermandad de todos los hombres; máxime porque ella había proporcionado la justificación ideológica de la Conquista: el cristianizar a los indios, para hacerlos acceder a su pleno reconocimiento humano como hombres cristianos. Una vez evangelizados los indios, ¿cómo desdeírse y negarles ese reconocimiento —a pesar de que ya eran cristianos—, negación que se hacía necesaria para poder seguir explotándolos económicamente y sojuzgándolos políticamente. La solución fue seguir enfatizando una diferencia fundamental de naturaleza biológica entre indios y mestizos. Esto lo explica, de manera muy clara, el estudio de Pitt-Rivers. La distinción entre indios y mestizos tuvo que seguir siendo concebida como una diferencia racial: porque, según este autor, la eficacia de este tipo de clasificación social depende precisamente del hecho de que se confunda con el concepto de raza biológica. "Así, el que los racistas recurran constantemente al testimonio de la antropología física proviene, no de una preo-

cupación con los problemas de la taxonomía científica, sino del deseo de dar a sus actitudes sociales una justificación 'natural', y escapar, de esta manera, a la responsabilidad moral que tienen por ellas. Debe pretender tener una objetividad que, por su naturaleza misma, no puede poseer" (*op. cit.*: 10).

A raíz de su separación del imperio español, la nueva sociedad nacional proscribió —incluso mediante legislación explícita en algunos países latinoamericanos— el uso de la palabra "raza" para designar a los indios, los negros y los grupos mezclados. Sin embargo, los más de los términos que designaban grupos intermedios, como "zambo", "cambujo", etc., cayeron, por lo general, en desuso; no así el término de indio. Si bien desapareció de la legislación el término de raza, este concepto siguió siendo empleado para definir la categoría de indio, aún hasta principios del siglo veinte. De hecho, algunos grupos sociales como por ejemplo la clase media de la ciudad de México, lo siguen utilizando de esta manera en la actualidad.

A principios de este siglo apareció otro concepto con que darle contenido a esa categoría: la antropología proporcionó el concepto de "cultura". Los grupos indios se definieron entonces como entidades culturales cuyo engranaje con la sociedad nacional consistía en el cambio cultural o "aculturación". A partir de esta conceptualización de lo indio, los antropólogos dieron forma a varios esquemas, para describir el paso de una entidad a otra. Paso que, como hace notar Pitt-Rivers, los antropólogos culturalistas han tendido a tomar como dado, sin darse cuenta de que parten "...de un sistema único que hace superiores a los ladinos, e inferiores a los indios" cuando, en realidad, se trata de dos sistemas de valores distintos (*op. cit.*: 18.)

Entre los esquemas de este tipo, los más importantes fueron el del *continuum folk-urbano* de Redfield; el de las tres etapas aculturativas de Adams, y el que sirve todavía actualmente, y que parte de la dualidad: sociedad tradicional/sociedad moderna. No repetiremos aquí las críticas que se han hecho a dichos modelos (cf. Pitt-Rivers, *op. cit.*: 16-19; Stavenhagen, 1974: 5-6). Baste decir que han servido estos modelos para la clasificación y descripción del cambio cultural, pero que no aciertan a explicarlo porque carecen de una teoría que les permita esclarecer los cambios de la estructura social en que están ambos grupos.

No se trata, pues, de un mero contacto cultural entre indios y mestizos y/o blancos: puede decirse que lo fue únicamente en los primeros años de la Conquista. Desde el momento en que el colonizador español empieza a depender del trabajo del indio, el contacto cultural azaroso se

convierte en una articulación permanente, concebida ideológicamente como racial o cultural, pero que en realidad se basa en relaciones económicas y políticas sumamente complejas.

El término inclusivo de "indio", como han hecho notar Stavenhagen y Bonfil, engloba un repertorio muy variado de "culturas" que van desde los recolectores y cazadores amazónicos hasta sociedades de una alta complejidad social, política y económica, como lo fueron las sociedades tolteca, maya, mexica, mixteca, incaica y chibcha.

Cuando se intenta definir el grupo "indio" tomando por base los rasgos culturales —y esto se verá con claridad en los capítulos que siguen— se encuentra uno con que éstos se establecen siempre en oposición a las características del mestizo o blanco. Este hecho y el mencionado en el párrafo anterior indican, pues, que este concepto no se refiere a una entidad distintiva *aislada*, sino a un *tipo especial de relación*. Desde este punto de vista, la atención del antropólogo se desplaza del contenido de las tradiciones culturales de cada grupo a la naturaleza de la relación entre ambas poblaciones, tal y como lo postula Barth (1970).

Barth hace notar que, cuando existe una frontera étnica entre dos grupos que han estado en estrecho contacto durante largo tiempo —como sería el caso de los mazahuas y los mestizos—, esta frontera se basa en mecanismos que expresan y justifican continuamente esa división. Así, "la persistencia de grupos étnicos en contacto implica la existencia no sólo de criterios y señales de identificación, sino asimismo de una estructuración de la interacción entre ellos, que permite que persistan diferencias culturales" (Barth, 1970: 16). Una manera en que se hacen persistir las diferencias culturales es mediante una serie sistemática de restricciones a la ocupación de roles sociales. "Considerado como un *status*, la identidad étnica es superordinada a la mayoría de los demás *status*" (*ibíd.*: 17) y define la constelación de *status* que el individuo, en función de su identidad, puede ocupar.

La relación entre dos grupos étnicos puede ser de complementariedad —lo que lleva a la interdependencia o simbiosis— o de estratificación. En el primer caso, se establecen áreas de articulación en las que entran en contacto los dos grupos, puesto que "en aquellas áreas en las que no existe complementariedad, no puede haber fundamento para una organización sobre bases étnicas —tampoco habrá interacción o habrá interacción sin referencia a la identidad étnica—" (*ibíd.*: 18.) En una relación estratificada, "...los grupos involucrados se caracterizan por tener control diferencial de posesiones consideradas valiosas por todos los grupos del sistema" (*ibíd.*: 27).

De lo anterior se deriva que el régimen político bajo el cual viven los dos grupos llega a tener gran importancia, no sólo porque sienta las bases que definen su relación, sino por lo que señala Barth: "...en regímenes políticos en los que hay menos seguridad y en los que la gente vive bajo la amenaza de la arbitrariedad y violencia fuera de su comunidad primaria, la inseguridad por sí sola restringe los contactos interétnicos..."

Si la seguridad de un individuo depende del apoyo voluntario y espontáneo de los miembros de su comunidad, su identificación como miembro de esa comunidad tiene que expresarse y confirmarse explícitamente, y cualquier comportamiento que sea una desviación de la norma puede interpretarse como un debilitamiento de la identidad y, por tanto, de las bases de esa seguridad. En tales situaciones, las diferencias históricas fortuitas de cultura entre las distintas comunidades tenderán a perpetuarse, sin que haya una base organizacional que las sostenga. Muchas de las diferencias culturales que se observen tendrán, de esta suerte, una pertinencia muy limitada a la organización étnica..." (*ibíd.*: 37). Si pensamos en los grupos étnicos de América Latina, la serie de situaciones políticas en que se encuentran es muy amplia, desde el aislamiento y genocidio de las tribus amazónicas, hasta la incorporación forzada de quechuas a las minas en Bolivia, pero siempre *dentro de un contexto básico de supeditación política de todos los grupos indios*. En particular para el presente estudio, dada la situación política de Toxi y Dotejiare descrita en capítulos previos, lo anterior viene a ser muy pertinente en el análisis de la identidad étnica mazahua.

Sobre esta base teórica ha habido varios intentos por definir la naturaleza de la relación entre el indio y la sociedad nacional en Latinoamérica.

La visión más simplista descarta por completo el contenido cultural de ambos grupos y define su contacto como una relación de clase o de explotación. El error de esta interpretación, según Pitt-Rivers, es que, si bien la mayoría de los indios son campesinos y la mayoría pertenecen al proletariado rural, hay grupos que no son campesinos; por ejemplo, los quechuas de Bolivia, que trabajan en las minas, y otros que, por su forma de vida y producción, pertenecen a la clase media. Se confunde, entonces, una probabilidad estadística con una causa, y "...sea lo que sea, la etnicidad no es solamente una cuestión de clase social" (Pitt-Rivers, *op. cit.*: 22).

Aguirre Beltrán, por su parte, la define como relación simbiótica, en la que existe una complementariedad económica entre ambos grupos, la

cual se mantiene gracias a vínculos de dominación ejercidos por los mestizos a través de lo que él llama el proceso dominical. Este consiste en una desigualdad de los dos grupos en el acceso al poder, situación que ha frenado el desarrollo cultural de los grupos indígenas, en general, y que ha creado y consolidado un régimen de castas en las regiones indígenas. A este régimen lo caracteriza basándose en el hecho de que los grupos indios constituyen círculos culturales, económicos y de intercambio matrimonial cerrados, y de que los estatus que particularizan a indios y mestizos son adscritos; es decir, que un indio nace indio, y continúa siéndolo el resto de su vida (Aguirre Beltrán, 1967: 172-177). A pesar de estos elementos, la idea de que los grupos indios constituyen castas no ha tenido mucha aceptación, y sí, por el contrario, críticas numerosas.

Un énfasis mayor al elemento político, en la definición de la relación entre indio y mestizo, es el que da Bonfil, quien propone que la noción de indio surgió por resultado de la situación colonial, y que, por ende, es una categoría política. Lo indio se define por el contraste con el colonizador, y, por extensión, representa lo dominado, lo inferior. Se distingue por la "marca del plural", expresión con la que designa Memmi el fenómeno de la pérdida de la singularidad del colonizado (citado en Bonfil, 1972: 114). "Todos los dominados, real o potencialmente, son indios", dice Bonfil (*op. cit.*: 112). Según este autor, la categoría de indio tiene dos componentes: uno político, que refleja su posición de colonizado, y otro cultural, que se refiere a su herencia de costumbres, valores y estilo de vida material. Sugiere incluso que el término de indio se emplee sólo para referirse al primer componente, y el término de "etnia", para referirse al segundo.

El contenido político de la relación indio/sociedad nacional se ha analizado en la teoría de las sociedades plurales, y la ha aplicado a Latinoamérica, R. Stavenhagen.

Una de las características de las sociedades plurales es que "...la sección dominante se organiza a escala nacional, mientras que la sección subordinada está compuesta por grupos locales" (Kuper, 1971: 602). Dada esta dominación de la sociedad nacional, la cohesión de ella no se da con base en el consenso o en valores compartidos, sigue diciendo Kuper, sino que se fundamenta en el control político, por parte de la sección dominante, o en la interdependencia económica entre los distintos grupos.

Algunos marxistas en su interpretación de las relaciones de los grupos campesinos con la sociedad nacional, postulan que se trata de relaciones

económicas entre dos modos de producción. Partiendo de esta base, se están discutiendo en la actualidad, en América Latina, varias interpretaciones sobre si se trata efectivamente de dos o más modos de producción, o de un solo modo de producción, el capitalista, con remanentes de un modo de producción de mercancías simples o precapitalista. De esta estructura básica se hacen derivar todas las demás instituciones políticas y sociales. Kuper critica esta interpretación afirmando que "las instituciones políticas en las sociedades plurales de ninguna manera son una superestructura construida sobre relaciones de producción; al contrario, es el poder derivado de las instituciones políticas lo que define sensiblemente la relación con los medios de producción" (*ibid.*: 599).

Este punto es de vital importancia: porque si el control político central es lo que mantiene la cohesión nacional en los países de América Latina, y si de éste se deriva la subordinación económica de los indios, de ahí resulta que es primordial el papel que juega la identidad étnica del indio, como basamento de ese control político. El componente político del concepto del indio proporciona la justificación ideológica de esa dominación, haciéndola aparecer como una dominación moral justificada. Es decir, por una parte, al basarla ostensiblemente en diferencias "raciales", morales o culturales, el concepto de "indio" disfraza la situación real que es de opresión política, y, por otra, le otorga la razón a ésta.

¿Cómo se han vinculado las condiciones económicas y políticas con el etnicismo en Latinoamérica, y cómo han evolucionado históricamente sus relaciones? Sobre este punto, puede servir de marco el esquema que propone Stavenhagen (1969: 247-52).

En la etapa de expansión de la economía capitalista, a fines del siglo XIX, las comunidades indias fueron integradas a la nueva economía monetaria que requería de su trabajo asalariado y el control de sus tierras, como sistemas colonizados, convirtiéndose en reservas de mano de obra para las fincas y haciendas en expansión. Hasta ese momento, la estratificación étnica reflejaba la situación colonial en que se encontraban los indígenas. La frontera étnica, a su vez, acrecentaba la corporativización y el aislamiento de las comunidades que se cerraban al exterior en un esfuerzo por conservar su identidad y su cohesión. Y también, como ya vimos, para sobrevivir políticamente.

Al irse modificando el carácter de la economía capitalista nacional, al iniciarse la fase de industrialización y las tendencias monopolistas en la agricultura, se han ido transformando los vínculos con las comunidades indígenas en relaciones de clase. En secuencia rápida, explica Stavenha-

gen: "...la economía monetaria se extiende, las relaciones capitalistas de trabajo y de comercio se generalizan, las comunicaciones regionales se desarrollan y comienza la industrialización local... la estructura corporativa de la comunidad se rompe. Si llega a desaparecer, entonces la estratificación interétnica habrá perdido sus bases objetivas" (Stavenhagen, 1969: 250). Llegado este momento, la frontera étnica constituye un factor de índole conservadora que frena el desarrollo de las relaciones de clase. Entran en juego entonces fuertes presiones ideológicas, tendientes a la integración cultural de las comunidades, a través de las escuelas y de los medios masivos de comunicación, principalmente, que buscan la desaparición de este obstáculo mediante la "aculturación". Si ésta se realiza, se crea entonces una estructura de clases, en la que los indios pierden su identidad como tales y la mayor parte de sus elementos culturales para convertirse en campesinos pauperizados o en proletarios rurales.

Esta breve descripción de la dinámica de las relaciones entre las comunidades indias y la sociedad dominante nos proporciona los lineamientos teóricos que hacen posible entender la historia de la región mazahua y afianzar nuestra interpretación de los datos.

Para recapitular, la discusión presentada en este capítulo nos lleva a concluir que el concepto de indio abarca dos componentes: uno político o sociológico, según Bonfil y Pitt-Rivers, que se refiere a la posición que ocupa el indio dentro de la estructura social y política total, y otro cultural, que señala los elementos de herencia étnica que porta dicho grupo. Ahora bien, la categoría de indio no representa una entidad distintiva y aislada, como se consideraba en la antropología culturalista de principios de siglo, sino que ésta existe en oposición a la categoría de mestizo/blanco.

En el estudio de las relaciones entre los núcleos indígenas y la sociedad dominante, en el contexto de una sociedad capitalista dependiente, es importante tener en cuenta el contenido político de estas relaciones y la manera en que afectan las posiciones de clase económicas de ambos grupos. En este sentido, la utilización ideológica de las diferencias étnicas llega a tener primordial importancia en definir y mantener estas relaciones: surge independientemente del contenido de las culturas, en función de la posición de los dos grupos en la estructura social total, y se mistifica localmente, como prejuicio racial o cultural.

CAPITULO XI

GRUPOS ETNICOS EN LA REGION MAZAHUA

Un antropólogo que partiera del marco teórico implícito en la labor etnográfica tradicional —que los autores mencionados en el capítulo anterior sólo recientemente hicieron explícito—, habría, primero, tomado el concepto de indio como *dado*, como una categoría cognoscitiva neutra, susceptible de servir de punto de partida científico; segundo, lo habría considerado un concepto referido a lo “cultural” —en el sentido restringido de esta palabra—; en consecuencia, se habría entregado a la tarea de darle contenidos al concepto mediante el registro etnográfico de todos los rasgos que podrían identificar al “indio” estudiado como tal. Es decir, sin proponérselo, estaría asentando sobre bases científicas un concepto cuya utilización por las clases dominantes ha sido predominantemente ideológico. Habría mezclado, en su descripción, los *rasgos* objetivos de diferenciación étnica, cómo podrían ser, por ejemplo, la indumentaria, la artesanía, los valores, etc., con los *rasgos* subjetivos propuestos por la sociedad mestiza para identificar a los “indios”. Dicho de otra forma, el antropólogo tradicional, convencido de que los “indios” constituyen una entidad distinta, lo “otro” respecto a la cultura occidental, enumeraría todos los elementos opuestos a ésta para darle contenido a esta “otredad”. En consecuencia, en su relato etnográfico, el antropólogo habría mezclado aquellas características, únicas, distintivas de la cultura mazahua, con aquellas relacionales, cuya pertinencia parte solamente de su oposición a las que corresponden a la cultura occidental. En suma, estaría confundiendo, en la clasificación y descripción de los datos, el componente cultural con el componente político de la definición de indio.

Hechas estas aclaraciones, proseguiremos en la tarea de la manera siguiente: en este capítulo se hace la descripción de peculiaridades de la cultura mazahua que les asigna una identidad étnica distintiva, tanto *vis-à-vis* de la sociedad mestiza, como de otros grupos nativos de México. Sin embargo, la identificación social local que de ellos se hace está también ligada a las definiciones subjetivas que los mestizos y ellos dan de sí mismos. Como medida metodológica, para evitar que se confundan esas apreciaciones con observaciones científicas, se presentan como una serie de *opiniones* sobre diversos puntos. Tales afirmaciones, precisamente por ser subjetivas, no pueden ni probarse ni tomarse por datos concretos, para definir a uno o a otro grupo.

En el capítulo siguiente nos ocuparemos en describir, en el contexto de la historia reciente de la región mazahua, las relaciones que han sostenido los mestizos, en calidad de representantes de la sociedad dominante, con los mazahuas. Es decir, estudiaremos los vaivenes de la línea étnica, según los lineamientos discutidos en el capítulo anterior. Nuestro propósito, en especial, es tratar de explicar por qué esta división étnica está en vías de desaparecer en Santiago Toxi y entre sus migrantes en la ciudad, y por qué lo contrario está sucediendo en Dotejiare y en sus colonias de migrantes. Si logramos explicar esto también habremos logrado explicar por qué los mazahuas se han habituado a un patrón de migración distinto del que siguen los mestizos.

La historia de los mazahuas se pierde en los tiempos pasados y pocos son los datos que nos legaron sobre ellos los cronistas. Fray Bernardino de Sahagún los menciona sólo de paso, diciendo que su apelativo se derivaba de su primer caudillo, llamado Mazatl Tecu'tli. Clavijero anota que "los mazahuas fueron, en algún tiempo, parte de la nación de los otomíes, porque las lenguas de estas naciones no son más que diferentes dialectos de una sola" (citado en Fernández, 1973: 1187.) El mismo autor agrega que "sus principales poblaciones se formaron en las montañas occidentales del Valle de México que componían la provincia de Mazahuacán, perteneciente al reino de Tacuba" (*ibíd.*). Existen referencias a los pueblos de Atlacomulco, Ixtlahuaca, Xiquipilco y Xocotitlán, con indicaciones de que formaban parte de la provincia tributaria de Xocotitlán.

El glifo de Mazahuacán, plasmado en el Códice Mendocino, indica que su población principal era Xocotitlán, y que "sus habitantes se dedicaban a la cacería de venado y se pintaban con rayas de diferentes colores el rostro" (*ibíd.*) No dejan de ser significativas las evidencias de estos textos y otras diversas; por ejemplo, el hecho de que no existan rui-

nas *importantes* de asentamientos urbanos —a excepción de algunos restos encontrados en el Cerro de la Silla y que probablemente corresponden a un sitio ceremonial—, induce a pensar que se trataba de un grupo nómada de recolectores y cazadores. Esto habría determinado el que no hubieran desarrollado una cultura distintiva vigorosa, capaz de sostenerse frente a la invasión de la cultura española y podría aclarar por qué los mazahuas, después de la Conquista, permanecieron en el olvido, en un rincón desconocido de la sociedad colonial y de la nacional. A partir de 1970 aparecen en la crónica nacional, cuando se descubre súbitamente y con gran sorpresa su existencia gracias a la invasión que hicieron las “Marías” a la ciudad de México. Es una demostración más de que, para figurar en la historia, hay que ir a sentarse frente a la puerta donde se la escribe.

Durante el siglo XVI ocurrieron las primeras incursiones militares y políticas de los españoles en tierras mazahuas, para asegurar el control de la zona, puesto que era el paso hacia Morelia al occidente y hacia Querétaro al norte. Con ese fin se establecieron varias haciendas; entre las principales, la de San Felipe de Ixtlahuaca, la de San Miguel el Grande, San Miguel Enyejé y la hacienda del Obraje. Las mismas haciendas, como la del Obraje, con objeto de asentar a la población mazahua “para combatir el bandolerismo” (G.E.M., 1973: 14), aunque muy probablemente también, para contar con un centro de mano de obra para las haciendas, “resolvieron ceder (sic) terrenos a los mazahuas en los cuales establecer su pueblo” (*ibíd.*). Así, el asentamiento de los mazahuas corrió paralelo al establecimiento de haciendas.

Durante los dos siglos siguientes, la Corona Española, desde su trono en Madrid, a través de su emisario, el virrey, concedió mercedes de tierras a la región mazahua a españoles, y éstos fundaron “sitios de estancia para ganados” y “obrajes”, o sea talleres de textiles, en especial de tejido de lana. Es interesante notar que las artesanías de ahora que se atribuyen a la cultura “indígena” otomí y mazahua, como por ejemplo el tejido de prendas de lana, fue introducida en la época colonial por los españoles. Lo mismo puede decirse de otras artesanías, tales como el trabajo de la plata de San Felipe del Progreso.

Durante la contienda de la independencia, en 1810, la población criolla y mestiza de la región participó poco en la lucha, recibiendo al ejército de Don Miguel Hidalgo y Costilla en Ixtlahuaca, por ejemplo, y fusilando a un hermano de Don Ignacio Rayón, en ese mismo lugar. Pero los mazahuas, como eran “indios”, no eran protagonistas de la historia que importaba, así es que casi nunca son mencionados. En los raros ca-

sos en que aparecen en los escritos, como los ya citados del viajero Rivera Cambas y la marquesa Calderón de la Barca, siempre lo hacen en calidad de "indios" siervos de las haciendas.

Cuando figuran por primera vez en la historia nacional, en oscuros libros académicos de principios de siglo, tan sólo se dice de ellos que hablan una lengua llamada mazahua. Poco después, en los años treinta, Jacques Soustelle les da vida como grupo cultural al comentar los oratorios de los mazahuas. Entran en los anales de la antropología, pues, como una "cultura" susceptible de ser registrada y estudiada. Desde ese momento, y hasta 1974, se refuerza la idea de su existencia a través de un número muy reducido de artículos y publicaciones de tipo antropológico.

Los mazahuas o mazahueros, como se llaman a sí mismos, se distinguen de los demás grupos culturales circundantes —mestizos, otomíes, matlatzincas y purépechas— por la lengua, la indumentaria, las creencias y prácticas religiosas, y algunos aspectos de su cultura material.

La lengua mazahua pertenece, junto con la otomí y el matlatzinca, a la familia lingüística *Oto-Pame*. Es una lengua tonal y aglutinante. No existen textos escritos en ella, a excepción de un diccionario de tiempos coloniales y algunas cartillas publicadas por la Secretaría de Educación Pública. Al igual que en épocas anteriores, se dice que el mazahua está desapareciendo; pero, de hecho, en números absolutos, la cantidad de hablantes de esta lengua, si nos atenemos a las cifras censales, no sólo se ha mantenido a un mismo nivel, sino que incluso ha aumentado.

La indumentaria es el rasgo más visible de la identidad étnica mazahua. El traje de hombre, sin embargo, casi ha sido completamente sustituido por ropa de tipo urbano. El tradicional consistía en un calzón y camisa de manta, una faja ancha, huaraches y un sarape terciado, distinto del que hacen ahora en la región. Puede decirse que éste es el *uniforme del "indio"*, uniforme que surgió durante la Colonia, casi sin excepción, en todos los grupos "indios" de México. Como tal, no es privativo de ninguno de ellos; es decir, no es herencia de ninguna cultura prehispánica. En el caso de los mazahuas, no puede afirmarse que pertenezca a su cultura, puesto que lo más probable es que en la época prehispánica hayan usado algún tipo de taparrabo, la vestimenta usual entre los grupos nómadas. Si acaso, los huaraches y la faja pueden haber persistido desde entonces; pero el calzón y la camisa, el sarape y los accesorios, como el sombrero y el machete, son de origen español.

El vestido femenino consiste en un "corte" o "lía" o falda; una "manta" o enagua —generalmente llevan varias enaguas debajo de la

falda, una de ellas bellamente bordada en el extremo inferior y que asoma bajo la falda—; un “chincuete” o faja, y un “saco” o blusa confeccionada de telas como satén, charmés, terciopelo cristal o brocado de colores muy brillantes. Su confección merece mención especial; la blusa es muy corta, apenas llega a la cintura, y tiene en el frente gran número de pequeñas alforzas. En su hechura recuerda claramente el tipo de blusa que usaban las mujeres mestizas todavía en el siglo pasado. Sobre la falda, las mazahuas llevan un delantal del mismo tipo de tela de la blusa. Complementa el traje un rebozo común, y se adornan, además, con collares, borlas de estambre en las trenzas y arracadas —aretes grandes y redondos— de plata.

Al igual que el traje del hombre, la mayoría de sus componentes no son prehispánicos. El único que puede considerarse como tal es la faja. Todo lo demás, y en especial las técnicas de confección, tanto de la falda como de la blusa y el delantal, las han ido recogiendo a lo largo del tiempo de sus contactos con la sociedad mestiza. Esto ha dado por resultado una situación muy curiosa. Como la sociedad nacional se rige por la moda, cada vez que recogen las mazahuas algún elemento de esta última, cuando lo llegan a utilizar, éste ya pasó de moda y se considera, otra vez, que van “atrasadas”. El juego de palabras no es casual: uno de los atributos de la cultura “india”, a ojos de la sociedad nacional, es su irreconciliable atraso, el cual nace de nuevo en cada época.

Otro rasgo especial de los mazahuas se refiere a la arquitectura de sus casas, cuyo conocimiento comparten con los otomíes. Consiste en que las casas son casi siempre de dos piezas, con un pequeño portal de una sola entrada, flanqueada por dos ventanas. La cocina es una pequeña pieza, construida normalmente de bajareque o de varas recargadas sobre la pared lateral de la casa. La entrada del portal da sobre un patio cercado por el corral, el troje o almacén de maíz y las pilas de rastrojo. En el patio se llevan a cabo la mayor parte de las actividades caseras como lavar, bañarse, comer y las conversaciones familiares.

Como elemento cultural muy distintivo, tienen los mazahuas unas pequeñas construcciones en forma de casitas miniatura que son sus oratorios domésticos. En su interior, guardan el altar familiar, y frente a ellos hacen casi todas sus prácticas religiosas familiares. Los otomíes tienen también estos oratorios, pero éstos son del tamaño de una casa normal, y los comparten varios grupos domésticos vinculados con parentesco lineal. Entre los mazahuas, por el contrario, cada grupo doméstico, al convertirse en una unidad de producción, erige su oratorio propio. La consagración de él se efectúa mediante una ceremonia extraordinaria

presidida por el padrino de oratorio. Aunque las imágenes y rezos, en torno de los oratorios, son católicos, y los mazahuas los consideran parte de sus prácticas dentro de la religión católica, es casi seguro que su origen es prehispánico, y que las delicadas pinturas de animales, plantas y flores con las que los adornan estén asociadas a creencias mágico-religiosas antiguas.

En cuanto a reglas de comportamiento social, se hace muy difícil separar los que podrían considerarse netamente mazahuas, de los de grupos nativos vecinos. Esto incluso requeriría de una investigación especializada. Sin embargo, hecha esa salvedad, los mencionaremos para redondear la presentación de sus principales rasgos culturales. Son especialmente evidentes, entre los mazahuas, los siguientes valores ideales: la obediencia absoluta a los padres; el apoyo incondicional a parientes lineales y colaterales hasta el tercer grado —es interesante que, según varios informantes, esta norma se ha visto muy debilitada en las últimas décadas por la precaria situación económica de las familias—; la sumisión total a la autoridad, ya sea respecto de los padres, como dejamos dicho, ya sea respecto de personas de edad, siguiendo una práctica gerontocrática, o también si se trata de personas en puestos de autoridad, *v. gr.* mayordomos, fiscales y, por extensión, delegados municipales, maestros, etc.; y finalmente, el gasto del excedente económico en prácticas religiosas y ceremoniales. Otros valores se entremezclan ya con los valores mestizos.

Los rasgos descritos en las últimas páginas son los únicos que distinguen a la etnia mazahua de los demás grupos sociales del país. Sorprende, en realidad, que sean tan pocos. Puede decirse que la lengua es casi el único pilar de la cultura mazahua prehispánica. El otro rasgo importante, la indumentaria, como observamos antes, tiene un origen mezclado. Creemos que esta pobreza de herencia cultural distintiva, que contrasta con las manifestaciones de la cultura de otros grupos indígenas actuales de México, se debe a que el modo de vida nómádico de los mazahuas, en tiempos prehispánicos, no hizo posible un desarrollo cultural muy complejo.

Comparten algunos rasgos culturales, en primer lugar, con los otomíes, y también con otros grupos nativos. Sería demasiado largo entrar a enumerar con detalles estos elementos, y para los propósitos de nuestra discusión basta mencionar que se relacionan con el sistema de cargos religiosos y civiles del gobierno tradicional, el que, por cierto, casi ha desaparecido en Toxi; en Dotejiare sólo se conservan los cargos religiosos: mayordomías y fiscalías. En cuanto a valores, comparten los re-

lativos a normas de parentesco y de compadrazgo, algunos sobre el matrimonio y la familia, y sobre la socialización y educación de los hijos, y aquellos que tienen conexión con el comportamiento hacia grupos y personas con poder. En su cultura material, comparten el tipo de mobiliario de casa, los utensilios de cocina y enseres domésticos, algunos instrumentos agrícolas y ciertas técnicas artesanales. Ya hicimos notar que algunos elementos de la indumentaria son comunes a los de otros grupos indígenas.

Los rasgos mencionados hasta aquí son los que identifican a los mazahuas como unidad étnica, o sea, como grupo humano, único e histórico. Otros criterios utilizados para identificarlos, son relacionales; es decir, dependen de la comparación con la sociedad mestiza. A continuación se exponen esos criterios a través de una serie de opiniones que, en su conjunto, nos da una idea de la concepción que se tiene localmente, y de las características de mazahuas y de mestizos, y de sus relaciones.

La actitud general del mestizo para con el mazahua se resume en estas palabras de la maestra de Dotejiare: "El adulto mestizo considera al indígena un ser inferior, y eso lo noto cuando mis alumnos inditos se quejan de los comerciantes, pues les tiran el bulto. Yo les digo: —Ustedes no sean tan mal educados como ellos, y pidan las cosas por favor. Igual hacen con los grandes, que al ir a comprar un refresco se lo avientan". La misma maestra, casada con Don Anastasio, que es mazahua, sigue diciendo: "...Los mestizos son unos ignorantes y borrachos, y a nosotros (a ella y su esposo mazahua) nos tienen envidia. Creen que con tratarnos mal aún son superiores a nosotros. Ellos son las 'personas de razón', y ven a los indios como personas 'sin razón'. Yo opino que todos tenemos razonamiento, lo que pasa es que muchos inditos no saben leer. En cambio, los hijos de los mestizos son unos borrachos".

Entre los atributos negativos que se les asigna a los "inditos", está precisamente el de la embriaguez. Según un profesionista mestizo de Ixtlahuaca: "una de las pruebas de la resistencia al cambio de la familia mazahual (sic) se evidencia en su tradicional costumbre de tomar el pulque. Ellos eran hermanos de los aztecas, pero los echaron de Tenochtitlán por borrachos. Se instalaron en Ixtlahuaca, mas de allí también los despacharon, por la misma razón, y se radicaron en Santiago Toxi. Frecuentemente se ven en las tiendas y en los expendios de pulque hombres y mujeres con su traje tradicional, ingiriendo pulque ya borrachos o semiborrachos". Aquí se nota claramente cómo, a través de una observación acerca de una minoría de mazahuas, se teje toda una interpretación del carácter de los mazahuas, e incluso de su historia. Un observador

imparcial pronto se da cuenta de que el índice de embriaguez es similar entre mazahuas y mestizos. Así, pues, era de esperarse que encontraríamos la opinión contraria. Una señora mazahua de Dotejiare dijo, por su parte, que "en relación con los mestizos, los indígenas tienen la mente más limpia. Los mestizos desayunan pulque, por eso son más atarantados. A las diez de la mañana, ya están durmiendo".

Otro atributo que los mestizos le atribuyen a los mazahuas es que son hipócritas y que mienten. En esta declaración de una joven alfabetizadora de Ixtlahuaca resalta lo anterior, curiosamente unido a la buena intención de ver positivamente la cultura mazahua. Comentando un proyecto escolar en Toxi, dijo: "También se propone hacer comprender a los indígenas lo interesante de su cultura, lo bonito del idioma mazahua. También hacerlos sentir más humanos, es decir, tratarlos como seres humanos. Así, ellos se sienten mejor, y aunque están a la expectativa, son menos esquivos, un poco más confiados. Su misma desconfianza los lleva a mentir. Cuando se le pregunta a un alumno qué sabe, dice que nada, y después resulta ser de quinto o sexto año (de primaria)".

La timidez es un rasgo que también se considera típico de los mazahuas: "Sí, era bien miedosa la gente, cuenta una señora mestiza de Toxi, *namás velan venir gente de fuera y corrían a esconderse en el tapanco (debajo de las vigas del techo).*" Una muchacha mestiza de Toxi, casada con un mestizo de Atlacomulco, comentó un día: "No quiero, mejor dicho, no quiere mi marido y la familia que nos quedemos en el pueblo (Toxi), porque las niñas asimilan las costumbres. Ya las niñas están perdiendo la costumbre de saludar y de hablar con extraños, y a ratos se portan como los otros niños (mazahuas) del pueblo".

Otra característica que los mestizos comentan entre ellos sobre los mazahuas es su laxitud de costumbres sexuales. Una señora mestiza de Dotejiare comentó indignada: "Me he dado cuenta que aquí no se enamoran. El sexo es como una necesidad vital, así como el comer o dormir es un instinto. No sienten nada, por eso ya a los quince ya no son vírgenes. La mujer aquí es temperamental y ofrecida. Se toma unos tragos y en el camino a su casa la cogen por ahí dos o tres veces, y llega a su casa como si nada. El hombre puede resistir a cuatro mujeres a la vez... Los hombres, en la mayoría de los casos, tienen dos mujeres, y con cada una de ellas, muchos hijos; y cuando uno les pregunta por qué tienen tantos hijos, contestan que para cuidar borregos. A veces, los padres cuidan más a los animales que a sus hijos, son más productivos". Esta laxitud la hacen extensiva a las "Marías" en la ciudad, de las que nos dijo otra informante de Dotejiare: "A las 'Marías' y a los hombres de ellas, les ha

gustado vivir en México, porque ganan fácil el dinero y pueden seguir su vida de promiscuidad que desde aquí están acostumbrados. Me he enterado que, por la calle de Belisario Domínguez, viven como 200 gentes. Duermen todos amontonados, a veces se emborrachan mujeres y hombres, y se duermen todos juntos. Las mujeres a veces no saben de quién es el hijo. Cuando se les pregunta sobre el papá de su niño, lo que contestan es: —Pues me fracasé—. Este comentario es exagerado: los mazahuas en la ciudad sí viven amontonados porque no pueden pagar rentas más altas; pero los grupos se rigen estrictamente por reglas familiares de comportamiento. Obviamente, hay sus excepciones, las cuales se toman para emitir opiniones como la anterior. Esto es lo significativo: que, en general, las opiniones se basan en excepciones y no en regularidades.

Se dice también de los mazahuas que no tienen “voluntad de superación”: “Las aspiraciones de los niños y de las niñas son casarse, por eso lo hacen tan jóvenes. Los niños no tienen ningún tipo de inquietud, no desean sobresalir...”, comentó una maestra de Toxi. Discutiendo la posibilidad de que las mujeres mazahuas de Dotejiare vendieran el cardado y tejido de lana que hacen, dijo un hombre mestizo: “Esta gente las podría comerciar, pero no ve más allá de sus límites. Harían buen negocio, y así, ahorrarían; pero se conforman con ir la pasando. No les interesan las mejoras que se hagan”.

Este punto de vista sobre la actitud pasiva de los mazahuas, se ha fortalecido por las dificultades que encontraron las industrias de la zona en reclutar una planta estable de obreros. Citaremos nuevamente la opinión del gerente de la fábrica de Pastejé: “Hace nueve años (al establecerse la fábrica) sí hubo problemas, porque esta gente (los mazahuas) no tenía necesidades de vestido o de comida. Llegaban a trabajar dos o tres semanas, ya tenían el dinero y se iban. No tenían en qué gastarlo. Se quedaban nada más con el dinero. Lo guardaban hasta que se les acabara o lo gastaban en pulque. Había que crearles necesidades”.

Las opiniones de los mestizos son ambivalentes en cuanto a la transculturación de los mazahuas. La maestra de Dotejiare, por ejemplo, comentó que “algunas (jóvenes mazahuas) van a México y traen ciertos adelantos, como uñas pintadas, cachetes rojos, que parece que vienen de Perote. Usan papel de China para pintarse, y en varias ocasiones me han llegado así a la escuela. Me enojo, diciéndoles que aquí no se viene como payaso, y las mando a lavarse la cara”. En cambio, la dueña de una tienda en Toxi, también mestiza, dijo que “actualmente los jóvenes ya no quieren trabajar en el campo, las mujeres tampoco. Ahora ya tra-

bajan y se arreglan y visten minifalda, que namás se agachan y ¡hasta los calzones se les ven! Dentro de poco, ya todas las muchachas van a andar todas pintadas. Gracias a Dios, todo se lo debemos a la fábrica (de Pastejé)"

El atributo principal con que se califica a los mazahuas es que "no tienen educación", "no tienen los conocimientos", son "atrasados" e "incivilizados". En definitiva, se dice que *carecen* de algo, y este algo viene siendo la inasible civilización mestizo/occidental. Es sumamente importante que los mazahuas mismos acepten esta idea. Esteban Luciano, un joven mazahua de Toxi, que vivió varios años en la ciudad, hablando con entera franqueza se expresó de esta manera: "Pos fíjese, como a nosotros no nos dieron la lectura, a (la ciudad de) México nomás vamos a trabajar. Ora sí que como burritos. Puro cargadores. No trabajamos (de contadores) en las bodegas, para eso se necesita saber hacer cuentas, y para eso nosotros no tenemos la lectura. A puro pulmón nos defendemos. De la burriada somos". Otro comentario similar: "Nosotros (los mazahuas) tenemos nuestra lengua, así como hablamos; pero ¿de qué sirve que nosotros hablemos así, si no podemos entender cómo se habla (el castellano)? Estamos como burritos, no entendemos."

A su vez, la mayoría de los comentarios de los mazahuas relacionan esta falta de conocimientos con su falta de acceso a buenos empleos, como lo muestra la afirmación de Esteban Luciano, y como se nota a continuación en lo declarado por otro informante mazahua de Santiago Toxi: "Es que el pueblo se ha levantado, se ha controlado. Ya la gente habla castellano. Antes puro mazahua. Se han compuesto, por causa de la industria (de Pastejé). Ahora los muchachitos ya saben leer... Si yo cuando estaba como mi chamaca (a los diez años) no hablaba el castellano. Si yo lo fui a aprender a (la ciudad de) México. Por eso queremos que los chamaquitos hablen español. En el pueblo ya no encuentra usted chamaquitos que hablen mazahua. Mis dos chamacas grandes sí hablan el mazahua, pero la chiquita ya no. Le decimos que le vamos a cortar la lengua si lo habla... Así, si viene gente de fuera, puedan hablar con ellos. *Ya se pueden ir a trabajar a (la ciudad de) México*".

Por la visión tan incisiva que ofrece de lo anterior, transcribimos en seguida la conversación sostenida con José Sánchez, un joven padre de familia, de 35 años, de Toxi.

Pregunta:

¿A qué le llaman indito?

José:

Bueno, pues indio le decimos primeramente al que habla como hablamos los de aquí, que habla el dialecto, que vive en este pueblo. Luego, es el que no tiene estudio ni nada de esas cosas. Es el que no tiene civilización. No somos civilizados. Por causa de que nuestros padres no nos dieron civilización, no sabemos leer, y digamos, nuestros padres no sabían; pero nuestros abuelos eran peores. Ya nuestros padres eran menos malos. Y nosotros queremos que nuestros hijos ya aprendan a expresar, a conocer. Que salgan (del pueblo). Los que se van a México, ya ve que hacen dinero, ya vienen con ropa bien, su camisa, sus pantalones acampanados. Ya son capaces de orgullo. Si vienen al pueblo, ya no vienen como se fueron, de huaraches. Vienen civilizados. No es como antes que le decían (haciendo el gesto de empujar a un lado) —Hazte un lado, Juan—, como si nada. Ahora ya le dan su lugar. No le dicen Juan, sino don Juan. Es gente que ya saben de expresión, no como nosotros.

Por eso nuestros hijos queremos que se civilicen, porque nosotros no tuvimos, digamos, la oportunidad. No se dejaba estudiar, no había escuela. Estudiaban, sí, los hijos de los señores de por aquí, pero a nosotros no nos dejaban, por eso ya que nuestros hijos dejen de hablar mazahua.

Pregunta:

¿Pero entonces va a desaparecer el dialecto, ustedes quieren eso?

José:

Yo sí estoy de acuerdo. Porque, pongamos por caso, yo ¿adónde fui a aprender el español? Apenas a los 16 años cuando me fui a México. Allá ya vi. Aquí se entiende cuando habla el mazahua; pero en México, ¿quién va entender? Mejor que mis hijos aprendan el español. Por eso así pensamos exterminar el mazahua.

Pregunta:

¿No es una lástima, habiendo tantas tradiciones mazahuas?

José:

Pero, señorita ¿no es lo que quiere el gobierno? Porque aquí hablamos, pero solamente aquí con los que viven. Mejor que hablemos como se entienda en otras partes, así en la nación. Así hacemos patria.

Pregunta:

¿Y usted se siente mazahua o mexicano?

José:

Pues yo, primero, me siento mexicano (dicho con énfasis). Estamos en la nación ¿no? Luego, como gente de aquí del pueblo, pues hablo el mazahua. Pero el pueblo tiene que progresar; que nuestros hijos mejoren.

Pregunta:

¿Usted cree que si aprenden español pueden mejorar?

José:

¡Huy!, sí. Puede llegar a pedir trabajo, y el jefe le dice: —¿Qué conocimiento tienes?— Y si no tiene conocimiento, no le dan el trabajo. En cambio, si sabe expresarse bien, le dicen: —Vente aquí, para que te ganes tu centavito—

Las declaraciones de José no podrían ser más elocuentes, ni su visión de su propia identidad más patética. Está dispuesto a que se “exterminen” la cultura mazahua, porque, en cambio, se le ofrecen ventajas: el no ser empujado a un lado, el no ser despreciado socialmente, el llegar a adquirir el *status* de *Don* y el tener acceso a un trabajo bien remunerado.

Una y otra vez, reiteran los mazahuas de Toxi la idea expuesta. Una muchacha joven, que trabaja de sirvienta en la ciudad, explicaba: “En aquel entonces (en el pueblo) estábamos cerrados los ojos, nunca fuimos a la escuela. Esa señora con la que trabajaba, me mandaba a traer la masa. Cómo estaría yo, que no sabía lo que era la masa. Por eso me regañaba la señora y me decía india.”

Sobre todo, por lo tocante a la migración, consideran a estos “conocimientos” como el punto clave para tener éxito en la ciudad. Un migrante de retorno de Toxi, explicó así su fracaso en la ciudad: los que salieron con él a la ciudad “...pues pusieron su puesto y se metieron al comercio, y así se hicieron de centavos. Ya pusieron su casita. Pero yo no sé leer ni escribir, no pude poner un comercio. Es que antes no había escuela (en el pueblo), por eso no sé leer. Para ser comerciante, se necesita saber leer, para poder hacer las cuentas, y ver si le va a uno bien, y seguir comprando. El que no sabe leer, no sabe ni en la calle que anda, es como mudo.”

Sólo unos cuantos mazahuas se rebelan contra el concepto que se les da de sí mismos. Dijo uno con vehemencia: “Porque nos ven inditos, creen que nos pueden sorprender; pero no, señores...” Y en un mercado de un pueblo de la región, una señora volteó a mirarnos a mí y a mi compañero de trabajo, y dijo con desprecio: “Yo soy india, ustedes son cruzados”.

Sólo muy pocos, los líderes, tienen una visión más amplia de su situación. Por ejemplo, Antonio Sánchez, un líder mazahua, comentó: “Allá en el Zócalo, un día, un señor me trató de indio, y le dije que, gracias a Dios, nosotros nos agachamos sobre el surco, que sudamos, porque nos ven mechudos, pero somos los que estamos manteniendo a (la ciudad

de) México, porque todo lo que vemos (en la ciudad de México) lo traen del campo, el maíz, el pescado, todo."

Un último punto importante es que si se presiona a fondo a los mestizos para que definan con exactitud las diferencias entre ellos y los mazahuas, terminan casi siempre por admitir que "todos somos indios". Tal idea se origina, sin duda, en la religión católica, como lo comprueba este comentario típico: "*Dios existe, todos creemos en El; por lo tanto, todos somos iguales. Además, ¿quién es la Virgen de Guadalupe? Es negra, y todos la reconocemos como nuestra madre. Entonces, no hay con qué zacate limpiarse, todos somos iguales.*" A pesar de eso, o, más bien, partiendo de esa base, surgen las salvedades, al estilo orwelliano de que "algunos son más iguales que otros". Platicando sobre los mazahuas que duermen en su vecindad, una señora urbana dijo literalmente: "*claro que todos somos inditos, pero unos más que otros.*"

Si analizamos las opiniones dadas a conocer en páginas anteriores, podemos concluir que existen ciertos rasgos *objetivos* que identifican a los mazahuas como grupo étnico. Pero, a la vez, existe otra serie de criterios *subjetivos* que se manejan *socialmente* para definirlos. Estos criterios van unidos o parten de varias concepciones sobre el indio. Entre los mestizos, pueden aislarse analíticamente cuatro conceptualizaciones sobre lo que son los mazahuas, *en su calidad de indios*:

1) Aquella que les confiere una naturaleza humana distinta; idea que subyace en la designación que hacen los mestizos de sí mismos, como "gente de razón", pues les atribuyen a los mazahuas, en tanto que indios, una incapacidad biológica de razonar.

2) La que define a éstos, en virtud de la carencia de "educación" y "conocimientos". En consecuencia, se concibe su cultura como "atrasada" o caracterizada por su falta de "civilización".

3) La visión romántica que los considera incomprendidos y "fregados", y que va aunada a una actitud de caridad, que también los inferioriza, puesto que implícitamente les atribuye una impotencia que se refiere a lo moral, no a lo político.

4) La que sigue los cánones de la doctrina de la Iglesia Católica, afirmando que todos los hombres somos hermanos, sin exclusión de los indios.

Entre los mazahuas, las conceptualizaciones sobre sí mismos están más polarizadas. Hay dos tendencias principales:

1) Una que internaliza la imagen de "atraso" e "incivilización" que les atribuyen los mestizos, y acepta que su cultura debe desaparecer, a cambio de lograr ventajas económicas y sociales específicas.

2) Otra que, a pesar de esa imagen negativa que les presenta la ideología dominante, intenta reafirmar su cultura, denigrando a su vez a la mestiza.

Lo interesante de lo anterior, en torno al tema de este trabajo, es que la mayoría de los mazahuas de Santiago Toxi externalan la primera opinión, y la mayoría en Dotejiare, la segunda. Esto intentaremos explicarlo en el capítulo siguiente, analizando los cambios estructurales que van asociados a estos dos tipos de conceptualización.

Por lo demás, el análisis permitió confirmar algunas de las hipótesis presentadas en el capítulo anterior. Encontramos que, en efecto, existen diferencias importantes entre los atributos que se invocan para distinguir a los mazahuas. Por una parte están los rasgos objetivos: elementos de cultura material, costumbres religiosas, indumentaria y lengua, que los identifica como unidad cultural independiente, como *etnia*. Pero son sólo unos cuantos.

En cambio, los rasgos que mencionan los mestizos para definirlos como *indios*, se basan en una serie de oposiciones: capaz de razonar/incapaz de razonar, poseedor de conocimientos/carente de conocimientos, no borracho/borracho, atrevido/tímido, honesto/mentiroso, con afán de superación/sin afán de superación, flexibilidad en costumbres sexuales/rigidez en costumbres sexuales. Es decir, se les identifica por no comportarse como los mestizos o no poseer lo que poseen éstos. Saltan a la vista desde luego varios hechos significativos: primero, se confirma la tesis compartida por Pitt-Rivers, Barth, Stavenhagen y Bonfil, entre otros, de que el *indio* se define sobre todo en virtud de su relación con la sociedad mestiza. El caso concreto analizado mostró que este aspecto es el que lleva mayor peso en la definición de los mazahuas como grupo. Segundo, la valoración que se hace de los distintos atributos parte de un juicio basado en pautas culturales específicas de la cultura mestizo-occidental. La falta de conocimientos técnicos, la flexibilidad en costumbres sexuales, el grado de embriaguez, la timidez, todo ello se mide según una norma. Esta norma está constituida por las reglas culturales ideales de la sociedad mestiza. Por ejemplo, la falta de conocimientos técnicos se mide por la conveniencia con que la sociedad mestiza tecnocrática ve en la adquisición de dichos conocimientos. Con todo esto, queremos demostrar que la adjudicación de casi la totalidad de los rasgos mencionados se basa en un juicio de valor que se utiliza ideológicamente con ciertos fines. Por tanto, únicamente resulta útil en la clasificación e identificación de los grupos étnicos. Esta identificación es simplemente heurística, y sólo resulta significativa como punto de partida para otro tipo de análisis.

sis: el que trata de explicar la existencia misma de esa distancia social o frontera étnica.

Frente a atributos ya desmistificados por la ciencia; por ejemplo, el que los "indios" no pueden razonar, hay que encauzar el análisis, ya no hacia el contenido de las conceptualizaciones enunciadas, sino hacia la utilización que se les da socialmente. Esto es, su uso ideológico. En el caso concreto estudiado, es evidente que el efecto que se busca es el de reforzar la distancia social entre "indios" y mestizos.

Para poder explicar esta necesidad de seguir reforzando una barrera étnica, no es suficiente enumerar y discutir los distintos rasgos atribuidos a "indios" y a mestizos, como se ha hecho en los estudios etnográficos tradicionales, sino explicar qué significado tiene la manipulación social de estos rasgos, por parte de uno u otro grupo, dentro de la estructura social total. Esto es lo que se intenta analizar en el capítulo que sigue.

CAPITULO XII

RELACIONES ENTRE MAZAHUAS Y MESTIZOS

Sin ánimo de repetir lo expuesto en el capítulo de historia local y regional, nos proponemos reinterpretarla a la luz de la perspectiva sobre relaciones interétnicas elaborada en capítulos anteriores. El análisis consistirá en tratar de vincular la estructura social y económica de la región, en diversos periodos, con las distintas conceptualizaciones que se han hecho de la naturaleza del grupo étnico mazahua. La premisa teórica de la que partimos es la de que existe una estrecha relación entre un contexto social y concreto y la conceptualización que se hace de las relaciones entre las clases sociales que lo componen. Esperamos que este análisis explique cómo ha variado la línea divisoria étnica entre los dos grupos, superponiéndose a una división de clase, y de qué manera ha influido aquélla en los patrones de migración.

A principios de siglo, las relaciones de producción en las haciendas y las minas se reflejaban en una estratificación social piramidal. La punta superior la ocupaban los propietarios de las haciendas y los gerentes de las compañías mineras, en su mayoría extranjeros. La capa media, formada por capataces y administradores de las haciendas y por técnicos y administradores de las minas —esto último lo suponemos, pues no tenemos datos al respecto—, era ocupada por los llamados “mestizos” de la localidad. Según algunos informantes, se les denominaba también “gente de razón”, pero otros afirman que este apelativo se aplicaba sólo a los “patrones”.

La separación social entre los dos estratos superiores y el inferior —los campesinos, en su mayoría, mazahuas— era muy marcada. Estos no hablaban castellano —los capataces eran los intérpretes—, vestían la indus-

mentaría tradicional y llevaban un estilo de vida especial. Se les llamaba "indios", "naturalitos" o "aborígenes". Nunca se referían a ellos como mazahuas, que es el término que corresponde a su cultura. Tampoco hacían distinción entre ellos y los otomíes de la zona adyacente a Jocotitlán, Jiquipilco y Acambay. Esto significa que, *en la ideología de aquella época, las peculiaridades culturales de estos dos grupos eran menos importantes que su posición de clase*. El que constituyeran, por una parte, la mano de obra asalariada en haciendas y minas, y por otra, un campesinado de subsistencia, permitía agruparlos en una sola categoría: la de "indios".

La base de la estructura social era la propiedad latifundista de la tierra y las concesiones mineras, *efectos ambos de un mecanismo común que era el pleno apoyo político del gobierno central a estas empresas*. Política cuyos resultados pueden notarse en la desolación que dejó la explotación minera en la zona de El Oro, y el rastro invisible que quedó de toda la riqueza que se produjo en las haciendas.

Además del apoyo político del gobierno federal, aquella estructura de poder requería de una validación social, y ésta, a mi juicio, la dio primordialmente la ideología sobre el etnicismo. Esta se basaba en una jerarquización social fundamentada en conceptos raciales. Dicha jerarquización, como se explicó en el capítulo XI, tuvo su origen en siglos anteriores; pero en la región mazahua funcionó hasta el momento de la revolución. El considerar a los mazahuas —en tanto que "indios"— como raza aparte, hacía posible atribuirles una naturaleza distinta —como lo explica a nivel teórico Pitt-Rivers—, que se definía por su incapacidad de razonar, de pensar, y, por extensión, de desenvolverse social, económica y políticamente.

Así, el *statu quo* quedaba validado en la mente pública, aunque en el fondo los conceptos de "gente de razón", "mestizos" e "indios" designaran, no grupos que presentaban una aglutinación especial de rasgos culturales, sino posiciones de clase dentro de la estructura social.

La revolución de 1910, como se sabe, la hicieron preponderantemente los mestizos. En la región mazahua, fue muy evidente: los mazahuas se escondían entre sus milpas, mientras los mestizos erraban por los valles luchando confusamente. Pero nada cambió durante la lucha. No fue sino hasta el decenio de los veinte cuando los capataces y empleados de las haciendas, mestizos nativos de la región, se convirtieron en agraristas y tomaron algunas haciendas mediante las armas. Empero, esta toma de posesión sólo tuvo validez cuando la legitimó el poder político central, que reconoció al mismo tiempo el derecho de los "indios" mazahuas a obtener una dotación de tierras, al igual que los mestizos.

Sería ilusorio pensar que los mazahuas, por sí mismos, hubieran podido llevar a cabo una transformación radical de la estructura social de su región. La experiencia histórica ha mostrado que, en México, ninguna revuelta indígena —a excepción quizá de la yaqui— ha logrado jamás esa transformación fundamental. Cabe preguntarse el porqué de ese fracaso reiterado. La respuesta subyace a lo expuesto en párrafos anteriores: durante las luchas revolucionarias, los ejércitos atravesaban los valles de la región mazahua, pero nada cambió. Fueron el reconocimiento y consolidación política posteriores a las tomas de posesión locales, por los agraristas, las que lograron cambiar la estructura económica y social. En el caso de rebeliones indígenas, a éstas nunca se les ha dado una validación política, ni tampoco a sus reivindicaciones ni a su triunfo. ¿Por qué? Por el papel determinante que desempeña el estigma étnico: basándose en el hecho de que a los mazahuas y a otros grupos nativos se les califica como "indios", se niega toda validez política y jurídica a sus iniciativas. De ahí que sea de vital importancia la investigación sobre este tema.

Dicha subordinación política la conocen y aceptan tan conscientemente los mazahuas, que con fundamento en ella normaron su comportamiento; no irrumpieron en las haciendas, ni invadieron tierras. Se limitaron a caminar a pie, hasta la ciudad de México, para pedir que se les dotara de tierras.

Al suprimirse el control de tipo hacienda y plantación sobre la tierra —que correspondió, a nivel nacional, a la economía agroexportadora de la relación colonialista con el exterior—, la estructura social piramidal se vino abajo. Se pensaría, pues, que el reparto equitativo de tierras a mestizos y a mazahuas habría acabado por borrar la línea divisoria étnica. Ambos grupos tenían en su poder cantidades equivalentes de tierras, instrumentos y animales de labranza. Es aquí donde las teorías que quieren ver a los "indios" exclusivamente como clase social o estrato económico no pueden explicar la situación. Desde que se dotaron los ejidos hasta la fecha, no sólo ha persistido la categorización étnica, sino que, en conjunto, los mestizos han mejorado su posición económica, convirtiéndose preponderantemente en burguesía rural, mientras que los mazahuas han quedado atados a la pobreza de sus minifundios. ¿Se debe este rasgo —como opinan los mestizos locales y la clase media urbana— a sus prácticas culturales, a su "falta de civilización"? Podemos responder a esta pregunta analizando los cambios ocurridos en cuatro áreas sociales: política, relaciones de parentesco, valores y economía, que han afectado directamente a la situación de los mazahuas.

En tiempos de las haciendas, los mazahuas se hallaban *de jure* en calidad de menores, sin tener ninguna conexión con el aparato político local, regional o federal. El poder se delegaba a través de funcionarios distritales muy alejados, lo que hacía que la verdadera ley la ejercieran los hacendados y los capataces de las haciendas. La reorganización en municipios y la expansión del aparato político, en 1930, tampoco acercó a los mazahuas a los centros de poder. Los mestizos quedaron como los intermediarios políticos, y, como vimos, ocuparon también en sus inicios los puestos de delegados y comisariados ejidales en los pueblos mazahuas. Poco después, a veces mediante asesinatos, fueron desplazados, y los mazahuas entraron a desempeñar estos puestos.

Pero si bien en el capítulo correspondiente hemos podido ofrecer una explicación del proceso político en las comunidades mazahuas, falta explicar el contexto que hizo posible este proceso y su efecto en cuanto a la situación económica de éstas. *Es aquí donde reviste una importancia crucial la identificación que se hace de los mazahuas como "indios"*.

De sobra ha sido descrita, y de manera muy vívida, la violencia que sufren constantemente los indios; *v.gr.*, en las obras de Juan Rulfo, Rosario Castellanos, B. Traven y Ricardo Pozas, sin que ello haya perturbado muchas conciencias. Pero la denuncia insistente de la violencia a veces distrae el punto que es clave para tratar de efectuar un cambio: lo que permite esa violencia. Esta es, en realidad, sólo el síntoma más burdo de lo que origina esa situación, a saber, la mencionada supeditación política bajo la que se encuentran los mazahuas y los demás grupos étnicos, en virtud de su clasificación como "indios".

Esta supeditación, confirmada en la falta de representación política, a nivel municipal, estatal y federal, de los mazahuas, hace que nunca hayan tenido poder de decisión sobre los asuntos que afectan su vida económica o política.

La toma de decisiones políticas centralizada, que llega a las comunidades como imperativo, ha sido ampliamente descrita en el medio rural de México. Cada vez que el gobierno federal interviene en favor de los mazahuas, los hace progresivamente más dependientes. Por ejemplo, el reparto agrario en los treinta significó para los mazahuas una situación de igualdad jurídica, pero también los hizo más dependientes del Departamento Agrario, el único que puede defender sus títulos frente a los grupos mestizos locales.

A esta impotencia política de las comunidades mazahuas se suma la impunidad de la violencia de todo tipo que se comete contra ellas. Esta es el resultado directo de aquella falta de representación política, puesto

que la corrupción del sistema judicial hace que la justicia sea un parásito del poder; es decir, sin poder no hay justicia.

Aplicado al caso mazahua, de ello resulta entonces que ha sido fácil —y lo fue más todavía antes de la aparición de los caciques mazahuas, quienes en alguna medida han podido defender a los miembros de sus comunidades—, explotar a los campesinos mazahuas, porque, *al ser clasificados como "indios", ipso facto se le otorga impunidad a esa explotación.*

El clima político, hostil y violento, trae también otra consecuencia importante sobre la que citamos a Barth (1969: 36), y que tiene vigencia para la situación mazahua: convierte en asunto de vida o muerte la pertenencia a una comunidad que defienda a sus miembros. Así, podemos interpretar la filiación a la comunidad mazahua como un gesto de identificación cultural, pero también como una necesidad vital para sobrevivir en un medio en el que cualquier día un mestizo despoja o asesina a un mazahua. ¿A quién acudir en estos casos? Al padrino y compadre, al cacique mazahua.

Este hecho es importante, puesto que, en la corriente actual que quiere ver el cambio social como paso de lo tradicional a lo moderno, se atribuye el "tradicionalismo" de los indios a su afán de aferrarse, con terquedad irracional e incomprensible, a extrañas culturas antiguas. Pero lo anterior muestra que, aunque esto pueda presentarse como un hecho cultural, en el fondo no responde a necesidades culturales sino políticas. Refuerza esta hipótesis el que los jóvenes de Santiago Toxi, que han encontrado apoyos políticos exteriores, y que tienen cabida en la estructura ocupacional, están abandonando su cultura mazahua. Esto le da su dimensión verdadera a la situación —confirmando lo dicho por Aguirre Beltrán y Bonfil—, *que se concibe como cultural, pero que, en esencia, es política.*

Pasaremos ahora al segundo aspecto del análisis: las relaciones de parentesco. La historia de la región mazahua muestra cómo la red de parentesco de los dos grupos étnicos tiene amplitud diferencial. La red de parentesco, compadrazgo y amistad de los mestizos se extiende cubriendo los principales pueblos del municipio y algunas ciudades regionales. La de los mazahuas, cuando menos hasta antes de que se iniciara el movimiento masivo de migración, apenas rebasa las fronteras de sus propios pueblos.

Lo que hemos dicho se debe a la práctica generalizada de la endogamia. Cada vez más se han ido reforzando los lazos de parentesco entre mestizos, a nivel regional, y debilitando los de los mazahuas. Esto es importante, pues precisamente a esta red de relaciones sociales se debe que la fuerza económica y política de los mestizos se amalgame. Es decir, el

parentesco, real o ritual, constituye la articulación que hace posible que se refuercen mutuamente el predominio político y la riqueza. Casi todas las familias poderosas de la región están vinculadas por el parentesco.

El ser clasificado como "indio", entonces, constituye un estigma que cierra el paso al ascenso social, lo cual, en estas condiciones, significa ser excluido del medio donde se reparten las posiciones económicas y políticas más ventajosas.

En cuanto a los valores sociales, en el caso de los mazahuas existen varios pertenecientes a su cultura tradicional, que han afectado su actuación en el escenario económico. Esos valores han sido observados también en otras poblaciones indígenas de México.

El primero es la idea de que acumular riqueza constituye un comportamiento antisocial. Dicho llanamente, para los mazahuas el acumular es un robo. Lo es en el contexto ideológico de una comunidad campesina, en la que todo excedente no necesario para sobrevivir, a nivel de subsistencia, debe ser repartido y disipado, en forma de servicio a la comunidad, a través de las mayordomías y los festejos rituales y sociales. El que incurre en la acumulación recibe dentro de la comunidad tradicional mazahua una sanción negativa. Entre más tradicional es la comunidad, como sucede en Dotejiare, mayor es la fuerza de la sanción. Esto ha hecho difícil la acumulación de riqueza entre los mazahuas.

Esta pauta de comportamiento tiene gran importancia porque se ha convertido en la avenida más abierta para la extracción de capital de las comunidades mazahuas e indígenas en general. Porque antes, como lo muestran los datos, los excedentes dispendiados en festejos religiosos y sociales iban a dar a manos de especialistas locales, mazahuas también, de manera que circulaban *dentro* de la comunidad, hecho que le daba un dinamismo económico a ésta.

Pero actualmente este excedente circula *fuera* de la comunidad. Por lo que concierne a festejos, vemos que va a dar a manos de: 1) el gobierno municipal, en forma de impuestos; 2) las compañías cerveceras y de refrescos con sede en los centros urbanos; 3) las ferias mecánicas que recorren la región; 4) los comerciantes de la cabecera municipal que venden los artículos de uso festivo; 5) los fabricantes de estos artículos —ya los más comerciales— asentados también en las zonas urbanas; 6) la Iglesia, que cobra por misas, bautizos, etc., dinero que no se usa para la mantención de la parroquia en el pueblo, sino que se lleva al Obispado y Arzobispado, los que decoran suntuosamente sus iglesias urbanas, y 7) las orquestas, boxeadores, magos y otros ilusionistas, que viven en las ciudades.

Lo importante de notar en esta situación es que el efecto nocivo no proviene de los valores en sí mismos, sino del contexto en que se hallan insertados. Es decir, que en el contexto tradicional de una economía mercantil simple daban un resultado benéfico para la comunidad. Pero ya en el marco de una economía capitalista sucede lo contrario.

Por el mecanismo anterior, es difícil pensar que las minorías indígenas puedan convivir con la sociedad nacional conservando íntegra su cultura tradicional, como sugiere Stavenhagen (1974: 10). Ciertos valores tienen que cambiar, puesto que, como lo hicimos notar, la supervivencia dentro de un sistema capitalista altamente competitivo depende de la adhesión completa a una serie de valores compatibles con dicho sistema. De otra manera, la incompatibilidad de ciertos valores en el nuevo sistema actúa en contra de los grupos.

Este conflicto se ha hecho patente en la relación que han sostenido los campesinos mazahuas con el trabajo industrial. Ya citamos datos y comentarios sobre el asunto, referentes a su reticencia para perseverar en un empleo continuo, en lugares cerrados y bajo supervisión.

Respecto al tema de que hablamos, tiene importancia el hecho de que se encuentra una actitud distinta entre los mestizos: sus hijos se incorporan con gran facilidad al trabajo fabril. Esto se deriva de sus valores: llevan ya altas aspiraciones, el deseo de abandonar el trabajo agrícola —al que valoran negativamente—, para emplearse en fábricas u oficinas, y el afán de escalar, social y económicamente, mediante la acumulación y el consumo suntuario. Además, su educación escolar los ha acostumbrado a trabajar en lugares cerrados, con horarios y bajo supervisión.

En contraste, el trabajo de los jóvenes mazahuas, casi todos ellos con antecedentes únicamente de trabajo agrícola, muestra gran ausentismo, baja productividad y falta de motivación para conservar los empleos fabriles. Detrás de ello se encuentran los valores que ya anotamos.

Esta situación no puede negarse; pero sí es necesario entenderla correctamente. Porque también se explica, ideológicamente, diciendo que los mazahuas son ineptos para este tipo de empleos, por rasgos biológicos o culturales. En realidad, tales actitudes, como lo ponen de manifiesto los datos, son resultado de un sistema de socialización y de educación escolar, lo que se demuestra fácilmente al constatar que los jóvenes mazahuas que ya han asistido a la escuela y han residido en el medio urbano, tienen la actitud característica de los mestizos y se han incorporado con éxito al trabajo fabril, por ejemplo en la fábrica de Pastejé. Se trata, pues, de una cuestión de condicionamiento.

La importancia de lo anterior es que, *por su estigmatización étnica y por un*

condicionamiento cultural distinto, han quedado excluidos los mazahuas de las ocupaciones creadas recientemente en el sector capitalista de la economía. Así, no sólo han perdido los ingresos que les reportaban sus antiguas ocupaciones, como se vio en el capítulo de economía, sino que no se han podido incorporar a los nuevos empleos: éstos han sido acaparados por la población mestiza, invocando en su favor su superioridad de "conocimientos" y "civilización".

Pero agudiza más esta marginación el hecho de que, si bien no se han incorporado a los nuevos empleos, sí están participando crecientemente en la economía capitalista nacional como consumidores. Porque las escuelas y los medios masivos de comunicación están difundiendo la ideología del consumo y de la movilidad social y económica, a mayor velocidad que aquella a la que se crean empleos. A esta ideología se inclinan con entusiasmo las nuevas generaciones de mazahuas, que se tienen entonces que trasladar a la capital en busca de ese ingreso para consumir. Este consumo representa ganancias a las industrias urbanas, lo que beneficia a la población de las ciudades. Por el contrario, las comunidades mazahuas y campesinas en general no han recibido beneficio alguno de este consumo expandido.

Además, la estigmatización étnica de los mazahuas ha obstaculizado sus contactos con empresas e individuos colocados en posiciones claves políticas y económicas, por lo que no han podido conseguir concesiones, créditos o vínculos comerciales de los que hubieran sacado ventajas económicas. No hay que minimizar tampoco la discriminación que sufren en oficinas públicas y privadas; situación por la que no pueden protestar, o, si lo hacen, lo más probable es que les entorpezcan más los trámites o, simplemente, que los ignoren.

Se establece, entonces, un círculo vicioso: su falta de participación condiciona el que no obtengan los conocimientos necesarios. Los mestizos, hasta hace poco, habían aprovechado la educación escolar más que los mazahuas: porque a aquéllos les abría las puertas de los empleos mejor remunerados y cotizados socialmente, mientras que a estos últimos no les abría nada. Sólo recientemente en aquellos pueblos mazahuas como Santiago Toxi, donde sí hay oportunidades de empleo por la fábrica de Pastejé, existe ahora un gran entusiasmo entre los padres de familia mazahuas por que sus hijos asistan a la escuela.

Finalmente, queda por analizar un mecanismo más que produce un efecto diferencial. Ambos grupos, mazahuas y mestizos, en principio, siguen la costumbre de repartir la tierra por igual a hijos e hijas. En la práctica sucede, en ambos grupos, que los hijos varones son los que reciben tierras, y las hijas pierden sus derechos sobre las tierras. Las que tie-

nen que ganarse la vida, por soltería, por viudez o por haberse separado de sus esposos, se ven forzadas a emigrar a las ciudades.

Hasta donde fue posible indagar, la tasa de incremento de población ha sido la misma para mazahuas y mestizos. Se supondría, entonces, que la subdivisión de las parcelas habría ocurrido a ritmo idéntico entre ambos grupos desembocando en una incidencia similar de minifundismo. En la realidad, esto no ha ocurrido. En parte porque, como ya se dijo, los que han ascendido a la burguesía rural son casi sin excepción mestizos. Pero además ya vimos que el excedente de población mestiza ha podido incorporarse con éxito a nuevas ocupaciones y puestos políticos. Como efecto secundario, los hijos que se han quedado a cultivar la tierra recibieron parcelas más extensas que las heredadas por los hijos de las familias mazahuas.

Este hecho económico fundamental nunca ha sido señalado, por lo que se busca la explicación de la mayor incidencia del minifundismo entre mazahuas o indígenas, en prácticas culturales. *Como se muestra, la práctica cultural que subyace este hecho es idéntica entre los dos grupos. Lo que provoca la desigualdad posterior es el acceso de los mestizos a otro tipo de ocupaciones, o lo que se alivia su sobrepoblación agrícola.*

Conclusiones

El análisis ha evidenciado una serie de mecanismos entrettejidos que explican objetivamente por qué los mazahuas han quedado rezagados en los estratos económicos más bajos y aprisionados en el minifundismo. Su falta de representación política o, más bien, el hecho de que no participen en el poder, los ha dejado expuestos al despojo y les ha impedido hacer uso de contactos políticos para obtener ventajas económicas. En virtud del estigma de ser "indios", se les ha excluido socialmente de los medios de poder y de riqueza. Ciertos valores acordes con su vida comunitaria tradicional, se han vuelto nocivos en el contexto de la economía capitalista. Finalmente, no han tenido acceso a insumos agrícolas, tales como créditos, maquinaria y fertilizantes, por su desconocimiento de cómo hacer trámites y establecer contactos, y por la discriminación de que son objeto en oficinas y establecimientos. También han perdido los ingresos de ocupaciones y actividades tradicionales, y no se han podido incorporar a los nuevos empleos y oportunidades que ha creado el proceso de desarrollo económico de la región, ya que éstas han sido acaparadas por los mestizos.

Si aquí tenemos los mecanismos objetivos que los han llevado a la pobreza, ¿por qué, entonces, existe una ideología que atribuye su inferioridad económica a su cultura? Esta pregunta nos obliga a replantear el punto de partida de la antropología tradicional. No se trata ya de saber qué es el indio, y así explicar por qué vive tan mal, sino de explicar por qué se dice que vive mal debido a sus prácticas culturales, cuando hay mecanismos claros que indican que se trata de una cuestión esencialmente política y económica.

Vimos que las cualidades intrínsecas atribuidas por la opinión pública a cada grupo son poco importantes: *lo esencial son los efectos prácticos de esta evaluación*. Porque esta evaluación está en manos, claro, de la cultura nacional. El que se diga que el indio es incapaz de razonar, borracho o solidario, tiene poca importancia en cuanto a su veracidad. Lo que importa es que se produzca y se reproduzca esta imagen del indio. Mientras impere esta imagen, la realidad objetiva tiene poco peso: se escogerá de ella lo que refuerce esa ideología, y se omitirá lo que la contradiga.

El punto clave de todo esto, por lo tanto, no es evaluar la "cultura indígena" o la "cultura mazahua" en sí mismas, sino la necesidad de que exista una ideología que la inferiorice. Y ésta proviene de una situación de dominación política. Lo interesante es que esta situación de dominación se ha expresado ideológicamente, de manera distinta, en varios periodos: durante el tiempo de las haciendas se concebía a los mazahuas como una raza distinta, con limitaciones específicas de herencia biológica, lo cual correspondía a una estructura social de tipo feudal, carente de movilidad social y económica.

Al destruirse ésta, sobrevino la sociedad tecnocrática de consumo, cuya jerarquía social se mide por los conocimientos técnicos y por el consumo de bienes. Dentro de esta jerarquía, los "indios" mazahuas constituyen el último estrato. Es lógico que se les conciba ahora como carentes de estos conocimientos.

Empero, a diferencia del concepto racista, esta concepción de la barrera étnica ya abre la posibilidad de perder el estigma de ser "indio". Si se consiguen esos conocimientos y el dinero suficiente para convertirse en consumidores suntuarios, han logrado cruzar esa barrera. En este esquema ideológico, pues —que corresponde a una sociedad capitalista que requiere del adiestramiento de la mano de obra y una inmovilidad constante—, la barrera étnica tiende a desaparecer y a sustituirse por relaciones únicamente de clase.

Sin embargo, de no poderse cumplir con estas dos condiciones, como sucedió en el decenio de los sesentas en la ciudad de México al hacerse

más lenta la creación de empleos industriales, el paso a través de la frontera se ha detenido. Es lo que les sucedió a los migrantes de Dotejiare que migraron en esos años a la ciudad de México.

Con lo anterior queda aclarado por qué existen cuatro conceptualizaciones sobre lo que son los indios en la región mazahua —conceptualizaciones comunes al resto del país. La concepción católica que entró en contradicción con las necesidades de organización económica después de la Colonia, ha quedado relegada. La concepción romántica es un residuo de la corriente iniciada por los misioneros católicos que defendieron a los indios, y que se vio reforzada el siglo pasado.

La concepción de los indios como "raza" de "gente sin razón", corresponde a una estructura social basada en la hacienda, con organización de la producción de tipo feudal o plantación. Y la conceptualización actual del indio, como un grupo social carente de conocimientos y de poder económico, es la que corresponde a la estructura social de una sociedad capitalista, en la que la identidad étnica no es la variable determinante, sino que lo son los dos factores mencionados. Todo ello explica la coexistencia de estos diversos modos de definir al "indio" en la sociedad mexicana actual.

CAPITULO XIII

CONCLUSIONES

A. La migración en la región mazahua

1. Tipos de migración

Se presentan tres tipos de migración en la región mazahua. En la migración *permanente*, que abarca un 6.6% de la muestra encuestada en Toxi y un 15.6% en Dotejiare, participan sobre todo mujeres y hombres jóvenes que buscan mejorar sus perspectivas de movilidad social y económica, o cuya falta de recursos económicos en el pueblo hacen difícil su supervivencia en éste. Entre estos últimos, los grupos más importantes son los jornaleros, *i.e.*, jóvenes campesinos que no podrán ya heredar tierras, y las mujeres solteras, abandonadas o divorciadas, que no tienen posibilidad de encontrar empleo en el pueblo o en pueblos cercanos. Este tipo de migrante se establece definitivamente en la ciudad y, aunque mantiene un contacto periódico con su familia y con el pueblo, por ejemplo, asistiendo a ceremonias y fiestas, no sostiene lazos económicos o sociales de importancia con su lugar de origen.

En la migración *temporal* — 26.2% de la muestra en Toxi y 50% en Dotejiare — participan también los jóvenes y, con menor frecuencia, los jefes de familia. Se ausentan de sus casas por temporadas que pueden ser de varios meses e incluso de varios años. La finalidad de su migración es obtener ingresos para el sostén de su familia de orientación o de procreación en el pueblo. En la gran mayoría de los casos, regresan para establecerse permanentemente en él, y sólo se quedan en la ciudad, excep-

cionalmente, cuando consiguen un empleo bien remunerado. La mayoría de las mujeres que migran de esta manera están esperando casarse, y toman esta actividad como oportunidad para desenvolverse y ver mundo antes de pasar de la tutela del padre a la del marido. En el caso de las jóvenes mazahuas, además de que su contribución económica al sostén de la familia es importante, el irse a la ciudad significa la posibilidad de establecer un noviazgo, puesto que los más de los muchachos mazahuas solteros trabajan en la ciudad.

También migran temporalmente a la ciudad de México unas sesenta familias de Dotejiare. Esto es muy interesante, puesto que ocurre en ese pueblo, y no en Santiago Toxi, y sólo en menor grado en otros pueblos de la región. Sugiero como hipótesis por investigar, que ello se debe al hecho de que en Dotejiare la escasez de tierras todavía no es aguda. Así, las familias pueden rentar su parcela con la seguridad de que les será posible recuperarla al regresar, o venderla sabiendo que sus condiciones económicas les darán facilidad para comprar otra a su regreso. En cambio, en Toxi, las familias saben que si rentan su parcela ejidal, o incluso si dejan de cultivarla un ciclo, no la podrán recuperar. Esto último es lo más frecuente en los pueblos de la región.

El tercer tipo de migración, el traslado *estacional* a la ciudad —que respondió a un 52.5% de la muestra en Toxi y 21.9% en Dotejiare—, o sea durante ciertos meses del año, comprende sobre todo los jefes de familia entre los 30 y los 40 años; es decir, aquellos cuyos hijos son todavía pequeños para contribuir con algo al presupuesto familiar, y a los hombres jóvenes en familias en las que hay solamente uno o dos hijos varones —en este caso, su fuerza de trabajo es indispensable para el cultivo y, además, como heredarán directamente toda o parte de la parcela mantienen una liga estrecha con el trabajo agrícola, puesto que saben que habrán de reanudarlo más adelante. *La característica de este tipo de migración es justamente que la actividad primordial del migrante sigue siendo el trabajo agrícola.*

Los migrantes estacionales siguen un calendario anual fijo de migración: regresan al pueblo en los meses de febrero y marzo —generalmente aprovechan la fiesta de la Candelaria, el 2 de febrero, para su regreso— a fin de sembrar el maíz; van a la ciudad en abril, mayo y junio; entre julio y agosto regresan periódicamente para realizar las escardas y limpiezas del cultivo; septiembre y octubre lo pasan en la ciudad; en noviembre, retornan sin falta a cosechar, y no vuelven a salir a la ciudad sino hasta fines de diciembre.

Estos tres tipos de migrantes se acomodan de manera distinta a la ciu-

dad, buscando empleos y contextos residenciales diversos, y adaptándose social y culturalmente en forma diferente. Estas diferencias se describen a continuación.

2. La mecánica de la migración

Resumiremos aquí los puntos principales expuestos en distintos capítulos sobre quiénes migran, cómo lo hacen, hacia dónde migran y cómo se integran a la sociedad urbana de la ciudad de México.

Más que un traslado migratorio de individuos, la migración de la región mazahua es un movimiento de grupos. El 53.3% de familias residentes en Toxi tienen cuando menos un miembro migrante ausente; la cifra correspondiente a Dotejiare es 55.7%. Participan en la migración tres grupos distintos. Por una parte, encontramos a los hombres y mujeres jóvenes que migran con el fin de satisfacer sus aspiraciones de movilidad social y económica. Generalmente ya han vivido varios años en la ciudad de México o en Toluca, lugares a los que han sido enviados a cursar estudios de escuela secundaria, preparatoria o universitaria. Una vez terminados estos estudios, no pueden regresar a ejercerlos en los pueblos, primero, porque no hay empleos para ellos, y segundo, porque sus aspiraciones de movilidad sólo pueden realizarse en la ciudad, considerada como un medio social más sofisticado y opulento. Este grupo de migrantes es muy reducido, obviamente, porque son pocas las familias en el medio rural que pueden pagar estudios superiores para sus hijos. En Dotejiare, pertenecen a este grupo las cuatro familias más ricas. En Santiago Toxi, solamente salieron migrantes de este tipo de las tres familias también más ricas. Por lo común, estos migrantes parten de las cabeceras, ya que son los hijos e hijas de la burguesía rural que allí se concentra.

Un segundo grupo de migrantes lo constituyen los hombres jóvenes que ya no quieren o no pueden dedicarse a la agricultura, y cuyo único recurso es migrar a la ciudad. Muchos de ellos son miembros de familias cuyo jefe se dedica a los servicios, como es el caso de la mayoría de las familias mestizas de recursos modestos que viven en las cabeceras. No tienen tierra que heredarle a sus hijos, y no existen empleos que les puedan ofrecer en la localidad. Normalmente, sus hijos han estudiado la primaria, y con frecuencia también la secundaria. Por lo demás, algunos de estos migrantes provienen de familias campesinas que no tienen ya tierras que heredarles a los hijos. Casi todos apenas han alcanzado la educación primaria.

En ambos casos, estos migrantes salen con el propósito de radicarse en forma permanente en la ciudad. Pero, a diferencia de los primeros, no han adquirido una preparación escolar superior ni cuentan con el apoyo económico de sus familias ni con contactos sociales convenientes, lo que, en conjunto, les dificulta el acceso a posiciones económicas y sociales ventajosas en la ciudad.

El tercer grupo de migrantes lo constituyen las mujeres y hombres jóvenes y los jefes de familia que migran con el objeto de conseguir el dinero necesario para la supervivencia de sus familiares en el pueblo. Su migración es estacional y temporal, y en la ciudad buscan las actividades temporales que les produzcan mayores ganancias. Los más provienen de familias campesinas empobrecidas, y no han recibido ni siquiera la educación primaria. La organización familiar se acomoda a esta necesidad de migrar mediante una división de labores entre sus miembros, uno o varios de los cuales están constantemente fuera del pueblo. Los hombres jóvenes carecen de aspiraciones y, a pesar de no tener perspectivas de empleo en la zona, y con frecuencia ni siquiera de obtener una parcela, siguen aferrados a su familia. Pueden designarse estos casos como "subempleados" o "marginales" respecto del sistema socioeconómico que abarca tanto a los pueblos como a la ciudad, con el hecho geográfico accidental de que tienen su residencia geográfica en un pueblo mazahua. Las mujeres jóvenes migran por temporadas para ayudar económicamente a sus familias y, una vez que se casan, por lo general se instalan en la casa de su suegro en el pueblo, mientras su esposo continúa migrando a la ciudad. Los jefes de familia se ven forzados a migrar estacionalmente para poder pagar los insumos de su siembra de maíz y la mayor parte del costo de la alimentación familiar.

El análisis se hace más claro si buscamos a qué clases sociales corresponden estos distintos grupos de migrantes. Por una parte, se hace evidente que corresponden a la estructura social de los pueblos: los primeros son los hijos de la burguesía rural; los segundos provienen de un estrato medio dedicado a los servicios y de familias campesinas medias; y los terceros, del proletariado rural de minifundistas y jornaleros agrícolas.

Además, tomando por base un criterio culturalista resulta que los primeros dos grupos corresponden más o menos a los mestizos, mientras que el último grupo se identifica con los mazahuas.

Esta correspondencia entre clase social, tipo de migración, forma de migración y grupo étnico no es casual. Al contrario, el estudio de tales correspondencias es lo que nos permite explicar las distintas formas de migración. A su

vez, nos da la perspectiva interior del fenómeno, lo cual permite entender adecuadamente las causas del mismo, como veremos más adelante.

Al analizar cómo se lleva a cabo la migración en la región se confirma nuevamente que ésta se realiza en forma colectiva. Son excepcionales los individuos que migran aisladamente. Por lo general, los miembros de las familias se llevan unos a otros a la ciudad; el padre al hijo mayor, éste a sus hermanos y hermanas, éstos a sus hijos, y así sucesivamente. Incluso es poco frecuente que viajen solos en sus traslados periódicos entre la ciudad y el pueblo. Normalmente encuentran algún familiar, pariente o paisano, con quien viajar. Se da con frecuencia el caso de que algún miembro de la familia haga especialmente un viaje para acompañar, por ejemplo, a una hermana o a un hermano, a un tío o a un amigo.

Si no es un miembro de la propia familia el que lleva al migrante por primera vez a la ciudad y lo hospeda y le busca trabajo, es algún pariente cercano o algún amigo quien se presta a hacerlo. Ocurre con menos frecuencia que sea gente de fuera la que le da acomodo, ya sean individuos de la misma región, como por ejemplo los maestros de albañil que pasan a los pueblos a contratar albañiles para una obra, o individuos de la ciudad, como por ejemplo señoras que van a veces a Santiago Toxi o a otros pueblos a buscar sirvientas.

La cercanía de la región mazahua a la ciudad de México y la frecuencia de corridas de autobuses hacen muy fácil el traslado de un sitio a otro. Ello permite incluso que muchos migrantes regresen al pueblo cada fin de semana a visitar y dejarles dinero a sus familias. También facilita el que la gente de los pueblos pueda ir a la ciudad a vender algunos productos agrícolas o a efectuar compras y regresar el mismo día.

Ya que el tráfico de migrantes entre los dos pueblos y la ciudad es muy intenso, se lleva a cabo un intercambio constante de información y de encargos entre los dos lugares. Llega a tal punto este intercambio, que ha hecho redituable el que haya un individuo en Santiago Toxi que viaje todos los domingos a la ciudad, a fin de llevar y traer ropa, encargos y dinero que envían las familias a los migrantes, y viceversa. Esta comunicación constante y el estrecho contacto de los migrantes mazahuas en la ciudad hace que exista una red de chismes continua entre el pueblo y la ciudad. Así, al esposo se le mantiene informado de la conducta de su esposa allá en el pueblo, y ésta se entera muy pronto de las andadas de su esposo en la ciudad. De la misma manera, se conciertan citas, se invita a celebraciones, y se avisa de la enfermedad de algún miembro de la parentela.

Una vez en la ciudad, los migrantes se hospedan siempre con parien-

tes. La excepción son las mujeres jóvenes que viven en las casas en donde trabajan de sirvientas. En los demás casos de mujeres u hombres solteros, mujeres separadas, ancianos y ancianas, se hospedan siempre con parientes.

Las obligaciones de parentesco aseguran que se le ofrezca al migrante hospedaje, ayuda en encontrar trabajo, e incluso que se le dé dinero a préstamo hasta que se emplee. Esta reciprocidad económica y de apoyo moral se continúa entre las familias ya establecidas en la ciudad. Se debilita este intercambio en la medida en que los migrantes logran una mejor posición económica y se ven posibilitados de establecer relaciones sociales con habitantes urbanos.

Por este mecanismo de arribo, los migrantes mazahuas en la ciudad tienden a vivir en núcleos residenciales concentrados. Muchos viven en las vecindades del centro de la ciudad, o en cuartuchos que rentan en ciudades perdidas. Los que han mejorado su situación económica han empezado a construir sus casitas en las nuevas colonias populares, en el extremo noreste de la ciudad. Casi siempre se encuentran varias familias mazahuas, e incluso mestizas de la región, viviendo en la misma cuadra.

Para poder pagar la renta, generalmente habitan varias familias juntas, siguiendo el mismo patrón que en los pueblos: los hijos casados con sus esposas e hijos toman albergue en la casa del padre. Tienden a vivir juntos, o cuando menos en habitaciones o casas muy cercanas, también los tíos, primos y sobrinos. La convivencia en grupos familiares extensos tiene ventajas adicionales. Se turnan las diversas labores domésticas, como cocinar, lavar y limpiar y, lo que es más importante, el cuidado de los niños pequeños, mientras los demás salen a trabajar. Para la preparación de festejos es asimismo muy conveniente el disponer de la cooperación de varias familias.

Un punto significativo es que, dada la costumbre de que el pariente hospede al migrante y le ayude a conseguir trabajo, sucede que la colonia de migrantes mazahuas en la ciudad, al igual que otros grupos de migrantes en la capital de México, *se ha ido especializando en cierto tipo de actividades económicas*. Aquí intervienen diferencialmente los objetivos de estos migrantes. Los que se interesan sólo por ganar algo de dinero, buscan "subempleos" que puedan ejercer y abandonar en cualquier momento, *en los que ya participan sus conocidos*. Entre los hombres mazahuas, éstos son: vendedor ambulante —en su mayoría compran fruta, dulces y legumbres en el mercado de La Merced, y los llevan a vender a diversos rumbos de la ciudad—, cargador y machetero en este mismo mercado,

bolero de zapatos —lo que les permite acompañar a su esposa o hermana adonde vayan a vender—, voceador, *i.e.*, vendedor de periódicos, y albañil —consigue este trabajo por medio de avisos, por parte de sus mismos paisanos o recorriendo las calles y preguntando, una a una, en las “obras”, si lo pueden emplear. Las mujeres se dedican principalmente a la venta ambulante al menudeo en calles céntricas, al servicio doméstico de entrada por salida, y a trabajar de lavaplatos y asistentes en fondas. *A estos migrantes, en realidad, no les afectan directamente las fluctuaciones del mercado de trabajo en la ciudad, o excepción de los albañiles, ya que sus actividades dependen de la demanda de servicios que difícilmente sufre modificaciones repentinas en una gran urbe.*

En cambio, los migrantes que pretenden instalarse definitivamente en la ciudad, si ven sus condiciones afectadas de manera cercana por el mercado de trabajo. Aquellos que traen una preparación escolar de nivel superior y contactos favorables, no tienen problemas en encontrar empleos bien remunerados. Muchos establecen un negocio propio; por ejemplo, los hermanos Vieyra, de Toxi, que abrieron una imprenta y después ampliaron su negocio hasta tener varias librerías.

Pero el grupo más numeroso de hombres jóvenes que quieren establecer en la ciudad, sin tener ni una preparación de mayor nivel, ni contactos ni un apoyo económico, es el más expuesto a las variaciones en el ritmo de creación de empleo. Los datos estadísticos sobre la ciudad de México indicaron que en la década de los sesentas descendió el ritmo de absorción de mano de obra en la estructura ocupacional urbana, por la creciente maquinación en la industria. ¿Cómo afectó esto a los mazahuas? A nivel individual, ellos percibieron este cambio en una mayor rigidez de los requisitos para emplearse en fábricas y oficinas. Los migrantes de décadas anteriores pudieron acomodarse con sólo tener un certificado de primaria, y a veces sin él. Pero los que vinieron a partir de los sesentas han encontrado que ha aumentado el credencialismo: se piden mayores requisitos. Para trabajar de obrero, por ejemplo, piden ahora el certificado de secundaria, la cédula IV y la afiliación al Seguro Social. Esto ha hecho que los migrantes mazahuas, y también los mestizos de la misma región, *de pronto hayan quedado en gran desventaja respecto de jóvenes urbanos que tienen mayor facilidad de conseguir estos documentos y de realizar estos estudios. Así, dicho grupo de migrantes que en años anteriores se integraba al sistema ocupacional y social urbano, permanece ahora rezagado. Su única opción ha sido no dejar las subocupaciones que desempeñan sus padres y sus tíos. Cuando mucho, han podido conseguir empleos de ayudantes en las bodegas y puestos del mercado de La Merced y en tiendas, o de cobradores en em-*

presas comerciales y de choferes de autobuses urbanos o de camiones foráneos; sólo unos cuantos han logrado ingresar en la burocracia estatal, generalmente en puestos bajos: de vigilantes en mercados, o de policías; y las mujeres, de afanadoras de mercados y ayudantes en guarderías. Estos empleos los encuentran, casi sin excepción, por medio de la ayuda y recomendación de un pariente que ya trabaja en ese lugar.

Muñoz, Oliveira y Stern (1974) plantean la cuestión de si este rezago de los migrantes rurales en la ciudad será temporal, o si habrá de ser una característica permanente en lo futuro. Los datos sobre los migrantes de la región mazahua tienden a confirmar lo segundo. Porque aun cuando se acelere el ritmo de creación de empleos en el sector secundario, por los desniveles educativos y de capacitación, *serán los habitantes urbanos rezagados los primeros en ingresar a aquéllos*. Y el desnivel seguirá creciendo a medida que los migrantes rurales tengan cada vez menos acceso a medios educativos y un nivel económico más raquítico. Quizás estemos en el momento en que la estructura ocupacional industrial de la ciudad de México se haya consolidado, de tal manera que se verifique la hipótesis de Lipset y Bendix, en el sentido de que los migrantes rurales quedarán marginados de ésta. Es decir, pasamos ya de la etapa en que los migrantes creaban esa estructura, como encontraron Bock e Iutaka en Argentina, a la fase en que la encuentran ya consolidada. Se sigue que esta creciente marginación podrá llegar a provocar graves problemas sociales y políticos en años venideros.

3. Causas de la migración

La corriente migratoria se ha incrementado por la combinación de una serie de factores que no provienen de dos sistemas autónomos, uno rural y otro urbano, sino de uno solo que articula dos áreas geográficas; en este caso, la región mazahua y la ciudad de México. Pero no basta enumerar estos factores ni medirlos solamente: *porque su efecto causal se deriva de la forma en que se han combinado en distintos periodos históricos*. Sólo un modelo procesal, por tanto, puede mostrar por qué se ha incrementado la migración —que siempre ha existido para casos individuales— hasta convertirse en un movimiento masivo que abarca varios tipos de migración y grupos distintivos que participan en ella.

Es claro que la migración estacional existía en la región mazahua desde tiempos de las haciendas: constituía una ayuda al presupuesto de las familias campesinas, y jugaba el papel de un rito de pasaje —al igual

que lo describe Schapera, en Africa — con el que cumplían los hombres jóvenes antes de casarse. Este tipo de migración, que duró hasta la década de los treinta, se dirigía a diversos centros de trabajo: a las haciendas, a las minas, a los Estados Unidos y a zonas agrícolas de otras regiones. En los últimos cincuenta años, todos estos centros de trabajo — a excepción del último — han ido cerrándose, y dado el extraordinario crecimiento y centralización de actividades económicas de la capital, ésta ha venido a sustituirlos. Así, los migrantes estacionales siguen yendo a la ciudad a desempeñar subocupaciones temporales, continuando un patrón migratorio tradicional en las familias campesinas. Sin embargo, ha aumentado su número notablemente debido al enorme crecimiento de la población y al hecho de que sus ingresos se han hecho cada vez más indispensables para las familias.

La creciente necesidad de obtener dinero que apremia a las familias campesinas de la región, se ha debido al siguiente proceso: desde siempre, la gran mayoría de ellas ha complementado el ingreso de la agricultura con la venta de artesanías, la venta de animales como gallinas y puercos, la venta de productos fabricados localmente, como por ejemplo el *sendejé*, una bebida alcohólica que se extrae del maíz, y con ocupaciones de medio tiempo, como lo eran las de arriero, cohetero, rezandero, etc. También, de manera importante, con el comercio a pequeña escala, ejercido en la región principalmente. En la actualidad, casi todas estas actividades han decaído o desaparecido, y las que han venido a instituirse han beneficiado sólo a ciertos grupos. El comercio a gran escala posibilitado por la apertura de carreteras y la introducción de camiones, quedó en manos de los comerciantes con mayores capitales. Por la naturaleza del proceso de capitalización, y por el contexto político en que se dio este proceso, resultó que este pequeño grupo generalmente ha combinado los papeles de comerciantes a gran escala, distribuidores de fertilizantes, grandes productores agrícolas, prestamistas y políticos poderosos. El desarrollo económico de la región, pues, ha beneficiado a este grupo. Uno de sus efectos ha sido que sus hijos, enviados a las ciudades a educarse, propenden a migrar definitivamente a ellas.

Además, al establecerse las cabeceras de municipios como centros políticos locales, se creó un modesto sector de servicios en dichas cabeceras, ocupado exclusivamente por la población mestiza. Esta se benefició, pues, por la creación de empleos, puestos políticos y oportunidades de crear negocios propios. Actualmente, sin embargo, por su gran crecimiento demográfico, sus hijos ya no tienen posibilidad de encontrar empleo en el pueblo, y se ven forzados a migrar a las ciudades.

Sólo los dos grupos anteriores se han beneficiado con el desarrollo de la región. La mayoría de las familias campesinas —formada en su mayor parte por los mazahuas— ha quedado en condiciones económicas precarias. En las décadas de los treinta y los cuarentas, el reparto agrario y la existencia de fuentes alternativas de ingresos, como era la remuneración del trabajo en las minas y carreteras, y la venta de artesanías y productos locales de recolección, permitieron un nivel de vida aceptable para los ejidatarios. En función de la mejoría en nivel de vida y de la disponibilidad de servicios médicos en San Felipe, Atlacomulco, Ixtlahuaca y Toluca, se elevaron las tasas de incremento de la población a 3.5 y 4.0. Al heredarles tierras a sus hijos, las parcelas se redujeron a una hectárea o menos, y las tierras fueron perdiendo su fertilidad. La compra de fertilizantes aumentó la necesidad de ingresos. Lo mismo que el alza de consumo de servicios, *i.e.*, médicos y también de bienes manufacturados, *i.e.*, radios y maquinaria agrícola, al tiempo que se deterioraban los términos de intercambio entre productos agrícolas y productos de la ciudad. *La proporción de insumos agrícolas para la siembra de maíz que deben pagarse en dinero aumentó de 30% en 1930 a 80% en 1970.* Concomitantemente, perdieron los ingresos de antiguas ocupaciones, e industrias locales ya mencionadas. Así, se dan dos tendencias en sentido contrario: *mientras aumentan las necesidades de ingreso en dinero, disminuyen muy marcadamente las fuentes locales tradicionales de tales ingresos.* Se entiende entonces que haya aumentado la migración de tipo estacional centralizándose en la ciudad de México. Y se entiende asimismo el aumento en migración de tipo permanente compuesta de hombres y mujeres jóvenes, por el crecimiento demográfico.

Simultáneamente, la difusión de una serie de valores que denigran socialmente el trabajo agrícola y su modo de vida y, en cambio, enfatizan la movilidad económica y social a través del consumo ostentoso, han provocado un mayor descontento con el medio rural, sobre todo entre los jóvenes. Y el hecho de que los primeros migrantes de la región mazahua a la ciudad de México hayan logrado esta movilidad social, ha actuado como estímulo para que el resto de la población joven aspire a lograrla.

La migración se ha visto acelerada por las condiciones que ofrece la ciudad de México. Su gran expansión en cuanto a empleo industrial, a partir de los cuarentas, como ya mencionamos, les dio las posibilidades de éxito a los primeros migrantes de la región. Su constante demanda de servicios les proporcionó también a los migrantes estacionales oportunidades de emplearse en cualquier momento.

Hacia finales de los sesentas la movilidad de los migrantes en la ciudad se estancó y algunos empezaron a darse cuenta de que su situación económica ya no mejorarla. Algunas familias, cuyos jefes tienen entre 35 y 40 años de edad, empezaron a regresar a Dotejiare. Allí han podido recuperar su parcela o comprar nuevas tierras. Pero no pueden regresar los migrantes de Toxi y de otros pueblos en los que ya no hay tierras. Estos migrantes están ahora atrapados en la ciudad: los jefes de familia no tienen posibilidades de adquirir capacitación ni de obtener empleos fijos, y sus ingresos eventuales de subocupaciones no les alcanzan para mantener a sus familias. Es por ello por lo que sus esposas e hijas han salido a vender fruta en las calles de la ciudad. Los hijos de estas familias tampoco tendrán oportunidad de adquirir educación escolar o capacitación, y, por tanto, no mejorará su situación social y económica; es decir, tenderá a aumentar este grupo de "marginados", por su crecimiento vegetativo, sin poder integrarse a la estructura ocupacional urbana. Incluso es posible que permanezcan rezagados respecto de sus mismos paisanos que inmigren más adelante, ya que éstos tendrán mejores posibilidades de ir a la escuela en los pueblos. Esto está sucediendo actualmente en Santiago Toxi.

B. *La frontera étnica en la región mazahua y su relación con la migración*

1. Los grupos étnicos

Los mazahuas, en contraste con los mestizos de la misma región, propenden a migrar en forma distinta. Para explicar esto es necesario entender la naturaleza de su identidad étnica y de su identificación como "indios" en el contexto nacional.

Los mazahuas comparten entre sí cierto número de rasgos objetivos singulares, como son la lengua, la indumentaria, diversos elementos de su vida material y algunas costumbres, y por las cuales se les señala como *etnia*, es decir, como un grupo histórico único, irrepetible, portador de elementos culturales tradicionales, en su mayoría de origen *posthispanico*.

También comparten algunos rasgos objetivos con otros grupos circundantes, como los otomíes y los matlatzincas, que los particularizan como herederos de una plataforma cultural común mesoamericana. Sin embargo, estos rasgos no son los que se utilizan para designarlos con el término indiferenciado de "indios".

Su definición de "indios" la da el contraste de una serie de factores respecto del grupo dominante mestizo, como son: capaz de razonar/incapaz de razonar, poseedor de conocimientos/carente de conocimientos, etc. Se mezclan en esta serie de contrastes, criterios *subjetivos*, como el de flojo/no flojo, borracho/no borracho, que se apoyan en excepciones, y no en regularidades sociales, *excepciones que, sin embargo, se invocan como si fueran la norma*. Además, se forma este contraste comparando con las normas *ideales*, y no con el comportamiento *real* de la cultura mestiza, la que, en virtud de su preeminencia política, está definiendo la situación.

De lo expuesto, se puede concluir que existe un impulso, por parte de la sociedad mestiza dominante, de crear y mantener una frontera étnica formando un contraste, fundado en algunos criterios objetivos, como son la lengua y la indumentaria, y en otros subjetivos, con los cuales clasificar a los mazahuas como "indios". ¿A qué se debe este impulso? Para entenderlo es necesario analizar cómo han evolucionado históricamente las relaciones entre la sociedad mestiza y los mazahuas.

Coexisten en la región mazahua cuatro conceptualizaciones sobre los mazahuas en su calidad de "indios", conceptualizaciones que se encuentran también en el resto del país.

1) La concepción de la Iglesia Católica, que considera que todos los hombres somos hermanos, incluyendo los indios.

2) La que les confiere a los indios una naturaleza humana distinta, idea que va implícita en la designación que hacen los mestizos de sí mismos como "gente de razón". Generalmente va ligada a la clasificación de los mazahuas indios como "raza".

3) La visión romántica de los indios como seres explotados e impotentes que necesitan ser defendidos y el epíteto que los representa es el de "naturalitos".

4) La que los define en virtud de la carencia de "educación", "civilización" y "conocimientos", pero en un plano de igualdad biofísica con los mestizos.

Analizando estas distintas ideas en el contexto de distintos periodos históricos de la región mazahua fue sumamente interesante comprobar que efectivamente existe una correspondencia entre ambos. La concepción católica es un residuo histórico: después de haber proporcionado la racionalización para la conquista política de los indios, una vez que entró en contradicción con las necesidades de organización económica colonial y poscolonial, ha quedado relegada a un rincón de las conciencias. La concepción romántica nos fue legada por los misioneros que in-

tentaron defender a los indios y que ha persistido a la sombra de ideas más realistas. El concepto del "indio" como "raza" de "gente sin razón" floreció en las épocas en que predominaba una estructura social basada en la hacienda, en la que los indios constituían la masa de mano de obra explotada. Finalmente, el concepto más actualizado de los indios, como grupo carente de conocimientos y de poder económico, corresponde a la estructura social de una sociedad capitalista en la que la variable determinante en la jerarquización social son el tener una forma educativa y/o altos ingresos.

2. La frontera étnica y la migración

Para poder explicar por qué migran de forma especial los mazahuas, se hizo preciso explicar por qué son más pobres que los mestizos. Era necesario comprobar si esto se debía a sus peculiaridades culturales, según se afirma corrientemente. De ser cierto, su forma especial de migrar se derivaría de su comportamiento cultural.

El análisis cuidadoso de los datos demostró que existen mecanismos que explican objetivamente por qué los mazahuas han quedado rezagados en los estratos económicos más bajos de la región. Vale la pena repetir cuáles son estos mecanismos. Por una parte, su subordinación política, reflejada en su imposibilidad de defenderse jurídicamente, los deja a merced del despojo y de la violencia, y también les impide hacer uso de contactos y puestos políticos para obtener ventajas económicas. El estigma de ser "indios" los excluye asimismo de los círculos sociales en que se reparten el poder y la riqueza. Ciertos valores acordes con su vida comunitaria tradicional, ya en el contexto de una economía capitalista, han venido a ser vías abiertas para la salida de capitales de la comunidad. No han podido aumentar su productividad, puesto que no han tenido acceso a medios de producción complementarios, tanto por su desconocimiento de cómo realizar trámites y establecer contactos, como por la discriminación de que son objeto en oficinas y establecimientos. Los cambios producidos por la incorporación de su comunidad a la economía monetaria nacional han destruido antiguas ocupaciones y fuentes de ingresos, y no han podido ocupar nuevos puestos o aprovechar nuevas oportunidades económicas, porque los mestizos las han monopolizado. Así, los hijos de los mazahuas no tienen otra alternativa ocupacional que el cultivo minifundista. Por lo mismo, se han subdividido más las tierras de los mazahuas que las de los mestizos. Al mismo tiem-

po que ha empeorado su situación económica —agravada por el enorme aumento de población—, la embestida de los medios masivos de comunicación y la escuela los ha incorporado como consumidores a la economía industrial, con lo que han crecido sus necesidades. Por todo lo anterior, se comprende que su necesidad de migrar sea aún más imperiosa que la de las familias mestizas.

Y aquí se explica su patrón diferencial de migración: *los mestizos generalmente migran para mejorar su posición económica y social; los mazahuas, los más pobres y marginados en todos sentidos, migran para remendar su situación en el pueblo, por lo que tienden a hacerlo por periodos temporales y estacionales.*

Pero si bien ha servido la frontera étnica establecida por los mestizos para mantener los beneficios del desarrollo económico dentro de los límites de su propio grupo, la naturaleza de este desarrollo está haciendo desaparecer esta frontera. Este punto es pertinente a la discusión sobre si el cambio cultural es un factor determinante en la migración.

Se piensa que el cambio cultural, o "aculturación", provoca la migración al ocurrir un cambio de valores de los tradicionales, en los que "no hay necesidades (de consumo)" ni "afán de superación", hacia los modernos, en los que se enfatiza el "progresar" y "modernizarse". La institución que se encarga de llevar a cabo este cambio de valores es la escuela, apoyada en su labor por los medios masivos de comunicación.

Pero el análisis realizado en la región mazahua muestra que no es suficiente esta labor: para que se consolide el mencionado cambio de valores es necesario que los mazahuas obtengan la posibilidad de participación económica que haga valer sus nuevas necesidades y aspiraciones. *De no existir esa posibilidad de participación, como en Dotejiare o en la ciudad de México al rigidizarse la estructura ocupacional industrial, no se da la adopción de esos valores; es decir, el cambio de identidad étnica.* Si se da este cambio, es porque hay acceso a empleos, ya sea en la localidad o en la ciudad. Dicho en otras palabras, la relación entre cambio cultural y migración es dialéctica: si empieza a darse lo primero, se estimulará la segunda; pero sólo ocurrirá lo primero si la migración o la creación de empleos en la localidad proporciona participación económica a los involucrados. En Toxi, es claro que la participación de los campesinos mazahuas y de sus hijos en empleos industriales y urbanos ha sentado las bases para que abandonen su identidad tradicional. En el caso de los migrantes de Dotejiare en la ciudad, en cambio, al no poder éstos participar en dichos empleos, se ha detenido su cambio cultural, porque la pertenencia a la comunidad mazahua se vuelve entonces una forma de defensa y la única posibilidad de sobrevivir en la ciudad.

C. *El estudio de la migración rural-urbana*

1. Los migrantes de la región mazahua y la migración como fenómeno del desarrollo capitalista

Los datos citados en el primer capítulo, sobre la forma de la migración campo-ciudad en otros países, nos ayudan a explicar la migración de la región mazahua dentro del contexto de un proceso distintivo de la época moderna en países capitalistas.

Sorprenden las similitudes que muestra lo ocurrido en las dos comunidades con lo acontecido en Inglaterra en su época de crecimiento industrial. En ambos lugares se dio una creciente escasez de tierras cultivables —en Inglaterra, por efecto de la ley del cercamiento de las tierras comunales; en la región mazahua, por la escasez de tierras fértiles y por la presión demográfica producto de un alto incremento de la población—, aunada a la transformación de una economía de autosubsistencia en una comercial capitalista. Son muy semejantes las manifestaciones de estos cambios económicos a nivel local, tal como los describe George Sturt para una aldea inglesa, y las observadas en Dotejiare y en Toxi: las antiguas industrias locales, las artesanías tradicionales y las viejas ocupaciones citadas, tanto en el caso inglés como en el mexicano, han declinado. Los pequeños negocios, en especial el pequeño comercio, han desaparecido. Al mismo tiempo, las familias han empezado a consumir mayor número de productos comerciales que anteriormente producían en forma casera. Así, a la vez que se ha elevado su necesidad de ingresos monetarios, han disminuido sus oportunidades de obtenerlos localmente.

Para conseguirlos, las familias siguieron estrategias similares. El jefe de familia, además de dedicarse al cultivo de sus tierras, trabajaba como peón de campo o como trabajador asalariado en los pueblos; la esposa sobrellevaba los quehaceres domésticos a más de ejercer el oficio de lavandera y sirvienta y los niños se ocupaban de mozos y las niñas de sirvientas. Con el tiempo, los jóvenes migraron a las ciudades a trabajar, tanto para enviar dinero de ayuda a la familia como para encontrar ellos mismos un empleo que les permitiera mantenerse. El desempleo en la zona rural creció porque se mecanizó la agricultura. Los que permanecieron en el campo como trabajadores sin tierras vivían en condiciones de gran miseria, sin que el desarrollo económico hubiera llegado a mejorar sus condiciones de vida. En Inglaterra, esto último sucedía todavía cincuenta años después de su revolución industrial.

Además, lo mismo en las ciudades inglesas en el siglo pasado que en la ciudad de México actualmente, se ha ofrecido el atractivo de empleos permanentes y un estilo de vida más agradable y cómodo por las condiciones de vivienda, transporte, servicios médicos y por los espectáculos y diversiones.

Podemos sacar varias conclusiones interesantes, basadas en la comparación precedente. Al nivel de generalización de los párrafos anteriores se concluye que ambos casos de migración pertenecen a un mismo proceso de desarrollo capitalista en el campo y en la ciudad. Con ello queda demostrado el error de estudiar la migración rural-urbana, sobre todo cuando se da a niveles masivos como efecto de voluntades individuales que buscan mejores horizontes o como un fenómeno de cambio cultural. No podría explicarse por qué, en casos tan alejados en tiempo y espacio, se toman estrategias tan similares. En tanto que proceso de "modernización", sólo puede entenderse éste como resultado de un proceso básico de industrialización y urbanización, por lo que el término mismo de "modernización" constituye un eufemismo, que lejos de permitir adentrarnos en los procesos empíricos los recubre borrando particularidades importantes.

Pero si bien las similitudes con el proceso inglés aclaran la naturaleza básica de la migración en las dos comunidades estudiadas, sus *diferencias*, tanto con aquél como con los procesos generales descritos para África y América Latina, explican su carácter histórico particular.

Por una parte, el crecimiento de la población ha sido tres veces mayor en la región mazahua que en el caso de Inglaterra. Dejando de lado por un momento consideraciones de orden político y económico, ello significa que las manifestaciones de este proceso se presentan en forma mucho más aguda en el primer caso. Es decir, crece al triple la necesidad de crear nuevas fuentes de ingresos, tanto en el campo como en la ciudad. En especial, dada la limitación de tierras cultivables en el caso mazahua, la población desempleada ejerce una presión tres veces mayor sobre los sectores ocupacionales modernos. En abstracto, implica la necesidad de inversiones de capital y creación de empleos a un ritmo tres veces mayor que el ocurrido en Inglaterra. Por otra parte, el estudio de Brinley hizo resaltar una clara correlación entre inversiones de capital, migración interna y migración externa, en el caso inglés.

El aumento en la tasa de inversión en ciudades inglesas creaba empleos en la industria que permitían a los migrantes rurales pasar del "subempleo" y el servicio doméstico al sector manufacturero. Cuando disminuía el ritmo de inversión, se daba una mayor migración a colonias

de ultramar, a Estados Unidos, Canadá y Australia, particularmente. Con ello, y esto es lo que interesa en este punto, se alivió la presión de mano de obra sobre la estructura ocupacional de ciudades inglesas. En el caso de México, al igual que en América Latina, la mano de obra desempleada y subempleada no ha podido trasladarse internacionalmente.

Hay que hacer notar también que los recursos financieros para inversión de que disponía Inglaterra durante el apogeo de su imperio como metrópoli mundial comercial, financiera y de servicios no pueden compararse con aquellos con los que cuenta en la actualidad cualquier país de América Latina o África para realizar tales inversiones. Lo importante por destacar es que esta situación financiera afecta de manera indirecta, pero decisiva, la suerte que corren los migrantes rural-urbanos, lo cual nos explica por qué los migrantes de la región mazahua se dedican a subocupaciones.

Una tercera diferencia muy evidente a nivel local, en el caso estudiado, que ha modelado de modo distinto la migración en esta región, tiene que ver con procesos políticos. Tanto en la aldea inglesa como en las comunidades mazahuas, la comercialización de la economía rural dio por resultado una mayor dependencia de los pequeños productores en la obtención de créditos. En consecuencia, los prestamistas empezaron a tener en sus manos los hilos de la producción y del comercio locales. En el caso inglés las actividades de éstos fueron celosamente reglamentadas por ley y vigiladas por los consejos locales y por las autoridades judiciales, apoyados por el sistema político parlamentario central. Así, se mantuvo un equilibrio entre el poder político y el poder económico, lográndose con ello cierto control de los procesos económicos.

Al contrario, en el capítulo sobre estructura de poder en la región mazahua se mostró cómo se funden en un solo grupo de individuos el poder económico, el poder político y la preeminencia social.

Dado que los puestos públicos generalmente se compran, éstos son ocupados por los prestamistas o los grandes agricultores y comerciantes; por añadidura, en el caso específico de esta región, la diferenciación social basada en la estigmatización étnica de indio se utiliza para fortalecer y justificar esa concentración del poder. En esta concentración ha sido determinante la dominación de un solo partido político en la región, el cual ha impedido, con frecuencia por medios violentos, el surgimiento de otros grupos de poder fuera de su estructura monopólica. En este asunto, la conclusión importante es que las desigualdades económicas que produce el desarrollo capitalista en el campo no son un resultado mecánico y ciego de cambios económicos, sino que se controlan o se

agudizan de acuerdo con la relación que sostengan los detentores del capital con el aparato burocrático-político.

La influencia decisiva del poder político sobre los flujos migratorios se hace patente, a otro nivel, en el caso citado en África. Allí no se dieron éstos por cambios económicos internos, como pueden calificarse los actuales en América Latina, sino por la simple expansión capitalista de empresas coloniales que requerían mano de obra. Tan es así, que en el caso de Sudáfrica tuvieron que ejercerse políticas deliberadas a fin de obligar a los campesinos africanos a migrar a los centros laborales para ofrecer su fuerza de trabajo. Se mencionó que se establecieron las reservas nativas con pocas tierras cultivables, se prohibió el cultivo a medias y se elevaron los impuestos en las zonas rurales, para provocar la migración de hombres adultos a las ciudades.

Con el fin de evitar la concentración urbana que ocurriría por consecuencia natural de esta migración, se intervino políticamente, impidiendo y deteniendo la creación de servicios y viviendas para los trabajadores migrantes y, como medida definitiva, se fijó legalmente una duración máxima de los contratos de trabajo de los africanos a un año solamente.

Esto reitera el punto anterior sobre lo determinante que pueden ser las políticas de los gobiernos en definir la forma que toma la migración.

Tales medidas políticas ocasionaron un patrón oscilatorio de migración en el que los migrantes regresaban periódicamente a su zona rural, y el cual fue interpretado en los primeros estudios de antropólogos como un problema fundamentalmente de cambio cultural, de "destribilización". Actualmente, este enfoque está en vías de corregirse y ha dado pie para un análisis más acucioso de los procesos económicos y políticos generales de la migración de diversos grupos étnicos.

Un paralelo interesante entre los resultados obtenidos en África y en el presente estudio, es que hay en las ciudades dos tipos de migrantes: los que se aferran a sus tradiciones rurales, ya sean éstas culturas tradicionales o neocampesinas, y los que muy pronto se integran a la sociedad urbana. El hecho de que aparezcan ambos tipos de migrantes en países tan alejados uno del otro en cuanto a tradiciones culturales desecha la posibilidad de una interpretación culturalista, es decir, cualquier intento de adscribir al contenido de ciertas culturas una tendencia de sus miembros a adaptarse, más o menos rápidamente, a situaciones de cambio. Esto puede suceder en situaciones singulares; pero no lograría explicar por qué lo mismo sucede regularmente en todos los casos de migración de campesinos a las ciudades. En páginas más adelante, procuramos explicar este hecho.

Los datos citados para América Latina también permiten caracterizar a la migración de la región mazahua como un proceso similar al que ocurre en la actualidad en gran parte de los países de esta región. Se trata básicamente de cohortes de campesinos minifundistas que huyen de un empobrecimiento progresivo, así como de jóvenes de niveles económicos medios que buscan mejores condiciones de vida. Asimismo, se trata de un fenómeno muy agudizado por un alto crecimiento demográfico. Y en la ciudad, los migrantes, por lo común, se dedican a actividades de mínima productividad e ingresos, y viven en barriadas paupérrimas. Pero interesa pasar de este nivel general a contrastar cómo se ha efectuado el proceso local de cambios socioeconómicos en las comunidades mazahuas respecto del marco teórico, a nivel macrosocial, esbozado en el capítulo II. Ello, por una parte, dará elementos para precisar el enfoque histórico-estructural, a nivel micro, y, por otra, apuntalarlo llamando la atención hacia manifestaciones locales y grupales que no han sido tenidas en cuenta todavía en sus formulaciones.

2. Industrialización y migración campesina en México

La gran centralización y sus consecuencias económicas y urbanísticas en la ciudad de México se manifiesta de manera muy clara en la región campesina y en las comunidades de la siguiente manera:

En lo que va del siglo, las principales actividades y centros de trabajo que daban un ingreso periódico a los campesinos, se han desplazado a la ciudad de México. Puede ilustrarse este movimiento con dos ejemplos. Antes se producían el pulque y el sendejó, dos bebidas nativas, en pequeñas empresas familiares, lo que proporcionaba ocupación e ingresos a un número importante de familias en los dos pueblos. Hoy en día, ambas han sido sustituidas con refrescos y cervezas cuyas embotelladoras se encuentran en la metrópoli de México. Otro ejemplo: las actividades del pequeño comercio. Antigüamente, los misinos campesinos se dedicaban al comercio ambulante al menudeo, comprando y vendiendo productos de una región o de una comunidad a otra. En la actualidad, casi todo el comercio se hace al mayoreo, en camiones que centralizan su movimiento en el mercado de La Merced en la ciudad de México. Además, los pequeños comercios en las cabeceras municipales no han prosperado, porque los compradores regionales prefieren muchas veces hacer directamente el viaje a la capital de la República para comprar artículos y alimentos, ya que así pagan un precio menor por ellos.

Esta succión de operaciones económicas por parte de la gran ciudad, nos lleva a preguntar hasta qué punto su progreso se debe no tanto a la creación de nuevas actividades, sino a la absorción de las que existían anteriormente en regiones circundantes.

A este respecto, los economistas hipotetizan que las ocupaciones que se han perdido en las comunidades rurales deberían reaparecer en la ciudad. Para proseguir con nuestro ejemplo, el hijo o la hija de quien producía pulque podría hipotéticamente encontrar empleo en una fábrica de cerveza en la ciudad. En este caso, el hecho de que el individuo se tenga que trasladar de un lugar geográfico a otro no sería un factor importante. Estaría ocurriendo una compensación del empleo rural en el empleo urbano. Pero para los migrantes de la región mazahua esta compensación *a nivel agregado* no ha ocurrido; es decir, que es mucho mayor la proporción de migrantes de la región en la ciudad que no han encontrado empleo en el sector moderno que los que sí lo han hallado. Además y es en este punto en el que un estudio antropológico es indispensable, la compensación relativa que ocurre *se ha dado en forma diferencial para grupos sociales distintos*.

Los migrantes hijos de familias mestizas de las cabeceras o de familias mazahuas pertenecientes a la burguesía local sí logran movilidad económica en la ciudad. Por el contrario, los hijos de campesinos minifundistas, particularmente los de familias mazahuas, casi siempre quedan en el sector desempleado y "subempleado".

El hecho de que esta compensación no haya ocurrido a nivel agregado, tiene que ver con los factores de los que se trató en el capítulo III, en relación con el lento ritmo de absorción de mano de obra en el sector industrial en la ciudad de México. Y el que haya ocurrido diferencialmente, por lo que atañe a la cohorte de migrantes estudiados, permite sugerir una hipótesis sobre por qué algunos migrantes sí hallan ocupaciones en el sector moderno —puesto que, como han demostrado Muñoz y Oliveira (1975), ha habido una absorción continua, aunque lenta, de trabajadores—, y otros no lo logran.

En ello intervienen dos factores: la clase social y el grupo étnico.

La burguesía rural, e incluso el sector medio de profesionales y de gente dedicada a los servicios —concentrados en su mayor parte en las cabeceras municipales— tienen ingresos suficientes como para proporcionarles un nivel educativo alto a sus hijos, o un *pequeño capital* con el cual iniciar un negocio en la ciudad de México. *El hecho de que arriben con "altas aspiraciones" en realidad está respondiendo a una evaluación muy realista de sus posibilidades concretas de "progreso" en la ciudad.* Entre ellos se cuentan los hi-

jos de familias mazahuas que están en las mismas condiciones económicas que los mencionados arriba; por ejemplo, las familias dominantes de Dotejiare.

Por el contrario, los hijos de los ejidatarios y de los campesinos minifundistas no llegan a la ciudad con la capacitación necesaria ni con fondos disponibles.

Sugerimos como hipótesis que eso los hace ser pesimistas en cuanto a sus posibilidades de "progresar" y los lleva a tomar una actitud psicológica pasiva que se refleja culturalmente en un mayor arraigo a su cultura mazahua.

Es muy importante hacer notar que este acceso diferencial a la movilidad ocupacional no es estático sino que fluctúa en distintos periodos históricos. De ahí la importancia de estudiar la inserción de los migrantes al empleo con profundidad temporal. En el caso estudiado, se manifiestan claramente dos periodos de incorporación. En el decenio de los cincuentas era palpable una diferencia en cuanto a monto de ingresos y estilo de vida entre los migrantes que deseaban permanecer en la ciudad y aquellos que sólo venían a obtener ingresos eventuales. Los primeros buscaban empleos fijos y casi desde luego iniciaban trámites para comprar un terreno en alguno de los nuevos fraccionamientos que crecían en el área de Ciudad Netzahualcóyotl. Los segundos vivían en vecindades, rentando habitaciones temporalmente; dependían más de la ayuda de sus parientes y no se preocupaban por aprender "el modo de la ciudad".

En ese tiempo era bastante fácil para los migrantes, aun para los que no tenían capacitación, encontrar empleos en oficinas, fábricas y en los servicios.

En los años sesentas, por el contrario, los que esperan permanecer en la ciudad se quejan de que hay mucho mayor competencia para obtener esa clase de empleos, ya que les piden nivel más alto de estudios escolares y documentos variados como requisitos. Esto corresponde a lo citado a nivel macro, en el sentido de un mayor credencialismo observado en el sector secundario por efecto de una mayor oferta de mano de obra frente a un ritmo menor de creación de empleo.

En consecuencia, a partir de 1970 se echan de ver menores diferencias en cuanto a nivel de vida entre los migrantes permanentes y los eventuales, lo que se ha reflejado, entre otras cosas, en una mayor retención de la identidad étnica mazahua.

El análisis anterior nos lleva a una conclusión importante: que el mecanismo de acceso diferencial a empleos permanentes es el mismo en la ciudad que en el campo. En el campo, el análisis del estigma étnico mostró que las nuevas ocupaciones y las oportunidades económicas recién

tes las han monopolizado los jóvenes mestizos —aunque dentro del grupo mestizo también hay acceso diferencial de acuerdo con la clase social a la que pertenecen— al establecerse una barrera racial y cultural para impedir la movilidad económica de los campesinos mazahuas. En la ciudad, son los jóvenes de familias de la burguesía rural los que llevan esta ventaja. *La investigación evidencia que en la medida en que ocurre una expansión del empleo, las ventajas diferenciales entre los dos grupos se diluyen.* Lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que la barrera étnica ha perdido vigencia en Toxi en donde la fábrica de Pastejé ofrece empleo suficiente tanto para jóvenes mestizos como para mazahuas. Y en la ciudad es un hecho que los migrantes que llegaron en los años cincuentas, tanto mestizos como mazahuas, y de distintas clases sociales, lograron incorporarse casi por igual a la estructura ocupacional urbana.

Empero, en el momento en que se reducen las oportunidades de empleo se recrudece la competencia, y esas ventajas se vuelven decisivas. En los setentas, por ejemplo, el hijo de una familia que le ha pedido proporcionar una educación de bachillerato, lleva gran ventaja en relación con sus paisanos que sólo tienen educación primaria.

En otras palabras, concluimos que la escasez de empleo detiene o alejarga la movilidad social y el paso a través de la barrera étnica, haciendo más rígida la jerarquización social.

La conclusión a que se llegó en la investigación, en cuanto a tipología de la migración, es que *no son factores determinantes ni el tiempo de duración de las estancias migratorias, ni la identidad étnica de los migrantes.* Es decir, que no tiene importancia que un migrante sea temporal o estacional, o que sea mazahua o mestizo. El factor que distingue dos tipos distintivos de migración que se explican a continuación es *la relación que sostiene el migrante con su familia, en tanto que unidad económica en la comunidad.*

La migración campesina es estacional o temporal; pero su característica es que el migrante sigue desempeñando un papel económico en la unidad de producción campesina. No ha variado este tipo de migración desde principios de siglo, sino en el número de campesinos que la componen —ha aumentado por el crecimiento demográfico— y en el lugar de destino; primero se hacía a lugares de la región, después a los Estados Unidos y a la ciudad de México y, hoy en día, exclusivamente a esta última. Su migración está condicionada por la necesidad de cubrir un constante déficit en su presupuesto familiar. Como no se prevé en un futuro próximo que desaparecerá esta agricultura minifundista, es de esperar que el mencionado tipo de migrantes seguirá viajando a la ciudad de México a buscar ingresos que les permitan cubrir ese déficit.

Sin embargo, hay bases para pensar que, de establecerse fuentes de ingresos en la propia región, tales migrantes permanecerían en ella. Este tipo de migración no se registra en los censos, e incluso puede dar un perfil estadístico falso de la migración al medirse sincrónicamente.

La migración de desempleados sigue una dinámica distinta. Los desempleados son aquellos que rompen con la unidad económica campesina por no encontrar acomodo posible en ella. Su migración a la ciudad es forzosa, temporal o permanente y tiene por objetivo encontrar empleo. Este tipo de migración se ha dado en la región solamente a partir de los años cincuentas, cuando se hizo evidente que las nuevas generaciones no podrían ser absorbidas ni por la agricultura ni por las industrias rurales. Este grupo es el más afectado por las fluctuaciones en ritmo de creación de empleo, ya que de éste y de su origen de clase rural, dependerá su movilidad social en la ciudad.

3. Teoría de la migración y estudios de pequeños grupos

El fenómeno de la migración presenta un problema teórico fascinante: más que otros fenómenos sociales, obliga a tener en cuenta la relación entre individuo y proceso ya que las causas estructurales del fenómeno se explican con relación a diferentes fases de transformación de un sistema político-económico y la selectividad de los migrantes en función de opciones individuales dentro de la unidad doméstica.

Estudiarlo sólo a nivel macroestructural deja sin respuesta la pregunta: si el sistema económico tiende a expulsar migrantes del campo, ¿por qué no migran todos? Y examinarlo sólo como fenómeno individual lo convierte en un proceso de toma de decisiones azaroso e impredecible.

El presente trabajo se hizo esencialmente para esclarecer y aportar hipótesis sobre la forma en que se integra un grupo de migrantes campesinos a la corriente masiva de migración rural-urbana hacia la ciudad de México. De los problemas analíticos que se enfrentaron en su análisis pueden extraerse los siguientes apuntes teóricos para estudios posteriores de este tipo.

Si el investigador, utilizando el método empirista, intenta analizar la migración solamente a partir de los datos recogidos en una comunidad o en un grupo de migrantes, su interpretación tendrá alcances muy reducidos y se referirá de manera incompleta a la selectividad de migrantes y no a sus causas. Esto lo muestra el intento de interpretación expuesto al final del capítulo IV.

Con fundamento en los datos históricos, la migración en la región mazahua puede interpretarse como fenómeno demográfico, ritual, cultural o económico. Lo que demostró el referido intento a la luz del análisis posterior a lo largo del trabajo, fue, primero, la imposibilidad de definir la migración en términos heurísticos: pensar que se le puede designar como fenómeno "demográfico", "económico" o "cultural".

En este caso, como en el de muchos otros en que se intenta "definir" los fenómenos sociales en este sentido, la intrasingencia de nuestra clasificación heurística no puede más que testimoniar la pobreza de nuestra comprensión teórica del fenómeno. Desde un punto de vista teórico, este trabajo mostró que la migración rural-urbana a gran escala es resultado, en primera instancia, de una transformación económica estructural; que influyen en su selectividad y forma de migrar factores tales como la *organización social comunitaria y familiar, las tradiciones y los cambios culturales*; y que el número de individuos que migran se ve acrecentado o disminuido por las tendencias de crecimiento demográfico.

Siendo la migración, pues, un fenómeno unitario, sólo pueden estudiarse sus partes como *aspectos del mismo*: aspectos culturales, demográficos, políticos y económicos; pero el fenómeno en sí es producto de todas estas variables y, a su vez, es solamente parte de un fenómeno mayor, a saber, la transformación capitalista de diversos tipos de economías. Cabe hacer notar que nos estamos refiriendo específicamente a la migración rural-urbana a escala masiva.

Por consecuencia, el procedimiento metodológico adecuado a su estudio no es el estudio autónomo de cohortes migratorias ni la clasificación de sus causas en "económicas", "demográficas", etc., como si el simple hecho de clasificarlas explicara algo. La migración únicamente puede explicarse adecuadamente enfocando su *dinámica*, porque sus causas se constituyen como tales cuando se entrelazan produciendo una combinatoria histórica particular que le imprime un carácter especial a la migración. Dentro de esta dinámica existe la posibilidad de cortes sincrónicos, pero que sólo adquieren su significado dentro de un contexto procesal.

Ahora bien, el principal problema teórico interno de la migración reside en la articulación de los niveles de análisis, articulación que es imprescindible aclarar para lograr una explicación global de un movimiento migratorio. A nivel de datos agregados surgen, con gran claridad, sus tendencias macroestructurales, lo que facilita la tarea de integrarlo teóricamente al proceso de desarrollo capitalista en el que ocurre. Sin embargo, fuera de índices de correlación, la agregación de datos no logra aclarar la forma en que se combinan los distintos factores causales

y difícilmente logra identificar la participación diferencial de clases sociales y grupos particulares en el movimiento migratorio. Es en estos dos campos en los que un estudio antropológico a nivel micro puede hacer una contribución decisiva. Para ello se hace indispensable establecer una articulación teórica con el fenómeno a nivel estructural, a riesgo de que quede este tipo de estudio en generalizaciones válidas sólo para el grupo estudiado.

El primer paso para establecer una articulación teórica es definir niveles de análisis. En un trabajo anterior (Arizpe, 1976), sugerí un modelo paramétrico con tres niveles: 1) condiciones o causas inmediatas; 2) causas inmediatas, y 3) factores precipitantes. El presente trabajo permite afinar más dichos niveles. En el primer nivel de análisis, de magnitud macrosociológica, se establecen las *condiciones necesarias de la migración*, aquellas que, de no existir, imposibilitarían la aparición del fenómeno a gran escala: la migración sería individual y azarosa.

La descripción y explicación de estas condiciones las proporciona el análisis histórico-estructural de la transformación capitalista de una economía. Permite describir los grandes cambios económicos ocurridos en relación con cierta estructura agraria, industrialización y urbanización, que ejercen presiones definitivas para alentar el traslado de mano de obra rural a las ciudades. Pero ¿cómo aplicar este marco teórico al nivel de una comunidad o un grupo de migrantes?

Dicho marco establece las opciones que se ofrecen estructuralmente a los individuos; pero a éstos, no en tanto que personas autónomas sino en función de su pertenencia a distintas clases sociales, grupos étnicos y unidades familiares.

Esta distribución de opciones constituye el campo teórico de las condiciones suficientes de la migración. Por ejemplo, se hizo evidente en el estudio realizado que las necesidades de ingreso monetario varían según sean las distintas unidades familiares en las comunidades y en función de esa variación cambian las estrategias de migración de los miembros de la familia para conseguirlo; i.e., una familia que posee bienes de capital y tierras suficientes no se verá forzada a enviar a alguno de los hijos a la ciudad a ganar dinero; mientras que aquella que esté en situación contraria enviará a varios hijos con este fin a la ciudad.

Para analizar la migración dentro de este campo de condiciones suficientes, es de utilidad teórica hacer una clasificación tipológica de tres tipos de migración.

a) Migración campesina. La de miembros efectivos de la unidad de producción familiar campesina que migran en función de las necesidades económicas de la misma.

b) Migración de mano de obra excedente. La de miembros de la unidad cuya fuerza de trabajo resulta sobrante para la empresa familiar, y que se ven forzados a migrar de manera permanente.

c) Migración de aspirantes. La de aquellos que, teniendo posibilidades de emplearse en la empresa familiar o en la comunidad, migran a la ciudad por preferencias personales.

La dinámica que siguen los tres tipos de migrantes, como se ha hecho evidente a lo largo de este trabajo, es muy distinta y debe entenderse en relación con las opciones que su medio inmediato —clase social, grupo étnico, tamaño de la familia, nivel educativo, etc.— ofrece al migrante potencial.

Finalmente, los factores precipitantes de la decisión individual, que también forman parte de las causas suficientes, son siempre incidentales: dependen de un acontecimiento o momento propicios en la vida personal del migrante. Como tales, no pueden constituir el dato principal en un análisis antropológico o sociológico de la migración. Por lo siguiente: el grado de eficacia de un modelo teórico se mide por su capacidad de predecir un fenómeno. Si en un estudio de la migración a nivel micro se cumplen los objetivos propuestos, es decir, identificar las condiciones necesarias y explicar las condiciones suficientes, el investigador estará altamente posibilitado para predecir el comportamiento migratorio de individuos pertenecientes a grupos sociales específicos dentro de la comunidad.

No por ello estaremos convirtiendo a la migración en un fenómeno mecánico y hasta cierto punto estático, puesto que las condiciones mismas que producen la migración estarán testimoniando conflictos y contradicciones. Además, este tipo de modelo es eminentemente histórico: las condiciones estructurales necesarias pueden perdurar durante largos periodos; las suficientes pueden variar casi constantemente y verse influidas por políticas del estado a corto plazo. ¿Qué significa esto respecto de la posibilidad de formular una teoría de la migración?

Tomando por base la experiencia de análisis de este trabajo, a mi juicio, sí estaríamos en posibilidad de formular una teoría sobre las condiciones necesarias que provocan flujos migratorios masivos dentro de un proceso de transformación capitalista. Los datos citados para los casos de Inglaterra, así como para los países africanos y latinoamericanos, dejan entrever la probabilidad de establecer un modelo identificando factores claves tales como ritmo de creación de empleo en la industria, relaciones de producción en la agricultura, política económica del estado, índice de crecimiento demográfico, entre otras, que permitiera predecir,

a grandes rasgos, cuál será el comportamiento migratorio de la población afectada por estos factores. Una teoría totalmente distinta tendría que ser formulada para el caso de países socialistas con un modelo de desarrollo distinto al capitalista.

Pero si bien la teoría anterior haría referencia a las condiciones necesarias de la migración, se requeriría un distinto tipo de análisis para crear una teoría aplicable a condiciones suficientes, que pueda incorporar las particularidades políticas, culturales e incluso ecológicas de cada país.

Hasta ahora, todavía no existe un cuerpo de estudios a nivel local y grupal sobre la migración que permita ir más allá de la formulación de una serie de generalizaciones, con el carácter de tentativas, sobre sus condiciones suficientes; pero en la medida en que pueda precisarse un modelo que aclare el nivel analítico medio al que trabajamos en estudios de pequeños grupos de migrantes, podrá realizarse una acumulación de datos que haga posible, por una parte, identificar los factores particulares presentes en cada caso y por otra, explicar la manera en que se combinan. Por lo pronto, se necesita mayor número de estudios de este tipo que utilicen un marco teórico histórico-estructural y que desarrollen estrategias metodológicas, cada vez más precisas, para abordar el problema.

Cuadro I
CIFRAS DE POBLACION POR MUNICIPIOS

	1930			1940		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
Ixtlahuaca Municipio	9 829	10 185	20 014	12 576	12 671	25 247
Ixtlahuaca Cabe- cera municipal	986	1 089	2 075	465	629	1 094
Santiago Toxi	799	826	1 625	1 101	1 063	2 164
San Felipe del Progreso Muni- cipio	16 069	16 355	32 424	18 928	18 853	37 781
San Felipe del Progreso. Cabece- ra Municipal	273	392	665	312	405	717
San Francisco Dotejiare	873	883	1 756	692	623	1 315

D.G.E., Censos 1930, 1940, 1950, 1960 y 1970.

Cuadro II
INCREMENTO MEDIO ANUAL DE POBLACION

	1930-40	1940-50	1950-60	1960-70
Ixtlahuaca Municipio	23.12*	24.63	16.81	28.60
San Felipe del Progreso Mu- nicipio	15.26	28.03	27.97	27.02
Ixtlahuaca Cabecera municipi- pal	61.93	34.49	3.61	35.06
San Felipe Cabecera municipi- pal	7.52	8.90	24.12	16.97
Santiago Toxi	28.45	1.92	12.53	41.69
San Francisco Dotejiare	28.72	64.06	10.88	26.05

D.G.E., Censos 1930-1970.

$$* \frac{P_1 - P_0}{\frac{P_1 + P_0}{2}}$$

1950			1960			1970		
Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
16 038	16 301	32 339	19 555	18 720	38 275	26 027	25 026	51 053
661	889	1 550	886	721	1 007	—	—	2 290
1 107	1 099	2 206	1 288	1 213	2 501	—	—	3 818
24 813	25 310	50 123	33 753	32 871	66 424	44 257	42 916	87 173
307	349	656	374	462	836	—	—	991
1 272	1 282	2 554	1 404	1 444	2 848	—	—	3 701

Cuadro III
DENSIDAD DE POBLACION

Densidad de Población por km ²						
	Area	1930	1940	1950	1960	1970
1 Ixtlahuaca Municipio	328.16 Km ²	60.99	76.94	98.54	117.38	156.58
2. San Felipe del Progreso Municipio	750.73 Km ²	43.19	50.33	66.76	83.33	109.37

Cuadro IV
MUNICIPIO DE IXTLAHUACA. PIRAMIDE DE EDADES
(EN PORCENTAJES)

Grupos de edad	1940		1950		1960		1970	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
0- 4	16.82	16.74	17.58	17.02	16.06	16.18	17.85	17.88
5- 9	17.54	16.17	17.77	16.86	16.93	17.08	17.86	17.34
10-14	13.13	11.90	13.25	11.51	14.08	13.11	14.84	13.03
15-19	10.47	9.69	9.49	10.26	10.84	10.22	10.06	9.77
20-24	5.99	6.44	7.69	9.18	7.46	8.12	7.30	8.10
25-29	7.64	8.53	8.49	8.49	7.13	7.53	6.49	6.63
30-34	5.94	6.39	4.93	4.79	5.77	5.89	4.79	5.21
35-39	7.28	7.83	5.44	5.64	6.02	6.13	5.19	5.73
40-44	4.16	4.46	3.64	4.39	3.50	3.07	3.79	4.03
45-49	3.46	3.90	3.95	3.79	3.35	3.31	3.73	3.62
50-54	2.15	2.48	2.11	2.32	2.48	2.61	2.00	1.86
55-59	1.47	2.00	2.21	1.59	1.98	2.06	1.69	1.92
60-64	1.71	1.44	1.57	1.71	1.68	1.77	1.53	1.68
65-69	1.08	.96	1.05	1.08	1.11	.90	1.25	1.38
70 o más	1.07	1.00	1.28	1.09	1.53	1.36	1.53	1.74

D.G.E., Censos 1940, 1950, 1960, 1970.

Cuadro V
MUNICIPIO DE SAN FELIPE DEL PROGRESO
PIRAMIDE DE EDADES
(EN PORCENTAJES)

Grupos de Edad	1940		1950		1960		1970	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
0- 4	15.58	16.14	17.94	17.85	18.46	18.14	18.78	18.98
5- 9	17.40	17.40	16.64	16.72	16.54	16.52	18.60	17.70
10-14	13.10	12.06	13.02	11.53	13.06	11.45	13.91	12.64
15-19	9.88	10.26	8.98	10.47	9.38	10.37	9.16	9.23
20-24	5.74	7.64	8.13	9.34	8.21	9.01	7.46	7.94
25-29	8.56	9.23	8.67	8.37	7.87	8.20	6.68	7.21
30-34	6.64	7.11	4.44	4.39	5.41	5.64	4.94	5.29
35-39	7.37	7.29	5.21	5.68	5.40	5.09	5.38	5.59
40-44	4.01	3.89	3.79	4.39	3.03	3.36	3.61	3.67
45-49	3.79	3.22	4.36	3.12	3.17	3.57	3.33	3.25
50-54	2.27	2.21	2.71	2.18	2.50	2.57	1.93	2.02
55-59	1.60	1.45	1.61	1.46	2.30	2.19	1.65	1.92
60-64	1.59	1.40	1.64	1.36	1.80	1.45	1.51	1.69
65-69	.97	.67	1.20	.83	1.13	1.03	1.36	1.39
70 o más	1.27	.93	1.44	1.24	1.67	1.29	1.62	1.40

D.G.E., Censo 1940, 1950, 1960, 1970.

BIBLIOGRAFIA

- Abu-Lughod, Janet, 1967. "Migrant Adjustment to City Life; the Egyptian Case" en Potter, Díaz y Foster, *Peasant Society*. Little, Brown and Co., Boston. pp. 384-397.
- Arizpe, Lourdes, 1972. *Parentesco y economía en una sociedad nahua*. Instituto Nacional Indigenista. México.
- Arizpe, Lourdes, 1975. *Indígenas en la ciudad: el Caso de las "Marías", SepSetentas*. México.
- Arizpe, Lourdes, 1975. "Problemas teóricos en el estudio de la migración de pequeños grupos" en *Cahiers des Amériques Latines*, 12, pp. 201-222.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, 1967. *Regiones de refugio*. Ediciones especiales. Instituto Indigenista Interamericano. México.
- Alonso, Blanca Irma, 1973. "La Estructura de Poder de una Comunidad Mazahua del Estado de México". Trabajo no publicado.
- Alzate, Rubetia, 1973. "Estructura Política de una Comunidad Campesina". Trabajo no publicado.
- Argüello, Omar, 1973. "Estructura agraria, participación y migraciones internas" en Argüello, O. et al., *Migración y desarrollo*. CLACSO. Buenos Aires.
- Balan, J. y Jelin E., 1970. "Migración a la ciudad y movilidad social: un caso mexicano". Trabajo presentado en la Primera Conferencia Latinoamericana de Población, 1970.
- Baldn J., H. Browning y E. Jelin, 1973, *Men in Developing Society*. U. of Texas Press. Austin.
- Baldn, Jorge, 1974. "Migraciones en el desarrollo capitalista brasileño: ensayo de interpretación histórica comparativa" en Argüello, et al., *Migración y desarrollo*. CLACSO. Buenos Aires.
- Barth, Frederik, 1970. *Ethnic Groups and Boundaries: the Social Organization of Culture Difference*. George Allen and Unwin. Londres.
- Bartra, R. et al., 1974. *Caciquismo y poder político en México. Siglo XXI*, eds. México.
- Bonfil, Guillermo, 1972. "El concepto de indio en América: una categoría de la situación colonial" en *Anales de Antropología*, IX, pp. 35-45.
- Bock, W. y Iutaka, S., 1971. "Rural-Urban Migration and Social Mobility: the controversy in Latin America", *Rural Sociology* 34, 3 pp. 343-355.
- Bourne, George, 1966. *Change in the Village*. Gerald Duckworth and Co. Londres.
- Brinley, Thomas, 1954. *Migration and Economic Growth. A study of Great Britain and the Atlantic Economy*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Brinley, Thomas, 1966. *Migration and Economic Growth*. Unesco, Nueva York.
- Browning, H. y Feindt, W., 1967. "Contexto social de la migración a Monterrey, en *Movilidad social, migración y fecundidad en Monterrey metropolitano*. Centro de Investigaciones Económicas, Universidad de Nuevo León. México.
- Browning, H. y Feindt, W., 1968, "Diferencias socioeconómicas en la población nativa y

- la migrante en Monterrey" en *Economía y Demografía*. II, No. 5.
- Butterworth, Douglas, 1970. "Study of the Urbanization Process Among Mixteco Migrants from Tlaxianguito to Mexico City" en Mangin W., ed., *Peasants in Cities*. Houghton Mifflin Co., Boston, pp. 257-274.
- Butterworth, Douglas, 1971, "Migración rural-urbana en América Latina: el estado de nuestro conocimiento", *América Indígena*. XXI, I, pp. 52-85.
- Cabrera, Gustavo, 1970. "Selectividad por edad y sexo de los migrantes en México". Trabajo presentado en la Primera Conferencia Latinoamericana de Población, 1970.
- Calderón de la Barca, Francis, 1970. *Life in Mexico*. Anchor Books, Nueva York.
- Cardona, Ramiro, 1975. *América Latina: Distribución espacial de la población*. C.R.P. Colombia.
- Cardoso de Oliveira, R., 1972. *Urbanización y tribalismo*. Instituto Indigenista Interamericano. México.
- Cardoso, Fernando H. y Enzo Faletto, 1972. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Siglo XXI. México.
- Centro de Estudios Económicos y Demográficos, 1970. *Dinámica de la población de México*. El Colegio de México. México.
- Centro de Investigaciones Agrarias, 1970. *Estructura agraria y desarrollo agrícola en México*. Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola. México.
- Cohen, Abner, 1973. *Urban Ethnicity*. Tavistock Publication. Londres.
- Departamento de Estadística Nacional, 1927. *Anuario estadístico: Comercio exterior y navegación*. México.
- Díaz Polanco, Héctor, 1974. "La economía campesina y el impacto capitalista". Trabajo no publicado.
- Dirección General de Estadística, 1930. *Primer Censo Agrícola Ganadero 1930*. México.
- Dirección General de Estadística, 1940. *Segundo Censo Agrícola Ganadero 1940*. México.
- Dirección General de Estadística, 1950. *Tercer Censo Agrícola Ganadero y Ejidal*. México.
- Dirección General de Estadística, 1918. *Tercer Censo de Población*. México.
- Dirección General de Estadística, 1960. *Cuarto Censo Agrícola Ganadero y Ejidal*. México.
- Dirección General de Estadística, 1930. *Quinto Censo de Población*. México.
- Dirección General de Estadística, 1940. *Sexto Censo de Población*. México.
- Dirección General de Estadística, 1950. *Séptimo Censo General de Población*. México.
- Dirección General de Estadística, 1960. *Octavo Censo General de Población*. México.
- Dirección General de Estadística, 1970. *Noveno Censo de Población*. México.
- Dirección General de Estadística, 1942. *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos*. (Años de 1942 a 1973.) México.
- Doughty, Paul, 1970. "Behind the back of city: provincial life in Lima, Peru", en Mangin (ed.), *Peasants in Cities*. Houghton Mifflin Co. Boston.
- Eisenstadt, A., 1954. *The Absorption of Migrants*. Routledge, Kegan and Paul. Londres.
- Elizaga, Juan C., s/f. *Migración a las áreas metropolitanas de América Latina*. Colombia.
- Epstein, A. L., 1958. *Politics in an Urban African Community*. Manchester Univ. Press. Manchester.
- Estado de México, 1971. *Panorámica socioeconómica en 1970*. Estado de México. Toluca.
- Fabila, Alfonso y Gilberto, 1954. *México. Ensayo socioeconómico del Estado*. México.
- Fabila, I., 1958. *Los ejidos del estado de México*. Gobierno del Estado de México. México.
- Faria, Vilmar, 1974. "Pobreza urbana, sistema urbano, e marginalidad", en Argüello, O. et al., *Migración y Desarrollo*. CLACSO. Buenos Aires.
- Faria, Vilmar, 1976. *Com. pers.*
- Fernández Valdés, Martha, 1973. "Los mazahuas: un grupo en rápido proceso de cambio" en *América Indígena*. XXXIII, 4, pp. 1183-1194.
- Friedrich, Paul, "The Legitimacy of the Cacique" en Swartz, M. *Local Level Politics*. University of London Press. Londres, pp. 243-270.
- Fronum, E. y M. Maccoby, 1970. *Social Character in a Mexican Village*. Prentice Hall Inc.

Nueva Jersey.

- Germani, Gino, 1969. *Sociología de la modernización*. Paidós. Buenos Aires.
- Germani, Gino, 1965. "Emigración del campo a la ciudad y sus causas" en Gilberti H., ed. *Seguridad económica y reforma agraria*. Buenos Aires.
- González Salazar, Gloria, 1971. *Problemas de la mano de obra en México*. Instituto de Investigaciones Económicas. UNAM. México.
- Gutkind, Peter, 1964. "The Energy of Despair".
- Harris, John y M. Todaro, 1970: "Migration, Unemployment and Development; a two sector analysis" in *American Economic Review*. Marzo, 1970, pp. 126-142.
- Harris, R. N. and E. S. Steer, 1968. "Demographic Resource Push in Rural Migration: A Jamaican Case Study" en *Social and Economic Studies*. XVII, pp. 398-406.
- Hauser, Philip, ed., 1967. *La urbanización en América Latina*. Buenos Aires.
- Herrick, G., 1965. *Urban Migration and Economic Development in Chile*. Cambridge, Mass.
- Iwanska, Alicja, 1972. *Purgatorio y utopía*. Sep-Setentas. México.
- Iwanska, Alicja, 1974. "Migrants on Commuters", *América Indígena*. XXII, 289-315.
- Jackson, J. A., 1969. *Migration*, Cambridge University Press. Londres.
- Jaguaribe, Helio, et al., 1971. *La dependencia político-económica de América Latina*. Siglo XXI. México.
- Jusidman, C., 1974. "Concepciones y definiciones en relación al empleo, desempleo y subempleo" en *Demografía y economía*. II, 3:269-286.
- Kemper, Robert, 1970. "El estudio antropológico de la migración a las ciudades en América Latina" en *América Indígena*, XXX, 3.
- Kemper, Robert, 1973. "Factores sociales en la migración: el caso de los tzintzuntzeños" en *América Indígena*. XXXIII, 4, pp. 1095-1118.
- Kenney, Michael, 1962, "20th Century Spanish Ex-Patriots in Mexico" en *Anthropological Quarterly*. 35:4.
- Kuper, Hilda (ed.), 1965. *Urbanization and Migration in West Africa*. University of California Press. Berkeley.
- Kuper, Leo, 1971. "Political Change in Plural Societies: problems in racial pluralism" en *International Social Science Journal*. XXXII, 4, pp. 594-608.
- Kuznets, Simon and Dorothy Thomas, 1958. "Internal Migration and Economic Growth" en *Selected Studies of Migration since World War II*. Milbank Memorial Fund.
- Margulis, M., 1968. *Migración y marginalidad en Argentina*. Paidós, Buenos Aires.
- Mayer, Phillip, 1961. *Townsmen or Tribesmen*, East African Institute of Social Research, Kampala.
- Mayer, Phillip, 1962. "Migrancy and the Study of African in Towns" en *American Anthropologist*. 64, 3, pp. 576-592.
- Mitchell, Clyde, 1959. "The Causes of Labour Migration" en *Bulletin of the Inter-African Labour Institute*, VI, 1 pp. 12-47.
- Mörner, Magnus, 1967. *Race Mixture in the History of Latin America*. Little, Brown and Co. Boston.
- Mörner, Magnus, 1974. *Estado, razas y cambio social en la hispanoamérica colonial*. Sepsetentas. México.
- Muñoz, H. y Orlandina Oliveira, 1972a. "Migraciones internas en América Latina: exposición y crítica de algunos análisis" en Muñoz et al., *Migración y desarrollo*. CLACSO, Argentina, pp. 5-32.
- Muñoz, H., Orlandina de Oliveira y Claudio Stern, 1972b, "Migración y marginalidad ocupacional en la ciudad de México" en *Perfil de México en 1980*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, pp. 325-359.
- Muñoz, H. Oliveira, O. y Stern, Claudio, 1975. "Diferencias socioeconómicas de migrantes y nativos: comparación entre Monterrey y México" en *Migración, estructura ocupacional y movilidad social en México*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Myrdal, Gunnar, 1968. *Asian Drama*. Twentieth Century Fund, Nueva York.

- Oliveira, O. y Claudio S., 1972, "Notas acerca de la teoría de las migraciones internas: aspectos sociológicos" en Muñoz et al., *Migración y desarrollo*. CLACSO. Argentina, pp. 32-45.
- Lenin, V. I., 1971. *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Ediciones de Cultura Popular, México.
- Lewis, Oscar, 1957. "Urbanización sin desorganización" en *América Indígena*, 17, pp. 231-246.
- Lomnitz, Larissa, 1976. *Cómo sobreviven los marginados*. Siglo XXI, México.
- Macdonald, L. y John Macdonald, 1968. "Motives and objectives of migration; selective migration and preferences toward rural and urban life" en *Social and Economic Studies*. XVII, pp. 417-434.
- Magubane, M., 1973. "Xhosa in town: revisited urban social anthropology" en *American Anthropologist* 75: 1701-1750.
- Magubane, M., 1975. "The 'Native Reserves' (Bantustans) and the Role of the Migrant Labour System in the Political Economy of South Africa" en Safa H. y B. Dutoit. *Migration and Development*. Mouton Publishers. La Haya.
- Mc Gee, T. G., 1973. "Peasants in Cities: A paradox, a paradox, a most ingenious paradox" en *Human Organization*. XXXII, 2: 135-142.
- Mangin, William, 1968. "Poverty and politics in cities of Latin America" en Bloomberg, Warner y Henry Schmandt, *Power, Poverty and Urban Policy*. Sage Publications, vol. 2.
- Mangin, William, 1967. "Latin-American Squatter Settlements: a Problem and a Solution" en *Latin American Research Review*. 2-3, Summer, pp. 65-98.
- Mangin, William (ed.), 1970. *Peasants in Cities: Readings in The Anthropology of Urbanization*. Houghton Mifflin Co. Boston.
- Peattie, P., 1968. *Views from the Barrio*. University of Michigan Press. Ann Arbor.
- Petersen, William, 1964. *The Politics of Population*. Doubleday Anchor. Nueva York.
- Pitt-Rivers, Julian, 1971. "One the Word Caste" en *the Translation of Culture*. T. O. Beidelman, ed. Tavistock Publication. London.
- Pitt-Rivers, Julian, 1967. "Race, Colour and Class in Central America and the Andes" en *Dialectica*, vol. 96, 542-559.
- Pitt-Rivers, J., 1973. "Race in Latin America: the concept of raza" en *Archives of European Sociology*. XIX, pp. 3-31.
- Potter, Jack, 1967. "Introduction: Peasants in the modern world" en Potter, Díaz, y Foster. *Peasant Society*. Little, Brown and Co. Boston.
- Quijano, Anibal, 1968. "Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina" en *Revista Mexicana de Sociología*. XXX, no. 3.
- Quijano, Anibal, 1970. "Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina". A.B.I.S. México.
- Ravenstein, E. G., 1885. "The Laws of Migration" en *Journal of the Statistical Society*. XL-VIII, Part II.
- Richards, Audrey (ed.), 1954. *Economic development and tribal change*. W. Hefter and Sons. Cambridge.
- Roberts, B., 1975. "Center and periphery in the development process: the case of Perú" en *Latin American Urban Review*. Wayne Cornelius y Felicity Trueblood, eds., Sage Publications. California.
- Safa, Helen y Brian Dutoit, 1976. *Migration and Development*. Mouton Publishers. La Haya.
- Saldaña, Adalberto, 1974. *Apuntes sobre desarrollo urbano regional y nacional*. Instituto de Desarrollo Urbano y Regional. Toluca.
- Saville, John, 1957. *Rural Depopulation in England and Wales: 1851-1951*. Routledge and Kegan Paul. Londres.
- Schwarzweiler, H. y J. J. Mangalam, 1973. "General Theory in the Study of Migration: Current Needs and Difficulties" en *Journal of Migration*. IX, 3-17.
- Skinner, Elliot, 1965. "Labour Migration among the Mossi of Upper Volta" en *Urbaniza-*

- tion and Migration in West Africa*. Hilda Kuper, ed., University of California. Los Angeles.
- Secretaría de Economía Nacional, 1931. *Estadística de comercio exterior*. México.
- Shapera, Isaac, 1947. *Migrant Labour and Tribal Life*. Oxford University Press, London.
- Singer, Paul, 1972. "Migraciones internas, consideraciones teóricas sobre su estudio" en Muñoz et al., *Migración y desarrollo*. CLACSO, Argentina, pp. 45-67.
- Singer, Paul, 1975. *La economía política de la urbanización*. Siglo XXI, ed. México.
- Soustelle, Jacques, 1971. *México, tierra india*. Sepsetentas. México.
- Southall, A., ed., 1960. *Social Change in Modern Africa*. Oxford University Press, Oxford.
- Stavenhagen, Rodolfo, 1968. "Clases, colonialismo y aculturación" en *Ensayos sobre las clases sociales en México*. Editorial Nuestro Tiempo. México.
- Stavenhagen, Rodolfo, 1969. *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. Siglo XXI. México.
- Stavenhagen, Rodolfo, 1972. *Sociología y subdesarrollo*. Editorial Nuestro Tiempo. México.
- Stavenhagen, Rodolfo, 1974. "La sociedad plural en América Latina" en *Diálogos*. 55, pp. 5-10.
- Stoltman, J. and John Ball, 1971. "Migration and the Local Economic Factor in Rural Mexico" en *Human Organization*, 30, 1, pp. 47-56.
- Suárez Contreras, E., 1972. "Migración interna y oportunidades de empleo en la ciudad de México" en *Perfil de México en 1980*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. México, pp. 361-421.
- Thomas, Dorothy Swaine, 1941. *Social and Economic Aspects of Swedish Population Movements: 1750-1933*. MacMillan Company, Nueva York.
- Todaro, M. P. "A model of labour migration and urban unemployment in less developed countries" en *American Economic Review*, March 1969, 59-138-148.
- Unikel, Luis, C. Ruiz Chiapetto y D. Lazcano, 1973. "Factores de rechazo en la migración rural en México 1950-1960" en *Demografía y economía*. VII, 1.
- Van Velsen, J., 1960. "Labour migration as a positive factor in the continuity of Tonga tribal society" en *Social Change in Modern Africa*. A. Southall, ed., Oxford U., Press. Oxford.
- Young, Kate, 1976. "The Social Setting of Migration: a Case Study in Oaxaca, Mexico". Tesis doctoral presentada en la Universidad de Londres.

Se terminó de imprimir en el mes de febrero de 1978 en los talleres de Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F. Se tiraron 3 000 ejemplares más sobrantes para reposición. Foto de la portada de Rafael Doniz. Cuidó de la edición el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

El presente trabajo complementa los estudios estadísticos y macrosociológicos en torno a la migración rural-urbana realizados por las ciencias sociales latinoamericanas. La autora analiza los cambios económicos, políticos y sociales ocurridos en las comunidades de origen de los migrantes y su inserción en la estructura ocupacional de la ciudad de México. Por tratarse de campesinos y campesinas indígenas se presentan modalidades particulares en las formas de migrar y de asentarse en la ciudad. Los datos recopilados se refieren a la región mazahua del Estado de México y a barriadas marginales de la ciudad de México. Lourdes Arizpe obtuvo la maestría en Ciencias Antropológicas en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y el doctorado en Filosofía en la London School of Economics and Political Science. Es investigadora del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. Antes ha publicado: *Parentesco y economía en una sociedad nahua* (1972) e *Indígenas en la ciudad; el caso de las "marías"* (1975).
